(7)

$ 36.000

UNIVERSIDAD EAFIT | Biblioteca - Sala de Patrimonio Documental

Nada nuevo

HISTORIAS, CUENTOS Y OTROS ESCRITOS VIEJOS

DE

D. JOSE MANUEL MARROQUIN

1908

BOGOTA

Librería Americana

Calle 14, Núms. 97 y 99

LIBRERIA COLOMBIANA
Camacho Roldán & Tamayo,
BOGOTA.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IMPRENTA DE "LA LUZ"—BOGOTA
Carrera 7ª, número 590

TODO BUENO

CUENTAN por ahí los biógrafos de Rossini, ó de algún otro famoso maestro, que invitado éste para asistir á la primera audición ó al ensayo general de la ópera de un su concolega y amigo, que por primera vez daba á luz sus lucubraciones en el divino arte de Euterpe, no sólo acudió al convite, sino que escuchó con el mayor recogimiento la ópera en cuestión. A la salida del acto interrogó al maestro un compañero sobre qué le había parecido la nueva obra, y el interrogado respondióle que en ella había encontrado *mucho nuevo* y *mucho bueno;* respuesta que produjo no poco asombro en el compañero, que no era un lego en el arte musical. Ante los tamaños ojos que abrió éste, el maestro Rossini se apresuró á agregar un ligero comento que puso las cosas en el lugar debido, y fue que ni lo *nuevo* de la ópera aquella era *bueno,* ni lo *bueno* era *nuevo.*

El autor de la presente colección de artículos, obedeciendo á los dictados de su conciencia, ha creído un deber advertir á sus lectores de que todo lo que ella encierra es *enteramente viejo,* de que son platos que se recalientan para servírselos en la ocasión presente; y así, con el título de NADA NUEVO, ha querido prevenir el que atraídos por la fama y excelencia del autor, acudieran á comprar el libro en busca de flamantes y recientes producciones, y se llamaran luégo á engaño, al encontrarse solamente con meras reproducciones.

Mas como los cosquilleos de la conciencia del autor no han llegado hasta el punto de atropellar por todo reparo y vencer la modestia, agregando al título un leve comento en dos palabras que pusieran las cosas en su lugar, nosotros nos creemos en el caso de hacerlo por él, á fin de prevenir otro género de engaño en que podría caer el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

público, imaginando que nada habría de encontrar digno de echarle la vista encima. Debe saberse, pues, que si en este volumen *nada es nuevo, todo es bueno.* Nosotros somos los que lo afirmamos y el autor es quien lo abona.

Es cierto que todos los artículos que aquí se reproducen vieron yá la luz pública; pero la vieron en hojas periódicas volantes, de vida efímera, que hoy son y mañana no parecen, leídas las más de las veces á trancos, entre dos platos de un almuerzo, cuando andamos á caza de noticias bursátiles ó *calientes* artículos de política, más que de solaces literarios; hojas que tiramos en seguida al acervo de papeles que los chicos y criadas de la casa venden luégo por arrobas en almacenes y pulperías. ¡Qué pocos son los *folimaníacos* que tienen la paciencia de guardar con todo esmero aquellas colecciones de sábanas de papel, de heroico tamaño, después de luchar á brazo partido con los repartidores para que no se las dejen truncas, y en seguida enviarlas al encuadernador para que le forme estupendos mamotretos, en los cuales al fin y al cabo nadie vuelve á leer nada, como que para ello serían menester descomunales facistoles, de aquellos que no se encuentran ni aun en el *cuarto de los trastos* del Sr. Marroquín, sino en el coro y en el presbiterio de algunas catedrales de provincia, para sostener los viejos infolios de los salmos y el canto llano. Las tales colecciones, después de haber soportado más meneos y remociones que un portero en temporada de economías fiscales; después de haberse visto con las puntas de las pastas rotas y las esquinas enrolladas, formando lo que los ingleses llaman *orejas de perro (dog's ears)* y que entre nosotros pudieran llamarse *ass's ears,* si se atiende al origen y á la putativa paternidad de algunas de esas hojas; después de esos oprobios y muchos más, las tales colecciones acaban á la postre por donde empezaron sus hermanos sueltos, es decir, por ser vendidas al peso, para y servir de envoltura á cominos y maní.

Y si se quedara el consuelo al menos, de que tales colecciones pudieran más tarde ser consultadas ó leídas en bibliotecas públicas! Vaya usted á saber en qué año salió tal ó cual artículo y á qué volumen corresponde; y si se pone usted á pedirle todos los tomos al bibliotecario, yá verá el gesto avinagrado que le pone. Esto, sin contar

con las lentas pero seguras evaporaciones á que se hallan sujetos esos comunes depósitos de ciencia, debido al calor canicular de ciertos sabios. Menos mal cuando esas evaporaciones son frecuentes y logran condensarse en nube que más ó menos tarde, atraídas por influencias metálicas, cual si fueran nubes de borrasca, vuelven á caer en el depósito común, aunque mermadas y hechas jirones.

Obra buena y meritoria, digna de loa por los apreciadores de las letras patrias, el que los autores consagrados por el consenso general nos regalen de cuando en cuando con volúmenes de la laya del presente, en donde todos los artículos, de géneros tan variados cuanto amenos, merecen pasar á la posteridad. Y para que desaparezca todo escrúpulo, ahí está el ejemplo que nos dan los autores franceses de índole análoga á la del compatriota nuéstro, que *librifican* sin tregua ni descanso, con la misma facilidad con que las aves nidifican y las abejas melifican. No todos los libros han de ser centones de recóndita y sibilina ciencia, como no todas las poesías han de ser macizos y glutinosos cajones de jalea de guayaba, que diría D. Diego Fallón, el sublime é inmortal cantor de la *casta diva.*

Y como es casi seguro que la mayoría de los lectores de estas líneas se queden á oscuras con la precedente alusión, bueno será echarles el cuento de aquel extravagante cuanto agudo ingenio, para remate y contera de este fatigoso prólogo.

Algún admirador de aquel mimado de las musas se acercó á darle los parabienes con ocasión de la reciente aparición de su canto á *La Luna,* aprovechándose de las expansiones de casera tertulia en que se hallaban ambos; pero á vueltas de los piropos y floreos, y para mostrar su competencia en el divino arte, le manifestó que tenía un reparo que hacerle á la composición, y era que se hallaba formada de estrofas cortadas, sin íntima y estrecha conexión entre sí por el sentido, y que el crítico prefería aquellas composiciones bien trabadas y seguiditas, á estilo de las que hacían D. José Joaquín Ortiz y otros ingenios de la corte bogotana (probablemente se refería á las odas).

Fallón caló prontamente al crítico y le adivinó los quilates, por lo cual, sin entrar en técnicas disquisiciones ni explicaciones, y con aquella sandunga socarrona que le

UNIVERSIDAD EAFIT Bibliotecas Sala de Patrimonio Documental

era familiar, le dijo: Mi apreciado amigo, encuentro muy puestas en razón las objeciones que á mi humilde composición le hace usted; pero espero hallar un poco de gracia á los ojos de usted, cuando sepa que, según las leyes de la Retórica y la Métrica, los monaguillos de las musas nos partimos, á ejemplo de los menestrales que trabajan la pulpa de la guayaba en Vélez, en dos clases: unos hacen conservas y espejuelos, que se vacian en el cajón para formar una sola masa; otros fabrican bocadillos, que sin dejar de ser de pasta de guayaba, forman unidades separadas, envueltas en su correspondiente hoja de *chisgua*, y que tienen la ventaja de poderse comer una á una y lentamente, sin obligar al parroquiano á darse un atracón, funesto quizás para la salud. Y yo pertenezco á la clase de los fabricantes de bocadillos.

Tenemos, pues, el placer de brindar al público con una caja de exquisitos bocadillos veleños, que no todos los libros han de ser macizos y glutinosos cajones de jalea.

HACED TESTAMENTO!

Sobre este mismo asunto y con este mismo título escribí una vez; pero doy á aquél tánta importancia, que no vacilo en hacerlo otra. Si alguno da con el número de *El Telegrama* en que lo hice la primera; coteja el artículo de antaño con el presente; descubre que entre los dos hay semejanza, y me tacha de *suiplagiario* (¿porqué no se ha de decir *suiplagiario*, si se dice *suicida?*), le contestaré que semejante tacha me ofendería si, escribiendo sobre este tema, me propusiese lucir ingenio; pero que, como no me propongo sino hacer bien dando un buen consejo, me curo muy poco de la originalidad en la presente coyuntura. (1)

A tres suertes de razones, ó, por mejor decir, de sinrazones, se suele ocurrir para no hacer testamento. "Yo no hago testamento, dice uno, porque, como nada tengo, nada dejo"; "yo no lo hago, dice otro, porque si hago testamento me muero"; "yo no lo hago, dice el de más allá, porque no es necesario: ya todos saben que lo poco que tengo es para Fulano."

Al que alega lo primero, le diré que el testamento no se hace sólo para dejar bienes: el testamento se hace

(1) Concluído este artículo, he visto que ha resultado sustancialmente diferente del otro. Se asemejan únicamente en el título y en el fin que al escribirlos me he propuesto.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

también para dejar constancia de las relaciones que ligan á una persona con sus deudos, ó, lo que es lo mismo, para fijar el estado civil de aquéllas cuya suerte más puede interesarnos. En infinitas ocasiones puede necesitar una persona, para hacer valer sus derechos, exhibir una prueba de que es ó de que no es ascendiente ó descendiente ó pariente colateral de otra; ó de que ha sido ó dejado de ser consorte suyo; ó de que tales ó cuales vínculos, ó tales ó cuales consanguinidades han sido de esta naturaleza ó de la otra. Y el modo más fácil y más natural de constituír esa prueba, y de ahorrarles pleitos, desazones y gastos inútiles á las personas queridas que nos sobrevivan, es hacer testamento y declarar en él todo lo que sea necesario en orden á aquellos puntos.

Además, aun el que dice que nada tiene, tiene siempre la cama en que ha de espirar, y es preciso que se sepa que sobre el dominio de la cama pueden, después de su fallecimiento, armarse litigios y reyertas que turben la paz entre sus deudos. El que, testando, evita este mal, puede gloriarse de haber dejado á su familia un bien de más precio que todo el oro del mundo: la paz doméstica.

Yo no hago testamento, porque si hago testamento, me muero. Esta pampirolada se la he oído con mis propios oídos á muchas personas; y no sólo á mujeres aquejadas de histerismo y á infelices hipocondríacos, sino á individuos razonables y llenos de sentido común. Si no pudiera aseverar esto, yo temería que alguno de mis lectores que no haya oído aquella pampirolada, la tomase por invención mía.

Los que la profieren declaran, sin saberlo, muchas cosas como las siguientes:

El que hace testamento para evitar males que pueden sobrevenir después de su muerte, se muere porque ha testado.

Los que no hacen testamento no se mueren.

Los autores de los testamentos abiertos y cerrados que reposan en las Notarías y en poder de particulares, han muerto, aunque estén vivos.

Los que por un testamento han revocado otro, han hecho la revocación después de muertos.

Al que saca paraguas cuando sale á la calle, le cae aguacero.

Los que no sacan paraguas no se mojan.

Yo no hago testamento, porque ya todos saben que lo poco que tengo es para Fulano.

Esto es ya más grave: las dos sandeces anteriores pueden decirlas algunos individuos que tal vez no perjudican á nadie con dejar de testar. Pero esta última no suele oírsele sino á personas que poseen fortuna y que no tienen hijos ni otros herederos forzosos: de otra manera no tendrían ocasión de decir aquello.

Y cuando un simple de éstos hace tal declaración, ya los abogados pueden ir viendo dónde colocan los fonditos cuya entrada les anuncia.

En una hacienda inmediata á una de nuestras ciudades de provincia, vivía don Celestino (1), campesino sanote y sencillo, que, á fuerza de trabajo y de juiciosa economía, había logrado, por allá entre 1850 y 1860, comprar unos terrenitos que más tarde y, merced al alza

(1) A los verdaderos nombres de los personajes de esta relación les sustituyo otros. Todavía viven algunos de dichos personajes y no sé que haya muerto uno de quien tengo que referir un hecho infamante.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

del precio de las fincas, vinieron á ser un hacendón de los de padre y muy señor mío, hacendón que, manejado con el mismo esmero con que su dueño manejó en peores tiempos la primera fanegada que poseyó, estuvo por bastantes años produciendo pingües ganancias.

Era el don Celestino hijo de un don Pedro Nolasco que había sido casado dos veces, y que del primer matrimonio había tenido siete hijos, sin que del segundo le hubiera quedado otro que el mencionado don Celestino.

Los otros siete no pertenecían ni al honor de Dios ni al provecho del prójimo. Residían, ó para hablar con más exactitud, debían residir en cierto pueblo de la orilla del Magdalena, que era donde tenían su casa; pero tanto los varones, que eran cuatro, como las hembras, que eran tres, andaban siempre descarriados y dispersos, buscando aventuras y sobre todo buscando lugares en que hubiera fiestas. A ellos también solían buscarlos los Alcaldes y los Comisarios para ponerlos á la sombra. Si alguno de los preceptos del Decálogo se les quedaba sin quebrantar (cosa que era muy dudosa), no eran por cierto el cuarto ni el quinto, pues, quejosos siempre de que su padre se lo había dejado todo á don Celestino (cosa falsísima, pues nada tenía), y de que don Celestino, estando rico, no los auxiliaba, aborrecían la memoria del primero y todas las potencias y sentidos del segundo. Relaciones entre éste y sus hermanastros no hubo jamás, ni don Celestino conocía á dos ó tres de ellos.

Los vecinos de don Pedro Nolasco lo llamaban don *Pedronola*, de aquí á *Perinola* no había más que un paso y el vulgo no tardó en darlo; de donde provino que todos los hijos y demás descendientes que resultaron del primer matrimonio fueran conocidos en la comarca que infestaban, con el apodo de los *Perinolas*.

En la época á que me estoy refiriendo don Celestino era viudo; pero, aunque no había tenido hijos, no vivía solo, pues lo acompañaban dos ahijadas, Belén y Fortunata, jóvenes bien educadas y de excelentes prendas, que gobernaban la casa á las mil maravillas, que querían á su padrino como á las niñas de sus ojos y que lo cuidaban con esmero. Formaba también parte de la familia un hermano de Fortunata, huérfano y pobre como ella, llamado Rafael, á quien don Celestino había recogido en su casa y á quien había enviado á estudiar en Bogotá. Rafael había aprovechado, y, de vuelta á la casa, había podido corresponder á las bondades de su protector, ayudándole eficazmente en el manejo de sus negocios.

Rafael, por su propia cuenta, manejaba otro negocio, el negocio que manejan todos los mozos entre los veinte y los treinta años. Quiero decir que estaba enamorado y que se había hecho querer de una muchacha.

Viendo esto don Celestino y siendo la muchacha muy de su agrado, intervino oficiosamente en el asunto y animó á Rafael á que emprendiera una especulación independiente de aquellas en que los dos estaban ocupados, y á que se casara con Carmen, que así se llamaba la novia.

Con aprobación de su bienhechor, tomó Rafael una hacienda en arrendamiento y, para vestirla, compró ganado, á plazo, por valor de treinta mil pesos.

Era claro que los rendimientos de la hacienda en algunos años no habían de dar con qué pagar el ganado y los arrendamientos; pero eso no importaba. Ahí estaban don Celestino, y su caja y su crédito.

El caso de que él falleciera antes que las cosas estuvieran arregladas, era poco probable (siempre es poco

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

probable la muerte de un hombre para él y para aquellos á quienes interesa que viva). Y aunque don Celestino falleciera, eso tampoco importaba un comino. El no dejaba pasar semana sin que repitiera en público y en privado: "Todo lo poco que tengo es para los muchachos." Y ya se sabía que los muchachos eran Belén, Fortunata y Rafael.

Mientras este último estaba haciendo la corte á su novia y preparándose para el casorio, Belén no estaba ociosa: un joven bogotano, pobre pero de buena familia, que la había conocido en una Semana Santa que ella pasó en la capital, se había prendado de ella, y con beneplácito de don Celestino, iba de cuando en cuando á visitarla. Bien podía sospecharse que al bogotanito lo habían cautivado no sólo las dotes sino también la presunta dote de Belén; pero, como ésta ya lo quería, era cosa tácitamente convenida que ese matrimonio también había de verificarse.

Todo iba, pues, á pedir de boca; pero aquel caso que se tenía por tan poco probable, de que don Celestino falleciera, vino el día menos pensado á hacerse probabilísimo. El buen señor cayó á la cama con síntomas de pulmonía; él, siguiendo la cristiana costumbre, común entre los campesinos, de prevenirse para la muerte antes de que los progresos de la enfermedad priven al paciente de la capacidad de practicarlo, se hizo administrar los Sacramentos. El párroco le habló de la conveniencia de que hiciera testamento; pero don Celestino le contestó: "No hay para qué, señor Cura: todo el mundo sabe que mi voluntad es que lo que tengo sea para los muchachos, que me han acompañado con tánto cariño y que han tenido tan buen manejo. En mis cosas no hay nada que

arreglar porque á nadie le debo. Los papeles los tiene Rafaelito."

Aquí tomaron la palabra Belén, Fortunata y varios compadres y comadres del enfermo. "Así es, así es, dijeron entre sollozo y sollozo. ¿Para qué va á atormentarse con esas cosas, cuando efectivamente todos sabemos cuál es su voluntad?"

Rafael, que era mozo despierto y nada ignorante, no debió de participar de aquella opinión; pero contenido, sin duda, por un sentimiento de delicadeza, nada dijo. Al llegar la noche, don Celestino perdió el conocimiento y ya no lo recobró. Un afamado médico de Bogotá fue á verlo, pero no se atrevió á dar esperanzas. E hizo bien en no atreverse, porque el enfermo no tardó en pagar á la naturaleza el común tributo, así como había siempre pagado puntualmente todos los impuestos y contribuciones al Distrito, al Estado, al Departamento, á la Provincia, al Cantón, á la Nación y á la Fábrica.

Para las exequias de don Celestino no se ahorró gasto: llevároнse músicos y cantores de varios de los pueblos circunvecinos; y se reunieron ocho sacerdotes.

Los muchachos, como decía don Celestino, estaban aún entregados á su duelo y empezando apenas á ocuparse en volver á hacer entrar en carril las cosas de la hacienda y de la casa, cuando á deshora vieron que, con toda satisfacción y sin cumplimientos, se desmontaban á la puerta de la casa unas catorce ó dieciséis personas, viejos, viejas, hombres, mujeres, arrieros, arrieras, niños, niñas, que habían venido en mulas medio peladas y en caballos rucios mosqueados, todos (es decir, todos los cuadrúpedos) con las orejas averiadas y gachas, y algunos sin orejas ó con una sola oreja. Todos traían retranca, su-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dadero de junco y sábana doblada sobre sillas y galápagos.

No bien se hubieron desmontado, uno de los recién llegados gritó: "¡Hola! Que vayan á llevar estas bestias á la manga," y él y otros siguieron dando órdenes como si estuvieran en su propia casa.

Rafael se les presentó cortésmente á recibirlos y á ver qué se les ofrecía, y los otros, con razones poco comedidas, le dijeron que ellos eran de la familia del difunto don Celestino y que venían á tomar posesión de la casa, de la hacienda y de todos sus bienes.

Fácil es imaginar lo desmayadas y mustias que quedaron las pobrecitas de Belén y Fortunata, y lo indignado de Rafael, al oír aquellas cosas.

Rafael les hizo presente que eso no se arreglaba así sino con intervención de la autoridad; pero mientras él disputaba, una cocinera y unos arrieros habían invadido la cocina, y estaban disponiendo una comida con tasajo, patacones, bizcocho de maíz y otros artículos que iban sacando de unas mochilas.

Para salir de aquella intolerable situación, no era posible apelar á la violencia. Rafael, Belén y Fortunata se trasladaron á la hacienda que el primero había tomado, y el llevarse consigo su ropa y otros objetos de su uso les costó una lucha en que tuvieron que sufrir grandes vejámenes.

La familia que tuvo origen en el primer matrimonio de don Pedro Nolasco había crecido y se había multiplicado como..... como las hogueras del infierno. Es cierto que ya habían fallecido la mala pécora de la hija mayor y los bellacos del primero y el tercero de los machos. Pero aquellos siete pecados capitales habían sido

fuentes y raíces de otros que de ellos habían nacido, y había habido y estaba habiendo hijos, hijos y más hijos: hijos grandes, hijos pequeños; hijos machos, hijos hembras; hijos malos, hijos peores; hijos blancos, hijos mulatos: de toda especie de hijos; de las especies que distingue el Código Civil y de otras que tal vez no alcanza á distinguir ningún Código. Toda esa ralea andaba dispersa por el Sur de Cundinamarca y el Norte del Tolima; pero entre cuantos la componían no hubo uno solo que, con olfato de ave carnívora, no hubiera advertido pronto que don Celestino había muerto y que en su casa había una presa que desgarrar.

La escena que se representó en esa casa cuando llegaron los primeros pájaros siguió representándose por largos años, hacia el fin de los cuales ya no eran los Perinolas los que desempeñaban papel, sino los malandrines y los tinterillos que les habían comprado sus derechos, pagándoselos mediante compensación entre su valor y el de los honorarios que exigían por los servicios que les habían prestado en los pleitos á que dio origen la sucesión del buen don Celestino.

En los días en que éste falleció, sus parientes habían percibido el olor á difunto; pero así como el cazador de buitres acude al sitio en que hay animal muerto á acechar á los que han sido acechadores, los tinterillos, informados de la muerte de don Celestino, acudieron ansiosos á sus deudos para hacerles comprender qué fortuna se les había venido encima si no había testamento, y para tratar de devorar á los devoradores.

Los *muchachos* quedaron, por de contado, fuera de combate desde que, en vista de que no había testamento, el juez abrió el juicio de sucesión y llamó á los parientes

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

del difunto para que hicieran valer los derechos que la ley les confería.

¡Cosa singular! Los Perinolas, aunque disipados y viciosos, se habían librado no sé cómo de la miseria, mientras vivió don Celestino; pero después que saborearon la esperanza de poseer su caudal, cayeron todos en extrema pobreza y quedaron divididos unos de otros por rencores inextinguibles. Entre los incidentes de las causas que se siguieron, y entre las causas de otros incidentes, figuraron dos puñaladas y dos ó tres palizas entre parientes en grado prohibido.

Si yo estuviera escribiendo novela, aquí principiaría un capítulo, al fin del cual, por alguno de los medios que el novelista tiene siempre á la mano, dejaría á Rafael, á Belén y á Fortunata casados, embriagados de felicidad y viendo retozar en el jardín á varios robustos y hermosos niños. Así, del contraste entre la suerte de los follones de los Perinolas y la de los virtuosos *muchachos*, resultaría la más perfecta moralidad; pero, por desgracia, lo que estoy escribiendo es histórico, y la historia suele ser inmoral.

Al mes de muerto don Celestino, el señor Cura llamó á Belén y le dijo con infinitos preámbulos, rodeos y precauciones, que el padre de su novio le había escrito suplicándole que del modo más suave que le dictara su prudencia le hiciese entender á la misma Belén que, aunque para él y para toda su familia sería una honra y una felicidad muy inmerecida el que ella se casara con Fulanito, ciertas circunstancias que era por entonces inútil especificar y que eran independientes de la voluntad, etc. etc.

Algún tiempo después dirigió Belén un memorial á la Sociedad de San Vicente de Paúl, en el que pedía socorro; tocóme á mí visitarla y tomar informes sobre su situación,

la que en realidad era lastimosa; y con este motivo me impuse en muchos de los pormenores de la historia que estoy refiriendo. En la propia ocasión supe que Fortunata estaba de cajera en una chichería.

A Rafael le avino peor todavía. En la comarca en que habitaba empezaron á correr hablillas cuando se vio que su matrimonio no se efectuaba; el futuro suegro se mostraba desagradado con la demora, y la novia lloraba y enflaquecía. Iba á cumplirse el plazo en que debía empezar á hacer pagos; vino á Bogotá á conseguir dinero á interés, y, como no tenía nada que hipotecar, no lo consiguió; resolvió vender parte del ganado y la vendió como se vende siempre lo que se vende por urgente necesidad, esto es, por la mitad de su valor; la merma del ganado y los daños causados en la hacienda por una inundación extemporánea anularon las ganancias; se acercaba mucho un segundo plazo, y si se repetía la operación de vender ganado (el cual estaba entonces muy flaco), había que devolver la hacienda á su propietario pagándole daños y perjuicios. En suma, la miseria, la imposibilidad de casarse, y, sobre todo, la vergüenza de una quiebra, eran ya inminentes, y el pobre de Rafael, que estaba habituado á contar con los consejos y con el bolsillo de su yá difunto protector, no era capaz de discurrir medios para salir del espantoso atolladero en que se iba hundiendo. Así, desesperado, acosado por todas partes, cayó, en aciaga hora, en una tentación.

"Rafaelito tiene los papeles," había dicho don Celestino, y así era la verdad. Rafael había entregado todos los documentos que se le habían pedido; pero, gracias al barullo que resultó de ser tántos los que metieron la mano en el asunto de la sucesión y el ansioso afán con que todos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ladraban por sacar bocado de ella, nada se hizo con orden y concierto, nadie echó de menos un documento de los que se hallaban en poder de Rafael, y nadie lo reclamó.

Era este documento una obligación registrada, por la que un individuo se reconocía deudor de don Celestino por once mil pesos y sus réditos, los que montaban ya á una suma considerable. Rafael fue á ofrecer al deudor la obligación por diez mil pesos; el deudor aguzó las orejas viendo ocasión de hacer un negocio redondo; pero no ofreció sino ocho mil. ¿Qué podía hacer Rafael sino echar la soga tras el caldero? Aceptó, y el otro anduvo muy apurado vendiendo y empeñando fincas para allegar la suma. Con esto, á los Perinolas y á sus tinterillos, que estaban con tánto ojo, no les fue difícil dar en el busilis de aquel negocio. Acudieron á la Oficina de Registro, y.... no hay para qué entrar en pormenores: no recuerdo si el hecho fue calificado de estafa ó de abuso de confianza; pero sí recuerdo que Rafael fue á dar al Panóptico. El Rústico aquél que había dado los ocho mil pesos los perdió, se arruinó y creo que también se vio encausado.

¿Quién le habría dicho al excelente don Celestino que él mismo, él, que había levantado á tánta altura los objetos de su cariño, había de ocasionarles una caída tan desastrosa?

¡Cuántos males, cuántos delitos, cuántas lágrimas! ¡Y todo por no haberse otorgado un testamento!

El reconocimiento y la sanción del derecho que tiene cada hombre á disponer de sus bienes para después de sus días, ha sido objeto de preferente atención para todos los legisladores. Ese derecho es una derivación, ó más bien está en la esencia, del derecho de propiedad. ¿Quién no se

siente más animado á trabajar y á hacer ahorros si sabe que después de su muerte ha de seguir siendo en cierto modo dueño de sus bienes?

Esto lo sabe y lo siente todo el mundo; pero hay muchas personas ignorantes que creen que las formalidades que según la ley han de acompañar la expresión de la última voluntad son embarazos que arbitrariamente se ponen al ejercicio de aquel derecho.

¡Singular cosa sería el que los legisladores de todas las naciones se hubieran empeñado en hacerlo difícil, siendo hombres ellos mismos y debiendo, como tales, luchar con los propios estorbos que crearan para los demás!

Las solemnidades, los requisitos, las formalidades que, según las leyes, deben acompañar la expresión de la última voluntad, han sido impuestos por la necesidad y aconsejados por la experiencia. Todos tienen por objeto evitar fraudes que serían frecuentes y facilísimos si se admitiese como verdadera expresión de la voluntad de un difunto cualquier testimonio verbal ó escrito.

Si los testamentos resguardados con las formalidades que exige la actual legislación, son no raras veces anulados por la codicia y por las trazas tinterillescas, ¿cuál quedaría en pie si no se tomasen las precauciones que se toman contra enemigos tan sutiles y tan poderosos?

¡Oh vosotros los que estáis pensando que vuestros intereses se hallan en orden tan perfecto que después que cerréis el ojo no se ha de poder presentar dificultad para arreglar vuestra sucesión; oh! vosotros los que no los tenéis en regla y vais dejando el testar para cuando los tengáis arreglados; oh! vosotras abuelitas que poseéis vuestras casitas y vuestras joyitas y queréis dejárselo todo á la niña

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que criasteis y que os acompaña, y que destináis cien pesos y vuestra camándula para la indiecita que os ha servido, con todos vosotros hablo. Para bien de vosotros mismos y de las personas de vuestro cariño me he tomado el trabajo de escribir todo lo que acaba de leerse. Por Dios, no me hagáis perder mi trabajo. ¡Haced testamento! ¡Haced testamento!

LA GRAN SEMANA

Días y épocas memorables y solemnes ha podido haber para Bogotá, pero ninguno de ellos admite comparación con la *Gran Semana*.

El 9 de Enero de 1813, el 10 de Diciembre de 1814, el 3 y el 4 de Diciembre de 1854 y el 18 de Julio de 1861, se vio esta ciudad asaltada por enemigos que la tomaron á viva fuerza; pero, en esas ocasiones, los habitantes presenciaron los sucesos sin tomar en ellos parte activa. En Noviembre de 1841, próxima la ciudad á verse acometida por un ejército, á lo que se creía, formidable y sanguinario, su defensa vino á ser empresa de casi todos los habitantes, cada uno de los cuales miraba como propio el desastre si no se rechazaba al enemigo, y como propia la gloria si se lograba hacer victoriosa resistencia.

No es posible que vuelva á mover á los bogotanos entusiasmo semejante al que los animó en aquella coyuntura. Quedábanles todavía no pocos restos del ardor bélico y de la admiración por las hazañas militares de que en la guerra de la Independencia, pocos años antes terminada, se habían sentido poseídos; la legitimidad del Gobierno era mirada como canon sagrado é inviolable, como fundamento necesario de todo orden social; los partidarios de la revolución eran tan pocos y los pocos que había se hallaban tan supeditados y tan retraídos, que pare-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cía estar toda la población unida en un solo espíritu y animada de un mismo sentimiento. La inminencia y la gravedad mismas del peligro, ó si se quiere la idea que se tenía de esa gravedad é inminencia, infundían actividad y denuedo nunca vistos, hasta en los corazones menos templados para arrostrar peligros.

Las fuerzas revolucionarias mandadas por el Coronel Manuel González, ó los *facciosos*, como se decía entonces, después de haber sido derrotados en *Buenavista* y *La Culebrera* el 28 de Octubre de 1840, por gente en su mayor parte allegadiza, pero hecha invencible por el patriótico ardimiento que le inspiró y de que le dio ejemplo su heroico caudillo, se habían retirado hacia Sogamoso; en Bogotá se tenía por cierto que tarde ó nunca habían de poder rehacerse; y, en consecuencia, se vivía en dulce sosiego, sin pensar más que en celebrar los triunfos yá adquiridos.

Así estábamos, cuando en las primeras horas de la mañana del lunes 23 de Noviembre, esto es, á los 25 días de haber huído el enemigo, nos sorprenden todas las campanas tocando á rebato, y los tambores tocando generala. Todos salen atónitos y sobresaltados y oyen la noticia, que con rapidez eléctrica va circulando, de que los facciosos están en Zipaquirá (1) y de que van á caer inmediatamente sobre la capital. Los derrotados de *Buenavista*, después de haberse rehecho, y reforzados por un cuerpo de jinetes llaneros, debían atacar la ciudad, y si lo hacían con la rapidez con que habían vuelto desde el norte de la Provincia de Tunja, podían llegar á las puertas de la capital antes que el sol se hubiese puesto.

(1) No habían llegado aún á tal población, pero eso fue lo que se dijo aquella mañana.

Es lo más probable que muchos corazones estuviesen palpitando de miedo. Ya desde 1814, cuando Bolívar vino á derrocar el Gobierno centralista de D. Manuel de Bernardo Alvarez, se temblaba al oír nombrar á los lanceros de los Llanos de Casanare. Ahora se les pintaba como unos bárbaros sedientos de sangre y de pillaje. Apenas se hallarán en poemas y leyendas retratos de jayanes desalmados y soberbios como el que se hacía del venezolano Francisco Farfán, jefe de los temidos llaneros.

Gran terror debieron, en efecto, de sentir los que podían prever é imaginarse los horrores á que habría dado lugar la ocupación de la ciudad por las fuerzas enemigas; pero los jóvenes y los niños no sentímos sino lo que habríamos sentido al oír que iban á principiar unas divertidísimas y solemnes fiestas; y aun la gente adulta no parecía animada, pocas horas después de dado el alarma, sino de entusiasmo bélico y de seguras esperanzas de triunfo.

Por cierto que éstas eran bastante infundadas. Toda la tropa veterana de que el Gobierno podía disponer, había sido enviada al Sur; terminada allí la campaña, gran parte de la fuerza se había puesto en marcha para la capital; pero era notorio que no podría llegar á tiempo para defenderla si el enemigo que amenazaba por el Norte aceleraba su movimiento. Las fuerzas vencedoras en *Buenavista* se hallaban en Tunja, por lo cual los revolucionarios, para dirigirse hacia acá, hubieron de desviarse de esa ciudad. Nunca se había visto Bogotá tan desguarnecida como entonces.

Para acudir á su defensa no se contaba sino con el medio Batallón de Guardia nacional, que se componía de la 1.ª Compañía, de la Compañía de Cazadores, y de otra que estaba compuesta de indios del vecino pueblo de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Usme; había también otras dos compañías sueltas de que hablaremos luégo.

Estas Compañías se habían formado algún tiempo antes para atender á la seguridad de la capital, por haber sido forzoso enviar al Sur, en donde los enemigos del Gobierno eran más pujantes y porfiados, todas las tropas veteranas, y hasta el Cuerpo de Milicias de Bogotá, cuyo natural destino era guarnecer esta población.

Componíase la 1.ª Compañía, en su mayor parte, de sujetos acomodados, no pocos de ellos de edad provecta y de respetabilidad, extraños hasta entonces á la milicia. Era su Capitán D. Francisco Vinagre, español de nacimiento y antiguo militar; Tenientes eran D. Cayetano Navarro, padre de familia y comerciante, de austeras y patriarcales costumbres. Recordamos que D. Juan Zaldúa y D. Antonio María Castro eran también Oficiales, y que eran Sargentos D. Félix Castro, D. César Rosillo y D. Urbano Pradilla. (1)

(1) Hé aquí los nombres que recordamos de soldados de la 1.ª Compañía: D. José María Saiz, D. Tomás Escallón, D. Joaquín Escobar, D. Felipe, D. Andrés, D. Justo y D. Francisco Sandino, D. Juan Antonio Marroquín, D. Manuel Orozco, D. Pascual Sánchez, D. José María Alvarez Bastida, D. Ignacio y D. Valentín Osorio, D. José María y D. Manuel Caballero, D. José María Trujillo, D. Enrique Sotomayor, D. José María González, D. José María y D. Mariano Serrano, D. Pedro Silvestre, D. José María Franco Pinzón, D. José María Sarmiento G., D. Vicente Sampedro, D. Ambrosio Ponce, D. J. Antonio Cualla, D. Francisco Guzmán, D. Francisco Vargas, D. Pedro Heredia, D. Vicente Nariño, D. Raimundo Santamaría, D. Hilario Carbonell, D. Gregorio Gutiérrez V., D. Domingo Carbonell, D. Francisco Leal, D. Domingo Muelle, D. Esteban Vargas, D. Marcelino Echeverría, D. Carlos, D. Joaquín y D. Ramón Borda, D. G. C. Pereira, D. Saturnino Castillo, D. José Groot, D. Andrés Heredia, D. Ignacio Vergara y Santamaría, D. Eladio Vergara, D. José María Dávila, D. Pío Sánchez y D. Fausto Orbegozo.

El uniforme de los soldados de la 1.ª Compañía se componía de casaca y pantalones de paño azul oscuro, con vivos de azul claro, y morrión ó más bien gorra de cuartel, de esos mismos colores.

El cuartel de la 1.ª Compañía, ó más bien la Tesorería general, para cuya custodia se había creado principalmente el mismo Cuerpo, era la *casa de los Suescunes*, que ocupa la esquina noroeste de las formadas por la carrera 7.ª y la calle 13. El 23 de Noviembre se acuartelaron en el *principal*, que era la casa de azotea fronteriza á la Capilla del Sagrario.

De gente más joven, pero también de lo que llaman buena posición, se había formado la Compañía de *Cazadores;* mandábala, si no nos engañamos, D. José María Portocarrero, y el uniforme de sus soldados se componía de blusa y pantalones de bayeta azul celeste con vivos encarnados, y cachucha *de plato* del mismo color y con los propios vivos.

De *cachacos* de buen tono y en gran parte muy distinguidos, ó por su talento, ó por su elegancia, ó por pertenecer á las familias más notables, se había formado la Compañía suelta de *La Unión*. No recordamos haberla visto uniformada sino más tarde, cuando marchaba para la campaña del Norte. Llevaban entonces sus soldados blusa y pantalones de bayeta, colorada la de aquélla, y amarilla la de éstos. (1)

(1) La lista de la Compañía de *Dragones de la Unión* era la siguiente en la fecha en que este Cuerpo marchó para el Norte: Enrique Urdaneta, Capitán; Lino García, Teniente; Francisco Leiva, Alférez 2.°; Francisco Barberi, Alférez 1.°; José María Martínez, sargento de Brigada; Diego Caro, sargento 1.°; Antonio Narváez, sargento 2.°; José María Angel, sargento 2.°; Vicente Daza, sargento 2.°; Pedro Nieto, sargento 2.°; Tomás Pérez, Federico Uribe, Federico Rivas y Antonio Ponce, cabos pri-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Otra Compañía suelta, como la de *La Unión*, fue la llamada de *Los Paneleros*, por pertenecer á ella muchos individuos de los que tenían tiendas de comestibles, por el estilo de las que ahora llamamos *tiendas de granos*. En ella estaban también incorporados algunos artesanos. A este Cuerpo sirvió de cuartel la casa de D. Simón Herrera, que hoy está señalada con el número 120 ó 122, en la calle 11.

Si los artesanos no desempeñaron en aquella ocasión papel mucho más notable, fue porque los más y lo más granado de ellos se hallaban á la sazón formando parte del Ejército del Sur, y no como *milicianos* sino como fuerzas de línea. De ellos se componía el *Batallón 1.º de Bogotá*.

Para los colombianos que hayan nacido después de 1830 y que no estén bastante versados en nuestra historia y en nuestra legislación, no es fácil entender qué eran esos *milicianos* que acabamos de mencionar.

Milicianos eran los individuos que pertenecían á *las milicias;* y las milicias eran una institución patriótica y utilísima que en vano se ha tratado de restablecer en épocas más modernas.

---

meros; Angel Gaviria, Bernardo Pardo y Bernardino Hoyos, cabos segundos; y los soldados Pablo Garcés, Antonio Vinagre, Ignacio Rovira, Reyes Neira, Juan Merizalde, Juan Manuel Carrizosa, Francisco Leal, Valentín Gálvez, Francisco Restrepo, Silvestre Ibáñez, J. Antonio Ariza, Juan C. Uribe, José María Echeverri, Juan Pablo Morales, Flavio Torrente, Alejandro Merizalde, José Caicedo Rojas, Pedro Vallarino, Martiniano Vargas, Mariano Alvarez, Manuel Alvarez, Eustorgio Alvarez, José María Chaves, Braulio Suescún, Domingo Suescún, Jerónimo Hortúa, Leonardo Manrique, Domingo Maldonado, Domingo Lema, Francisco Lasprilla, Rafael Ponce, Francisco Pinzón, José Duque, José María Rivas, Venancio Restrepo, Rafael Tobar, Carlos Bonis, Melitón Escobar, José Castillo, Patricio Pardo, Sergio Gómez y Tomás Vallarino.

En virtud de la ley que las había creado, todos los ciudadanos debían alistarse, tener organizados sus cuerpos con sus correspondientes Jefes y Oficiales, ejercitarse los domingos en la táctica y en el manejo de las armas, y servir de guarnición y hasta salir á campaña siempre que el caso lo pidiese. Por sabido se calla que *los ciudadanos* que cumplían con el deber de alistarse y con los á él consiguientes eran los artesanos. En cualquiera de éstos, el ser *miliciano*, era cosa que imprimía carácter: el artesano que lo era no perdía ocasión de hacerlo saber, y como fuera un poco entrado en años, no dejaba de referir sus proezas y sus campañas, ora hubiese hecho efectivamente algunas, ora hubiese pasado sosegadamente su vida en su zapatería ó en otro pacífico taller.

Tampoco se podía abstener un miliciano provecto de hablarle sobre política al parroquiano que tenía delante, con motivo de cualquier menester concerniente á su oficio, como para tomarle con el cartabón medidas para el calzado, ó para tomárselas con la tira de papel, que iba picando con las tijeras, si se trataba de hacerle alguna pieza del vestido.

Profesaba especial devoción á algún personaje vivo ó difunto; v. g., al General Santander, ó al Dr. Margallo, ó á D. Joaquín Mosquera, ó al General Obando.

Vestía mejor que los demás de su esfera; no precisamente con más elegancia ni con más limpieza, sino de un modo más análogo al de la gente de mayor categoría. Llevaba chaleco y ruana pastusa ó de otra procedencia, pero siempre de listas que habían sido de colores vivos. No era raro que usara capa ni mucho menos que calzara botines amarillos de su propia cosecha, ó de los que se cosechaban en el pueblo de Tausa.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Y, á propósito de milicianos, no podemos pasar en silencio que uno de los *hombres de la situación* era el negro Simón Espejo, *fabricante de calzado*, según lo rezaba la tabla que tenía colocada encima de la puerta de su *fábrica:* era Capitán de Milicias, hombre honrado, patriota y realmente versado en las cosas de la guerra.

Ocupaba también puesto importante un Coronel Cancino, pero no recordamos cuál de los Cancinos conocidos como militares era éste; el Capitán Parada ocupaba el de Guarda-parque, y el Capitán Galarza, el de Guarda-almacén.

Comandante general de la plaza fue nombrado el General D. Francisco Urdaneta, militar en cuyo valor y cuyos conocimientos no se tenía fe, y esto únicamente porque se le había visto por mucho tiempo sin ejercer otras funciones que las de mandar la gran parada, siempre que se quería solemnizar alguna fiesta; y diremos de paso que, teniendo arrogante y marcial continente, gastando magnífico uniforme y montando como consumado jinete en un caballo de soberbia estampa, desempeñaba aquella función con inimitable garbo y gallardía.

Pocos meses después, en la campaña del Norte, dio el General Urdaneta hartas pruebas de intrepidez y bizarría.

No es fácil explicar la gran confianza que los habitantes ponían en los defensores de la ciudad; podía y debía suponérseles capaces de dar heroicamente la vida en el combate; pero eran pocos y les faltaba disciplina. Ni era natural que cada uno se penetrase bien de que la flor de los jóvenes y de los demás caballeros de la capital pudiera ir á servir de *carne de cañón*. ¡Cómo habría, en efecto, quedado cubierta de luto toda esta ciudad si hubiese llegado el caso de que sus defensores presentaran el pecho á las balas y á las lanzas!

Pero volvamos á los preparativos de defensa. Las fuerzas con que podía contarse eran demasiado escasas para defender con ellas una línea extensa, y en atención á ello se resolvió dejar á merced del invasor la mayor parte de la ciudad y atrincherarse en el centro, haciendo fosos y levantando barricadas con costales llenos de tierra, en cada una de las bocacalles que quedan á una cuadra de distancia de la plaza que hoy llamamos *de Bolívar*. No acababa de dictarse esta providencia cuando se vio á multitud de personas de todas edades, condiciones y sexos, clérigos, religiosos, padres de familia respetables, señoras y señoritas, criadas y niños, ocupados activamente en la tarea de traer á cada una de dichas bocacalles costales y zurrones de cargar tierra; y en seguida ponerse á cavar y á llenar dichos costales y zurrones, mostrando viva emulación y esfuerzo propio de ganapanes.

Otra tarea hubo en que pudieron emplear sus fuerzas las señoras y todos los demás entusiasmados habitantes, que fue la de trasladar todo el armamento que existía, del antiguo parque, situado en donde existe hoy la casa del Sr. D. Francisco Vargas (1), al Colegio de San Bartolomé, edificio destinado para parque y cuartel. Muchas eran las armas que desde luengos años reposaban en aquel edificio, y juzgamos que tal vez hubieran podido dejarse á merced del enemigo sin mayor detrimento para nosotros, pues lo útil que de entre ellas se había podido sacar se hallaba en manos de los cuerpos que estaban en campaña. Sea de ello lo que fuere, desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde se vio un cordón de gente, de todas

---

(1) Carrera 8.ª, número 294.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

las condiciones y categorías que arriba dejamos apuntadas, trasladando fusiles, carabinas y cañones, gloriosas pero enmohecidas reliquias de la guerra de la Independencia.

En la inolvidable noche del lunes 23 de Noviembre, acabadas yá de improvisar las fortificaciones y repartidas en sus cuarteles las no menos improvisadas tropas, tenía la ciudad todas las apariencias de una población en fiestas. Como las familias distinguidas, y mayormente las de los defensores del Gobierno, que no vivían en ninguna de las ocho manzanas de la ciudad que iban á ser defendidas, lo temían todo de las tropas revolucionarias, muchas de dichas familias se trasladaron á las casas comprendidas en el recinto fortificado, cuyos dueños, fueran ó no amigos de los asilados, les dispensaron franca y liberal hospitalidad. Así, en cada una de estas casas, hubo en esa noche y en las subsiguientes una grande y bulliciosa reunión, en que la gente provecta se entretenía en hacer conjeturas y comentarios sobre la situación, y la gente moza en divertirse.

Las patrullas, que sin cesar estaban recorriendo las calles; las criadas que llevaban de comer á los ciudadanos acuartelados; los no acuartelados, que discurrían por dondequiera en busca de noticias, y que por dondequiera formaban corrillos en que se comunicaban las que había, se inventaban las que no habían llegado, se echaban fanfarronadas, se discutían y á menudo se censuraban las providencias dictadas por el Gobierno y por los Jefes; los estudiantes y los muchachos de toda condición que, con ruana y alpargatas, aprovechándonos de aquel amable desorden y hallando á todas horas del día y de la noche francas y abiertas las puertas de nuestras casas, estábamos á un mismo tiempo en todas partes aumentando la bulla y la jarana y haciendo todo lo que estaba en nuestra

mano para caer en las de las partidas armadas que andaban reclutando, todo esto y mucho más mantenía la población, ó el centro de ella, en una agitación, en una efervescencia que nadie podría describir y que no llegarán á imaginarse los que no conocieron á Bogotá en la época en que pasaron los sucesos que estamos refiriendo.

Bastante tiempo trascurrió sin que del enemigo se tuviesen más noticias que las que aquí mismo se forjaban; pero no faltaban otras harto capaces de mitigar la sed de noticias que á todos consumía; éstas eran las que sucesivamente se iban divulgando de las prisiones de los hombres más connotados del bando adverso al Gobierno. Todos ellos se habían ocultado lo mejor y lo más pronto que les había sido dable; pero siendo *ministerial* casi la totalidad de los habitantes, poca reserva se guardó respecto de los escondites, por lo que no fue difícil descubrirlos. Cada prisión se consideraba como un triunfo. Casi siempre montaban guardia en el edificio de *Las Aulas* personas decentes; por boca de ellas se sabía todo lo que hacían y decían los presos políticos, y de ello resultaba pábulo copioso é interesante para las conversaciones. D. Urbano Pradilla, sargento de la 1.ª Compañía, se distinguió por su actividad, inteligencia y energía para descubrir y aprehender á los individuos mencionados.

Una noche hubo grande alarma y se creyó que había llegado el solemne momento de entrar en combate. Fue el caso que en el *Aserrío*, ó almacén de la pólvora, estaban de guardia algunos reclutas de los más inexpertos, los cuales, al ver acercarse un piquete de soldados de la 1.ª Compañía, que rondaba por esos lados, creyéndose amenazados por alguna partida enemiga, hicieron fuego sobre él. El ruido de los disparos llegó á la parte meridional de la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ciudad, y por toda ella se esparció el que metieron los que lo habían alcanzado á percibir.

El gran Neira, ídolo del pueblo, yacía postrado por la herida que el 28 de Octubre había recibido al cubrirse de gloria en *Buenavista*. Estaba alojado en una casa inmediata á la iglesia de La Candelaria. Naturalmente se pensó en que á quien menos podía dejarse expuesto á los furores de los facciosos era á quien pocos días antes los había vencido. Así, se determinó trasladarlo á una casa en que provisionalmente se había establecido poco antes el Seminario y que estaba situada en el ángulo noroeste de la plaza mayor, donde existe ahora el almacén del Sr. Yerles (1). Esa traslación, que se verificó el martes á las diez, fue un solemne triunfo: toda la población se agolpó al espacio que media entre las dos casas; la guarnición le hizo al héroe, á su paso por la plaza, honores de Capitán general; las aclamaciones asordaban el aire; dos señoritas colocaron una corona en las sienes de Neira, que para aquel acto tuvo que incorporarse entre la camilla en que era conducido por distinguidos ciudadanos.

Hasta el miércoles á las doce, el estado de alarma y de inquietud se mantuvo sin sensible alteración. Pero á esa hora se tuvo noticia de la próxima llegada del General Joaquín París con la Columna de su mando, que había marchado hasta Tunja en persecución de los derrotados en *Buenavista* y que se componía de los que allí habían triunfado, de algunos hombres de la Guardia nacional y de un Escuadrón formado en Zipaquirá y mandado por el Coronel José González.

Contándose yá con el auxilio de esta columna, debieron disiparse los temores que podían abrigar los menos

(1) Calle 11, número 92.

confiados ó los más pusilánimes, y las efusiones del entusiasmo fueron desde ese punto más alegres, si cabe, y más ruidosas.

No recordamos qué día, pero es muy probable que fuera el miércoles, hubo solemne procesión en que se paseó por las calles la imagen de Jesús Nazareno que se venera en San Agustín. En este acto, que fue pomposo, lució la guarnición de la ciudad, equipada, uniformada y diestra, á lo que parecía, en los ejercicios militares. Todos los defensores de la ciudad llevaron desde ese día en los morriones y en las cachuchas un papelito en que estaba impreso el monograma JHS. (1) Este mismo monograma se puso entonces, ya impreso en papel, ya pintado en tablitas, en las puertas de las casas. En algunas subsiste todavía.

Por de contado esa procesión no fue la única solemnidad religiosa con que en aquellos días se trató de impetrar de Dios la salvación de la ciudad.

La noticia, recibida el lunes, de que González había ocupado á Zipaquirá era falsa; pero el miércoles sí entró en aquella población é inmediatamente se supo en Bogotá, á donde no se dudaba que había de llegar el jueves. No habiendo llegado ese día, se tuvo yá por seguro que el ataque á la ciudad empezaría el día siguiente; pero eran tales la confianza en el triunfo y el alborozo con que se quería celebrar la futura victoria, que las señoras festejaron ese día á la tropa con una gran comida cívica en un campo inmediato á la plaza de San Victorino.

González, sabedor de que el ejército del Sur estaba

(1) Este monograma no significa simplemente *Jesús*, sino *Jesus hominum salvator* (Jesús Salvador de los hombres).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

yá muy próximo á la capital, dirigió al Gobierno una comunicación (que fue recibida en la noche del viernes 27) en la que lo invitaba á nombrar comisionados que, reunidos con otros que él nombraría, *y obrando sin restricción alguna*, conferenciasen y propusiesen los arbitrios conducentes para el restablecimiento de la paz. El resto de la nota contenía fanfarronadas que prueban la audacia de aquel cabecilla, ó la seguridad que abrigaba de poder ponerse en salvo. A lo que parece, González no creyó prudente aguardar la contestación en Zipaquirá, pues el mismo día 27 emprendió su marcha hacia el Norte.

En la misma noche del 27 llegó á Bogotá el General Herrán, Jefe del Ejército del Sur, que quiso llegar solo y por la noche para no dar lugar á que, á su entrada, se le vitorease y obsequiase. El día 28 entró el Batallón 2.º Los demás Cuerpos del Ejército del Sur entraron en la capital el 5 de Diciembre. La gloria que este Ejército había ganado en la dilatada, penosísima y sangrienta campaña del Sur, y el estado en que se hallaban los ánimos de todos los habitantes de Bogotá, fueron parte para que todos éstos recibiesen al Ejército con ardientes y nunca vistas manifestaciones de entusiasmo y de alborozo.

Las señoras, con sus propias manos, pusieron en los morriones de los soldados cintas encarnadas con leyendas alusivas al mérito particular de cada Cuerpo. El Presidente dirigió en la plaza mayor una alocución á las tropas, y le contestó el General Mosquera. Entonces fue cuando éste profirió su célebre frase: *A vías de hecho, vías de hecho.*

Mosquera, Jefe de la 1.ª Columna del Ejército, acompañado de su Oficialidad, después de haberse presentado al Presidente, se dirigió á la casa de Neira y lo felicitó calurosamente á nombre de los Cuerpos de la 1.ª División. "Desde hoy, le dijo, el Ejército ve en Usía á uno de sus

Generales, porque cree que debe orlar su vestido con el laurel que ciñó su frente. Yo, por mi parte, señor Coronel, quisiera poder colocar sobre sus hombros las estrellas con que me ha honrado la Nación: allí estarían más dignamente."

Aquí pudiéramos poner punto á nuestro trabajo, pues el título con que lo encabezamos no nos compromete sino á dar idea de esa Semana que mereció el nombre de *grande*, pero de la cual no tienen noticia, ó la tienen muy imperfecta, los bogotanos que han nacido después de 1840 y los que en ese año no habían alcanzado aún á la adolescencia.

Pero nos sería penoso dejar la pluma sin haber referido dos hechos que ocurrieron después de *La Gran Semana*. Los sucesos que á ella siguieron y que vamos á narrar quedaron grabados indeleblemente en la memoria y en los corazones de los que los presenciámos, merced á aquella disposición de los ánimos que dio su peculiar carácter á los acontecimientos que hemos tratado de describir.

A consecuencia de su herida, Neira murió á la madrugada del 7 de Enero de 1841. A las siete de la mañana, habiendo yá circulado la fatal nueva, muchos de los habitantes de Bogotá, que andaban consternados con ella, apremiados por aquel vago deseo que en casos semejantes se experimenta de pedir más noticias y de comentar las que se han recibido, se habían agolpado en el atrio de La Catedral y en la plaza mayor. Allí había yá tropa formada, y el Comandante D. Francisco de Paula Torres, anudada la voz en la garganta, pronunció una breve alocución que acabó con un *¡Viva* el GENERAL NEIRA! que fue unánime y largamente repetido por todo el inmenso concurso.

Ya á esa hora se veía por todas partes el fúnebre cartelón: ¡NEIRA HA MUERTO! Allí se hallaba yá el programa

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de los honores que iban á hacérsele y de las exequias que debían celebrarse.

El cadáver del héroe estuvo expuesto varios días, siendo objeto de los obsequios más expresivos con que un pueblo pueda glorificar á un guerrero á quien mira como salvador suyo. Las exequias se celebraron en La Catedral el día 14.

Hoy puede, en un entierro de personaje público y benemérito, desplegarse más pompa que la que brilló en aquella función; puede hacerse mayor ostentación gastando más dinero; pero no pueden celebrarse solemnidades fúnebres como aquélla: por desgracia, nunca volverán los habitantes de esta ciudad á hallarse, como en ese tiempo, perfectamente concordes; ni es fácil que en época venidera haya un hombre que inspire tánta admiración y tánta gratitud como Neira. El lujo de sus funerales no consistió tanto en el imponente aparato de los honores que le hizo un ejército cubierto de frescos laureles; ni consistió en la música, ni en la profusión de las decoraciones con que se enlutaron el templo y la ciudad; consistió, sobre todo, en las expresivas demostraciones de sentimiento por su muerte y de admiración por su heroísmo que hizo unánime y espontáneamente el gentío que constantemente acompañó su cadáver, así mientras estuvo expuesto, como en el acto de su traslación al Cementerio y en el de su inhumación.

Si no nos engaña la memoria, aquel fue el primer entierro en que sucedió que á la entrada del Cementerio se pronunciaran elogios del finado.

Oyéndolos estaba una inmensa muchedumbre llorosa y conmovida, cuando se divulgó entre ella la noticia, que llegó en esos mismos momentos, de la victoria ganada por el General Herrán en Aratoca. Entonces cesaron los lamentos, y se prorrumpió en vítores al vencedor y al Gobierno, sin que entre ellos dejase de resonar muchas veces el nombre de Neira.

El 7 de Febrero hubo en la iglesia Metropolitana solemne bendición de una bandera que habían bordado algunas señoras para la 1.ª Compañía del medio Batallón de la Guardia nacional local. Fueron padrinos, y desempeñaron lucidamente su encargo, D. Simón Herrera y D. Raimundo Santamaría. Ofició el señor Gómez Plata, Obispo de Antioquia, y predicó el P. Vásquez, Obispo, años después, de la Diócesis de Panamá. A la salida y en la plaza mayor, arengó á la tropa el Comandante del medio Batallón, D. Francisco de P. Torres. En seguida se dirigió la tropa á San Diego, en donde las señoras habían preparado una comida cívica para la guarnición y para muchas familias que fueron invitadas.

Pero al dirigirse la tropa hacia aquel sitio, cunde la voz de que, antes de llegar allá, se debe ir á saludar á las cenizas de Neira. Sigue la marcha al Cementerio, y allí, formada la tropa en orden de batalla delante de la tumba y después de oír otro breve y vehemente discurso del Comandante del medio Batallón, tienden los Oficiales la espada y los soldados la mano derecha hacia la tumba de Neira, y juran no permitir que los enemigos de la patria insulten sus reliquias. Hácense á éstas los honores militares; pronuncian luégo discursos D. José María Galavís y el Coronel D. Rafael Castillo y Rada, y lee un himno D. José Joaquín Ortiz, soldado de la 1.ª Compañía.

Servida en San Diego la comida para la tropa, se sirve otra debajo de un toldo para las señoras, y cuando se levantan los manteles, la tropa forma cuadro, dentro del cual se baila hasta que viene la noche.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

¡Con cuánto gusto nos extenderíamos más en nuestra relación hasta llegar á la de la gran comida cívica que se dio en *Fucha* á las tropas que vinieron del Norte! Recordamos la curiosidad y el interés con que en esa función se miraba á los soldados de la Compañía de *La Unión*, que, siendo jóvenes de familias distinguidas, habían hecho campaña en el Norte y habían sufrido en ella las mismas rigurosas privaciones y soportado las mismas fatigas que los demás individuos del Ejército. Cuando éste iba desfilando hacia *Fucha*, alguien que había visto en el Norte á la Compañía, gritó: "¡La banda de la Compañía!" Entonces los soldados de *La Unión* empezaron á cantar, al compás de la marcha y con robustas voces, el himno que les había servido de música militar en la campaña:

Valientes patriotas,
Volad á la lid!
Que sea nuestra enseña
Vencer ó morir.

Fieles defensores
De la Constitución,
¡Mueran los ladrones!
Que viva *La Unión!*

Dejamos la patria,
Afectos y amores
Por ser vencedores
De la infiel traición.

.....

No hay que extrañar que en aquella época pudieran hacerse tántas cosas que hoy serían imposibles: arriba se habló de las cosas que excitaban el entusiasmo y avivaban el espíritu público.

Para que nada faltase, teníamos nuestro Demóstenes (José María Galavís) que clamaba elocuentemente en la tribuna contra nuestros Filipos; y nuestros Tirteos (J. Eusebio Caro, J. Joaquín Ortiz, Rafael Alvarez Lozano y José Gregorio Piedrahita), que con sus versos encendían el fuego en los corazones y celebraban las hazañas de nuestros guerreros.

Tal importancia se dio á los sucesos que hemos narrado, que la Cámara provincial de Bogotá, por decreto expedido en Septiembre de 1842, estableció una fiesta en conmemoración de LA GRAN SEMANA.

Hé aquí la parte conducente del decreto: "La Cámara provincial de Bogotá, considerando..... que nada es más digno y honroso para celebrar el aniversario de LA GRAN SEMANA de Bogotá, que presentar en público espectáculo los productos de la industria, que son el fruto de la paz protectora del trabajo individual del ciudadano que respeta y cumple las leyes..... decreta: En el último domingo de Noviembre de cada año, y en los dos días siguientes, se hará en la capital de la República una fiesta provincial consagrada á honrar las acciones virtuosas, y con especialidad á conceder premios y recompensas á los habitantes de la Provincia que manifiesten su laboriosidad y honradez por las obras que presenten como producto de cualquier género de industria á que estén dedicados....."

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Rafael Barriento

UNA TRAGEDIA RUSTICA

Las distinciones sociales son cosa facticia y convencional: por consiguiente, todos podemos tomar parte en las penas y en los gozos de cualquiera de nuestros semejantes, y oír con interés la relación de un acontecimiento capaz por su naturaleza de cautivar la atención, aunque en él no hayan figurado sino personas de condición muy inferior á la nuéstra.

Considerando esto, he pensado que la narración que me propongo hacer puede ser bien recibida por los lectores de *El Correo*, por más que los personajes de mi historia sean de ínfima condición.

I

No hace muchos años pasaba yo cierto jueves, yendo de viaje, por una casita de paja situada á la orilla del camino que de Bogotá conduce á las poblaciones del sur de la Sabana. Deseando encender un cigarro y no esperando que el viento me permitiera servirme de los fósforos, me detuve y entré al patio de la casita. En tanto que la dueña me alcanzó el tizón que le pedí, que encendí mi cigarro y que devolví el tizón, cosas que adrede hice muy despacio para contemplar á mi sabor á la campesina, oí el diálogo que ella entabló con un mozo que venía á caballo y que había entrado casi al mismo tiempo que yo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—"Compadre, dijo la casera, usted que va para Bogotá me va á hacer el bien de decirle á Angel María, cuando lo alcance, que no se dilate, que haga todo empeño por descargar hoy mismo el carro, y que se vuelva corriendo, porque el niño Justo me acaba de decir que la novilla con el becerrito, y la marrana y la potranca están desde el sábado en el coso del pueblo, y si Angel María no va á sacarlos, perecen los animalitos de Dios.

—Pero, comadre, ¿cómo los ha dejado allá tántos días sin hacer diligencia?

—Si cuando los echámos menos, que fue el viernes, pensámos que estarían en el rastrojo, y como los patrones nos mandaron llamar ese día....

—Pero, comadre, yo, si fuera usted, ya me había ido para el pueblo....

—Si yo no puedo ni arrimarme al pueblo si no voy con Angel María ó con otra persona que me haga respetar. Si supiera, compadre, lo atrevido que es ese Alcalde...."

Habiendo el diálogo llegado á este punto, ya se me habían agotado los pretextos para alargar mi permanencia en la casa y tuve que continuar mi viaje.

La conversación de la casera, tan insignificante como parecerá á muchos de mis lectores, me había llamado la atención. A ello pudo contribuír la reflexión que me ocurrió de que el conflicto en que se hallaba aquella pobre muchacha era, dadas sus circunstancias y su pobreza, tan grave como lo habría sido el de un opulento hacendado que se hallara en peligro de ver notablemente menoscabado su caudal y con dificultades insuperables para conjurar á tiempo ese peligro. Pero sospecho que lo que principalmente me inspiró aquel interés fue la belleza y el porte,

que casi me atrevo á calificar de distinguido, del ama de la casita. Era una muchacha esbelta, pero de carnes apretadas; su andar tenía algo de la garbosa languidez del de las calentanas; la tez de blanco aperlado, era fresca y aterciopelada; todas sus facciones competían unas con otras en gracia y perfección de lineamientos, pero las cejas ligeramente arqueadas y los ojos sombreados por pestañas negras, largas y abundantes, eran lo que daba carácter especial á su fisonomía, y lo que debía quedar más impreso en los ojos y en la imaginación de los que la contemplaran.

Esta muchacha había adquirido cierta cultura sirviendo en alguna casa de la capital: lo adiviné observando sus maneras y su traje, el cual era intachable, sin dejar de ser pobre y sencillo.

Más tarde supe que no me había equivocado: supe en qué casas había servido, supe que se llamaba Paula y supe que, catorce meses antes del día en que la conocí, se había casado con un mozo llamado Angel María, que hacía oficio de carretero en la hacienda en cuyo terreno estaba la casita en que conocí á Paula. Ese mismo día columbré en la salita una hamaca en que dormía el primer fruto de aquel matrimonio.

Las señoras en cuya casa había empezado Paula su carrera de criada, las que siguieron ejerciendo sobre ella una especie de tutela, me han referido que no dieron su consentimiento para el matrimonio sin haberse cerciorado antes de que Angel María era honrado, trabajador, de buena conducta y adicto á sus patrones. No hay necesidad de agregar que el oficio de carretero lo había maleado algún tanto.

—

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El domingo siguiente á aquel jueves en que conocí á Paula, ya de regreso á Bogotá, pasé á eso de las once de la mañana por el pueblo de que ella era vecina, y quise detenerme para oír misa. Apenas entré en la plaza vi gran golpe de gente que se dirigía á la iglesia, y á poco advertí que llevaban un cadáver y que éste excitaba gran curiosidad entre los vecinos, muchos de los cuales corrían con manifiesta intención de ver al difunto antes que lo metiesen á la iglesia. Los que lo llevaban lo colocaron en el suelo del atrio, y yo, contagiado de la curiosidad de los vecinos, me acerqué á él. Al verlo, pensé que la muerte había debido librar combate titánico para triunfar de tánta vida: era un joven grande y fornido. En el semblante se le veían las señales de una lucha cruel en que acababa de sucumbir; pero al través de las sombras de la muerte se descubría que había sido hermoso.

Lo habían traído cubierto desde los pies hasta la cintura con una ruana; pero un curioso lo descubrió. Entonces vimos con horror que la pierna derecha, ó por mejor decir, lo que había sido pierna, era una masa informe y negra, y que el pie, al que se hallaban adheridos varios huesos y jirones de carne, estaba separado de la pierna y colocado junto á ella.

De golpe dijo una mujer con acento de afán: ¡La niña Paula! ¡La niña Paula! ¡Tápenlo, por Dios!

Pero ya era tarde. Rompiendo con el brazo derecho el grupo de gente, con su niño debajo del brazo izquierdo, jadeante, desmelenada, se arrojó Paula sobre el cadáver, gritando: "Déjenmelo ver! Déjenmelo ver!"

No le caía una lágrima. Ese dolor sin desahogo le levantaba el pecho y la privaba de respiración. Una mujer compasiva tomó el niño, y aquel mozo á quien Paula había dado tratamiento de compadre, que era cuñado suyo, se esforzaba por apartarla de ese sitio, mostrando él mismo la más intensa aflicción.

Yo no pude resistir más y me entré á la iglesia. En ella busqué el paraje en que pudiera quedar más retirado del teatro de la dolorosa escena, y (lo digo sin avergonzarme) me puse á llorar.

Desde que, hallándome cerca al cadáver, oí exclamar: *¡La niña Paula!* comprendí que el difunto era Angel María.

II

Angel María, conduciendo el carro cargado, había pasado por su casa, encaminándose á Bogotá, una hora antes de que yo hubiese oído la conversación entre Paula y su cuñado. Este, cuando alcanzó á su hermano, no se acordó de hacerle la advertencia que Paula le había encargado. Angel María llegó tarde á Bogotá, con el carro dañado, y recibió orden de su patrón, que se hallaba en la ciudad, de hacerlo componer; pero la carrocería á que acostumbraba ocurrir estaba cerrada; acudió á otra, y en ésta le ofrecieron componerle el carro el viernes muy temprano. Amaneció ese día, desarmóse el carro, el que resultó mucho más dañado de lo que se había creído. Llegó la tarde, y Angel María dio con unos buenos amigos que lo entretuvieron hasta el anochecer. Los bueyes estaban en un potrero bastante grande y no fue fácil cogerlos. En fin, ya por los obstáculos que se le presentaron, ya por los que él mismo se buscó, ello fue que Angel María no pudo tener uncidos los bueyes ni emprender viaje para la hacienda sino á eso de las once de la noche.

Gracias á lo avanzado de la hora y, probablemente, á los entretenimientos á que se había entregado con los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

amigos, sintió sueño y cansancio y, una ó dos horas después de haber salido de la ciudad, cayó en la tentación en que tan á menudo caen los carreteros, y montó en el carro. Acomodóse en él recostándose un poco en la compuerta trasera y estirando las piernas. Previendo que había de quedarse dormido y recelando que le robaran su rejo de enlazar, que era nuevo y muy bueno, metió la pierna derecha por entre la *chipa* del rejo (1). Su previsión no fue vana, pues á poco rato se hallaba entregado á profundo sueño.

No es dable saber cuánto habría dormido cuando lo despertó una impresión intolerablemente dolorosa entre la rodilla y el tobillo. Se llevó allá las manos y halló que el rejo le estaba comprimiendo la pierna y que la compresión se iba aumentando lenta pero continuamente.

Era que uno de los extremos del rejo, que sin duda estaba mal recogido, había caído por entre dos tablas de las del fondo del carro, se había enredado en los radios de una de las ruedas, y al girar de ésta, se iba arrollando en el eje. El infeliz Angel María no podía verlo, ni el verlo le habría servido para estorbarlo.

Hizo un esfuerzo desesperado para sacar la pierna; con las manos temblorosas trató de deshacer las lazadas y de buscar un extremo de la cuerda; palpó toda la parte del carro á que podía alcanzar, buscando un instrumento cortante; pero todo fue inútil. Comprendió que aquella

(1) ¿Irá esta relación á manos de alguno que no conozca el *rejo de enlazar*? Por si acaso, ahí va su descripción: el rejo, instrumento, arma, compañero inseparable y recreo del campesino de la sabana de Bogotá, es una correa retorcida, de cuero crudo de buey. Longitud, de 10 á 16 metros. Diámetro del cilindro que forma, un centímetro poco más ó menos. El rejo se recoge formando con él aros ó anillos que, juntos, forman como una corona: esta es la *chipa*.

compresión no iba en aumento sino por el movimiento del carro, y les dio á los bueyes aquellas voces que les solía dar para detenerlos; pero los bueyes, impasibles como una máquina, no las obedecían; pensó que alguien podría oírlo, y gritó con todas sus fuerzas pidiendo socorro; pero en aquellos contornos no había habitaciones, ni por aquel camino pasaba nadie. Entonces prorrumpió en un alarido agudo, vibrante y lastimero, adiós supremo á toda esperanza, desahogo frenético de un dolor que no podía tener alivio. Con ese grito los bueyes aceleraron el paso, y el pobre mártir se vio privado del miserable consuelo de quejarse en voz alta y siguió llorando con gemidos ahogados.

Lo intenso de sus dolores no impidió que por la mente le cruzasen, como relámpagos, reflexiones que le torturaron el alma, como aquella implacable y maldecida cuerda le torturaba el cuerpo. ¡Perder mi pierna, mi pierna, mía, mía, mía! todavía la tengo; ¡qué fácil sería cortar ese rejo ó detener esos bueyes, y ni el rejo se corta, ni los bueyes se detienen! Y ¡oh congoja! con la pierna perderé la vida.... y mi mujercita.... y mi hijito!...

Acordóse de Dios, y de lo íntimo de las entrañas le brotaron plegarias; invocó á la Virgen de Chiquinquirá y á muchos santos; pero el cielo permanecía sordo á sus clamores como los hombres y como la naturaleza. No le respondían ni lo acompañaban sino el silencio y la oscuridad.

Empero, ésta no era tan densa que no le permitiese distinguir los objetos, y conoció que se acercaba á su casa, con lo que volvió la esperanza á su corazón. Olvidándose de que con un grito podía arrear los bueyes, empezó á llamar á su mujer: Paula, clamaba, Paula, Paulita.... ¡Me muero!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

¡Por Dios, mi hijita, salga y ataje estos animales!

Gritando así llegó á la entrada de su casa, y los bueyes, acostumbrados á hacer allí una parada, se detuvieron. Pero Paula no salía y la casa parecía estar sola. La puerta de la cocina estaba entreabierta, y por ella salió relamiéndose el hocico, un perro desconocido, que con sus ladridos espantó á los bueyes y los hizo continuar arrastrando el carro, y esto por la parte más escabrosa del camino. Angel María iba á seguir llamando á Paula; pero de pronto un dolor nuevo y más vehemente lo dejó sin voz y sin aliento, y se sintió un traquido; el hueso más delgado de los de la pierna (el peroné) había estallado. Las asperezas del camino eran grandes y los sacudimientos bruscos; iban de bajada, el movimiento se avivó y no tardó en producirse otro traquido más violento: se había roto el otro hueso, y la pierna quedó doblada en forma de escuadra; la fractura de la tibia fue en punto inferior al de la otra, y así los huesos desgarraron toda la pantorrilla y empezó á manar sangre á raudales.

Ya rayaba el día cuando el mayordomo vio el carro y los bueyes parados á la puerta de la casa de la hacienda; vio el cadáver de Angel María y el reguero de sangre que el carro había ido dejando. Horrorizado, llamó gente; empezaron á hacerse conjeturas sobre el modo como se había verificado aquella tragedia, y sin dificultad se halló la explicación.

Estando ausentes los patrones, el mayordomo tomó por sí la resolución de llevar inmediatamente al pueblo aquel cuerpo sangriento y mutilado.

—

Desde el anochecer del jueves había empezado Paula á impacientarse con la tardanza de su marido, y á salir á

mirar el camino, esperando verlo llegar. El viernes fue aumentándose su afán, y por la noche, noche que pasó sin dormir y sudando de congoja, concibió la aprensión de que á Angel María le había sucedido algo. La luz del día no fue parte á tranquilizarla. Ya no se acordaba de los animalitos que estaban pereciendo en el coso; la aprensión que había comenzado á atormentarla iba tomando cuerpo á medida que pasaban las horas del sábado.

Cuando una aprensión se apodera de nosotros, nos sugiere argumentos cada vez más poderosos para demostrar que ha sucedido lo que tememos; y si empezamos á obrar, á ponernos en movimiento para conjurar el peligro imaginado, la aprensión se convierte en certidumbre.

Esto fue lo que sucedió con la pobre Paula; desde que concibió el proyecto de cargar con su criatura y emprender el camino de Bogotá, ya no dudó de que á su esposo le había sucedido alguna desgracia. Emprendió su viaje á eso de las cinco de la tarde, y con el rostro encendido, la respiración anhelante, los ojos hinchados de llorar, llamó á las diez de la noche á la puerta de la casa de los patrones. Ellos no pudieron darle otra noticia de Angel María que la de que el jueves había recibido la orden de hacer componer el carro y de regresar á la hacienda. Quisiéronla detener, pero nada fue capaz de hacerla flaquear en su resolución de buscar inmediatamente á Angel María. Tomó las señas del establecimiento en que habitualmente se componían los carros de la hacienda, se dirigió á ella desolada, golpeó mucho tiempo á la puerta, sin que nadie le respondiese; recorrió otros sitios en que se figuraba que podría hallar á su esposo, y cuando perdió la esperanza de hallarlo, tomó, aunque se sentía exánime, la determinación de volverse para su casa á ver si Angel

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

María había llegado mientras ella había estado en Bogotá.

Probablemente llegó á su casa á la hora en que el cadáver de Angel María era conducido del pueblo á la parroquia.

Como halló su casa sola, se revistió de nuevo valor y determinó seguir hasta la casa de la hacienda. Pocos pasos había dado cuando empezó á ver en el camino un reguero de sangre: su corazón sabía quién la había derramado. Sin dejar de correr desatentadamente, iba formando conjeturas sobre aquel desastre. ¡Pobrecita! Por muy negras que las formara, su imaginación no podía alcanzar á la espantosa realidad.

En la casa de la hacienda la recibió una campesina vieja que era quien cuidaba de la casa en ausencia de los amos, y llorando le dijo: "¡Ay, niña Paulita de mi corazón!" Paula, sin atender á su exclamación, le preguntó si sabía de Angel María.—"¿Entonces usted no sabe nada?" le respondió.—"¿Qué, qué es?" repuso Paula.—"Que encomiende á Dios al niño Angel María. No hace nada que se lo llevaron para el pueblo; y si se da prisa, por allí no más los puede alcanzar."

Si á mí me dijeran que me había de hallar en una tribulación como la de Paula, yo aseguraría que no podría sobrevivir á ella. Eso mismo dirán todos, y eso mismo decimos pensando en ciertas desgracias que nos pueden sobrevenir. Sin embargo, todos sobrevivimos á las desgracias, como Paula ha sobrevivido á la suya, si bien con apariencia de tener veinte años más de los que tiene.

EL NAUFRAGIO

DEL "BIENVILLE"

En la relación siguiente hago uso de la primera persona, para facilitar la redacción. No soy yo el protagonista, ni siquiera conozco el mar; y, si Dios me da vida, salud y licencia, he de ver cumplido el antojo de morirme sin conocerlo.

El héroe de esta historia es el Sr. Dr. D. Cristóbal Ortega.

J. MANUEL MARROQUÍN

I

El 10 de Agosto de 1872 zarpó el vapor *Bienville*, del puerto de Nueva York con rumbo á Colón.

Dicho buque no pertenecía á la *Pacific Mail Steam Navigation C.º*, que debiendo despachar uno en esa fecha, y teniendo en reparación el *Ocean Queen*, que era el señalado para aquel viaje, tomó el otro en alquiler á una compañía francesa.

El *Bienville* estaba asegurado por tiempo fijo, y veinte días después del de la fecha mencionada, debía terminar el plazo del seguro. Esta circunstancia debe tenerse presente, como muy importante, para que pueda formarse juicio acerca de la causa á que acaso se debió la catástrofe que va á referirse.

El capitán se llamaba Jefferson Moury. El número de tripulantes y pasajeros ascendía á ciento treinta. Entre

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los últimos se contaban dos cónsules americanos, uno enviado al Perú y otro á Chile, que se habían embarcado con sus esposas y con sus niños; el Coronel Pío Rosado, revolucionario cubano que andaba allegando recursos para su partido, y el joven Antonio Vargas Villegas, hijo de nuestro distinguido médico Dr. Vargas Reyes. El y yo éramos á bordo los únicos colombianos. Fuera de las señoras y de los niños de los cónsules había muchos otros niños y señoras.

El día 14, á las tres de la tarde, nuestro vapor se encontró con uno que iba de las costas colombianas, llevando á D. Carlos Martín, Ministro de Colombia en los Estados Unidos, D. Lino de Pombo Rebolledo y otros paisanos míos.

La navegación fue feliz desde el 10 hasta el 14, y no hubo cosa que interrumpiese la monotonía del viaje, á no ser el que llamaré *ejercicio de incendio* que mandó hacer el capitán desde el segundo hasta el cuarto de aquellos días. Recuerdo que, viéndolo, le hice observar al Coronel Rosado que *un incendio á bordo sería cosa entretenida.*

El día 14, á las ocho de la noche, el capitán hizo, como de costumbre, su visita de todas las partes de la embarcación y se encerró luégo en su camarote.

A las dos de la mañana, hallándonos poco más ó menos á la altura de la Florida, entre los 21 y los 23 grados de latitud Norte, me despierta la campana de alarma con su siniestro tañido.

Despierto sin sobresalto, ignorando qué hora es é imaginando que va á seguirse haciendo el mencionado ejercicio, que era agradable espectáculo por la puntualidad y precisión con que cada marinero ocupaba su puesto y desempeñaba las funciones que le estaban señaladas. Pero al subir sobre cubierta oigo el más pavoroso de los anun-

cios que oídos humanos pueden percibir: ¡fuego á bordo! Y descubro que la obediencia y el orden, que se solían observar en la tripulación cuando el incendio era imaginario, faltaban totalmente ahora que de veras nos amenazaba con todos sus horrores. Todo era ya confusión y desconcierto, y entre los marineros no quedaban rastros de sujeción ni de disciplina.

Los pasajeros de 3.ª clase habían sido los que, despertados por el calor y por el humo que subían de la bodega, habían dado el aviso: ni los marineros de cuarto ni otro alguno pudieron ó quisieron dar el alarma.

El fuego yá había avanzado tánto, que la bomba que debía funcionar mecánicamente estaba desprendida del casco. Se trataba de hacer funcionar á mano otras tres, y yo me puse á ayudar á los que las manejaban, pero no se sabía si aquella labor producía algún efecto.

El fuego tuvo origen en las bodegas de proa, á donde no era posible que se hubiese comunicado el fuego de la máquina; y esta es otra circunstancia que debe tenerse presente.

Julio Verne, en su novela *El Cháncellor*, proponiéndose acumular todas las circunstancias capaces de hacer estremecer de horror hasta á los lectores más insensibles, no alcanzó con toda su fecunda inventiva á pintar una situación más espantosa que la de los que íbamos á bordo del *Bienville*. Ni siquiera faltaban en éste las materias explosivas, pues, como todos lo sabíamos, venía cargado de elementos de guerra para el Perú. Tampoco faltaban las torturas de la incertidumbre: el capitán declaró que, á fin de evitar que se establecieran corrientes de aire, era forzoso cerrar las escotillas, y, una vez cerradas, nada pudo averiguarse sobre los progresos del fuego. Cada nuevo mi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nuto que pasaba, nos acercaba á la catástrofe, que no podía tardar, pues el humo y el calor crecían progresivamente y anunciaban como próxima la explosión que, con horrendo estrago, había de hacer estallar el buque.

Todo el mundo se hallaba sobre cubierta. Todos se agitaban y corrían de proa á popa y de popa á proa desatentados y sudorosos, con el semblante mortecino y desencajado, con la boca seca y preguntando qué harían, y si no podrían salvarse, y qué decían el capitán y los marineros, preguntas á que nadie podía dar respuesta y que se hacían sabiendo que no la tenían.

Para colmo de desdichas, los marineros se sublevaron y trataron de echar al agua un bote para escaparse ellos solos; pero en la confusión y el atropellamiento dejaron que diese contra el costado del vapor, con lo que se abrió en dos y quedó suspendido de los cables.

Este fracaso los dispuso á la sumisión, y ya no fue difícil sujetarlos, lo que consiguió el capitán con ayuda de los oficiales y de muchos de los pasajeros.

Tras esta tumultuosa escena, el capitán impone silencio y prorrumpe: ¡Ultimo almuerzo á bordo del *Bienville!* Manda repartir en los siete botes que quedan, el agua dulce y los víveres capaces de ser conservados; pero la distribución se hace desbaratadamente, pues el miedo, la ansiedad y la precipitación no consienten que se haga con orden y concierto.

La gente ha empezado á ocupar los botes, y el capitán dispone de los primeros, como es de su deber, en favor de las mujeres y de los niños, pero haciendo entrar en cada uno de los que destinaba para los pasajeros, más personas de las que podía contener, cargando más de lo posible.

Ya está uno lleno de gente, y los que nos hallamos en lo alto de la escala del vapor vemos que las mujeres se cargan todas á la banda del esquife por donde le da la corriente, y que se vuelca la frágil embarcación.

De todas partes se levanta un alarido desgarrador; pero los marineros que se hallaban al pie de la escala se arrojan al agua y salvan á los infelices que se habían sumergido.

En los lances semejantes á aquel en que nos encontrábamos, es, según las relaciones que de ellos he leído, casi inevitable que se traben combates ferales entre los que, á competencia, pretenden tomar sitio en los botes. En esta ocasión, merced á la prudencia y la entereza de muchos de los pasajeros, no hubo que presenciar tan repugnantes escenas.

Pero el miedo, el afán y la ciega impaciencia tenían tan trastornadas las cabezas que, al hacerse el embarque en los botes, hubo niños que quedaron separados de sus madres; mujeres, de sus maridos; y hermanos, de sus hermanos.

El capitán, afectando sujeción á la disciplina, bajó el último de todos por un cable al bote en que había reservado lugar para sí, para los oficiales y para varios marineros. De él se había sacado, usando de violencia, á Antonio Vargas, y se le había lanzado á otro de los botes. El mismo procedimiento se trató de emplear con el Coronel Rosado, pero él defendió victoriosamente el puesto de que había tomado posesión. ¿Porqué no desplegó la misma energía para defender el de su compañero?

El bote ó lancha del capitán tenía cabida para cuarenta pasajeros, y sólo fue ocupado por diecinueve; tenía timón, un palo y una vela, y en él llevaban brújula y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los demás instrumentos náuticos que podían servir para gobernarlo.

En el bote en que me tocó embarcarme no había más objetos que los remos, una caja de galletas de soda, seis panes de á seis libras, un jamón y dos litros de agua. Hallábase además en tal estado, que uno de mis compañeros rompió su camisa para calafetearlo, y era tan reducido, que los diez náufragos que lo ocupámos quedámos apiñados y oprimidos. Los que me acompañaban eran ocho norteamericanos, sirvientes del vapor, gente tosca y de ínfima condición, y un fogonero llamado Péter, no menos inculto que los otros, pero que, por ser de todos el que más había navegado, era el menos incapaz de discurrir lo que debiéramos intentar para salvarnos, ó más bien (según lo pensábamos) para retardar el desastre final.

Seis botes henchidos de gente estaban esperando el momento de ver partir el del capitán para esforzarse por seguir el rumbo que él tomara. En el punto en que se creyó que iba á ponerse en movimiento, una marejada lo hizo perder de vista, sacudió violentamente las ligeras embarcaciones, sumergió dos de las más inmediatas á la mía, y por fin las separó á todas unas de otras. En una de las dos que se fueron á pique iban hombres y señoras. Aquéllos eran ágiles é intrépidos, y á nado llevaron á sus compañeras hasta el bote que los marineros habían dejado pendiente de la borda del vapor. Allí, gracias á uno de aquellos milagros que suele obrar el apego á la vida, pudieron ellas sostenerse mientras sus salvadores voltearon el bote y achicaron el agua de que estaba lleno. La Providencia premió los heroicos esfuerzos de aquellos hombres, pues salvaron á sus afligidas compañeras y se salvaron ellos mismos. Su bote fue de los que más tarde llegaron á tierra.

De los náufragos del otro no se volvió á ver á flor de agua sino á un joven que, provisto de salvavidas (como lo estaban todos, menos yo), nadaba con esfuerzo hacia nosotros y pedía con penetrantes gritos que lo recibiésemos. Nuestro improvisado patrón, Péter, mandó que se huyese de él y hubo de dejársele perecer, no sin que á mí se me despedazasen las entrañas de angustia y de compasión. Pero Péter había obrado con cordura: si aquel infeliz hubiese llegado á poner la mano en nuestro bote, él mismo y todos los demás habríamos perecido indefectiblemente.

Aún no se había separado nuestro bote del sitio de tan dolorosas escenas, cuando una súbita conmoción en el aire y en las aguas, y una detonación igual á la de muchas piezas de artillería, nos anunciaron que el vapor había estallado. Ocultábanlo las olas, pero vimos subir por los aires la inmensa columna de humo y de fuego.

Si bien habíamos pensado que amontonarnos en un bote era huír de un naufragio para buscar otro que parecía igualmente cierto, no pudimos dejar de experimentar secreta satisfacción al ver que por lo menos nos habíamos procurado algunas horas más de vida y que habíamos escapado de perecer abrasados.

Cuando, á la ventura y llevado por las olas, el bote se puso en movimiento, tuve por cosa de dos horas el martirio de estar oyendo á tres de los compañeros llorar como niños y levantar agudos alaridos de miedo y de desesperación.

Como para que se extinguiese la esperanza que podíamos abrigar, las olas nos arrebataron muy luégo el jamón; inutilizaron el pan y rompieron la vasija que contenía el agua, de la que no se pudo recoger sino muy corta cantidad.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Inmediatamente se establece el régimen á que hemos de sujetarnos: una galleta para cada uno á las ocho de la mañana, y otra al anochecer. Hacia el medio día, cuando el calor hace intolerable la sofocación, cada cual trata de apagar con un trago de agua el fuego que le consume las entrañas.

Algunas veces devorábamos con ansia aquella sombra de alimento; otras la consumíamos poco á poco, viendo con terror acercarse el momento en que, contemplando en nuestra mano la última migaja, habíamos de titubear entre devorarla y guardarla para más tarde.

Entre nosotros ha nacido aquella especie de afecto que liga á los que están oprimidos por una misma pena, y á los que batallan con un peligro común; pero por nuestra mente cruza de cuando en cuando, como negro fantasma, la idea de que puede llegar la hora en que los más débiles vengan á ser pasto de los más fuertes.

No puede dejarse de remar un solo instante. Desorientados y desprovistos de brújula no podemos seguir rumbo ninguno; pero es fuerza, para no ver zozobrar nuestra embarcación, tener siempre dirigida la proa en el sentido de la corriente, para evitar golpes de costado.

El primer día me esforcé por manejar el remo como los demás; pero las manos se me desollaron y los compañeros no me permitieron que volviese á empuñarlo.

Nadie tiene perfecta idea de lo que es la soledad del océano sin haberse hallado en tribulación como la nuéstra. Los que navegan con brújula esperan encontrar embarcaciones que sigan el mismo derrotero que ellos siguen; nosotros ignorábamos cuál era la línea por donde la corriente nos llevaba, y era temerario esperar que la casualidad nos condujese por alguna ruta frecuentada.

No: en la casualidad no podíamos confiar; pero debíamos confiar en la Providencia. No sé si algunos de mis rudos compañeros levantarían mudas plegarias; yo tenía el consuelo de orar, había puesto en Dios toda mi confianza y me sentía tranquilo y sereno.

¡Dichoso el que, si vuelve los ojos al cielo al verse amenazado por un peligro, no los vuelve entonces por primera vez!

¡Lo que es la naturaleza humana! Pocas horas después de aquellas dos penosísimas en que los lamentos de algunos de nuestros compañeros desgarraban el aire y nuestros oídos, se conversaba con libertad de ánimo y se decían chistes.

¿Quién podrá pintar la ansiedad y las congojas de la primera noche que pasámos abandonados en el mar? Al faltar la luz nos pareció que quedaba desvanecida toda esperanza de encontrar una embarcación que nos salvara; estábamos ciertos de que nos apartaríamos de los lugares frecuentados, y en las tinieblas *veíamos* más peligros que los que la luz del sol nos había hecho descubrir.

Del segundo día en adelante siguieron porfiadamente nuestro bote dos lobos marinos que, aunque debían de estar saboreando anticipadamente el banquete que creían seguro, se impacientaban con la tardanza y mordían los remos y daban cabezadas contra los costados del esquife. Péter quiso hacer uso contra uno ellos de la única arma que poseíamos, que era un cuchillo desgastado, de tres pulgadas de largo. Asestóle la estocada con ímpetu, pero dio en vago y estuvo á punto de caer al agua, en donde los dos monstruos se habrían repartido al instante sus despojos. ¿Qué habría sido de nosotros sin los servicios de aquel hombre de hierro que nunca descansaba, que toma-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ba sobre sí las labores más pesadas y que se mostró constantemente digno de ejercer la autoridad que de común acuerdo le habíamos conferido?

Con la ansiedad continua, crece cada hora la necesidad de penetrar con los ojos en las profundidades del horizonte; nos seca y nos abruma el fastidio de encontrar siempre la misma soledad y el mismo vacío; y si una que otra vez se interrumpe, cuando creemos divisar buques ó tierras distantes, es porque nos vemos cruelmente engañados por nieblas ó vapores fugitivos que representan los objetos de nuestro anhelo.

El agua penetraba por las hendeduras de nuestra cáscara de nuez y las olas la cubrían á menudo, con lo que nos hallábamos empapados con el agua salobre, sin que hubiese modo ni esperanza de secar los vestidos. Sobre todo el cuerpo me produjo esa humedad el efecto de un gran sinapismo, y el contacto con el agua del mar hacía cada momento más intolerable el escozor que me torturaba. A este martirio, se unían el del hambre y el de la sed, el de la postura violenta é invariable en que nos veíamos obligados á permanecer, repartidos en los dos costados y esforzándonos por no hacer perder el equilibrio, sentados en un listón y con las piernas recogidas debajo de él para dejar sitio dssembarazado á los que se ocupaban en achicar, esto es, en sacar el agua que porfiadamente inundaba el esquife.

Mis compañeros dormían por turno para descansar del trabajo; yo experimentaba invencible repugnancia de verme sorprendido durante el sueño por la catástrofe que creía inevitable, y logré á costa de esfuerzos sobrehumanos permanecer siempre despierto. El sueño me causaba vértigos y alucinaciones, y cuando ya me sentía medio

vencido, sumergía la cabeza en el mar, con no poco peligro de ser atrapado por un monstruo marino y de caer en el agua.

El fogonero, que siempre se mostraba animoso, sintió hacia el cuarto día que el mar se agitaba desusadamente; concibió con ello la idea de que habíamos entrado en el Golfo de México, y la de que si así era, estábamos irremisiblemente perdidos.

Al anochecer de ese mismo día vimos que en punto muy distante, hacia el cual nos arrastraba la corriente, se habían amontonado nubes negras. El estampido y el resplandor medroso de los rayos que se cruzaban y que descendían sobre la superficie del mar, no tardaron en infundirnos, no el espanto que en otras circunstancias nos habrían hecho sentir, sino vivo anhelo de llegar á los lugares visitados por la tempestad, para mitigar la sed con el agua que caía del cielo. El fogonero aseguraba que tempestades como ésa no se veían sino en tierra, é hizo concebir risueñas esperanzas á aquellos de sus compañeros que, siendo tan malos observadores como él, hacían caso de su afirmación. Esta, por infundada que fuera, sirvió de estímulo para remar vigorosamente.

Esta vez no quedámos burlados: á media noche llegámos al punto tan deseado, en el que llovía á torrentes. Allí empapábamos los pañuelos y nos los esprimíamos en la boca, y con ésta abierta recibíamos también las gotas de la lluvia. Dominados por la necesidad de aplacar la sed, y enajenados por el deleite de apagarla, no hacíamos caso de los rayos que amenazaban nuestra vida. Dios, que en medio de tánto estrago y de tánta desolación, no dejó de darnos muestras de su misericordiosa Providencia, encadenó el huracán que, según el orden natural, debía haber acompañado aquel trastorno de los elementos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El inesperado socorro que habíamos recibido y la serenidad que siguió á la tormenta, dispusieron nuestros ánimos á la esperanza, y casi á la alegría.

Pero ¡qué poco podían durar tales impresiones! Pronto vuelve á acosarnos la terrible idea de que cada braza que adelante nuestro bote nos está alejando quizás del sitio en que puede hallarse nuestra salvación; y, con todo, sería fuerza bogar, aunque la corriente no nos arrastrara, porque la inmovilidad sería más intolerable que la muerte.

Otra idea poderosa para quebrantar los ánimos más alentados: si por la noche cambiamos de rumbo, tal vez estamos girando continuamente al rededor de un mismo punto.

II

Grande es la bondad de Dios cuando nos mantiene apartados de peligros y de tribulaciones; no es más grande, pero se hace para nosotros más sensible, cuando nos saca del peligro que hemos tenido delante y cuando pone fin á la pena que nos ha conturbado. Yo lo bendigo ahora que, sentado tranquilamente en mi aposento, entre mis deudos y mis amigos, y en este hogar y en esta tierra que pensé no volver á ver nunca, me represento las escenas que he tratado de describir.

Todo parecía yá perdido en la tarde del quinto día de nuestra azarosa navegación, cuando uno de mis compañeros gritó, como tántas veces se había gritado: ¡tierra! Sí, muchas veces se había dado ese grito, y las esperanzas que había hecho nacer se habían desvanecido más pronto que las nieblas que se burlaban de nosotros. Yo no me alborocé, porque estaba cansado de engaños lisonjeros; pero recorrí con la vista todos los puntos del horizonte. En todos ellos descubría lo mismo que en aquel hacia donde el que había dado el grito señalaba tierra.

Eran las cinco cuando lo dieron, y á las ocho descubrí una costa acantilada. Nos hallábamos en la estación en que los días son largos, y á esa hora había luz suficiente para hacer visibles los objetos lejanos.

Observé entonces que nuestro improvisado piloto se esforzaba por desviar el esquife de aquella costa, y lo atribuí al temor que pudiera abrigar de dar en ella con salvajes, y acaso con antropófagos; mas él no lo hacía sino porque era preciso evitar que el bote se estrellase contra los cantiles, que eran batidos con estruendo por las olas. Toda la noche se pasó batallando para evitar ese peligro y el de alejarnos demasiado de tierra.

Desde que hubo amanecido se trabajó por costear la que habíamos descubierto, y á eso de las doce del día divisámos una abra en que había playa accesible, y no fue difícil arribar á ella. Nadie aguardó á que la embarcación arrimara á la orilla: todos saltámos fuera sumergiéndonos en el agua, aguijoneados por el ansia de pisar suelo firme y de poder estirar el cuerpo; pero, por acuerdo tácito, todos arrastrámos el bote hasta la playa. ¡Con qué delicias nos estirábamos, nos revolcábamos y probábamos las posturas que á bordo nos había sido imposible tomar durante tántos días! Tál era ese placer, que en los primeros minutos no nos preocupó el temor de haber arribado á tierra inhospitalaria. Y lo era en efecto: lo que pisábamos era un islote desierto é inhabitable, de los innumerables que pertenecen al Archipiélago de las Bahamas ó Lucayas.

Sin duda fue una corriente constante la que nos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

condujo á ese sitio. La corriente del golfo, que sale del de México, pasa por el extremo meridional de la Florida y se dirige hacia el N. O. Luégo se párte en dos, y una de éstas se dirige hacia las Bahamas. Puede conjeturarse que ésta fue la que nos encaminó al sitio en que desembarcámos.

Los más de los habitantes del Archipiélago tienen como única industria la de andar recorriéndolo para recoger despojos de las embarcaciones que naufragan en esos sitios erizados de escollos; y á esa circunstancia debimos nuestra salvación. Menos de dos horas hacía que nos hallábamos en nuestro islote, cuando vimos acercarse una goletica con dos marineros que, habiendo tenido noticia del siniestro, andaban en busca de despojos. Los marineros nos divisaron y se llegaron á recogernos. Recogiéronnos; pero nada nos ofrecieron con que pudiésemos aplacar la sed y el hambre: su barco no llevaba agua dulce ni víveres. Por ellos supimos que el capitán había arribado á Nassau tres días después de la pérdida del *Bienville*, y de allí había salido en un vapor á tratar de dar auxilio á los náufragos, pero que no habiendo descubierto ninguno de los botes, había partido para la Habana.

Nassau es la capital de la Nueva Providencia y centro comercial de todo el Archipiélago. Habiendo partido á la una del día y dirigiéndonos hacia allá en la goletica, hicimos escala á las cuatro en otra isla llamada *Rose Island*. Unos pobres negros, habitantes de la isla, nos hicieron muy buena acogida; nos dieron gran cantidad de achicoria con café y una torta, hecha de alguna legumbre semejante al frísol. Por primera vez en muchas horas bebimos agua; y de tal manera nos hartámos de comida y de bebida, que en mucho rato no pudimos menearnos.

Continuámos nuestro viaje como á las cinco y media; y al anochecer bajé á la bodega, que era estrechísima; allí dormí por primera vez; pero los compañeros me siguieron á poco y me oprimieron, de suerte que los dolores de mis escoriaciones se hicieron intolerables, con lo que me vi obligado á huír á la cubierta, donde me senté respaldado contra uno de los dos palos de la embarcación. La punta de una vela que soltaron por su parte inferior á tiempo que el viento soplaba con violencia, me dio en la cabeza y me arrojó al mar; pude asirme á la misma vela, pero no evitar el sumergirme y quedar pegado al casco y casi debajo de él. El marinero que había soltado la vela sintió el ruido del chapuzón y acudió á buscarme hacia la popa, suponiendo que yo debía haberme quedado atrás, por ir el barco con alguna velocidad. Cuando al cabo dio conmigo me subió al puente y me preguntó cómo estaba; "Un poco húmedo," le contesté yo, y no volvió á hacer caso de mí. Cuando iba amaneciendo, los compañeros abandonaron la bodega, y yo pude disfrutar en ella de las dulzuras del sueño. A las ocho y media de la mañana me despertaron anunciándome que Nassau estaba ya á la vista.

¡Bien ataviado estaba yo para presentarme en la ciudad! Me cubría la cabeza una cachuchita, tenía la cara tostada por el viento y el sol, de suerte que ni mis más allegados hubieran podido conocerme; los pies, monstruosamente hinchados, estaban descalzos, pues las olas me habían arrebatado las chinelas.

Así hice mi entrada en el puerto, en el que estaba esperándonos gran golpe de gente. En el hotel á que nos condujeron satisfice con ansia y con fruición las necesidades de desnudarme, de secarme y de dormir. Rosado

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tuvo la cruel fineza de despertarme demasiado pronto para dirigirme sus enhorabuenas; me hizo vestir con las piezas de paño, pues yá habían mandado lavar mi ropa interior, y me llevó á casa de otro cubano, el que me proporcionó camisa y chinelas. Híceme también á un sombrero de los que llamamos *corroscas*. Al regreso devoré un copiosísimo almuerzo. La compañía que se había obligado á trasladarnos de Nueva York á Colón proveía á nuestro mantenimiento. Sucedíame que comiendo con increíble exceso, llegaba á repletarme, pero no acallaba el hambre.

De los siete botes que habían partido del sitio en que se perdió el *Bienville*, cuatro llegaron á Nassau. Entre los tres de que nunca ha vuelto á tenerse noticia, se cuenta aquel en que habían embarcado á Antonio Vargas. Para su padre debió de ser este golpe tanto más cruel, cuanto él le había ordenado que se trasladase directamente de Europa á Colombia, sin tocar en los Estados Unidos.

Uno de los botes que se salvaron, hizo escala en una isla desierta y tuvo que dejar allí abandonada al más triste destino á una infeliz señora que había enloquecido. Una dura necesidad había forzado á sus compañeros á proceder de esa suerte: la señora, con sus movimientos violentos y desconcertados, había hecho zozobrar el barquito.

El día siguiente al de nuestra llegada, un pasajero norteamericano nos presentó á Rosado y á mí un manifiesto, firmado yá por todos los demás pasajeros, en que se encomiaba la conducta del capitán Moury; y ambos nos negámos á suscribirlo, y lo mismo hicimos algunas horas después cuando se nos dirigió una nueva comisión pidiéndonos con instancia nuestra firma.

De ahí en adelante, el capitán, que había vuelto de Cuba en uno de los once días que permanecimos en

Nassau, no volvió á dirigirnos la palabra; omitió darnos aviso de que en cierto vapor que había de pasar de Cuba para Nueva York, debíamos embarcarnos los náufragos; y, últimamente, cuando estuvimos á su bordo, merced á la vigilancia con que espiámos su llegada, nos hizo decir que para nosotros no quedaba camarote. Tuvimos que contentarnos con uno estrechísimo que no merecía el nombre de tál y que, estando situado en el extremo de la popa, tenía la forma de una V.

Con los datos que tengo expuestos, creo que no habrá necesidad de declarar cuál fue mi opinión y la de Rosado sobre la causa del incendio del vapor. El lector atará los mismos cabos que nosotros y sacará las propias consecuencias.

El viaje á Nueva York fue feliz, pero á la llegada tuvimos que guardar cuarentena y que sufrir visita, porque en Cuba reinaba la fiebre amarilla.

En Nueva York me presenté con el mismo traje que había lucido en Nassau, y fui benévolamente atendido por D. Fernando Párraga, D. Diego de Castro, D. Joaquín Ferro y D. Carlos Martín.

Mi despedida del Coronel Rosado fue la suprema: él corrió la suerte de muchos de los revolucionarios de Cuba: fue fusilado.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

EL CUARTO DE LOS TRASTOS

¡Dichosa edad, y siglos dichosos aquellos en que en cada casa de Bogotá podía haber cuarto de los trastos!

En la casa moderna, que regularmente es desmembración ó fragmento de alguna de las antiguas, puede reputarse venturoso el padre de familia que tiene cuarto, y esto aunque no le falten en el bolsillo. Aun en las casas de 120 pesos mensuales sucede que la cabeza de la familia no tenga dónde reclinar la que lleva sobre los hombros, como no sea en la cama; pues, para descansar, leer, escribir y ocuparse en los negocios, suele tener que convertir la sala en gabinete ó estudio, y la *mesa de centro* en bufete.

La casa moderna tiene fachada de verdadero ó falso ladrillo, ventanas arrodilladas ó balcones con reja de hierro de prolija labor, canales de lata con encajes de lo mismo; puertas, columnas y barandas pintadas de varios colores artísticamente combinados, y adornadas con molduras doradas y con cachivaches de níquel ó de vidrio; aldabón en la puerta principal, que representa una mano, con anillo y todo, que está teniendo una manzana; cielos rasos tan altos como el cielo empíreo, enmarcados en finas molduras y engalanados con florones elegantísimos; y papeles de colgadura de aquellos colores de telas desteñidas que han venido á ser bonitos en la época en que á los helechos, que antes no servían sino para fregar las ollas del masato, les ha tocado subir á los salones y las galerías á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

campar por su respeto entre las plantas venidas de luengas tierras.

Todo esto tiene la casa, digo mal, la *casita* moderna; pero no tiene ni espacio, ni aire, ni luz, ni aquel sabroso *más allá* que tenían las casas santafereñas, en cada uno de cuyos sitios sentía uno que todavía no se le acababa la casa, aunque ese sitio fuera el tercer patio ó el segundo corral; *más allá*, en que los muchachos y las criadas podían hacer sus travesuras y esconder sus contrabandos sin temor alguno á la policía doméstica.

En cierta casa se estaba lamentando uno de los niños de que se le había perdido su pelota. "Búscala por ahí," le dijo su padre.—"Si estoy cansado, repuso el niño, de buscarla en todos los *porayes* de esta casa, y nada...."

Las buenas casas antiguas tenían *porayes:* en las de ahora no los hay; y para buscar una cosa en ellas basta dar un vistazo en cada pieza.

Pero también, si son de planta baja, tienen otra cosa que se me olvidaba enumerar: tienen una humedad que acaba pronto con los trajes, con los muebles, con los empapelados y con la salud.

Los individuos que han levantado recientemente edificios grandes y hermosos, como D. Guillermo y D. Enrique Vargas, D. Santiago Guarín, D. Jorge Holguín, D. Pablo Valenzuela, D. Gonzalo Ramos, D. Juan Sordo, D. Jesús María Gutiérrez (1) y otros pocos, merecen bien de

(1) Después de escrito el presente artículo, recordamos los siguientes nombres, que merecen citarse al lado de los que dejámos apuntados: Félix Ricaurte, Alexis Maguin, Magdalena Mier de Santamaría, Eusebio Umaña, Leonidas Posada Gaviria, José M. González Benito, Tadeo Briceño, Arturo de Cambil, Juan Bonnet, Teodoro Cabrera, José de Jesús Hernández, Alejandro Herrera, Compañía de Seguros, las Morenos, Leopoldo Pombo, Juan Antonio Peñarredonda, Agustín Nieto, Francisco Vargas, Sinforoso Calvo, Antonio de la Cuadra, Carlos Uribe, Pedro Franco, Juan de Dios Uribe Restrepo Alvarez, Josué Gómez.

la ciudad y son dignos de que la posteridad guarde su memoria con respeto y agradecimiento, porque han contribuído á embellecer nuestra capital de una manera permanente. Los que edifican casitas de las que arriba he pintado, hacen ciertamente tomar aspecto aseado y agradable á las calles en que las levantan; pero, en cierto modo, condenan á la parte de la ciudad que ellas ocupen á ser de aquí á dos siglos lo que son actualmente las calles ó pedazos de calle que vemos afeados por casas bajas y reducidas de las que fueron edificadas hace dos ó tres siglos. Tales casitas nuevas, cuando estén viejas y cuando hagan contraste más sensible con los edificios altos y elegantes que han de irse levantando, le conservarán á Bogotá el aire de *pueblo grande* que le halló no sé qué viajero.

El cuarto de los trastos, que no faltaba en ninguna de las casas á la antigua, era un depósito, casi siempre situado en el piso bajo, en que, siglo tras siglo, se iban acumulando en desorden y confusión aquellas cosas que no sirven, pero de las cuales se dice que cuando menos se piense pueden llegar á ser de utilidad. La importancia de estas cosas que se arrinconaban, y consiguientemente de la pieza en que se las aglomeraba, estriba en que daban idea de la condición, de la cultura, de la riqueza, de las aficiones y de las circunstancias todas de la familia á quien pertenecían, ó por lo menos de las de algunos de sus individuos.

Esa pieza no solía estar enteramente inhabitada: puede asegurarse que todos los gatos que no nacían en los desvanes, veían la primera oscuridad en el cuarto de los trastos.

Yo conozco un hombre que nació, fue criado y pasó su juventud en una casa en que había *cuarto de los trastos*,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y que entretuvo muchos ocios, retraído en ese cuarto, trasegando y hurgando los heterogéneos maritates y baratijas de que estaba atestado, y le sucedió lo que al que visita muchas veces á San Pedro de Roma y al que lee frecuentemente el Quijote, esto es, que siempre encontró algo nuevo, algo en que antes no había parado mientes.

A los mal aplomados rimeros de trastos servían de base cajas, arcones y baúles de diversos tamaños y formas, en que originariamente se habían guardado, con orden y arreglo, los papeles de familia que se había resuelto conservar, *por si acaso;* escrituras y obligaciones canceladas; recibos que no importaría que se perdiesen, porque, en todo caso, ahí estaba la prescripción; libros de cuentas y copiadores; correspondencia íntima y de negocios; borradores de memoriales y de exposiciones hechas á alguna *superioridad;* pedacitos de papeles en que por un lado se veía un sobrescrito, por otro operaciones aritméticas, y en la orilla la oblea colorada; inventarios de cosas que ya no existían, y otros papeles pertenecientes á mortuorias de antepasados y á expedientes de pleitos que, á pesar de ser pleitos, se habían acabado hacía muchísimos años.

Confundidos con los manuscritos, roídos por insectos y también por roedores que habían dejado hartas señales de haber habitado entre ellos, se hallaban impresos de todas las épocas; números sueltos de periódicos, manifiestos, alocuciones; folletos de aquellos que sólo son leídos por el autor y por el corrector de la imprenta, en que los particulares pretenden enterar al público, para que les haga justicia, de los pormenores de sus negocios privados; opúsculos sobre asuntos de interés público; bulas de la Santa Cruzada; patentes de hermandades; composiciones en prosa y en verso, hechas para celebrar sucesos ó personajes políticos.

¡Cuánto no daría actualmente aquel hombre por haber sabido á tiempo apreciar los tesoros que tuvo en las manos y que en mala hora destruyó ó dejó perder! ¡Cuántos documentos históricos! ¡Cuántos papeles curiosos, llenos de datos relativos á nuestras antigüedades! Cuando él fue capaz de conocer el valor de esos papeles injuriados por el tiempo y por la incuria, muchos, quizá los más de ellos, habían perecido.

Entre las arcas que se veían ocupadas por papeles, había varias fabricadas de maderas consistentes y pesadas, provistas de doble cerradura, y tan grandes y macizas, que bien pudieran suplir por nuestras modernas cajas de hierro.

También estaban allí las frasqueras; pero no frasqueras como las de ahora, que contienen cuatro frasquitos de figuras fantásticas, hechos como para guardar en ellos medicinas venenosas, y vasitos en forma de barril ó de incensario, ó de regadera, colgados de la cornamenta de un venado ó de las ramas de un espino. Esas frasqueras contenían, amén de los vasos destinados para beber en ellos á contento los ricos vinos españoles que llegaban aquí sin cristianar, media docena de frascos de casi una tercia de altura, cuadrados, de cuello apoplético y labores sobrias, cada uno de los cuales haría muy bien tres botellas de cualquier líquido; y otra media docena de frascos más pequeños. Esos frascos, tapados con un clavel, porque sus tapones de cristal — *ça va sans dire* — se habían perdido, eran de los que, llenos de aloja ó de horchata, lucían en las casas en ocasiones solemnes, y de los que han ido á terminar tristemente su carrera pública en las botillerías.

Aquellos de mis lectores que pertenezcan á la generación *que se levanta*, sólo podrán entenderme cuando hable

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de los *sillones* si, en alguna excursión á ciertas comarcas distantes de la capital, han visto ir á caballo campesinas de las que todavía usan ese mueble. En el cuarto de que voy hablando se hallaban varios sillones forrados en terciopelo colorado, con guarniciones de galón de oro ó de plata finos, y con cantoneras de este último metal.

Puede asegurarse que hoy no existe un adarme de esa plata que adornó sillones, que no haya sido transformado en moneda, y, lo que es peor, envilecido por la liga. Cosas como esas cantoneras y esos galones no existían sino en poder de familias santafereñas antiguas; y ¡qué pocas familias de esas se conservan en el pie en que primitivamente estuvieron! Cantoneras, y galones, y cubiertos, y platos, y espuelas, y hasta el venerable jarro en que bebía el abuelo, y hasta el anillo nupcial han pasado por la ignominia de verse en tenduchas de usureros, en prenderías ó en arcas de acreedores exigentes.

El sillón era, ó es, una montura inelegante en sumo grado, pero sana, higiénica y mucho más segura de lo que parece. Casos hay en que las señoras que se ven obligadas á montar á caballo deberían echar á las espaldas las elegancias y el amor propio y usar del sillón.

El sillón se usó hasta 1840, ó tal vez hasta más tarde, para conducir á caballo á los presos á quienes no convenía quitar los grillos.

Con los sillones hacían juego en el cuarto de los trastos los frenos y jaquimones con estoperoles ó chapetas de plata; jaquimones de aquellos de los cuales dijo un ingenio de esta corte:

Que en la frente del bruto hacen una equis.

Y para completar el inventario de los arreos de montar que allí reposaban, haré mención de las pistoleras y de

los galápagos que llamábamos *húngaros*, de los cuales, unos tenían un pico muy levantado en la parte delantera, y otro en la posterior.

Había asimismo ¡oh vergüenza! retratos al óleo, algunos de cuerpo entero, de antepasados de la familia; y estaban arrollados ó doblados debajo de otros objetos y padeciendo cruelmente con la humedad del suelo. ¡Cuántos esfuerzos ha costado luégo restaurarlos un poco!

Había espadas sin vaina y vainas sin espada; y la cocinera sacaba de vez en cuando una espada, y la *sacaba con razón*, porque, para sacarla, alegaba la de que le servía de asador; pero no la *envainaba con honor*, porque no tenía vaina, como porque ¿qué más deshonor para una espada que ser manejada por una cocinera, y atravesar gallinas en vez de atravesar corazones valientes?

No desearía yo mayor satisfacción que la de ver á mis conciudadanos y á mis conciudadanas usando trajes como los que se hallaban en aquel depósito, *depósito miserable* para ellos que habían estado acostumbrados á ocupar ricos escaparates y á verse defendidos del polvo por papeles de seda.

Allí estaban las *polleras* de rica tela de seda; los que ahora llaman corpiños, armados con varillas de barba de ballena, que por delante los hacía descender como un palmo abajo de la cintura. Allí estuvieron después de 1844 los *ahuecadores* y los peinetones de carey que realzaron los encantos de las mujeres, como después los realzó la crinolina y como en la actualidad los realzan las *hombreras*. Estaban allí los sombreros apuntados ó de tres picos, los casacones de grandes faldas, de telas de seda de color vistoso; los chalecos que bajaban hasta cubrir casi todo el vientre, y los calzones con hebillas que usaron nuestros ma-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

yores cuando la moda dejaba á los varones libertad de escoger telas, colores y cortes, y de usar bordados, galones y alamares, á fin de que pudiesen llevar trajes variados, vistosos y pintorescos, que hicieran lucir la gallardía de la persona.

Los hombres de nuestra éra nos preciamos de amantes de la belleza artística, y nos hemos dejado avasallar por una moda que exige que llevemos el cuerpo forrado en paño, pero forrado como una manzana está forrada en su corteza, sin que por ninguna parte sóbre tela ni se forme pliegue. Yo sé yá cuál será la moda *fin de siècle:* así como se hacen líquidos con que se pinta de oro, de plata y de bronce, se hará uno de lana desmenuzada, y con él se dará cada varón una mano en todo el cuerpo y, luégo que esté seco, saldrá á la calle é irá al baile, ó al espectáculo, ó á la procesión, ó al matrimonio, ó á la sesión solemne. ¡Pobres de los sastres cuando se haya adelantado tánto! Bien que les queda el recurso de hacerse pintores.

No hay para qué decir que los casacones y los demás arreos á la antigua salieron infinitas veces de su escondite para lucir en bailes y *encierros* de disfraz.

Entre todos aquellos bienes de la urraca, figuraba una urna del Niño Dios deshabitada. El Niño se había mudado á otra ó al oratorio. Quedábanle todavía el buey y la mula, varios pastores incompletos é inválidos, cuál sin nariz, cuál sin cabeza, cuál sin piernas: aquello parecía un campo de batalla.

En este escrito, ya que no lo ocuparon en el *cuarto de los trastos*, debían ocupar lugar preferente los muebles antiguos. Los muebles se dividen en tres clases: muebles nuevos, muebles viejos y muebles antiguos. De los primeros nada tengo que decir. *Muebles viejos* son los que, por

haber sido usados mucho tiempo, tienen mal aspecto ó dejan de prestar el servicio á que se les destinó cuando fueron fabricados. Si su vejez es lastimosa decrepitud, van al fuego ó al muladar ó se les regala á una persona pobre *para que vea si le puede servir de algo;* pero, si su vejez es como la de un hombre sobrio y morigerado, pasan de las habitaciones que pueden ser visitadas por los extraños, á otras más repuestas, ó van al *cuarto de los trastos. Iban* debería yo decir, una vez que esta institución está abolida.

Pero cualquiera que sea el paraje á donde vayan á dar, en él reposan por medio siglo, ó por uno entero, y aun por dos ó tres, hasta que han madurado lo suficiente para llegar á la categoría de *muebles antiguos.* Entonces, ó se venden *por cualquier cosa* á un aficionado, ó ascienden, sin salir de manos de la familia, á los puestos de honor.

Los muebles que, viejos, fueron arrumbados en *el cuarto de los trastos* á que arriba me estaba refiriendo, maduraron en él durante larguísimos años, y por desdicha maduraron como maduran ciertas frutas, es decir, á fuerza de malos tratamientos. Muchas veces estuvieron las consolas, las sillas y los canapés en las posturas más incómodas, soportando el peso de otros trastos pesados; de manera que, cuando llegaron á su sazón y fueron reconocidos como muebles de mérito y de valor, ya estaban baldados y necesitaron, para venir á ocupar puestos decorosos, que un artífice los restaurara cuidadosamente.

Salvo los primorosos escritorios con chapa de carey y con incrustaciones de marfil y de concha, y ciertos muebles que sus dueños miraron siempre con respetuoso cariño, por haber sido de uso especial de algún venerable antepasado, todos los muebles que, á principios de este si-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

glo eran viejos, se hallaban asendereados y maltrechos cuando llegó para ellos el tiempo de ascender á *antiguos*.

Si, como lo deseará el lector, vamos saliendo del susodicho cuarto, veremos muy cerca de la puerta dos muebles que se encuentran allí, porque no están sujetos á la misma continua reclusión que los más de sus compañeros. Hablo del biombo y la silla de manos. El biombo estaba forrado en lienzo burdo y en sus bastidores se veían pinturas más burdas todavía, que con ser las peores que han podido producir las brochas más gordas, habían entretenido á diez generaciones de enfermos.

El biombo salía infaliblemente de su sitio siempre que en alguna casa de conocido, pariente ó amigo, se esperaba la venida de *un nuevo servidor*. Por eso conservaba siempre un olorcillo á alhucema, como los muebles y las ropas que se usan en los templos conservan el olor del incienso.

Vida tan poco sedentaria como la del biombo llevaba la silla de manos. Contadas eran, hace veinte ó treinta años, las que había en Bogotá, y esas andaban siempre de Herodes á Pilatos, conduciendo enfermos ó personas que querían viajar de incógnito por las calles.

No existían aún las *agencias de trasteo*, en las que ahora puede cualquiera encontrar sillas de alquiler.

Uno de los antepasados del dueño de la casa en que existía el cuarto de que he tratado, había hecho hacia 1826 un desastroso negocio de importación de mercancías, en que, ó bien algún socio, ó bien alguna casa extranjera, lo había engañado miserablemente; y muchos de los artículos importados yacían en el cuarto, á cuya entrada *habían dejado toda esperanza*. Entre tales artículos figuraba una

colgadura de cama, de gran lujo, cuyos flecos, que estaban hechos una maraña, llevaban como adorno unas pelotas forradas en seda. De éstas había una gran caja, y fue fortuna para los muchachos de la familia, pues servían perfectamente para jugar á la pelota.

Había cajas enteras de botones de tamaño mayor que el de las pesetas de á cinco, que en paz descansen. Formábase cada uno de una lámina cóncava de cobre, y, por la parte anterior, tenían un grabadito en papel y su correspondiente vidrio. Había cajones enteros de muy ordinarias vainas de tijeras, y de librillos de papel para cigarrillos, artículo que cuando se introdujo á Bogotá podía tener la misma salida que los rosarios en Berbería, pues de los cigarrillos se tenía entonces la misma idea que los que no hemos viajado podemos tener ahora de las góndolas de Venecia, que hemos oído nombrar pero que no hemos visto.

En cajitas de cartón se contenían muchas gruesas de machos de broches para capa, que estando, como estaban, célibes, no podían ser de más provecho que los demás artículos.

Y con esto se termina el presente; pues, aunque en el cuarto quedaban muchos más, creo conveniente que también se queden en el tintero; hacer de todos un inventario riguroso sería tratar con demasiado rigor á los benévolos lectores.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

UNA INUNDACION

El sitio llamado las Juntas de Apulo es uno de los más risueños y pintorescos que pueden admirarse en Colombia. En una no muy extensa explanada cubierta de la variada y aromática vegetación propia de nuestras tierras calientes, más lozana todavía y más opulenta en las vegas de los ríos, vienen á confundir sus corrientes el Bogotá y el Apulo. El alegre y reducido valle está ceñido por un lado por cerros elevados, y por otro por colinas de fantásticos perfiles, vestidas siempre de verde claro.

La mano del hombre ha ayudado á la naturaleza á embellecer el sitio y á darle animación, levantando en él un puente y sembrándolo de viviendas rodeadas de huertos y arboledas.

Este lugar tan apacible, que no parece destinado por la naturaleza sino para proporcionar sabroso esparcimiento á los que lo visiten y á los que en él residan, fue hace treinta años teatro de una escena que no puede recordarse sin horror y sobrecogimiento.

En una casa grande, de paja, situada dentro del ángulo que forman los dos ríos en su confluencia, residía el Sr. D. Faustino Acosta, con su esposa D.ª Sinforosa Arenas, sus cuñados D. Jeremías y D.ª Virginia, un hijo varón y cuatro hijas, Heráclita (1) y Dolores, que eran las mayores, y Melania y Concepción, que estaban en la infancia.

El 3 de Abril de 1863, después de una lluvia tenaz y copiosísima, creció el Bogotá hasta llegar á lamer el pie de la casa; por algunas horas bajó la creciente; pero, hacia el

(1) Esposa hoy de D. Dositeo Vargas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

anochecer volvió á presentarse tan amenazadora como antes.

El Sr. Acosta y su hijo se hallaban en una posesión poco distante, llamada *La Meseta*. En la casa de Las Juntas habían tomado hospedaje aquella tarde el Sr. D. Heliodoro Jaramillo, el Sr. D. Vicente Tavera y tres indios. En la casa estaban, además, las sirvientas y un pobre peón que, atacado de fiebre, se había hospedado allí algunos días hacía.

A eso de las ocho de la noche, como no hubiese cesado la lluvia y como la creciente con su fragor infundiese temores de algún cataclismo, salió D. Jeremías á ver si el Apulo también estaba desbordándose, y anunció á la familia que si esto sucedía era forzoso que todos huyesen de la casa. Pero apenas se hubo acercado á la orilla vio que llegaba una avenida espantosa y corrió á disponer que todos se subieran sobre los muebles ó donde pudiesen, pues la casa iba á quedar inundada en esos mismos instantes.

Era el caso que el Apulo, represado más arriba á causa de un gran derrumbamiento, había arrollado por fin el obstáculo que lo atajaba y se había precipitado con ímpetu irresistible, arrastrando en su raudal la tierra y todos los despojos del trozo de montaña que había obstruído su cauce.

Convertidas sus aguas en lodo y represado al llegar á Las Juntas por el Bogotá, caudaloso y pujante á la sazón, trabó con él una lucha titánica, como si quisiera vengarse de las humillaciones que su rival, hasta entonces más poderoso, le había hecho padecer.

El Sr. Jaramillo, montando á caballo, recabó de D. Jeremías que montara también y lo sacara del peligro. Lo

sacó en efecto, y al volver á la casa halló un poco fuera de ella á su hermana D.ª Virginia y á unas sirvientas forcejeando desesperadamente contra la avenida; hizo que se asieran á la cola de su caballo y las sacó así hasta junto á una cerca de piedra, de la que siguieron teniéndose hasta quedar en sitio seguro, no obstante que, al empuje de la creciente, la cerca iba desbaratándose. D. Jeremías, cuando trató de volver á entrar, se halló yá detenido por los torrentes que rodeaban la casa y la cubrían hasta una grande altura.

La Sra. D.ª Sinforosa, con sus hijas Dolores y Melania, quedó encerrada en la pieza en que la calamidad la había sorprendido. Al pie de una de las paredes había un poyo de adobe y tierra; en él se encaramaron, y para resistir al ímpetu de los remolinos, se mantenían aferradas á una vara que, con dos lazos, estaba suspendida horizontalmente del techo. Pero aun así se sentían en inminente peligro, pues el poyo se les iba deshaciendo poco á poco y dejándolas sin sostén.

El peón enfermo, en sus angustias, pedía socorro. El Sr. Tavera le aconsejó que se subiera á una ventana y se agarrara de los balaústres; pero la ventana se desprendió y el infeliz fue sorbido por los torrentes.

Dos de los indios que se habían hospedado allí fueron igualmente arrebatados, junto con la pieza en que se hallaban, que era independiente del resto del edificio.

El indio restante y el Sr. Tavera treparon á dos columnas de las del corredor exterior, y allí se sostuvieron; para descansar por instantes, se dejaban deslizar hasta el suelo, sumergiéndose por entero en aquel agitado piélago de lodo.

De una columna del corredor que quedaba á la espal-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

da de la casa pendía un garabato en que se solía trabajar la melcocha. A éste se agarró Heráclita llevando á su hermanita Concepción. Allí pasó mortales horas pidiendo auxilio sin que hubiese quien la oyera, temblando por la suerte de todos los suyos y batallando con los turbiones que pugnaban por arrastrarla y por arrebatarle su querida carga. Las oleadas cenagosas y pestilentes le daban en la cara, y ella tenía que hacer violentos esfuerzos para quitarse de la boca y de los ojos el fango y la broza de que se le cubrían. Pero no quiso Dios que sus heroicos esfuerzos fueran coronados: una masa de leños y ramas entretejidos le arrebató á la hermanita, la que, probablemente en las ansias de la muerte, pasó por junto á su madre sin que ésta la viese. El cadáver se halló después detenido en un agujero de los que el agua abrió en las paredes.

Heráclita, yá como exánime, se dejó llevar también de la corriente, la que la arrastró á una alcoba. Allí pudo hacer pie sobre un baúl que fluctuaba medio apoyado sobre unas ramas, y divisó por una ventana al indio que había trepado á una columna del corredor exterior, el cual mantenía encendida una vela que había logrado pegar á la misma columna. El indio penetró á la alcoba sumergiéndose en un torrente que se había abierto paso por debajo de la ventana, se acercó á la joven y descubrió que junto á ella pendía un lazo de que había estado suspendida una hamaca; con él la ató por la cintura y la subió á una de las vigas del techo. Pero aún no podía deponer el terror, porque la casa, batida de todos lados por los impetuosos remolinos, bamboleaba y crujía, y anunciaba la consumación del desastre.

Todas estas pavorosas escenas pasaban en medio de una negra oscuridad, interrumpida solamente por el resplandor medroso y fugitivo de los relámpagos. Los truenos no se percibían porque los dominaba el estruendo de las aguas ensoberbecidas. Cada uno de los moradores de la casa se esforzaba, con ansias mortales, por descubrir si ya estaría bajando la creciente, y sobre ello hacía preguntas que nadie oía y que nadie hubiera sabido responder.

Heráclita, sobrecogida de terror, lloraba también el trágico fin de su madre y de sus otras hermanas, las que, á su vez, lloraban por ella, creyendo que había perecido.

Estas últimas veían próximo el fatal término de sus angustias, pues la pieza en que estaban guarecidas se tambaleaba y daba paso por grandes aberturas hechas en las paredes á los bramadores torrentes. Por uno de esos agujeros pasó una mesa de las que se usan para amasar.

Cerca de media noche bajó la creciente lo bastante para que se pudiese hacer pie en el suelo. D. Jeremías sacó á los afligidos habitantes de la casa é hizo que se albergasen provisionalmente en otra, no acabada de edificar, que se encontraba á alguna distancia.

El lastimoso quebrantamiento corporal y el desconsuelo causado por la pérdida de la niña y la de sus intereses, no les dejó saborear el placer de verse libres de aquella *pesadilla realizada*.

Al Sr. Acosta le tocó no pequeña parte en esa suprema tribulación: él lloró por muertas, y de muerte trágica y afanosa, á su esposa y á sus hijas. Las lloraron también los amigos que tenían en la comarca, por toda la cual corrió la noticia de que en la casa de Las Juntas nadie se había salvado.

Los vestigios que quedaron de la catástrofe daban idea de lo que ella había sido y de que sólo por milagro habían podido escapar del estrago las personas á quienes sorprendió en la casa. Hubo muebles de ésta que aparecieron sobre las copas de los árboles.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

LOS NOMBRES DE PILA

Por lo íntima y por lo misteriosa, á esa unión del cuerpo con el alma es semejante la que existe entre el nombre y la persona.

Mirando el asunto por ciertos aspectos, se siente uno inclinado á afirmar que el nombre y la persona son una cosa misma.

Pedro Fernández no es conocido en Europa ni se espera que nunca lo sea; no tiene allí amigos, ni enemigos, ni conocidos. Está seguro de que nadie lo ha de nombrar ni ha de pensar en él en ningún punto situado más allá de los límites de Cundinamarca. Pero en una carta que ha de abrirse en París ó en Lisboa, y que sólo allí ha de ser leída, se calumnia á Pedro Fernández. Pedro Fernández lo sabe y al puuto se inquieta, y se agita, y se afana, y no se da reposo hasta haber combatido y refutado la especie calumniosa.

Y en realidad ¿qué es lo que ha sucedido? Que en Europa se lee en la dicha carta cierto conjunto de sílabas y que el lector pronuncia unos sonidos, conjunto de sílabas y sonidos que no son la persona de Pedro Fernández. Pero éste no hace menos viendo maltratado su nombre que lo que haría si sintiera maltratada su persona. Siente el dolor en el nombre como lo sentiría en la pierna en que recibiera un garrotazo.

Juan García pone su nombre al pie de un pagaré. El

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

acreedor queda satisfecho, aunque Juan García se ausente y aunque se muera. Juan García queda eternamente dando testimonio de que recibió el dinero y de que está obligado á pagarlo y prometiendo que lo pagará. Y esta seguridad es para el acreedor mejor todavía que la que consistiese en que su deudor anduviera perpetuamente cosido á él repitiendo sin cesar: "Le debo á usted 500 pesos; le debo á usted 500 pesos; le debo á usted 500 pesos."

¡Qué reflexiones las que ocurren cuando se ve escribir una firma al pie de un testamento! El testador, al poner su nombre, dice: "Aquí permanece mi voluntad: el que, debiéndola cumplir, no la acate, me desobedece y me agravia, y vulnera mi derecho como si estando yo presente desoyera mis órdenes. Ya habrá desaparecido el polvo á que ha de reducirse mi cadáver, y ahí estaré yo, ahí en donde está escrito mi nombre, y éste tendrá tanta autoridad y virtud para sustentar los derechos que confiero, como los que tendría yo mismo en persona."

De César ¿qué es lo que queda positivamente en el mundo? Un ruidito que hacemos los hombres con la boca cuando decimos *César*, y cinco figuritas que pintamos para que otros las vean y, al verlas, produzcan el mismo ruidito. Y sin embargo, toda la gloria de César estriba en que junto á ese ruidito y á esas figuritas no se coloquen ciertos calificativos, como *cobarde, ruin, ignorante, insignificante,* sino otros como *insigne guerrero y capitán, orador elocuente, conquistador feliz.*

¿Quién que ame la gloria dejará de trabajar por alcanzarla por la consideración de que, unos años después de su muerte, no ha de quedar de él más que esa reunión de sonidos que se llama su nombre?

De todo lo dicho y de mucho más que pudiera decir-

se, se infiere que el nombre es cosa de bastante importancia, y consiguientemente, que la elección que de nombre se hace para cada niño que viene al mundo, merece muy particular atención.

Supongamos que las cosas estuvieran constituídas al revés de como lo están, esto es, que cuando hay un alumbramiento, lo que naciera fuese un nombre masculino ó femenino, y que hubiese que elegir hombre ó mujer para ese nombre. En ese caso nadie escogería para el nombre que le hubiese nacido, un hombre de cara triangular, ojiapartado, de tez achocolatada y lustrosa, idiota, iracundo ó afectado, ni una mujer que se pintara la cara, barbuda ó bachillera.

Porque, en realidad, entre nombres y nombres hay muchas diferencias, y decir que cualquier combinación de sonidos puede ser buena para distinguir una persona de las demás, es un lujoso desatino; y esto aunque dejemos á un lado las censuras de que es objeto un padre que á su hija le pone Toribia ó á su hijo Gorgonio.

A primera vista parece que el nombre debería ser indiferente, porque, bien mirado, ¿qué diferencia sustancial se puede hallar entre los sonidos de que se compone la palabra *Carlos* y los que entran en la palabra *Procopio?* ¿Cuál entre los que forman el vocablo *Elena* y los que percibimos en la voz *Bartola?*

Palabras hay, como *Ramos, Reyes, Salvador* y *Consejo* que suenan perfectamente bien en la conversación, en un discurso y hasta en una poesía lírica, con tal que no estén empleadas como nombres propios. ¿Qué haría un poeta que estuviera enamorado de Consolación ó de Custodia, si fuera á componerle una poesía? ¿Qué, otro poeta (ó el mismo), que se propusiera componer una elegía con motivo de la muerte de Visitación?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

No se sabe ciertamente cuál es el criterio que se debe aplicar ni las reglas estéticas á que sea preciso ajustarse cuando se trate de calificar los nombres; pero ello es que, en este asunto como en casi todos, el gusto se mete á ejercer su imperio, y todos reconocemos que es forzoso darle gusto al gusto, so pena de parecer ridículos.

Y la sanción de la ley estética que rige sobre el particular, no consiste únicamente en la burla de que es víctima quien la quebranta: de la mala elección de un nombre se le pueden seguir males de consideración al que lo lleva. Y vayan los ejemplos. Un nombre propio y prometedor, como César ó Napoleón, si no se ha hecho muy común, empequeñece y anula al que lo lleva, pues cada uno hace involuntariamente la comparación entre el personaje que lo hizo célebre y el que actualmente lo lleva, comparación de que este último nunca sale bien librado. De suerte que el que se llama Napoleón viene, por culpa de quien le puso nombre, á ser menos estimado ó considerado que lo sería si se llamara Nepomuceno.

Verónica es una muchacha como unas flores. Todos los jóvenes casaderos que la ven á la ventana quedan deslumbrados y subyugados por sus hechizos, y dicen para sus adentros: "Con ésta sí me caso de veras." Pero apenas saben que se llama Verónica, el encanto queda deshecho; ninguno pasa adelante en sus pretensiones; y Verónica (gracias á que tiene algunos realejos) se casa ¡á los treinta y cuatro años! con D. Bautista, que es un señor de ruana y pañuelo atado á la cabeza y que calza cincuenta y nueve años.

Nace un niño el 28 de Octubre, y naturalmente se le pone Judas Tadeo. Este niño crece todo lo necesario para venir á ser hombre de negocios, y pudiera hacerse rico

porque es advertido y diligente y cuenta con un capitalito; pero el público, que, para acortarle el nombre, le ha quitado el *Tadeo* y lo ha dejado *Judas*, no puede considerarlo como hombre de bien, por más que sea imposible achacarle ninguna fechoría, y Judas el pobre no puede asentar su crédito.

Sobre la impresión que nos causa cada nombre y nos lo hace agradable ó repulsivo, influye infinito el hecho de haberlo oído por primera vez como nombre de determinada persona. Si el primero á quien hemos oído llamar Remigio es hombre que nos cuadra, es probable que tengamos ese nombre como de buen gusto. Si la primera mujer en quien hemos conocido el nombre de *Luz* es vieja y antipática, es muy fácil que nos quedemos aborreciendo ese nombre. Pero, á pesar de eso, se observa que hay nombres que se escapan de esa influencia y que son universalmente mal recibidos, aunque no los hayan llevado sino personas universalmente apreciadas; y otros que suenan bien, aunque los hayan llevado personajes despreciables ó ridículos.

Los que han cedido al atractivo que la Historia romana ofrece á las imaginaciones juveniles, aman los nombres de los personajes que en aquélla figuran, y no sólo á los que tienen cierta rotundidad majestuosa, como *Publio Cornelio Escipión*, *Claudio Tiberio Nerón*, *Lucio Cornelio Sila*, sino también á los menos sonoros, como *Mucio Escévola* y *Quinto Fabio Máximo*. ¡Pero pobre del padre de familia que proponga para el niño que se va á bautizar el nombre de *Cayo*, el de *Torcuato* ó el de *Tito!* La madre del chico, las dos abuelas y las tías lo declararán hombre de pésimo gusto; y con más enojo lo condenarían si propusiera uno de los nombres *Porcia*, *Cotta*, *Bestia*, *Burro*,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Bruto, Cornificio, Apio, nombres hechos célebres por personajes notables.

Lo que digo de los nombres que pueden tomarse de la Historia romana, lo digo, *mutatis mutandis,* de los que les caen en gracia á los que se familiarizan con la Historia de España. Recuerdo ahora entre tales nombres á *Alvaro, Gonzalo, Jaime, Ramiro* y *Rodrigo.* Hasta *Sancho* puede figurar en este catálogo, pues si se encanalló un poco en la persona del inmortal escudero, en *El Moro Expósito* y en otras leyendas, se ha ennoblecido y hasta *romantizado.*

Por apartarse del camino trillado, muchos ocurren á la Historia griega; y la inclinación á tomar nombres de ella ha sido muy notable en el Norte de Colombia. Padres de familia hay por allá que rehusan ponerles á sus hijos *Temístocles, Aristides, Epaminondas* ó *Pericles,* por haberse hecho en su tierra tan comunes esos nombres como lo son por acá *Antonio* y *Francisco.*

Los nombres de personajes del Antiguo Testamento, como *Ruth, Débora* y *Raquel,* corren parejas con los tomados de las novelas y de la Historia profana.

Entre los nombres más comunes, hay algunos como *Jacinto* y *Narciso,* de los cuales siempre se figura uno que han sido escogidos con ánimo deliberado de escoger un nombre bien lindo.

Lo que, en concepto mío, debe buscarse, ante todo, en un nombre, es que no parezca buscado con diligente estudio, y escogido como bonito, y, sobre todo, como romántico. Quien saca nombres de novelas, dramas y poesías, así como quien los toma de entre los usados en otros países, está perdido. *Delio, Renato, Lisardo, Atala, Ernestina, Teodolinda, Rosalbina, Herminia,* no han podido ser nombres escogidos por personas exentas de afectación. Si

se sigue el ejemplo que ellas han dado, no tardaremos en conocer *Gontranes, Tancredos* (si es que todavía no los tenemos), *Edgardos, Adalgisas, Adas, Arabelas, Armidas, Semiramis, Clovis, Filis, Glóveres, Editas,* etc. etc.

Todo esto parecerá frívolo y baladí; pero hay que considerar que una Teodolinda que resulte bizca y cejijunta; una Herminia que llegue á vieja y, yá vieja, se vea forzada por las vicisitudes de la suerte á dejar *enverdecer* la saya; un Tancredo que pare en alguacil; un Marco Tulio que salga tartajoso y estólido, llevarán toda su vida un estigma que no los hará mirar con horror, pero que será motivo de que ninguna persona pueda nombrarlos sin reírse ni sin hacer reír á los que la escuchen.

Por consideración á los pobres, quisiera yo no mostrarme tan exigente y riguroso. El nombre es la única cosa de lujo que pueden procurarse. Y como de gran lujo consideran ciertos nombres y muy orondos quedan cuando los emplean. He conocido sirvientas muy esmirriadas llamadas *Eddas, Julietas, Anaquildes* y *Auras,* y peones llamados *Aristipos* y *Reginaldos.* Nombres de éstos, suelen hacer donoso contraste con los de los amos ó patrones. Vi una *Laurentina* que le servía á doña *Chepa;* y un *Veremundo* que barría una plaza, á órdenes de ñor *Pacho.*

Comoquiera que no haya que desterrar enteramente los nombres tomados de la Historia, es bueno advertir que, cuando se bautice con ellos, se evite el hacer hibridaciones como la de *José Leonidas* y la de *Epaminondas María,* hibridaciones que se han hecho en alguno de los departamentos de Colombia.

Si en todo caso es censurable que á las personas se les pongan nombres rebuscados y románticos, lo es mucho más cuando el apellido que se ha de posponer al nom-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bre de pila es demasiado poco romántico. Adelina Roncancio y Emma Certuche habrían quedado mejor bautizadas si les hubieran puesto simplemente María Josefa ó Mercedes.

En un departamento de Colombia distinto de aquel á que arriba me referí, hay afición, ó á lo menos la ha habido, á los nombres dobles. De los nombres dobles, tales como *José María, José Antonio, Juan José*, nada hay que decir; pero unos nombres por demasiado largos y otros porque no cuadran con otro ninguno, no pueden entrar en combinación ó *hacer pareja. Leonardo-Jerónimo, Francisco-Emeterio* no pueden sonar bien. Y en el Departamento de que hablo, tales combinaciones resultan más extravagantes de lo que son de por sí, por el hábito que allá se tiene de hacer de los dos nombres uno solo, acentuando únicamente el segundo. No pronuncian, v. g., *Prudencio Enrique*, sino *Prudencioenrique.*

El entusiasmo por las glorias patrias ha inducido á más de un colombiano á convertir apellidos de héroes de la Independencia en nombres de pila, y á destinarlos para sus hijos. Estos quedan, por tanto, convertidos en monumentos semovientes levantados á la gloria de los Próceres, los cuales, allá en la región de la inmortalidad, agradecerán siempre la buena intención de los que se proponen honrarlos, aunque resulten Nariños, Paeces, Sucres y Santanderes canijos, pusilánimes y mentecatos. Lo que sí sucede en todo caso es que los tales monumentos se quedan sin nombre de pila, á lo menos para el público.

Hay un mozo que se llama Girardot Peñuela. Los que lo oyen nombrar *Girardot*, siempre preguntan cómo se llama, es decir, cuál es su nombre de pila.

En todos los países impera alguna tradición que se

respeta al tratar de elegir nombre para cada criatura racional que viene al mundo. Ni los Indios, ni los Chinos, ni los Mahometanos, ni los Judíos andan inventando combinaciones de letras para que los niños que entre ellos nacen tengan nombres peregrinos y nuevos.

En los países cristianos el uso antiguo es tomar para cada niño algún nombre de santo de los que menciona el Martirologio, ó bien el de alguno de los misterios que, en fiestas especiales, conmemora la Iglesia Católica. El sustituír á estos nombres los de personajes de la Historia profana ó los de personajes imaginarios que figuran en otras obras tiene mucho de pagano.

Y más que pagano es tratar á la criatura racional como se trata al buey que llamamos el *Guayacán*, á la perrita que llamamos *Camelia* y al caballo que llamamos *Vampiro*, poniéndole nombre de cosa, tal como *Estrella de la mañana* ó *Rocío del cielo.* (1)

Nuestros mayores observaban la costumbre cristiana. Pero los padres de familia de gusto educado no dejaban de hallar piadosos subterfugios á fin de poder elegir con razonable libertad entre los nombres que ofrecía el Calendario. Si el nacimiento se verificaba, v. g., el día de San Canuto ó el de Santa Coleta, era preferido el nombre del santo ó santa del día del bautizo, alegando que éste era el día del nacimiento espiritual.

Pero muchísimos otros padres ó padrinos se ceñían con rigurosa escrupulosidad á lo que el Almanaque daba de sí, sin pararse en barras; y lo peor era que juzgaban que el busilis estaba en que el vocablo que se adoptase

---

(1) Justos respetos me impiden aducir ejemplos para probar que, en Colombia, ya se ha empezado á poner á las personas nombres de cosas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

para nombre del recién nacido fuera tomado del Almanaque, sin que se les diese un pito de que fuera ó no el verdadero nombre del santo ó del misterio. Así, leyendo en el Calendario *san Pedro Armengol, san Serafín de Monte Granario, santa Verónica de Julianis, el beato Gonzalo de Amaranto* y *Conmemoración de los difuntos*, le ponían al retoño *Armengol, Monte Granario, Julianis, Amaranto* ó *Conmemoración*. No me consta el hecho, pero tengo por casi seguro que no ha faltado quien se llame *Llagas* y quien se llame *Cuatro*, pues en el Almanaque se encuentra registrada la fiesta de las *Cinco Llagas* y la de los *Cuatro Santos Mártires Coronados*. (1)

El primer abuso que se cometió con lo hallado en el Calendario, fue el de dar terminación femenina á nombres de santos, ó masculina á nombres de santas. Pero, respecto de muchos nombres, la cosa ha prescrito, y yá no pueden disonar nombres tales como *Antonia* y *Francisca*, mayormente siendo el abuso tan antiguo que yá ha habido tiempo para que se canonice á personajes que han tenido el nombre modificado. Pero Dios no permita que la costumbre siga adelante; porque ¿quién podrá sufrir que haya *Catalinos, Reginos, Bárbaros, Eulalios, Elviros* y *Genovevos?* ¿Dónde podría esconderse, cuando llegara al uso de la razón, la infeliz á quien hubieran bautizado *Crisóstoma, Clímaca, Senena, Prota, Trifona* ó *Cosma?*

El que de *Estanislao* y de *Wenceslao* sacó el ESTANISLADA y WENCESLADA, debió de ser el mismo que decía haber estudiado las *Ordenanzas del Sr.* BILBADO.

Yo querría saber cómo se las componen los aficionados á femeninizar los nombres de varón y á masculinizar los de mujer, cuando tengan que habérselas con *Marcos, Lucas, Pablo, Leonidas, Aristides* y *Epaminondas*.

(1) Conocemos una *Areopagita*, tres *Cincollagas*, dos *Ninfas* y una *Circuncisión*.—(Nota de J. P. M.)

Para hacer femeninos ciertos nombres, se ha ocurrido al arbitrio de darles la terminación *ina*, como la vemos en *Alejandrina* y en *Guillermina*. Nada tengo que oponer á lo que yá está hecho en orden á eso; pero no me agradaría oír nombrar *Ricardinas, Isidrinas* ó *Anselminas*, porque luégo llegaríamos hasta las *Gilinas, Melchorinas, Gasparinas* y *Baltasarinas*. Y por fin no habrían de faltar padres que, no discurriendo lo preciso que es que los nombres no despierten ideas sucias ó desagradables, seducidos por el encanto de esas benditas terminaciones *ino* é *ina*, é ignorando quiénes fueron Tarquino y Mesalina, bauticen con uno de estos dos nombres á algunas criaturitas suyas. Hasta deberíamos abstenernos de poner ciertos nombres que inevitablemente hacen pensar en determinados personajes. *Artemisa* recuerda siempre á una viuda que llora y dirige la construcción de un mausoleo. *Cardenio* representará eternamente al desdichado y neurasténico amante de Luscinda.

En un censo de Cundinamarca aprendí yo cómo se hace masculino el nombre *Ana:* allí leí *Anito García*.

Es curioso observar que un mismo nombre puede ser bueno, es decir, de buen gusto, para mujer, v. g., *Paulina;* mientras que, masculinizado para uso de un varón, no es de recibo. A la inversa sucede lo propio.

También es de notarse que un nombre poco aceptable venga á serlo cuanto es apetecible, si entra en alguna acertada combinación. Yo no querría llamarme *Gregorio;* pero no tendría reparo en ser *José Gregorio*.

Antes de adoptar el nombre que se propone para una

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

criatura, hay que examinar cuidadosamente lo que va á resultar de la combinación del nombre con el apellido. Ciertas combinaciones, principalmente las de nombres largos, con largos apellidos, tienen no sé qué que los hace parecer frases, por más que uno no pueda desentrañar el sentido que aparentan tener: no otra cosa sucede con *Severino Tirado* y con *Emerenciana Uricoechea*. Esto puede no ser al cabo sino quimera, hija de mi fantasía; pero lo que puedo afirmar con toda seriedad es que se le hace un perjuicio al niño ó á la niña á quien se le pone un nombre que, ó bien solo, ó bien en combinación con el apellido, sea capaz de despertar cualquier idea distinta de la de la persona que está destinado á designar. Por esta razón yo no le pondría á una hija *Agapita* (Haga-pita), ni á un hijo *Casimiro* (Casi-miro). *Cerbeleona*, *Pantaleona* y *Robustiana*, no deberían, por esa misma razón y por otras diez mil, ser nombres de ninguna criatura humana. *Sara* no debería llamarse á la que haya de llevar el apellido *Aza;* ni quien haya de ser *de Barriga* ha de llamarse *Dolores*, ni *Dolores* tampoco la de apellido *Obando*. Al hijo del señor *Cobos* no se le ha de poner *Francisco;* ni á la hija del señor *Carreño* se le ha de poner *Rebeca*, ni *Eva* á la hermanita de los *Vásquez*.

Fuera de la regla á que se refieren los tres últimos ejemplos, deben ser observadas todas las generales de eufonía. Así, no hay que elegir un nombre que termine en la consonante que sirve de inicial al apellido (*Julián Navarro*, *Fidel Lugo*); ni uno en que haya consonantes ó articulaciones ásperas, si las hay en el apellido (*Olalla Rebollo*, *Ramona Orrantia*, *Tránsito Restrepo*); ni cualquiera que acabe por dos vocales, si el apellido empieza por más de una (*Aglae Eizaguirre*).

Vocablos hay que, amén de figurar en el Diccionario vulgar de la lengua, ocupan lugar en el Martirologio y en el catálogo de los apellidos españoles. Esto sucede por ejemplo con *Pastor*, *Inocencia*, *Lobo*, *Rincón* y *Casas*. De la falta de cuidado ó de gusto al elegir nombre para un infante pueden resultar combinaciones tales como *Severo Toro*, *León Bravo*, *Pobreza Rico*, *Albino Moreno*, *Emperatriz Reina*, *Basilisa Cienfuegos*, *Canuto Delgado*, *Justo Malo* y *Probo Ladrón de Guevara*. Tales apareamientos dan lugar á observaciones, chistes y dicharachos que, por toda la vida, han de perseguir y mortificar al que con ellos es designado.

Al elegir un nombre ¡oh padres, madres y padrinos! tened presente que ignorándose la suerte que ha de tocarle al niño ó á la niña, se corre peligro de acomodarle un nombre que más tarde no haya de convenirle.

El niño puede llegar á ser religioso de alguna orden, y de ninguna manera ha de convenirle que lo llamen Fr. Alcides ó Fr. Eurípides; la niña puede parar en religiosa, y nadie la podrá nombrar sin desternillarse de risa si tiene que llamarla la Reverenda Madre *Adalgisa* ó la Reverenda Madre *Traviata;* si el niño llega á Rey ó Emperador vendrá á ser objeto de escarnio si hay que designarlo diciendo *Gil primero*, ó *Segundo segundo*, ó *Segundo quinto*, ó *Pioquinto cuarto*.

Parece que habría de ser ocioso advertir que á nadie se le debe bautizar con nombre que sea consonante del apellido. Sin embargo, todos conocemos personas cuyos nombres son análogos á los siguientes: *Zenón Garzón*, *Martín Pampín*, *Carolina Colina* y *Beatriz Ruiz*.

Como de los que consuenan con los apellidos, se debería huír de los que son asonantes, como *Cristóbal Mora*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y *Mercedes Pérez*, combinación que adolece además del defecto de no tener más que una vocal cinco veces repetida.

Se llaman *similicadentes* dos palabras que sólo dejan de ser consonantes entre sí porque la vocal acentuada de la una no es la misma en la otra. Son por tanto similicadentes *paso* y *camueso*, *espanto* y *tinto*, *sacristán* y *galopín*, *albor* y *par*.

Con harto dolor de mi corazón he pedanteado un poquito, pero me ha parecido indispensable para que los lectores de escasas letras entiendan la observación de que también conviene que el nombre y el apellido no sean similicadentes. ¿Quién querría llamarse *Sebastián Calderón*, *Crispín Ballén*, *Zenón Guzmán*, *Camilo Malo*, *Vicente Infante*, *Cipriano Bueno* ó *Procesa Zornosa*?

En cuanto sea posible, huíd, oh padres y madres, de ponerles á vuestros hijos nombres que con facilidad se presten á la terminación diminutiva. El diminutivo puede matar socialmente á un hombre. Dos ilustres miembros de nuestro clero, que ahora ocupan puestos de los más elevados en la jerarquía eclesiástica, estuvieron á pique de ver cortada su carrera por culpa del malhadado diminutivo. El poner al hijo ó á la hija el mismo nombre que lleva el padre ó la madre, tiene, entre otros inconvenientes, el de hacer casi necesario que al niño ó á la niña se le designe con el diminutivo de su nombre; y una vez establecida la costumbre, bien puede el niño venir á ser un gigante: nunca dejará de llamarse *Dieguito* ó *Marquitos*.

Tampoco echéis mano, si es dable, de nombres de aquellos que puedan venir á quedar sustituídos por *Pepe* ó *Chepe*, *Pacho*, *Puno*, *Chucha*, *Tula*, *Cata*, etc.; y menos de los que el vulgo tiene por diminutivos, y que suele convertir en una especie de apodos, tales como *Márgara*, *Agapo*, *Beno*, *Benedo*, etc.

No olvidéis que, según las modernas prácticas, los nombres dobles, como José Antonio ó Juan María, traen consigo el uso de las iniciales, y el consiguiente abuso de sustituír á uno de los nombres el nombre de una de las letras del alfabeto. Así, el que fue bautizado *Juan Francisco*, vendrá á llamarse *Juan Efe*, el que lo ha sido *Manuel José*, *Manuel Jota* y el que *Antonio Zacarías*, *Antonio Zeta*.

Ni pongáis á vuestros hijos varones nombres que notoriamente están destinados de una manera exclusiva para las criaturas del otro sexo, como *Concepción* y *Anunciación*: ¿cómo puede uno resolverse á decir *señor don Concepción*? Desechad igualmente los que los gramáticos llaman *epicenos*, esto es, los que indistintamente sirven para varón y para hembra, como *Jesús*, *Santos*, *Reyes* y *Ramos*.

Si vuestra hija sale de las fuentes bautismales llamándose *Esmaragda*, *Hermenegilda*, *Lutgarda* ó *Ediltrudis*, ó con otro nombre complicado ó de difícil pronunciación que el vulgo haya de estropear, sabed que vendrá á ser designada con una especie de apodo.

Al ya largo catálogo de nombres de pila que convendría desechar, hay que añadir los que, siendo corrientes y admisibles, son comúnmente alterados, como sucede con *Frutos* y *Vito*, que vemos convertidos casi siempre en *Fruto* y *Victo*; y deben agregarse también los de acentuación un poco difícil como *Milciades*.

Finalmente, huíd de todo nombre que sea extravagante por sí mismo, como lo son varios que parecen anagramas ó seudónimos, y no pocos que no casan ni con el *don*, ni con el misiá, ni con nada, ó que resulte es-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

trambótico por su combinación con el apellido paterno. ¡Y para cuántas personas es necesaria esta advertencia! Yo he conocido ú oído nombrar á Juan de San Juan, á Cruz Cruz, á Jesús Cruz, á Perpetuo Lobatón, á Espíritu Piernagorda, á Jacinto Blanco, á Calasancio Calatayud, á Jeremías Consuegra, á Aristogitón Becerro, á Aguedo Trasladiño; y á una Perseveranda, un Restituto y un Exuperancio, de cuyos apellidos no me acuerdo. Me dicen que hay una Aurora Gallo: al oír este nombre, siento el frío de la madrugada, y bostezo. También me aseguran que en el Cauca hay, ó ha habido, un Largo Delgado y en el Tolima una señorita Dinamita.

Hartos defectos y hartas flaquezas ofrece de suyo la pobre naturaleza humana para que sirvan de comidilla al público, siempre maleante, sin necesidad de que los padres marquen á sus hijos con un estigma que los condene á ser objeto de irrisión durante toda su vida.

APREHENSION

DE D. MARIANO Y D. PASTOR OSPINA EN 1861

Después de la triste jornada del 13 de Junio, D. Mariano y D. Pastor Ospina, persuadidos de que el Gobierno no podía fincar esperanzas en el ejército que estaba acampado en las inmediaciones de Bogotá, determinaron dirigirse á Antioquia para ver de allegar medios de resistencia y de preparar los que fueran posibles para intentar el recobro de la capital, caso que fuera tomada por Mosquera, como parecía inevitable que sucediese.

Para proveer á su seguridad durante la expedición, pidieron al Gobernador, General Pedro Gutiérrez Lee, alguna tropa que les sirviera de escolta.

Por entonces D. Manuel Umaña, dueño de la hacienda de *Tequendama*, había armado un cuerpo de peones de la hacienda y vecinos de Soacha, á fin de evitar que una partida enemiga, mandada por Pedro Escobar, que estaba situada en la orilla del río Bogotá, opuesta á aquella en que se halla la mencionada hacienda, entrase á cometer depredaciones en ésta.

El Gobernador, de acuerdo con el Sr. Umaña, que ya no tenía que temer á la partida enemiga, por haberse ésta retirado, dispuso que la gente recogida por D. Manuel Umaña acompañase á los Sres. Ospinas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Desempeñando una comisión se hallaban también en Tequendama ocho individuos de la Compañía de la Unión, á saber: Ricardo Santamaría, teniente; Cristóbal Ortega, sargento; Manuel Sáiz, sargento; Pedro Ortiz Durán, cabo; y los soldados Wenceslao Urdaneta, Guillermo Urdaneta, José Manuel Umaña y Teodosio Duque. Puestos estos jóvenes á las órdenes de D. Mariano, él los invitó á que lo acompañasen hasta La Mesa, y ellos, que habían salido de Bogotá, seguros de poder regresar dentro de muy breve término, emprendieron la marcha enteramente desapercibidos, sin ropa de repuesto, ni dinero, ni avío de ninguna especie.

Atravesando el río en balsas de junco, se encaminaron á La Mesa por entre las haciendas de *Canoas* y *El Chorro*, pasaron por la Boca del Monte, donde se decía que había destacamento, y, cerca ya de La Mesa, en las primeras horas de la mañana del día siguiente al de la salida, avistaron una partida de gente armada, la que, según se supo después, era mandada por el Sr. León Lozano, Alcalde de aquella ciudad. Después de ligera escaramuza, dicha partida retrocedió y no se opuso á la entrada de los Ospinas.

Al llegar á la ciudad, uno de los soldados de la Unión entró á la casa de una familia con quien tenía relaciones y la halló consternada con la idea de que la gente que acababa de entrar *era la que debía llevar D. Mariano Ospina para saquear la población*.

Desde entonces empezaron á echarse de ver las artimañas de que los revolucionarios se estaban sirviendo para extraviar la opinión y para concitar viles pasiones contra aquel benemérito ciudadano.

Después de haber pasado una noche en La Mesa, siguió la expedición camino de Anapoima; pero poco más

abajo de *El Tigre*, como se hubiese descubierto un cuerpo de tropa que venía subiendo, D. Mariano ordenó la contramarcha.

En La Mesa se tomaron para cuartel dos casas altas contiguas, situadas en el costado de la plaza frontero á la iglesia, una de las cuales hacía esquina y tenía puerta á una calle.

Los más de los de la Unión habían recibido nombramiento durante la marcha, pues se había tratado de dar alguna organización á la gente.

Antes de encerrarse en el cuartel, é ignorando que habían de ser atacados inmediatamente, los Ospinas y los mencionados jóvenes se propusieron comer en un hotel que había en el costado occidental de la plaza. Discutióse entre ellos el plan de dividirse para la defensa en caso de ataque, confiando á los de Soacha la del cuartel, y quedándose algunos de los de la Unión en la casa en que se hallaban, á fin de defenderla también y de evitar, haciendo fuego desde su balcón, que el cuartel fuese acometido por todos lados.

Pero, sorprendidos súbitamente por rumores que les hicieron advertir que el enemigo estaba yá en la población y se preparaba á embestir contra el cuartel, no pudieron acabar de concertar su plan, en el que ni siquiera estaban impuestos los de Soacha; y resultó que los Ospinas y cinco individuos de la Unión se trasladaron al cuartel, no sin peligro, aunque yá había anochecido, y que en la posada no quedaron más que Sáiz, Ortega y Guillermo Urdaneta.

Los asaltantes eran el cuerpo organizado que había sido columbrado desde *El Tigre*, y todos ó casi todos los habitantes de La Mesa.

Dieron principio al acometimiento agolpándose á una de las puertas y tratando de derribarla.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Desde uno de los balcones, Pedro Ortiz, descubriendo el cuerpo, hizo fuego sobre el pelotón de los acometedores, y debió de ser con buena puntería, porque desde ese instante empezaron á asordar el aire frenéticas vociferaciones contra D. Mariano Ospina, contra el Gobierno y contra una señora de la población, conservadora muy conocida.

Toda la defensa del cuartel estaba á cargo de los cinco individuos de la Unión que en él se habían encerrado. Los indios de Soacha, gente allegadiza, bisoña, incapaz de manejar las armas y desprovista de aquel espíritu de disciplina que, en nuestros soldados, suple por el conocimiento de la causa que se les hace sostener, estaban en un patio acobardados é inactivos.

Es cierto que cuando iba amaneciendo intentaron una salida; pero, como los que la emprendieron notasen que no eran seguidos por todos los demás, se acogieron inmediatamente al cuartel.

La noche pasó sin que cesase el fuego, y á la luz del día, que era 2 de Julio, se recrudeció la pelea.

Hacia el medio día, el enemigo penetra tumultuosamente en el hotel, desahogando su rabia en denuestos, y amenaza de muerte á Sáiz, Ortega y Urdaneta, los que no se salvan de ser asesinados sino merced á la intervención de un mozo sabanero llamado Pedro Muñoz, que de tiempo atrás residía en La Mesa.

Al fin los prenden y los conducen á otra casa; de ésta á otra; y últimamente al mismo hotel en que los habían aprehendido. Desde la víspera tenían por compañero de prisión á D. Julián Morales Quintero, y desde algunas horas antes, á un joven, hijo del famoso *Llanero Martínez*.

A eso de las cuatro de la tarde, algunos de los más energúmenos proponen que se saque á los presos al bal-

cón del hotel, para que, sirviendo éstos de reparo, se haga fuego contra el cuartel por sobre sus cabezas. Un sargento Crispín lo pone por obra, dispara cubriéndose con el cuerpo de Cristóbal Ortega y ¡cosa rara! una descarga hiere al sargento en un codo, y Ortega queda ileso. Los otros prisioneros, principalmente Morales, se resisten enérgicamente y no dan lugar á que se siga cometiendo aquel acto de inhumanidad y vileza.

Parece que sobre la fuerza organizada de los asaltadores ejercía el mando superior un habitante de La Mesa, de apellido Colina, á quien daban el tratamiento de Coronel, el cual mostró en aquella aciaga ocasión tánto denuedo como cordura y humanidad.

Este jefe resolvió, á eso de las cinco de la tarde, enviar á Sáiz, en calidad de parlamentario, á proponer á los Ospinas que se entregasen, asegurándoles que, por parte suya y de las fuerzas de su mando, no correrían peligro sus personas, y que los oficiales quedarían en libertad. Sáiz, considerando que se trataba de la suya, rehusó llevar el mensaje de palabra, y recabó de Colina que dirigiese sus proposiciones en pliego cerrado.

Sáiz no podía desempeñar su misión sin manifiesto peligro, pues si Colina podía (lo que era muy dudoso) obligar á sus soldados á interrumpir el fuego en la plaza y en las calles, era poco verosímil que su autoridad fuese acatada por los voluntarios y por los individuos pertenecientes á guerrillas y partidas diversas de gente armada que habían ido llegando de otros lugares y que hacían ya subir como á seiscientos el número de los acometedores.

Por otra parte, era seguro que los defensores del cuartel disparasen sobre cualquier individuo á quien viesen en la plaza. Con no poca dificultad se logró que en el cuartel

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

oyeran las voces con que se les advertía que debía suspenderse el fuego; Guillermo Urdaneta salió al balcón, y por medio de él se enteraron sus compañeros del asunto de que se trataba.

Sáiz recorrió, sin avería, el espacio que lo separaba del cuartel; si bien observó que un soldado apuntaba el arma en la dirección que él iba siguiendo; y, como le hubiese gritado que si no sabía que el fuego estaba suspendido, el soldado le contestó que lo que se proponía era aprovechar el momento en que habrían de abrirle la puerta. Pero ésta se abrió tan poco y tan de prisa, que no pudo aprovecharlo.

Apenas entró el emisario, advirtieron los de Soacha que se les presentaba coyuntura para entenderse con los sitiadores, y se apresuraron á aprovecharla rogando á Sáiz dijese á los de afuera que estaban dispuestos á entregar las armas. La justicia obliga á no callar que hubo oficiales fieles é intrépidos que no quisieron tomar parte en aquel acto.

Recibido el heraldo por sus camaradas con vivas demostraciones de satisfacción, por haberlo creído muerto ó muy mal tratado, se presentó á los Ospinas, que estaban sentados en el corredor alto de la casa, y entregó el pliego á D. Mariano, diciéndole quién se lo enviaba. Leyólo D. Mariano, sin sorpresa ni alteración en su fisonomía, y de luego á luego alzó la cabeza y dijo al parlamentario: "Dígales usted que si se rinden á discreción, intercederé con el Gobierno para que los indulte." Como entontecido al oír un arranque tan inesperado, Sáiz no se atrevió, por el momento, á desplegar los labios; pero, como hubiese vuelto á hablar con la gente de Soacha, no pudo dejar de acercarse nuevamente á D. Mariano con el fin de hacerle apre-

ciar lo apretado del caso; pero el Sr. Ospina no dio otra contestación.

Entre los individuos de la Unión se debatieron dos proyectos: el de obligar á los indios, por medio de todo el rigor de la ordenanza, á que combatiesen, y el de salir y tomar el camino de Bogotá, llevando entre sus filas á los Sres. Ospinas, arrollar cuanto se les opusiese, y buscar seguridad fuera de la población. Para lo primero, habría sido necesario el concurso de muchos de los mismos que debían ser sometidos violentamente; para lo segundo, no se contaba ni con media docena de hombres, una vez que los de Soacha no habían de tomar parte en acción tan atrevida.

Sáiz no pudo recabar del Sr. Ospina que contestase á Colina por escrito; de suerte que tuvo que enterar á éste del resultado de su comisión, verbalmente y en presencia de gran número de individuos adictos á la revolución, que estaban reunidos con el jefe. En ellos produjo viva irritación la respuesta de D. Mariano, y empezaron á desahogarla proponiendo todo género de medidas violentas. La noticia no tardó en divulgarse por la ciudad, con lo que la fermentación subió de punto.

El dueño de una de las casas que estaban sirviendo de cuartel propuso que á la suya se le pusiese fuego, y este partido fue abrazado en seguida. De este modo, á tántas tumultuosas y sangrientas escenas, se añadieron los horrores de un incendio.

Parece que D. Pastor Ospina, tomando en consideración los peligros que corría su hermano, se inclinó, cuando yá no había modo de conjurar tales peligros, á entrar en arreglos con Colina.

Este jefe se dirigió á la puerta que por el lado de la calle daba acceso á una de las casas asaltadas, penetró en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ella y manifestó á los Ospinas que yá no podría él, aunque quisiera, contener á la gente, y que era forzoso que se entregaran.

Una vez prendidos, son conducidos todos al hotel, no sin que la turba enfurecida atruene el aire con su grita, denostando y amenazando á los prisioneros. Estos permanecen allí hasta la media noche, hora en que sacan á los Ospinas y les hacen emprender marcha á pie por el camino que conduce á Anapoima.

Sus compañeros quedan llenos de mortal espanto, persuadidos como están de que no se ha podido sacar á tal hora fuera de la población á D. Mariano y á D. Pastor sino para quitarles la vida. Pero estos mártires no debían ver tan pronto el término de sus tormentos, y fueron reconducidos á La Mesa al día siguiente, precedidos de una pica en cuyo extremo traían el sombrero de D. Mariano. Por de contado, á la entrada de los dos presos renovaron los siniestros clamores, el tumulto y las amenazas.

A poco de haber sido encerrados los Ospinas en su prisión, empezó á rugirse en La Mesa que, noticioso el Gobierno de las novedades que allí habían ocurrido, iba á enviar á rescatar á los prisioneros un cuerpo numeroso, al mando de D. Pedro Dávila. Al punto se declaró que, si tal sucedía, antes de que llegase la fuerza se fusilaría á los Ospinas y á los demás presos.

D. Jesús María Gutiérrez, que con el fin de favorecer en cuanto pudiese á uno de los individuos de la Unión, se había trasladado de Bogotá á La Mesa, y otro caballero, liberal como él, y como él interesado en favor de los prisioneros, redactaron ó hicieron redactar una representación al Gobierno, en que se manifestaba que con aquel paso no se hacía otra cosa que exponerlos á todos á peligro más cierto, y que, en consecuencia, debía abstenerse de darlo. Entre los de la Unión hubo por fortuna quienes se opusieran á que se diese tal muestra de debilidad.

D. Pedro Dávila estaba á la sazón en Funza, y disponía de alguna gente. El tuvo la idea de ir á La Mesa á rescatar á D. Mariano Ospina; pero consideró que su deber no le permitía hacerlo sin orden superior.

Ignoro si en Bogotá se llegó á pensar en enviar alguna expedición á La Mesa. Si en ello se pensó, fácil es que también se pensara en ponerla á órdenes de D. Pedro Dávila, de quien se hablaba mucho entonces y á quien se reputaba muy justamente como uno de los sostenedores del Gobierno más dignos de confianza.

D. Pedro no era militar de profesión, ni su nombre había figurado en el escalafón militar; pero era un patriota de convicciones incontrastables, de inconmovible adhesión á la causa de la legitimidad, de una energía casi desconocida entre nosotros y de una intrepidez comparable únicamente con la de los paladines de la edad media. No había estudiado el arte militar, pero su capacidad era de aquellas que todo lo adivinan. La opinión pública, ó á lo menos la de muchos, lo señalaba, desde aquella memorable batalla de Santa Bárbara (que fue perdida para los que la ganaron y ganada para los que la perdieron), como el jefe que debía ponerse á la cabeza de todo el ejército legitimista.

Pero vuelvo á mi asunto. De aquello de que los oficiales habían de quedar en libertad no volvió á hablarse, no obstante que Colina ratificó su promesa cuando entró al cuartel. Tengo por cierto que no dejó de cumplirse por culpa suya, pues la autoridad de que estaba investido no podía ser en aquellas críticas circunstancias muy efectiva ni muy acatada.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Como es de suponerse, á los oficiales se les desarmó, y habiéndose hallado que las cápsulas del rifle de Ricardo Santamaría estaban untadas de grasa, los maldicientes propalaron la especie de que los defensores del cuartel habían hecho fuego con proyectiles envenenados.

No tardó en llegar á La Mesa una partida enviada por Mosquera para que se hiciese cargo de los prisioneros. Mandábala el General Joaquín Reyes Camacho; y no hay necesidad de decir que mientras aquéllos estuvieron á la disposición y bajo la custodia de ese jefe, no volvieron á ser objeto de indignidades. Durante la marcha se les unió el General Evaristo de la Torre.

Sin embargo, los que proporcionaron á los Ospinas bestias y arreos de montar para el penoso viaje de regreso, parecieron habérselas proporcionado más para hacerlos objeto de befa y de irrisión, que para procurarles comodidad: no era dable que el General Reyes Camacho, en aquellas premiosas circunstancias, atendiese á todos los pormenores de la marcha.

Los de la Unión hicieron el viaje á pie, montando alternativamente en una mula que cierto amigo de alguno de ellos les había conseguido.

Los mismos jóvenes (que yá no lo son) recuerdan con agradecimiento y cariño el nombre de la Sra. Joaquina Roa de Zornosa, que proponiéndose servir y aliviar á uno de ellos con cuya familia tenía amistad, y acompañándolo en el viaje hasta Chapinero, vino á ser para todos una especie de Providencia.

Pasando por Bojacá y por *Buenavista* y tomando el camino de Cota, vino á dar la columna con sus prisioneros al campamento de Chapinero. Tales eran las especies que malignamente se habían esparcido entre la tropa de Mosquera y entre el vulgo de sus parciales, que á la llegada de los Ospinas se creyó necesario formar los cuerpos, á fin de evitar que se promoviese algún grave desorden y se asesinase á los presos. Los negros caucanos preguntaban, señalando á D. Mariano Ospina, *si ése era el que quería venderlos.*

Hoy, cuando yá están acalladas las pasiones políticas de aquella época, cuando los adversarios de D. Mariano Ospina le han hecho justicia, es cuando se pueden apreciar la perfidia y el descaro con que se calumniaba á quien no pudo ser culpado sino de haber hecho prueba, como magistrado y como escritor, de lo profundo de sus convicciones y de exceso en su respeto á la ley escrita. Pero él había herido en lo vivo á Mosquera subiendo, por obedecer á sus conciudadanos, al solio que éste había ambicionado con tánto ahinco, y refutando magistralmente los escritos en que el vanidoso caudillo había tratado de justificar su rebelión.

Encerrados los Ospinas y los jóvenes de la Unión en la casa de Chapinero que pertenecía á D. José María Grau, en la que se alojaba también Mosquera, dichos jóvenes pudieron presenciar algunas de las escenas á que dio lugar la resolución de Mosquera, de fusilar á los Ospinas y á sus compañeros.

A media noche entró Joaquín Suárez á la pieza en que se había encerrado á los de la Unión, y dijo á uno de ellos, que estaba despierto y con quien tenía amistad: "Como Ayudante Mayor General, vengo á cumplir con el deber de notificarles á ustedes que está expedida la orden de fusilarlos mañana á las diez. No tengo valor para despertar á tus compañeros y hacerles la notificación: hazme el favor de avisarles esto."

Es presumible que Mosquera no pensara seriamente

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en fusilar á los Ospinas y á sus compañeros, y que se propusiese amedrentar al Gobierno y á los deudos de los jóvenes de la Unión, por si así conseguía que se le tuviese por beligerante. Además, en Bogotá había rehenes.

Los de la Unión vieron llegar al Ilmo. Sr. Herrán y al Barón Goury du Rosland, que fueron á interesarse por los condenados á muerte, y oyeron un violento altercado entre los Generales Herrán y Mosquera, cuando el primero fue á tratar de disuadir al segundo de su inhumano designio.

Cuando Mosquera resolvió mover su campo y acercarse á Bogotá, los presos fueron enviados á Zipaquirá y los condujo Miguel Gutiérrez Nieto. Durante la marcha se les trató con las debidas consideraciones, si bien tuvieron que hacerla á pie. Pero cuando hubieron llegado á Zipaquirá hubo algarada semejante á la de La Mesa. La chusma, que acompañó á los presos hasta que se hallaron seguros en la cárcel pública, no se contentó con dirigirles dicterios, sino que también les arrojaba piedras, una de las cuales hirió á D. Mariano Ospina en la cabeza. El tumulto y los denuestos no cesaron mientras los presos permanecieron en aquella cárcel.

El día 18 de Julio notan que la población se agita más que en los anteriores y que doblan las guardias; se les comunica que corre el rumor de que Zipaquirá va á ser acometida con el fin de libertarlos, y que, si tal sucede, serán fusilados. Sin duda se habían visto pasar por las cercanías algunas partidas de la gente derrotada en Bogotá, y esto había dado motivo al alarma. Entra luégo un oficial armado de lanza, les advierte que él es hijo de Sarria; les repite la intimación que poco antes se les había hecho; agrega que, apenas se oigan los primeros disparos,

se cumplirá la orden de fusilarlos, y que no será esa la primera vez que él cumpla las de esa especie, pues yá en Labranzagrande había tenido ocasión de hacerlo.

Los prisioneros ignoraban, hacía muchos días, el curso que habían tomado los acontecimientos, y podían admitir como probable el que se procurase libertarlos. Así vinieron á tener nuevo motivo para temer por su vida, tántas veces amenazada.

En la noche del mismo día 18 oyen repetidas detonaciones y creen llegada su última hora; pero á poco perciben que con ese ruido se mezcla el de alegres aclamaciones, y advierten que lo que suena no son disparos sino estampidos de cohetes. Era que los revolucionarios de Zipaquirá acababan de recibir la noticia de la entrada de Mosquera en la capital.

Para celebrar el triunfo, las turbas exaltadas acudieron á la puerta de la cárcel á baldonar á los presos y á hacerles sentir con sus vítores á los que triunfaban, el oprobio del vencimiento. Los vidrios de las piezas en que se hallaban los Ospinas fueron despedazados á pedradas; y varios sujetos entraron á la prisión á regodearse refiriéndoles á los presos los pormenores de la toma de Bogotá y enumerándoles las muertes de conservadores que habían acaecido. La guazabara duró toda la noche.

Por una aberración que ciertamente no se puede atribuír á motivos nobles, el día 19 se puso una barra de grillos á cada par de presos, uniendo la pierna derecha de uno con la izquierda de otro.

De Zipaquirá fueron trasladados á Bogotá, y también le tocó conducirlos al General Reyes Camacho. Casi todos vinieron á caballo; pero si materialmente se vieron bien tratados, su viaje fue el más penoso, pues durante él supie-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ron el fusilamiento de Aguilar, Morales y Hernández, y estuvieron encontrando gente que llevaba la noticia de que el de los Ospinas se verificaría apenas llegaran á Bogotá.

Al llegar á esta ciudad los rodea y los acompaña, como en La Mesa y en Zipaquirá, una muchedumbre alborotada y sedienta de sangre, á la que el General Reyes Camacho habla con energía, tratando de hacerle ver la vileza de su conducta.

Los Ospinas y los de la Unión son encerrados en el edificio de las Aulas. Es sabido que los primeros fueron conducidos al castillo de Bocachica. D. Pastor Ospina escribió una relación, que corre impresa, de su duro cautiverio.

A los jóvenes de la Compañía de la Unión se les puso en libertad, mediante fianza, pocos días después de su llegada.

LA FORTUNA

DE LOS VILLAFUENTES

Solía yo sostener porfiadamente, siempre que en alguna conversación se tocaba el punto, que las historias de plata enterrada, ó sea, de tesoros escondidos por unos y encontrados por otros, no son más que fábulas y paparruchas. Con más calor aún y más pertinacia me producía para condenar la opinión de que la existencia de uno de esos tesoros se anuncia por medio de hechos sobrenaturales.

Pero en muchas ocasiones hubo quien me tapara la boca citando el caso, de todos conocido y universalmente reputado como verdadero, que había ocurrido en la casa de D.ª Andrea Miramón, casa situada en la parte septentrional de la ciudad de Bogotá.

Aguijado por la curiosidad, me puse, no há mucho, á indagar los pormenores de aquel caso. Mis diligencias fueron infructuosas: cada una de las personas á quienes yo interrogaba sabía lo que sabía todo el mundo. Me cansé de hacer investigaciones y resolví no volver á ocuparme en el asunto.

Días andando, hube de emprender un largo viaje, en el que, sin haberlo pensado, tuve por compañero á un individuo que me dijo se llamaba Juan Andrés Villafuentes.

Quienquiera que tenga empeño en mantener secreta

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

alguna especie, guárdese de entrar en conversación con persona con quien se haya quedado á dormir en un aposento. El silencio, la obscuridad, la quietud, ó no se qué misterioso agente, le hará soltar la lengua.

Prueba de esto fue lo que le aconteció á mi compañero. Una vez nos habíamos alojado juntos en una pieza de cierta posada. Ya acostados, entrámos en la vía de las confidencias, y mi dicho compañero vino á hacerme la de una aventura de que había jurado no hablar en su vida á hombre nacido.

Cuando en el discurso de su narrativa mencionó la casa de D.ª Andrea Miramón, yo agucé mucho las orejas.

Así fue como me hice con los datos que me han servido para escribir esta historia.

Juan Andrés Villafuentes era un mozo que, entre otras cosas, había heredado de sus mayores un grabadito que representaba no sé qué escena bíblica. A fuerza de pensar poco en el día de mañana, y de pensar demasiado que el caudal no había de acabársele, había dado al traste con casi todas aquellas otras cosas, y llegó á verse tan apurado, que cierto día, para ver de acallar el hambre, resolvió vender el cuadrito. Pero á éste lo tenían de tan mal ver el polvo y las telarañas, que Juan Andrés hubo de quitarlo del marco para limpiar la estampa y lavar el vidrio. Entre la tabla que, por la parte posterior, encajaba en el marco y dos de los clavillos que la sujetaban, halló metido un papel escrito, del que, por lo pronto, no hizo caso. Dejólo sobre una mesa, y otro día lo tomó para escribir al respaldo, que estaba en blanco, el borrador de una carta muy delicada y reservadísima que tenía que dirigir quién sabe á quién. Esto no me lo declaró Juan Andrés. A alguna muchacha digo yo que sería; pues, aunque á los que están tan

á la cuarta pregunta como él estaba no les sienta seguir correspondencias amorosas, todo cabía en aquel mancebo que, antes de malbaratar su hacienda, se había acostumbrado á no escatimarse satisfacciones. Pudo ser también que tratara de componer una carta de aquellas en que se pide limosna gastando muchos filetes á fin de adobar la petición de manera que no le sepa tan mal al que ha de recibirla.

Comoquiera que fuese, ello es que Villafuentes, una vez escrito y copiado el borrador, lo hizo pedazos, no fuera que algún indiscreto se enterara de su contenido. Uno de esos pedazos, el que pertenecía á la cabeza del pliego, quedó sobre la mesa barajado con otros papeles, y los demás fueron tirados á un rincón. Pero el pedazo aquél vino luégo á quedar á la vista, y Juan Andrés, en un rato de aburrimiento, lo vio, y sin propósito deliberado, se puso á leer lo que, de letra de su abuelo, estaba escrito en lo que había sido cara principal del papel.

Hé aquí lo que leyó:

"Por si Dios no fuere servido que yo vuelva, advierto á mis hijos que el dinero y las jo.... cuarto en que estaba.... y en que murió la mulata.... mo esta pared divide m.... de la de.... or.... D.... on.... ol...."

Juan Andrés dirigió una ansiosa mirada al rincón adonde había arrojado los otros fragmentos del manuscrito, y al ver que yá no estaban allí, dio una especie de rugido, y se puso á buscarlos desatentadamente y como un frenético. Los buscó por debajo de la estera, y entre sus papeles, y entre su ropa, y entre las hojas de unos libros que tenía, y hasta en sitios en que era materialmente imposible que estuvieran; y cuando se hubo convencido de que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

no podía hallarlos en su cuarto, se asomó á la puerta, y, con voz agria y chillona, llamó á la criada que debía haber andado por allí en la alcoba. La criada lo informó de que los pedazos de papel, revueltos *con la demás basura* (tál fue su expresión) habían ido al muladar á hombros de una aguadora. (1)

El lector puede barruntar cuál sería la desesperación de Villafuentes si se hace cargo de que éste alcanzaba á columbrar, como por un resquicio, una fortuna que era suya y que le estaba haciendo tantísima falta, y veía cerrada, y cerrada por su propia mano, la puerta por donde hubiera podido entrar á cogerla. Asimismo se ha de hacer cargo el lector de que Juan Andrés había siempre oído hablar á sus difuntos padres y tíos de un papel que debía hallarse en la casa y que por años y años se estuvo buscando en todos los muebles y en todos los escondrijos. Siempre había tenido idea de que tal papel debía ser de infinita importancia, pues nunca, en vida de sus padres, se hablaba de él y de su desaparición sin que se les enturbiasen el ceño y el humor á los de la casa. Estos vivían en holgura, gracias á que siempre habían sido agenciosos y á que la casa que, desde luengos años, había sido de la familia, seguía perteneciéndole; pero no dejaba de sentir una vez que otra deseos de extender la pierna, no hasta donde llegaba la sábana, sino algo más; y en esas coyunturas volvía á hablarse del condenado papel con más calor y porfía que otras veces. En una reyerta que habían tenido el padre de Juan Andrés y uno de sus tíos, éste había de-

(1) Antes que hubiera Junta de aseo, se juntaba lo desaseado que hubiera en cada casa y era llevado al muladar, ó por la fámula menos remilgada, ó por la persona de menos representación que se pudiera haber á las manos.

jado traslucir la sospecha de que el otro se había apropiado el documento; lo cual había producido una deshecha tempestad doméstica, y hecho nacer entre los dos hermanos una enemistad que cada uno de ellos no había depuesto sino *in artículo mortis*.

Aún había otros cabos que Juan Andrés podía atar. Su abuelo era español, y se sabía que, al recibir noticia de la derrota de los realistas en Boyacá, había antecogido su familia y asiládola en casa de un pariente suyo muy patriota, después de lo cual había hecho afanosa y desatentadamente algunos preparativos para salir emigrado.

Cuando Villafuentes se hubo calmado un poco, discurrió que, para recobrar los fragmentos del manuscrito, se podían hacer algunas diligencias, y la primera que intentó fue inquirir de la aguadora el sitio en que había depositado la preciosa basura. Dijéronle que tal aguadora se llamaba Juana, y se dedicó á recorrer todas las fuentes públicas de la ciudad. ¡Pero valiente trajín aquél! Halló que había más de veinte Juanas aguadoras, y tuvo que sudar la gota gorda para dar con la que buscaba. Esta estuvo remolona para prestar el servicio que de ella se esperaba, y no se allanó á prestarlo sino en virtud de pago anticipado. Conocido aquel punto del muladar en que se encerraban las esperanzas de mi héroe, se descubrió que en él abundaban y sobreabundaban pedazos de papel. Escoger allí los que se necesitaban era quitar cruces de un pajar. La aguadora se negó rotunda y melindrosamente á recogerlos, y fue menester acudir á un muchacho más astroso y menos delicado de pies y de narices que ella. El muchacho recogió en su ruana los papeles que se hallaban en el sitio que se le señaló; pero no podía contarse con que allí estuvieran todos los que interesaba recuperar, pues, aun

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

durante el rato en que el muchacho estuvo trabajando, el viento arrebató varios; y, por otra parte, había no pocos en estado tan miserable, que ni aun el despreocupado granuja se atrevió á tocarlos.

Hecho el escrutinio, resultó que no eran de provecho sino unos poquísimos y menudísimos de los consabidos fragmentos. Juan Andrés los extendió y arregló como mejor supo; y pudo añadir á lo que yá conocemos del manuscrito lo siguiente: ".... or.... emprende.... icación.... se.... quen.... ron.... esas cosas.... de Agosto de 1819.... .... ntes.

Este último fragmento contenía también media rúbrica.

Juan Andrés sabía que estas palabras y fracciones de palabras le habían quedado en el orden debido, porque en el orden debido quedaban, colocándolas así, los restos de lo que él mismo había escrito al dorso del documento.

Lo que parecía resultar era que el abuelo de Juan Andrés, estando para emigrar en Agosto de 1819, había ocultado dinero y joyas en un cuarto en que había muerto una mulata; y que se trataba de una pared que dividía la casa del abuelo de la de otro individuo.

¿Pero cuál era ese cuarto? ¿Cuál aquella pared medianera? ¿Sería la que cerraba la casa por la derecha, ó la que la deslindaba por la izquierda?

De mulata que hubiera fallecido en la casa, no había memoria.

La del diablo era que, aunque llegara á restaurarse el manuscrito, todavía no se habría andado mucho camino, pues el mismo Juan Andrés había hipotecado primero, y luégo visto rematar, la casa en que debía hallarse el tesoro.

Esta casa estaba ocupada por la viuda de D. Patricio Carrasco, D.ª Andrea Miramón, que vivía acompañada únicamente por dos criadas antiguas y de mucha confianza. La buena señora tenía sus puntas de avara, y les temblaba á los ladrones; pero decía que admitir huésped ó criado varón podía ser aliviar al que ha de hacernos el robo, del trabajo de escalar las paredes.

Juan Andrés carecía de aquella paciencia y de aquella sagacidad que les son indispensables á los paleógrafos y á los descifradores de lo escrito en cifra y de códices y documentos injuriados por la polilla, por los ratones y por los siglos. Así fue que por más que se desojó y se devanó los sesos buscándole solución al enigma, nada pudo adelantar.

Ya desesperanzado de sacar fruto de sus propios desvelos, inquirió con cautela si en Bogotá había algún individuo hábil en achaque de adivinanzas y desciframientos. Averiguó que D. Francisco de Paula López era descifrador consumado, y á él acudió en demanda del servicio que tánto había menester, encargándole el secreto con todo encarecimiento y prometiéndole que le remuneraría su trabajo si de él brotaba la luz que deseaba ver resplandecer. D. Francisco puso incontinenti manos á la labor, y cuando Villafuentes, después de haber dejado pasar dos ó tres días, fue á preguntarle en qué estado se hallaba su negocio, quedó enterado de que, para que quedase servido, faltaba averiguar los nombres de los individuos que, en Agosto de 1819, eran dueños de las dos casas contiguas á la del Villafuentes español y emigrado.

¡Pues á pillar romadizos hurgando archivos y revolviendo protocolos!

Larga, pesada y enfadosa fue la tarea, pero no fue

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

inútil. Juan Andrés pudo llevarle á D. Francisco noticia cierta de que, en Agosto de 1819, los propietarios de las dos casas colindantes con la del abuelo eran D. Carlos Díaz y D. Bonifacio Antolínez. El Sr. López no necesitó más para decidir que la pared de que se trataba en el manuscrito era la que deslindaba la casa del viejo Villafuentes de la de D. Bonifacio Antolínez: en este nombre se hallaban el *on* y el *ol* que había que despejar, y no se hallaban en *Carlos Díaz*. La casa que había pertenecido á Antolínez, era la que confinaba por el Norte con la que Juan Andrés en mala hora había enajenado.

Hé aquí la interpretación que hizo el Sr. López del estropeado manuscrito, ora fundándose en datos irrefragables, ora en conjeturas plausibles:

Por si Dios no fuere servido que yo vuelva, advierto á mis hijos que el dinero y las joyas quedan escondidos en la pared del cuarto en que estaba (no puede colegirse qué cosa), *y en que murió la mulata.* (No puede adivinarse el nombre de ésta). *Como esta pared divide mi casa de la de D. Bonifacio Antolínez, es preciso que, por si D. Bonifacio emprende la reedificación de su casa, se saquen pronto esas cosas.*

Santafé de Bogotá, 9 de Agosto de 1819.

Villafuentes.

Nada aparecía claro respecto del cuarto; pero era muy conjeturable que en ninguna de las habitaciones principales ó más inmediatas al frente del edificio, hubiera estado alojada una mulata, y mucho menos que allí hubiera pasado su última enfermedad. Así, el tal cuarto debía ser uno de los de la parte posterior de la casa. Con esto y con saberse cuál era una de las paredes del propio

cuarto, tenía Juan Andrés averiguado no poco de lo que le interesaba descubrir.

Pero, aunque le hubiesen señalado puntualmente el paraje en que reposaban el dinero y las joyas, nada podría intentar mientras la casa no estuviera á su disposición.

Confiarle el secreto á la viuda de Carrasco era arriesgarlo todo, ó, cuando menos, obligarse á hacerla partícipe del tesoro.

Un hombre adinerado habría podido, hallándose en el caso de Juan Andrés, ejercer coacción sobre el dueño de la finca ofreciendo por su alquiler una barbaridad; pero para un hombre como Villafuentes, que vivía en ayunas, pensar en eso era pensar en lo excusado.

Buenas semanas llevaba el pobre de cavilar sobre el modo de salir de su atranco, cuando, por casual incidencia, oyó que cierta casa de las del barrio de Las Nieves, estaba siempre desalquilada por haber en ella muchos espantos y no hallarse quien se atreviera á habitarla.

Como lo de hacer desocupar la que había sido suya era su idea fija y dominante, se había habituado á referirlo todo á ese punto; la especie aquella fue como cabo de un hilo que quedó en sus manos; y él poquito á poco fue tirando de ese hilo hasta que sacó el ovillo de lo que, á su parecer, era medio infalible de conseguir al fin lo que anhelaba.

Es decir, le ocurrió que lo que convenía era *hacer espantos*.

Para forjar espantos en la casa no era necesario hacer en ella mansión dilatada ni tenerla toda franca, como sin duda lo era para el prolijo examen que habría de hacerse de muchas de las paredes y para efectuar, sin ajeno auxilio, quién sabe cuántas demoliciones ó excavaciones que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

habrían de parecer indispensables, si se tratase de dar con el tesoro y de sacarlo.

Juan Andrés conocía la casa como quien la había habitado lo más de su vida, y ¡circunstancia felicísima! durante la de sus padres, había solido hacer escapatorias nocturnas, saliendo de la casa y volviendo á ella por un camino que no era el camino real, y que todavía estaba franco. Unas tapias bajas y muy injuriadas por el tiempo, levantadas sobre el barranco del río de San Francisco, limitaban el predio por su parte trasera. Atravesando un solar en que nadie ponía nunca los pies, se daba con unas tapias altas, en las que se hallaba una puerta aún más alta, que D.ª Andrea mantenía cuidadosamente cerrada; pero la tal puerta era de reja, y los travesaños podían utilizarse como peldaños de una escala. Seguía un corral, y al corral seguía un pasadizo cuya puerta no se cerraba sino raras veces. La Sra. Miramón, con tener tánto apego á lo suyo y con recelar mucho un asalto de ladrones, ponía todo su conato en asegurar la puerta principal de su casa con toda suerte de reparos, y no caía en que, por la parte posterior, era facilísimamente expugnable.

En el pasadizo mencionado y á la izquierda, según se iba entrando desde el solar hacia el centro de la casa, se veían dos puertas continuas, la primera de las cuales daba entrada á un cuarto medio arruinado en que estaban arrumbados muchos trastos viejos y de desecho. La segunda puerta pertenecía á otro cuarto, deshabitado como el primero y bastante destartalado.

Estas dos piezas estaban divididas una de otra por un tabique que no llegaba hasta el techo.

Para quien se hallara en uno de estos cuartos, no eran inaccesibles los desvanes del resto del edificio, y me-

nos para Juan Andrés, que en su adolescencia, todavía no remota, había estado ejercitándose en el arte de trepar á los cerezos y á una ventana muy alta de la despensa del colegio en que había hecho sus estudios.

Cierta noche, á eso de las nueve, las dos criadas de D.ª Andrea, que iban encaminándose al pasadizo de que queda hecha mención, retroceden despavoridas, y cuando recobran el habla, que el susto les había embargado, cuentan á su señora que han visto un gran bulto blanco, bulto que ha desaparecido sin que ellas puedan explicar cómo.

El ama no dio por lo pronto asenso á la relación de sus sirvientas; pero aquella noche no pudo conciliar el sueño sino con bastante trabajo, y soñó con vestiglos y apariciones espantables.

Otra noche vieron las criadas, y vio D.ª Andrea con sus propios ojos, que por una pared subía hasta desaparecer en el desván, un objeto de color oscuro que no podía ser gato ni ratón. Ya, como que era un trapo atado con un hilo de que tiraba Juan Andrés.

"Ahí está para que su merced vea que no era invención nuéstra lo del bulto blanco," dijo una de las criadas á su señora.

Refiriéndome estas cosas, me confesaba Villafuentes que él mismo, al hacer sus truhanadas, experimentaba emociones iguales á las que intentaba producir.

Al entrar él en aquella pieza lóbrega y casi vacía que había escogido para centro ó principal teatro de sus manipulaciones y de que yo he hablado en segundo lugar, sus pasos resonaban pavorosamente; allí olía á antigüedad, á soledad, á humedad de sepultura; los desconchados y las manchas de la techumbre y de las paredes, en las que no se reflejaba sino muy débilmente la luz de la lin-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

terna que solía llevar, se convertían en figuras monstruosas y terroríficas. Su imaginación sobreexcitada percibía la sombra de la mulata que había fallecido en esa casa, y precisamente en esa misma lúgubre estancia. Mientras permanecía en ésta, estaba espeluznado, daba diente con diente y sentía como si lo rociaran con agua frigidísima. Cuando iba ya retirándose se creía perseguido; y si cedía á la tentación de mirar atrás, lo poseía el terror y tenía que violentarse para no echar á correr y para no prorrumpir en agudos chillidos.

Al principio pareció que desayudaba para la empresa el tener la Sra. Miramón un perro chino (vulgo *calungo)* que, merced á la perspicacia de sus sentidos, no dejaba de percibir algo extraordinario ni de dar algunos ladridos siempre que Villafuentes escalaba la casa. Por suerte, no le alcanzaba su arresto para ir á afrontar el peligro que había olfateado. Más tarde, cuando el duende andaba por los desvanes, por muy sigilosa y atentamente que lo hiciera, el animalito se desazonaba y daba gruñidos, y la gente de la casa lo achacaba á que advertía la presencia de algo sobrenatural.

Reanudando la relación de los espantos, me contó Villafuentes que otra noche habían llovido piedras en el corral. La señora y las criadas se apresuraron á inquirir si en la calle había á quién atribuír el desaguisado y no vieron alma viviente. Llamaron á un zapatero de la vecindad, y en tan buena compañía registraron toda la casa, pero no hallaron la explicación del fenómeno.

Habiendo llegado las cosas á este punto, las antiguas y fieles criadas declararon que estaban amañadísimas con su señora y que su mayor anhelo sería acompañarla toda su vida; pero que, con todo el dolor de su corazón, se

veían en el caso de dejarla porque no tenían valor para pasar en esa casa ni una noche más. Fuele preciso á D.ª Andrea dejar que se marcharan, y procurarse otras sirvientas que no estuvieran en autos de lo que estaba ocurriendo.

Algunas noches pasaron sin que ni ruidos ni apariciones turbasen el sosiego de la casa; pero el día menos pensado, vio D.ª Andrea, al entrar en la segunda de las piezas de que he hablado, una calavera que comenzaba á moverse apenas la señora hubo entrado. Tál parecía, ó al menos tál le hubiera parecido á quienquiera que, para estar nervioso, no tuviese los motivos que D.ª Andrea, como si un ratón estuviera encerrado en la calavera.

A esa pieza no se atrevieron yá las moradoras de la casa á entrar, ni aun de día. Por varias noches se estuvieron oyendo golpes que parecían dados en las paredes del mismo aposento.

D.ª Andrea yá no duerme ni tiene sosiego. Manda decir muchas misas por las ánimas; y, por si acaso no son de linaje tan inofensivo los seres invisibles que visitan su casa, ruega á un clérigo anciano, amigo y vecino suyo, que conjure los espíritus malos que la frecuenten.

Pero á pesar de todo, recrecen espantos y más espantos.

La cuitada señora determina por fin dejar aquel domicilio y empieza á practicar diligencias para conseguir otra casa.

El autor de los espantos, que averigua cauta y astutamente cuanto dice y hace la matrona, se entera de aquella circunstancia, y siente reavivadas sus esperanzas. Pero á poco lo informan de que D.ª Andrea ha dado de mano á aquellas diligencias, de que ha logrado que vuelvan á su

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

servicio las dos criadas antiguas y despedido las nuevas, y de que ha mandado hacer en cierta iglesia la novena de San Cayetano, no obstante que faltan muchos meses para la fiesta del Santo. Villafuentes se empeña en sacar conclusiones de estos antecedentes, pero no atina con ninguna que le parezca razonable.

Siguió Juan Andrés en su tarea por tres noches; y la última, al dar un golpe en cierto sitio de una de las paredes del cuarto, que llamaré *de la calavera*, pared que limitaba la casa por el lado del Norte, sintió que sonaba á hueco. Temeroso de haberse alucinado y suspensos los alientos, no osó durante un buen rato segundar los golpes; y cuando por fin, con mano insegura, tornó á golpear y se cercioró de que no se había engañado, fue tánto su enajenamiento, que en el mismo punto y hora determinó dar cima el día siguiente á su aventura, sin aguardar que la casa estuviera desocupada.

Al día siguiente estuvo atareado, desde que Dios amaneció, en buscar alojamiento cómodo y elegante, á la vez que provisto de buenas cerraduras y en hacer que su sastre y su zapatero, esto es, aquellos que habían sido suyos en tiempo en que había *cosas suyas*, le tomasen medidas y se apercibiesen para vestirlo y calzarlo como á quien había sido y como á quien iba á ser. A los acreedores que fueron á hostigarlo ese día les hizo promesas, no en el tono ni con el aire de otras veces, sino de manera tál que los dejó satisfechos.

A la noche se introdujo en la casa del modo acostumbrado, y apercibido, no sólo con la linterna sorda de que yá había usado, sino también con instrumentos para cavar, y con un saco fuerte y grande, tan grande, que Villafuentes iba de antemano dispuesto á renunciar de buen

grado al dinero y á las joyas que no le cupieran en él; si bien iba firmemente resuelto á repletarse también los bolsillos y hasta la copa del sombrero.

Ibase á decidir si el último de los Villafuentes había de quedarse pobre para *sæcula sæculorum*, ó había de verse podrido de dinero. Con palpitaciones del corazón, con la boca seca, con la respiración anhelosa, pasó por encima de las tapias y de la puerta de reja, y con la cautela de siempre fue penetrando por el pasadizo. Pero al rebasar de la entrada del cuarto aquel ruinoso que estaba henchido de trastos viejos, vio con sorpresa inenarrable que en la pared de la derecha se iba formando una faja luminosa que por instantes se agrandaba. Tras esto sintió los pasos de personas que, viniendo de hacia el centro de la casa, se acercaban á la boca del pasadizo. Quedóse atortolado, pero no le faltó discurso para ocultarse á tiempo en el cuarto de los trastos.

Desde él percibió que entraban en el contiguo varias personas á paso de gato y hablando muy bajito. A renglón seguido oyó que D.ª Andrea, con voz menos recatada, ordenó á las criadas que cerraran con llave la puerta del pasadizo. "No hay peligro, observó ella, de que nadie nos sienta ni nos vea, pero, para una cosa como ésta, siempre es bueno."

La orden fue cumplida incontinenti, y Villafuentes se quedó sin salida posible para fuera de la casa.

Entre las voces que él percibía había dos masculinas: la del zapatero vecino y la del clérigo de los exorcismos, de quien D.ª Andrea se había hecho escoltar, sin duda, para vencer el miedo y poder entrar en el medroso aposento.

Todas sus paredes empezaron á recibir golpes dados

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

con las manos y con diversos instrumentos. "Aquí debe ser, porque aquí es donde suena á hueco," dijo de pronto el zapatero. Al punto se apiñaron todos en ese sitio; y cada cual golpeaba allí, como si por sí mismo quisiera cerciorarse de que el zapatero no se engañaba. Y á hueco sonaba en realidad.

Por un rato cesaron los golpes. Traspasaba el tabique el rumor del jadeo que la hondísima impresión y aquel fluctuar tremendo y afanoso entre la esperanza de dar con un tesoro y el miedo de sufrir un chasco, producían en los pechos, señaladamente en el de D.ª Andrea.

La sombra de las vigas que atravesaban el artesonado daba en éste y denunciaba el temblor de las manos que sostenían las velas que alumbraban la escena.

La puerta del cuarto se había quedado abierta, y en ese punto alguien la cerró muy bien; pero volvió á abrirse para dejar paso á una criada á quien ordenó la Sra. Miramón que fuese á ver si el portón que daba á la calle estaba bien cerrado y con buena tranca.

Poco después de haber entrado, habían empezado á olvidar las precauciones, á moverse con libertad y á hablar en voz alta. Desde que el zapatero hizo su conmovedora declaración, se volvió á hablar pasito y así se siguió haciendo por breve rato.

Empezaron á oírse golpes de barra y el rodar de terrones. A estos ruidos acompañaban fervorosas exclamaciones: ¡Madre mía y Señora! ¡Gran poder de Dios! ¡Animas benditas del Purgatorio! ¡Glorioso San Cayetano!

Quien manejaba la barra era el zapatero. A cortísimos intervalos se le preguntaba qué se veía por el agujero que empezaba á abrirse, y se le decía: "¡Apure, maestro, apure! Maestro, meta la vela *á ver qué se ve*. Maestro, vea si se descubre yá la botija!"

En aquel tiempo no se concebía tesoro que no estuviera embotijado.

Se sintió que caían adobes; se sentían respiraciones sofocantemente anhelosas; se oían pías y fervientes jaculatorias medio ahogadas por el estupor; se oyó un golpe de instrumento de hierro sobre algo como una caja de madera; se oyeron gritos ahogados de mujeres.

Juan Andrés también se ahogaba y se consumía por ver lo que estaba pasando. Como yá nadie se curaba de recatar la voz, y como se hacía ruido bregando por desclavar una caja, pudo sin riesgo de alarmar á nadie, y aprovechándose, como de una escala, de algunos muebles, trepar hasta el canto del tabique y asomarse á presenciar la escena. Temor de ser visto no podía abrigar: de cien ojos que hubiera tenido cada uno de los actores, no habría habido uno que se apartase de la caja, aunque se hubiera oído el sonido de la trompeta del juicio final.

No se dio tiempo al menestral para que desclavara todas las tablas que tapaban la caja. Apenas hubo abierto espacio suficiente para que pudiera entrar una mano, penetró, ávida y temblorosa, la de D.ª Andrea, y sacó un estuche. En tanto que la afortunada matrona seguía hurgando con ardimiento dentro de la caja, que era grandísima, el clérigo abrió el estuche y sacudió el polvo que cubría su contenido. Al punto resplandeció un aderezo de brillantes. La viuda sacaba más y más cosas con agitación febril, pero se detenía un poco de cuando en cuando para sompesar un bolsón ó para examinar una alhaja. A cada nueva sorpresa prorrumpía en un *¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!* Sus auxiliares le hacían coro, y aquello parecía como si se estuviera dando comunión en una iglesia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Las emociones que Villafuentes experimentó presenciando aquel espectáculo no son para descritas sino para adivinadas. Pero no podrá adivinarlas sino quien haya visto, como él veía, á unos extraños apoderándose de un patrimonio suyo, de un montón de riquezas capaz de deslumbrar y de enloquecer, no ya á un indigente, sino á un millonario; y esto sin que la situación en que el mismo Juan Andrés se había colocado le permitiera estorbarlo.

Cien veces estuvo tentado á gritar: "¡Eso es mío! ¡Esa es mi herencia! ¡Ese tesoro yo lo había descubierto á fuerza de ingenio y de perseverancia!" Pero siempre lo contuvo la consideración de que el haberse introducido clandestinamente en aquella vivienda, no sólo lo privaba de todo derecho, sino que lo exponía, si llegaba á ser descubierto, á verse procesado como ladrón.

La escena duró á su parecer muchas horas. Quizá se las alargaron la desazón y la impaciencia. La postura en que se hallaba era por extremo violenta, y el cansancio y el malestar lo forzaron á bajar de su punto de observación. Se tendió en un canapé descoyuntado y destripado que campeaba entre los vetustos trebejos. El saco que había llevado para recoger en él sus riquezas siempre le fue de mucha utilidad: lo rellenó de paja medio podrida que halló á la mano, y lo usó á manera de almohada.

Alcanzó á oír que la yá opulenta D.ª Andrea invitaba á sus compañeros á retirarse; que acomodaban en la caja la plata labrada y que salían de la pieza llevándose el tesoro.

El zapatero exclamó cuando iba saliendo: "¡Y luégo dirán que no hay espantos en las casas en que hay plata enterrada!"

Cuando Juan Andrés presumió que podía hacerlo sin

peligro, salió con tiento á ver si la puerta del pasadizo estaba cerrada: sabía que lo estaba, pero se empeñó en forjarse la ilusión de que podían haberla cerrado mal. Adquirido que hubo la certidumbre de que no podía salir de su escondite sino, cuando más pronto, á la noche siguiente, sintió concentrados en un solo punto todos los tormentos que, durante unas diez y seis ó diez y ocho horas, había de apurar.

Volvió á su huronera. La fatiga corporal y la postración de espíritu lo incitaban á dormir; mas ni podía aquietarse ni era prudente entregarse al sueño, habiendo, como había, peligro de que un ronquido denunciara su presencia.

Hacía ya algún tiempo que en la casa reinaban las tinieblas y el silencio, cuando volvió á ver iluminado el techo del cuarto del tesoro y á percibir cuchicheos y otros rumores. Era que D.ª Andrea y sus criadas, ó acaso estas solas, habían venido á remover escombros y á hacer entre ellos y en la cavidad de la pared una prolija rebusca.

¡Qué noche la que pasó Villafuentes! Pero aún fue más negro el día. Antes de esa infausta fecha, ignoraba lo que es verse uno apremiado por las necesidades de la mísera naturaleza humana. La de comer, la de beber, la de fumar, la de disponer de la propia persona, no podían satisfacerse allí. La de guardar silencio y la de evitar todo ruido no fueron las que menos lo atormentaron. Para colmo de desdicha, el polvo, que abundaba en el fementido aposento, la humedad que se desprendía del suelo, y el desabrigo nocturno lo acatarraron grandemente. Amén de la necesidad de sonarse, á la que no le era del todo imposible resistir, le venían la de toser y la de estornudar; y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los más violentos esfuerzos de su voluntad no eran poderosos á reprimir esos estruendosos desahogos.

A ciertas horas de las de aquel día nefando, percibía ruido de platos y de cubiertos, y lo que se disponía en la casa en orden al yantar, y entonces se extremaban las exigencias de ese estómago desocupado.

Por fin anocheció, porque, aunque para el pobre de Juan Andrés parecía haberse parado el sol, era preciso que alguna vez anocheciera. Hubiera querido llamar á talones desde que empezó á faltar luz, pues lo acosaba fieramente el recelo de que fueran á cerrar la puerta del pasadizo, que había sido abierta por la mañana. Pero advirtió que sería gran borricada exponerse á ser visto, tanto por los habitantes de la casa, como por los transeúntes de la margen del río opuesta á aquella por donde debía salir.

Cuando se hubo espesado un poco la oscuridad, dio algunos pasos hacia el centro de la casa, y pudo cerciorarse de que D.ª Andrea y sus compañeras estaban rezando el rosario. Salió entonces, y allí, en aquel sitio de donde había esperado sacar todo el oro y todas las preciosidades que pudiera tomar á cuestas, tuvo que dejar todo lo que poseía, esto es, los instrumentos que había llevado, y á los que no había podido hacerse sino vendiendo al desbarate los chismecillos que constituían el último resto de su patrimonio. No se atrevió á llevar consigo aquellos instrumentos por temor de que le sirviesen de estorbo para huír con celeridad y con cautela.

Nada difícil le fue averiguar cómo se le había aparejado el cruelísimo chasco que sufrió. Una amiga de D.ª Andrea, mujer muy pizpireta y de mucho expediente, sabedora, como lo era todo el mundo, de lo de los espantos de la casa y de la resolución de la viuda de buscar otra

vivienda, le había hecho patente lo desatinado que sería mudarse, renunciando á muchas de las conveniencias de que gozaba en aquella casa; y la persuadió de que lo que debía hacer para librarse de los espantos y para no desairar á la Fortuna, que, patentemente, estaba llamando á sus puertas, era buscar y desenterrar el tesoro que, sin que sobre ello cupiera pizca de duda, era causa y origen de lo que tan turbada la traía.

A D.ª Andrea le armó el consejo. Tenía un buen pasar, pero desde que se hubo percatado de que podía ver acrecentada su fortuna, comenzó á sentir necesidades en que jamás había pensado.

Su ansia de encontrar el tesoro la indujo á acudir á los Santos, y especialmente á San Cayetano, abogado de los que padecen necesidad de bienes temporales. Y, á pesar de esa comezón que la aquejaba, resolvió no acometer la empresa que su amiga le había aconsejado, sino el día que terminara la novena del santo. Y así lo hizo.

La relación de Juan Andrés debía ser verídica. D.ª Andrea, á ojos vistas, había enriquecido mucho, y había enriquecido de golpe y porrazo. Había comprado en pocos días varias fincas de valor; costeado suntuosas funciones de iglesia, y habilitado á un sobrino que en un pestañear había dado al través con un capitalito muy regular.

Y cabalmente habían empezado á ocurrir estas cosas en días en que no se hablaba en la ciudad de otra cosa que de los espantos que había en la casa de la Sra. Miramón.

Juan Andrés Villafuentes iba yá para viejo cuando me refirió esta historia; y todavía se tiraba de una oreja y no se alcanzaba á la otra cada vez que le venía á la memoria la animalada que había cometido llevando á D.ª Andrea como de la mano á poner las suyas sobre LA FORTUNA DE LOS VILLAFUENTES.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ELOGIO

DEL

SR. D. JOSE MARIA VERGARA Y VERGARA

Finado individuo de la Academia Colombiana. (1)

SEÑORES:

Si, como me ha tocado consagrar un recuerdo á José María Vergara y Vergara, á nombre y en presencia de una corporación de la naturaleza de ésta, me hubiera tocado expresar los sentimientos que su memoria excita en los que fuimos amigos suyos; si hubiera de hablar de Vergara acordándome sólo de que era amigo de los que aquí me están oyendo y, sobre todo, de que lo era mío, mi tarea sería más fácil que la que vengo á desempeñar; si bien el expresar con palabras lo que el corazón no quisiera explicar sino con lágrimas, no es de lo menos difícil entre cuanto puede ser asunto de discursos y de escritos.

No es de la ocasión presente el llorar al amigo en compañía de otros amigos, sino encomiar las dotes literarias del colega en presencia de otros colegas. Discurriendo sobre las de Vergara, examinando sus escritos y haciendo de ellos un juicio crítico, cumpliría con la obligación que

---

(1) Leído en la junta ordinaria del 4 de Septiembre de 1874.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

he tomado sobre mí; mas, ya por lo íntimo y afectuoso de las relaciones que me unieron á nuestro malogrado compañero, ya porque á él no se le puede mirar como escritor sin contemplarle al mismo tiempo por otros aspectos, no me es dable, ni lo será para ninguno de cuantos fueron amigos suyos, hablar sobre sus dotes y sobre sus escritos con la indiferencia propia de quien analiza y juzga producciones literarias sin acordarse de la persona del autor á quien se deben.

En efecto, las de Vergara son para los que le conocieron, no pruebas de ingenio, no muestras más ó menos estimables de los diferentes géneros en que se ejercitó su pluma, sino expresiones y desahogos de los sentimientos generosos que formaban lo esencial de su carácter. Para los amigos de Vergara, hasta los defectos que una crítica severa puede hallar en sus escritos, son siempre resultado de algo de lo que tánto apreciámos y amámos en él.

La crítica es una disección anatómica en que se examina la cabeza dejando á un lado el corazón. Lo que escribió Vergara no puede ser asunto de esa crítica, porque en ella tuvo más parte el corazón que la cabeza: de ahí su falta de pretensiones y de tono pedantesco, su ingenuidad candorosa y su singular espontaneidad.

A propósito de esto, llamaré la atención sobre el hecho notabilísimo de que, habiendo sido Vergara hombre más docto que los más de los literatos colombianos contemporáneos suyos, conocedor y admirador de los clásicos latinos, aficionado por extremo á la literatura española de los buenos tiempos, enemigo implacable de los malos traductores y adversario nato de los despreciadores de las letras españolas, se formó sin advertirlo un estilo que, sin dejar de ser propio, se asemeja más al de los escritores franceses modernos que al de los españoles modernos y antiguos. El hubiera querido escribir como Granada ó como Solís, y bien lo dio á conocer en varios pasajes de sus obras; pero no escribía sino á la manera de ciertos autores de hoy, con cuyos talentos tenían más afinidad los que á él le distinguían. En él no había nada de afectado, nada de estudiado. Escribía porque sentía necesidad de comunicar sus impresiones, de hacer amar lo que él amaba, de hacer admirar lo que admiraba él, de hacer aborrecer lo que moral ó literariamente le parecía malo, que era lo único que él podía aborrecer. Dominado y arrastrado por el entusiasmo y por nobles afectos, no era dueño de dar á la expresión de sus ideas la forma que hubiera querido escoger.

La vehemencia en su modo de sentir y la viveza de su fantasía le hacían emplear expresiones paradójicas y atrevidas imágenes é hipérboles, sin que le contuviese el miedo que á todos suele contenernos de no ser comprendidos y de vernos censurados. Imaginaba, al hablar y al escribir, que todos habían de ver las cosas como él las veía, y de sentir de la misma suerte que él. Si esta propensión le hizo en algunas ocasiones ser oscuro ó trivial, no sabré yo decirlo; pero sé que quienquiera que dé muestras de ella en sus escritos, da la más manifiesta de que trabaja exento de vanidad y obedeciendo sencillamente al instinto natural que nos impulsa á comunicar los pensamientos y á hacer participar á otros de las impresiones que experimentamos.

La espontaneidad es, pues, la dote prominente en Vergara. Ocioso es advertir que hubo de estar acompañada de otras muy relevantes, sin las cuales ningún escritor puede ganar fama. Grandes debió de poseerlas, una vez

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que el público, juez competente cuando se trata de graduar el mérito de los autores para condenar al olvido las obras de unos y recomendar á la posteridad las de otros, ha dictado en favor de las de Vergara el más expresivo fallo: la simpatía del público por Vergara no se ha extinguido con la muerte de éste: de ello ha dado testimonio á sus desvalidos huérfanos, y Vergara no pudo inspirar tan verdadera y tan universal simpatía sino por medio de sus escritos.

Yo juzgo que la espontaneidad, esta prenda de Vergara, principal asunto de mi razonamiento, es sobre todas recomendable en cualquier escritor. La claridad y perspicacia de ingenio, la sólida y vasta doctrina, el conocimiento del corazón y de todas las cosas humanas, son en aquel á quien falta espontaneidad, como excelentes instrumentos puestos en manos que no los han menester ni saben manejarlos.

Según el orden establecido por la Providencia, los hombres y las cosas hacen bien lo que hacen cuando lo hacen obedeciendo á su destino; y, en los autores, escribir lo que su propia naturaleza les dicta, es cumplir con el suyo.

La espontaneidad puede fingirse, merced al talento y al estudio; pero la espontaneidad artificial no produce obras útiles: sírvele al que escribe por especulación ó por vanidad; no al que con la pluma ejerce la noble misión de difundir las ideas y excitar los sentimientos que, según su conciencia, deban dominar en la sociedad para bien de ella.

No hay espontaneidad en quien, por no desaprovechar un asunto que le ocurre, una frase ingeniosa, un pensamiento original que se le viene á las mientes, enalte-

ce hoy lo que vituperó ayer ó condena lo que ayer puso por las nubes. Dos poetas contemporáneos embelesan á sus lectores; pero en un libro que contuviese todos los escritos de cualquiera de ellos, se echaría menos esa espontaneidad inseparable de la sinceridad que no puede dejar de hallarse en quien se propone ilustrar la conciencia humana, y lo hace conforme á principios de cuya bondad está convencido y por los cuales él mismo cree deberse regir. Mal puede ilustrar la conciencia de todos, mal puede ser órgano de la verdad (que siempre es una) quien, como esos dos poetas, desacredita ó niega en un escrito lo que en otro ha pintado con hermosos colores. Sus obras, si se hablara con rigurosa propiedad, deberían calificarse siempre de admirables, nunca de buenas.

Para juzgar á los escritores, hay que penetrarse de que su misión no es proporcionar pasatiempos sino contribuír, según las fuerzas y las disposiciones naturales de cada uno, á la consecución de un fin moral: sostener otra cosa es hacer bajar las nobles tareas literarias hasta el nivel de los oficios más viles: del del volatín y del jugador de manos.

Infiérese de lo asentado que la espontaneidad, fuera de la influencia que ejerce para hacer hermosos los productos del ingenio, la ejerce decisiva sobre la eficacia de éstos para contribuír á fines morales, y que la misma dote hace útiles para el género humano los escritos de los hombres buenos, así como puede hacer nocivos los de los perversos.

Por el punto de vista que acabo de indicar es por donde, para que fuese más honrada la memoria de nuestro difunto colega, quisiera yo que todos mirasen sus producciones. Benévolo, sensible, compasivo, generoso, apa-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sionado por todo lo bueno, lo delicado y lo bello, dejó en cuanto escribió un reflejo de tan nobles partes. Y si de la bondad de su corazón estuviera yo hablando, más bien que de sus dotes literarias, dejaría hablar por mí la gratitud de los que fueron objeto de su caridad; le pintaría muriendo rodeado del aparato desconsolador de la pobreza en días que había llenado con obras de beneficencia; recordaría que, cuando, en época aciaga para la patria, divididos y enconados los ánimos, empuñó Vergara, para defender una causa política, la única arma que sabía y debía manejar, la pluma, no pudo resistir á los naturales ímpetus de su corazón, y cerró con lo que le parecía inicuo, dondequiera que se hallase, ora tuviese que condenar la conducta de sus amigos, ora la de sus adversarios. Hízolo así, aunque no ignoraba que por ello le habían de perseguir el odio y la calumnia, como en efecto le persiguieron. El llegó á no tener por dondequiera sino enemigos; porque en épocas turbulentas, cada partido arroja de su seno al que no acepta sus procedimientos sin distinción, y no hace ninguna entre la imparcialidad y la enemistad declarada.

Hoy, cuando, serenada ya la borrasca, se puede juzgar con calma á los hombres que, trece años há, eran objeto de ciega veneración ó de odios que parecían inextinguibles, ¿quién no hace justicia á la rectitud de intenciones de Vergara? ¿quién no atribuye los que entonces se reputaron en él desaciertos, á su amor á la justicia y á los humanitarios sentimientos que no le permitían enmudecer á vista de la violencia y de la persecución, siquiera fuesen empleadas por la rigurosa necesidad en provecho de la causa que él mismo defendía? Sí, ni el más apasionado amigo de Vergara pretende colocarle en la categoría de hábil político, pero tampoco se hallará entre sus detractores de otro tiempo quien no le coloque en la de los hombres bien intencionados.

Y si Vergara fue hombre bueno, y si nunca escribió sino *de la abundancia de su corazón*, sus obras han debido ser benéficas para la sociedad. Aquí cabe el afirmar que no siempre que se hace el bien escribiendo se hace á sabiendas: la bondad es fecunda y no debe su acción únicamente á nuestra voluntad. Quien lleva en sí el germen de la virtud, hará siempre el bien, sea que obre, sea que hable, sea que escriba, y lo hará aun en ocasiones en que no aspire á fin determinado.

Puede no faltar quien opine que á Vergara son menos aplicables que á otros muchos estas observaciones, porque él escribió muy á menudo con pluma festiva y ligera y porque muchas de sus producciones, juzgadas superficialmente, parecen frívolas.

Yo soy de sentir que la importancia de los trabajos literarios y el beneficio que con ellos puede hacerse no estriba en lo aparentemente grave de los asuntos ni en la manera de tratarlos. No sólo son sanos y provechosos los tratados serios, obra de dilatado estudio y de profunda observación, las disquisiciones religiosas y filosóficas, los trabajos críticos, y los históricos y los políticos. Las obras de estos linajes son como santuarios á que no entran sino los iniciados en los misterios de la ciencia y del arte; y si sirven para conservar la verdad y para que en ellas queden consignados los adelantos que van haciendo los que la investigan, no son las más propias para propagarla, ni para hacerla penetrar por todos los poros de la sociedad, ni para hacer disfrutar al vulgo de la belleza artística. Las obras de autores graves y eruditos son fuentes de donde otros sacan la doctrina de que se sirven para poner ver-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dades y bellezas al alcance de todos; y éstos desempeñan una tarea no menos digna y gloriosa que la de aquéllos.

La educación es el cúmulo de modificaciones que va padeciendo nuestro sér desde que nacemos hasta que morimos, y resulta del conjunto bien ó mal combinado de ideas y de impresiones que recibimos en el curso de la vida; estas ideas y estas impresiones nos vienen de todo lo que vemos, de todo lo que oímos y de todo lo que leemos. Cada hombre está, sin saberlo, tomando parte en esa educación de todos los demás, porque está haciendo circular ideas y sentir impresiones; pero nadie desempeña en esto papel tan importante como el que desempeña quien escribe, porque la palabra escrita se oye á toda distancia y se fija para siempre en esos mármoles de nuestros tiempos que se llaman papel de imprenta. Pero, entre cuantos escriben, los que más influyen sobre la suerte de los hombres, son los que, dando á luz producciones breves y amenas, ligeras y atractivas, se hacen leer de los ignorantes y superficiales como de los doctos y reflexivos, de las mujeres como de los hombres, de los adolescentes como de los hombres maduros. El vulgo (que es casi la totalidad de los hombres) no lee sino lo que le entretiene, y huye de toda lectura que exija esfuerzos mentales y atención detenida.

De aquí la inconmensurable influencia que han ejercido las novelas sobre la sociedad del siglo XIX; de aquí el poder incontrastable del periodismo en el orden social y político de las naciones modernas; de aquí el haber tenido que reconocer los más sesudos y doctos defensores de verdades elevadísimas, que, á la novela y al folletín, no pueden oponerse armas mejores que el folletín y la novela.

Siendo ello así, ¿quién tendría razón para mirar con

desdén al escritor que, como Vergara, rindiendo culto apasionado á todo lo noble, lo bueno y lo bello, lo predica y lo vulgariza, acomodándolo al paladar de todos los lectores posibles?

Y si esto podría aplicarse á Vergara, aunque no hubiera escrito sino sus festivos y donosos artículos de costumbres y juguetes literarios, en que, á primera vista, no se halla otra cosa que chiste y travieso desenfado, ¡cuánto más aplicable no lo será si se traen á la memoria producciones suyas, tales como su *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, la serie de sus trabajos biográficos y de controversia literaria y religiosa! Nadie sería osado á tachar de frívolos los asuntos de estos escritos, y menos á condenar el que, al tratarlos, los hubiera embellecido con las galas de que su rica fantasía y su genial amenidad le hacían mostrarse pródigo, cualquiera que fuese el género en que se ejercitara su gallarda pluma.

Amaba Vergara la religión, la patria, la familia, la literatura y las antigüedades. No hablo con distinción del afecto á sus amigos, porque, al modo que en la tienda hospitalaria del patriarca bíblico, no había aposentos separados para los huéspedes, en el corazón de Vergara nos hallábamos ocupando un mismo sitio sus padres, y su esposa, y sus hijos y sus amigos; siendo de notarse que de éstos se hacía amar como amaba él: él ocupaba en nuestros corazones un lugar como el que nosotros ocupábamos en el suyo.

Amando Vergara á un mismo tiempo la patria y las antigüedades, naturalmente vio vinculadas en éstas las glorias de aquélla, y á eso debe nuestra tierra dos monumentos que él levantó para contribuír á perpetuarlas: su *Historia de la Literatura* y su Biblioteca colombiana.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

A formar esta última dedicó gran parte de las horas de desahogo que pudo disfrutar en su agitada vida; y, una vez formada, ella le ofreció materia para su precioso libro. En la Biblioteca recogió gran copia de obras nacionales, antiguas y modernas, conocidas y desconocidas; las estudió y formó juicio sobre el mérito y las prendas de cada autor: el resultado de estas labores fue su Historia. No sería justo pasar en silencio que á las bibliotecas formadas por dos amigos suyos, D. José María Quijano Otero y D. Ezequiel Uricoechea, del mismo modo que él había reunido la suya y con los propios fines á que él había aspirado, debió el poder hacer su trabajo tan completo como lo hizo.

Tampoco omitiré el hacer honorífica mención de la compra que el Gobierno de Colombia acaba de hacer de la Biblioteca de Vergara, á fin de impedir que el fruto de su patriótica tarea llegue á ser perdido para la posteridad.

Compuso también Vergara un compendio de la Historia patria, proponiéndose que ese trabajo fuese como embrión de otro más extenso en que hubiera puesto mano si su rigurosa suerte se lo hubiera permitido.

Encargado por algún tiempo del Archivo nacional, se dio á descubrir y ordenar preciosos y desconocidos documentos de que esperaba se sacase partido para ilustrar muchos puntos importantes y oscuros de nuestra historia.

Formó asimismo, y empezó á llevar á cabo, asociado con sus amigos D. José Caycedo Rojas y D. Ezequiel Uricoechea, el proyecto de componer un Diccionario biográfico nacional.

Acometido de mortal dolencia en el vigor de la edad, viudo ya y abrumado de pesares y amargo duelo; postradas sus fuerzas y abatido su espíritu, se fue al antiguo mundo á buscar en él alivio corporal, consuelo para sus quebrantos, pan para sus hijos y momentos de tranquilidad que no le era dado hallar en este suelo que le fue tan querido. Allá logró encontrar, si bien transitoriamente, algunos de los bienes que buscaba. Su corazón, que parecía muerto ya para todo lo que no fuera el dolor, latió rejuvenecido, y su imaginación recobró la perdida frescura y lozanía delante del océano, de los monumentos de la antigüedad y de las maravillas del arte, objetos cuya sola idea, desde la primera juventud, habían arrebatado su alma de poeta. Serenado algún tanto su ánimo, recuperadas las fuerzas, renovado el brío de mejores tiempos, se dirigió ansioso á buscar á los hombres ilustres á quienes amaba y admiraba por sus escritos, y tuvo la fortuna de poder tratar amigablemente con Manzoni, con Augusto Nicolás, con Henry Conscience y con otros escritores extranjeros; pero no podía gustar de reposo mientras no conociera la literatura española, encarnada en sus representantes contemporáneos: voló á la Península apenas le fue dado pasar los Pirineos, y en Madrid, sin presentaciones ni recomendaciones, se hizo recibir como antiguo amigo por Hartzenbusch, por Bretón, por Ochoa, por Campoamor y por muchos otros literatos eminentes, varios de los cuales han hecho, ya inmediatamente después de su venida, ya después que en Madrid se hubo recibido noticia de su fallecimiento, expresivas manifestaciones del afecto que les inspiró y del alto concepto que formaron de su capacidad y de sus luces.

Siendo él hombre de iniciativa, como se dice ahora, hallándose dotado de una actividad que nunca cedió ni á los reveses, ni á los obstáculos, ni á la postración física,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

acogía con entusiasmo toda empresa de que, en su concepto, pudiera resultar un aumento, una mejora, ya para el país, ya para las letras, ya para su ciudad natal, ya para un campo, ya para un edificio. Quien, no conociéndole, le hubiera visto entregado á la tarea de beneficiar terrenos eriales, á la de levantar ó reparar un edificio, á la de plantar y cultivar un jardín, no habría podido adivinar que tenía delante al mismo hombre que vivía arbitrando medios para compilar y dar á luz las producciones de nuestros ingenios, ó arreglando mentalmente planes de composiciones literarias, ó de obras de enseñanza elemental, ó de reformas en la legislación ó de trabajos históricos.

Dominando en él esta fervorosa actividad; siendo tan vivo como se ha visto su amor á las letras y su celo por los adelantamientos de su país, no es de extrañarse la decisión con que empezó á trabajar por el establecimiento de la Academia colombiana apenas se le habló en Madrid sobre el proyecto que de promover su fundación se había concebido. Puede decirse que esta institución quedó creada antes de que él saliera de Madrid; y, si fuera poco exacto el afirmar que ella le debe su existencia, es justo reconocer que á él se debió el que pudiera establecerse dentro de breve término y sin que se tropezara con los obstáculos que habrían entorpecido la ejecución de la empresa sin su oportuna y eficaz intervención.

Omito hablar (aunque bien lo merecería el asunto) de los esfuerzos que hizo, aprovechándose de su visita á España, á fin de dejar establecido el comercio de libros y entabladas las relaciones literarias entre esa Nación y Colombia.

Algo he dicho para mostrar cómo Vergara, amando las glorias y los adelantamientos de su patria, las antigüedades y la literatura, dio desahogo á estos afectos, así obrando como escribiendo; callo lo mucho que pudiera añadir para (sin extenderme en demasía) discurrir sobre sus benévolos sentimientos hacia la humanidad en general; y me duelo de que en un trabajo como el presente no me sea lícito mencionar hechos ni narrar sucesos. Debo limitarme, según el plan á que me he sujetado, á hablar sobre las manifestaciones que, como escritor, hizo Vergara de dicho sentimiento. No obstante, para no dejar olvidado un hecho que prueba juntamente su afición á la literatura, su patriótico celo y su genial benevolencia, recordaré de paso que toda su vida, y señaladamente en los años en que, junto con algunos amigos, estuvo redactando su periódico predilecto, *El Mosaico*, no omitió medio para estimular y para abrir ancho campo á los nuevos ingenios que se iban presentando en la palestra literaria.

Cierto día cae en manos de Vergara un abultado é informe manuscrito que lleva trazas de ser primer ensayo de un escritor bisoño; le hojea y no tarda en descubrir en él una joya literaria de subido precio; busca al autor y se le muestra como tál un humilde campesino. No mucho después entrega Vergara al público, impresa ya, la obra cuyo original contenía el manuscrito, y á la estimación general el nombre del autor: la obra se llamaba *La Manuela*, el autor, D. Eugenio Díaz. Esta obra, la más *nuéstra* de todas nuestras obras, que sobrevivirá acaso á todas las de su género; modelo admirable que debería imitar todo el que quiera retratar la naturaleza observando la naturaleza misma, habría perecido desconocida si Vergara no hubiese hecho por sacarla de la oscuridad lo que sólo era dado á su entusiasmo y á su perseverancia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Veía Vergara que, así entre los contemporáneos como entre las generaciones pasadas, había nombres de compatriotas nuéstros olvidados ó nunca bastante conocidos, que tenían derecho á ser pronunciados con veneración ó con reconocimiento; y él, á fin de darles el lustre que á su parecer les correspondía, escribió noticias biográficas y breves elogios de hombres que, sin haber hecho ruido en el mundo, eran dignos de figurar en él como modelos, ya de cristiana piedad, ya de perseverancia en el estudio ó en el trabajo, ya de otras virtudes y prendas de aquellas que menos brillan y que más escasean. Entre las que hizo, descuella la biografía del cura Montenegro, cuadro encantador, que deja en el ánimo las más suaves impresiones y que no inspira menos simpatía por el que lo delineó que por el original que representa.

Su odio á los odios políticos le inspiró su opúsculo titulado *Los Buitres*, en el que, pintando con lindos colores una escena de su infancia, se propone persuadir al lector de que cada hombre, por más que en el teatro de la política parezca aborrecible, es amable para quien, teniendo sentimientos humanos, le contemple en lo interior de su hogar, mostrándose tal cual es, en los momentos de franca expansión, en que en él no se descubre sino al padre, al esposo ó al hijo.

No menos aversión que los odios políticos le inspiraban las mezquinas intrigas que entran en juego, las pasioncillas que hierven, las ridiculeces que se observan cuando, en poblaciones más ó menos reducidas y so color de defender opiniones políticas, ciertas parcialidades contienden sobre ruines intereses. Para exponer á la luz esas cosas en toda su deformidad, escribió Vergara su libro *Olivos y aceitunos todos son unos*. Esta es una novela

de costumbres políticas, género de composiciones en que á lo que entiendo, ninguno antes que él se había ejercitado. En ella, no obstante las dificultades que el asunto ofrecía, dio su autor clarísimas muestras de la travesura y amenidad de su ingenio, de su perspicacia como observador, y de su habilidad para pintar lo que había observado y para censurar vicios y flaquezas aparentando no hacer otra cosa que jugar con el asunto de que trataba.

Vergara, miembro y alguna vez fundador de asociaciones benéficas, y redactor de periódicos religiosos, hubiera, aun sin estos títulos, acreditado bastante el ardor de su fe, con el tinte cristiano que dio á todas sus producciones, hasta á muchas de las ligeras y festivas que se le deslizaban de la pluma en horas de esparcimiento.

Y ya que de asociaciones benéficas he hablado ¿cómo podría no hacer especial mención de una particularidad que de pocos fue conocida y que por todos debería ser admirada? Siendo Vergara miembro de la Sociedad de San Vicente de Paúl en Bogotá, resolvió, estando en París, estudiar allí el espíritu y las prácticas de la misma asociación á fin de traer á su regreso idea de las mejoras que en la de acá pudieran introducirse, y de hacer que ésta entrara, si fuese posible, en comunicación con la de París. Hízose inscribir como miembro de ésta; asistió á sus juntas; desempeñó caritativas comisiones y se perfeccionó en el santo arte de socorrer y aliviar la miseria. Testigos son los demás miembros de nuestra sociedad de San Vicente de Paúl, y, lo que vale más, los infelices que á su entusiasmo y su caridad debieron consuelos, de la eficacia con que cooperó á los fines de aquel instituto desde su vuelta de Europa hasta su muerte.

Para desahogar su intenso amor á la familia, no es-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cogió de ordinario otro lenguaje que el del verso; y, entre sus mejores poesías, deben colocarse las que le fueron inspiradas por ese puro sentimiento. Ni hay que extrañarlo, cuando todas las que compuso hacen patente que el talento poético de que le había dotado la naturaleza, era aquel que sirve para pintar con colores templados escenas apacibles; para infundir en el ánimo de los lectores aquella amable melancolía que las almas sensibles prefieren al gozo, y para expresar afectos tiernos y dulces. Por eso cobró tan apasionada inclinación á las obras de Trueba, á las de la insigne escritora que se oculta bajo el seudónimo de *Fernán Caballero*, y á las de Henry Conscience; por eso esta inclinación se extendió de las obras á los autores, y le impulsó á emprender, mientras estaba en Europa, dos viajes con el único fin de conocer á los dos últimos. Con todos tres departió á su sabor; y el haber logrado hacerlo fue uno de los más eficaces consuelos que halló su lacerado corazón. Su simpatía por Trueba le llevó hasta á imitar involuntariamente su manera de escribir, hecho que ofrece una prueba más de que Vergara, al escribir, no hacía otra cosa que poner á vista de todos lo íntimo de su sér, en el estado en que se hallaba cuando tomaba la pluma.

Escasa reputación habría alcanzado como poeta, si hubiera embocado la trompa épica, si hubiera intentado hacer odas, ó elegías, ó dramas, ó comedias. Por fortuna, nunca hubo riesgo de que se aventurase á seguir un camino que no fuera el que le estaba señalado: él no daba de sí sino lo que en sí sentía rebosar; no sabía celebrar héroes ni batallas, ni exhalar penetrantes gritos de dolor, ni escribir chistes de los que se aplauden á carcajadas. Si celebraba algo, era para hacerlo amar; si se quejaba de dolores propios ó ajenos, excitaba dulce compasión, hacía salir suspiros, no acerbo llanto; sus donaires hacían sonreír y dejaban en el ánimo la impresión que suele dejar todo lo que toca las fibras delicadas del alma.

Para juzgar á Vergara como poeta, hay que parar mientes, no menos que en sus versos, en muchas de sus composiciones en prosa; y más que en su prosa y en sus versos, en las revelaciones de su modo de sentir.

En donde sobre todo debe estudiársele es en la descripción que hizo de su visita á la tumba de Chateaubriand. Cuando la hizo, sus facultades habían adquirido completa madurez; su alma se había ensanchado con la contemplación del Oceáno y de las grandes cosas que había visto en el Antiguo Mundo, en el que le había cabido la suerte de presenciar la contienda gigantesca y mortal entre dos poderosos imperios; en fin, había enriquecido en ideas mediante el trato con escritores y sabios eminentes.

Merced á tan favorables circunstancias, en lo que escribió hacia el fin de su vida se descubre un vigor de estilo que sorprende; se ve ya al literato, al hombre de ingenio amaestrado en el arte de hacer sentir lo que él siente, y hasta en el del crítico que acierta á descubrir y apreciar las bellezas artísticas mediante un gusto y una sensibilidad exquisitos desde el principio y educados con el estudio y el ejercicio.

La lectura de las obras de Chateaubriand fue acaso lo que primero excitó en el alma de Vergara aquel poético y vago sentimiento propio de la adolescencia, que es como cierto indeterminado recuerdo de venturas mentidas; como un presentimiento ilusorio de dichas que, en realidad, nunca llegan; sentimiento profundo como los recuerdos y halagüeño como la esperanza.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Adolescente aún, hizo Vergara su composición en verso titulada *El Sepulcro de Atala*, en la que patentizó cuanto se había embebido en la poesía de que rebosa ese cuadro incomparable en que el genio reunió las más seductoras imágenes que pueden ofrecer el amor, la naturaleza virgen y la soledad del desierto para arrebatar una alma nueva y sensible.

El principio de la vida de poeta de Vergara quedó marcado con este homenaje al genio de Chateaubriand; el término, con la peregrinación á su sepulcro. Así debía comenzar y acabar, porque en toda ella dejó Vergara vagar su espíritu por las regiones á que elevaba el suyo y en que hallaba sus inspiraciones el autor de los *Natchez*.

La prenda sobresaliente en los versos de Vergara es la facilidad. En él se reunían dos facilidades: la que da atractivo á la composición, cualquiera que haya sido el trabajo que haya costado hacerla, y la real y verdadera, esto es, la aptitud para escribir sin esfuerzo intelectual: esta excelente cualidad se hermana bien con aquélla á que Vergara ha debido el alto puesto en que lo vemos colocado en la república de las letras, la espontaneidad.

Vergara y varios de sus amigos nos reuníamos periódicamente por la noche en casa de uno de los mismos. En estas sabrosísimas reuniones, que tánto amenizaba él, se proponían á veces temas sobre que había de escribirse en el acto. El tomaba la pluma y escribía de seguida una composición en verso, con la misma facilidad con que otros escriben una carta familiar.

Muchas de sus mejores composiciones fueron hechas de este modo.

El género epistolar es un género privilegiado. Grandes escritores, como Cicerón, que han asombrado al mundo con obras de otros linajes, han ofrecido al mismo tiempo en sus cartas familiares la más sabrosa lectura. Otros de mérito inferior, como el P. Isla, no han sido menos felices en dicho género. Para sobresalir en él no es menester grande ingenio, ni versación en las ciencias ó las artes, ni estudio especial. Diariamente vemos que hombres faltos de todo esto escriben cartas cuya lectura agrada, aunque los asuntos no interesen; y apenas se hallará persona culta que una vez en su vida siquiera no haya escrito una buena carta.

Esto sucede porque quien las escribe no se siente trabado por el recelo de venir á dar asunto á la crítica; porque trabaja sin pensar en la imprenta, ni en el público ni en la fama; porque no se propone otro fin que el de dar á conocer de un modo íntimo lo que le preocupa y lo que discurre, sin violentar sus facultades naturales y poniendo en ejercicio la que á nadie falta de comunicar sus ideas y sus impresiones; y, como lo que hace literariamente bueno á un escritor no es lo sublime, ni lo nuevo ni lo intrincado del asunto, sino el que éste se halle tratado como debe tratarse, resulta que las cartas pueden tener mérito, como muy á menudo lo tienen, cualquiera que sea la idoneidad ó la ineptitud de sus autores para ejercitarse en otros géneros.

Todo esto ofrece una prueba más de lo mucho que vale la espontaneidad, y da á conocer que Vergara no pudo dejar de distinguirse en el género epistolar. Este era en cierto modo su género propio: puede decirse que dio aire ó sabor epistolar á muchos escritos dirigidos al público, á quien trataba con la familiaridad y llaneza propias de quien habla á persona con cuya benevolencia cuenta y de cuyo discernimiento se fía.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Pocos han poseído en el grado que Vergara el dón de la conversación. Toques felices de aquéllos que hacen formar cabal idea de una cosa, que explican todo un juicio, que de un golpe ponen á la vista lo malo ó lo ridículo que hay en algo; frases expresivas y originales; anécdotas oportunamente traídas; desahogos de la tristeza que la comunicaban, todo esto constituía el embeleso de su conversación; y sus cartas no eran otra cosa que su conversación escrita. El recibirlas no era una de las menores satisfacciones que ofrecía el trato y amistad con Vergara.

Vergara tuvo con muchos de los grandes escritores un punto de semejanza: murió pobre. Vivió batallando contra la fortuna para evitar la ruina que, desde que abrió los ojos, vio amenazando á su familia. Batalló así por deber de conciencia y contra su inclinación natural, con la energía, la abnegación y la constancia con que, si hubiera nacido avaro, habría pugnado contra la suerte adversa; pero él no parecía nacido para vivir en nuestro siglo: lo bello, lo poético atraía todos sus afectos, embargaba todas sus facultades; luchó contra la indigencia sin acierto y sin éxito, queriendo, en beneficio de los suyos, aspirar á un fin que no le estaba señalado: los bienes de fortuna; mientras, sin saberlo, iba corriendo hacia el que le estaba señalado: la gloria.

Si al trazar estas líneas me hubiere mostrado parcial y apasionado, en nadie como en mí sería excusable este yerro: si me hallo ocupando un asiento en esta corporación; si los académicos españoles me han honrado colocándome en él; si mis pobres escritos han visto la luz pública; y sobre todo, si en mí se despertó y vive aún la afición al cultivo de las letras, afición á que deberé, si Dios me concede larga vida, los únicos solaces y consuelos que espero

para la vejez, lo debo en gran parte á Vergara. Fomentando aquella afición en otros, hizo gran bien á la Patria y á la literatura; fomentándola en mí, poco ó nada hizo por una y otra; pero la gratitud que ellas no le deben se la debo yo.

Perdóneseme si, incurriendo todavía en la falta de que acabo de hablar, me duelo de que Vergara no haya podido gozar de la satisfacción, que tan grande habría sido para él, de ver á nuestra Academia dando señales de actividad. ¡Con cuánto entusiasmo, con cuánta diligencia habría cooperado á la publicación de nuestro *Anuario!* ¡Cómo se habría recreado al ver recogidos los primeros frutos de nuestras tareas! Satisfacciones de éstas eran las únicas á que él aspiraba. De algunas semejantes gozó. Dios no quiso que gustara ésta. Debemos esperar que, en compensación, se las habrá dispensado imperecederas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

LA CARRERA DE MI SOBRINO

Mi sobrinito Isidro había coronado yá su carrera literaria; es decir, había estudiado primer año de inglés, segundo año de matemáticas, tercer año de geografía y el curso completo de teneduría de libros; siendo de advertir que aquel año primero fue sin segundo y que el segundo fue sin primero, así como el tercero fue sin primero ni segundo. Llegó el tiempo de darle ocupación, y él mismo sintió la necesidad de dedicarse á algún trabajo provechoso. Pero aquí fue el devanarse los sesos, el hallarles dificultades é inconvenientes á todas las profesiones y carreras, y el palpar la inutilidad de casi todos los estudios que había hecho. De inglés había aprendido harto poco, y además, aunque lo hubiera poseído mejor que Byron, importaba muy poco, pues nadie vive de hablar inglés, ni tenía cosa alguna que decir en ese idioma. Las matemáticas y la geografía, tampoco pasaban de ser un adorno. La teneduría de libros ya era otra cosa, según parecía; pues los conocimientos que había adquirido en este ramo le hacían apto para desempeñar las funciones de dependiente de algún mercader; y con efecto, al cabo de muchas discusiones y consultas, se resolvió que tál había de ser su destino. No fue corto en verdad el número de comerciantes con quienes hube de hablar á fin de alcanzarle á mi sobrino la apetecida colocación; pues los de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

segunda categoría, es decir, los que no gastan caja de hierro ni *cuchara*, me hacían ver que ellos se servían á sí mismos de dependientes, y que hasta el presente se hallaban satisfechos de sus servicios; y los que gastan caja de hierro y libros con cantoneras de cobre, estaban provistos de los dependientes que habían menester. Al cabo, y por una casualidad, vacó una plaza en la casa de uno de estos comerciantes, é Isidro fue llamado á ocuparla, con un sueldo de doce pesos mensuales, y con las esperanzas que su patrón le hizo concebir de llegar con el tiempo á obtener una colocación infinitamente más ventajosa. En alto grado satisfechos quedámos mi sobrino y yo, y éste se entregó con fervor á sus nuevas ocupaciones. Pero era el caso que la teneduría no la tenía él sino un tenedor de libros extranjero, que el mercader tenía contratado, y mi sobrino no tenía otra teneduría que la del plumero con que se sacudía el polvo á las mercancías, y si por acaso llegaba á tener otra ocupación, era la de hacer despachar en la botica alguna receta para la patrona, la de llevar una carta al correo, ú otra de aquellas para las cuales no es de provecho alguno el haber estudiado á Degrange y á Rafael Pérez, y el haber hojeado el Diccionario de Comercio. Así, los progresos que hacía eran pocos, y lo peor era que, no siendo razonable que anduviera desharrapado, sacaba con frecuencia del almacén efectos y sumas de dinero que se cargaban á su cuenta, al mismo tiempo que yo cargaba solo con el peso de su manutención. A la postre, nos persuadimos él y yo de que la elección de carrera no había podido ser peor, y él hizo dimisión del plumero, después de pagar la diferencia que, "salvo error ú omisión," resultaba contra él en aquellos libros que algún día había esperado *tener;* y no hay para qué agregar que la suma

con que se hizo ese pago no salió de otra parte que de mi bolsillo.

Viniéronseme entonces á la memoria ciertas amistosas demostraciones que me había hecho un conspicuo personaje, que á la sazón ocupaba un puesto muy elevado. Ocurrí á él, y, mediante sus buenos oficios, conseguí para mi ex-dependiente una plaza de meritorio en cierta oficina, en la que trabajó por largos meses y con infatigable tesón, alentado por la esperanza de ver alguna vez su nombre figurando en aquellas nóminas que cada mes regocijaban la oficina. Entretanto aprendió á escribir, pues del colegio había salido menos que mediano pendolista, y á aplicar á la práctica las operaciones aritméticas. Ya su jefe decía que tenía bonita letra y que no le faltaba despejo y expedición para los negocios, con lo que, y con haberse tenido noticia de una promoción general que en la oficina debía verificarse, se creyó era llegado el día en que, dejando de ser meritorio, iba á ver recompensados sus méritos; pero no le avino según sus esperanzas, porque á pesar de los empeños que *se le echaron* al funcionario que debía hacer el nombramiento, sus méritos fueron desatendidos y la plaza que esperaba ocupar sirvió de galardón para los de un mozo que, por haber escrito y publicado unos versos titulados *En el álbum de la señorita Fulana de tal*, había cobrado fama de muchacho de esperanzas.

Mohino quedó con este chasco el pobre de mi sobrino, y determinó hacer dimisión de la parte, como lo había hecho del todo; quiero decir, que soltó la pluma de empleado como lo había hecho con el plumero de dependiente.

Recorrió en seguida los colegios solicitando la férula

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de pasante, y no tuvo más ventura que en sus otras pretensiones, porque casi todos los mancebos contemporáneos suyos le habían ganado de mano, y así era que en cada establecimiento el número de pasantes pasaba de lo mandado.

Los partidos entre los cuales se podía escoger se iban, pues, agotando, porque para aprender un oficio manual ó alguna de las bellas artes, era yá demasiado tarde; de suerte que no le quedó á mi sobrino más que un camino que tomar, y fue el del campo, cosa á la que sentía él desde pequeñito cierta natural é irresistible inclinación, la que principalmente se había desenvuelto con ocasión de un viaje que, algunos años antes, había hecho á Piedra-ancha en un precioso caballito morcillo careto, de índole fogosa y delicados movimientos. Parecíale también que el nombre que (al parecer por acaso) había recibido en el bautismo, era un indicio de la vocación que alguna vez había de sentir y de la carrera que había de emprender para llegar á ser hombre de provecho.

Por lo demás, el llevar á cabo el proyecto no era de lo más sencillo, y Dios sabe cuántos sudores me costó proporcionarle algunos fondos para que pudiera entregarse á los trabajos agrícolas.

Muchas fueron las posesiones que diferentes propietarios me ofrecieron en arrendamiento para mi sobrino, y no pocos los viajes que éste tuvo que hacer para elegir entre todas la que más le conviniese. Hizo estas excursiones en una mula que al efecto nos prestó un amigo, y con un tren de cabalgar, asaz inconexo y poco pintoresco. Iba con sombrero viejo de castor, con la ruana pastusa y los estribos de aro que habían pertenecido á su padre, con el freno de jaquimón de mi mujer y con otros adminículos igualmente indignos de un presunto campesino.

Desecháronse varias de las posesiones visitadas, por diferentes nulidades que Isidro les hallaba, y señaladamente por la de estar demasiado distantes de Bogotá, centro de gravedad que hace sentir su fuerza centrípeta á todo el que una vez se ha sometido á su atracción.

Eligióse por fin una posesión que su dueño llamaba hacienda y que los imparciales llamaban estancia, situada á cosa de cinco leguas de la capital, cercada de zanjas, ó más bien de vestigios de ellas, adornada con una risueña casita de paja, y cubierta con profusión de ciertas plantas que mi novel campesino calificó de ricos y abundantes pastos.

Cuidaban la casa en ausencia del propietario, *ñor* Juan Ignacio y *ña* Marcela, patriarcal y adorable pareja de campesinos bonachones y serviciales, que, sabiendo de antemano el fin con que Isidro iba á visitar la estancia, y no ignorando que podía muy bien venir á ser su patrón, se esmeraron en asistirle y hacerle vivir á cuerpo de rey y en hacerle demostraciones de afecto y sumisión. Ganáronse los dos viejos la voluntad de mi sobrino; y esto y lo exquisito del agua que por el patio de la casa y en grande abundancia corría, acabó de decidirle á tomar en arrendamiento *La California*, que tál era el nombre que el dueño se había empeñado en ponerle, si bien los campesinos de la comarca no la habían conocido jamás ni la conocían aún por otro nombre que el de *La Chusquera*.

Enamorado mi buen Isidro de la que á él se le antojó pintoresca y productiva posesión, ya le parecía que se le iba de las manos; hízome de ella una pintura que me sedujo, y yo no opuse dificultad ninguna para que se perfeccionara el contrato, en el que tuve la honra de poner mi firma como fiador y principal pagador, por haberlo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

querido así el propietario, no sin afirmar que aquella era una formalidad inútil, pero. . . . que siempre era bueno.

Dióse el nuevo arrendatario de *La California* á transformar su persona en la de un verdadero campesino, y lo primero que hizo fue abandonar el traje y los arreos con que había hecho las expediciones preliminares. Dejóse crecer la barba (que á pesar de su poca edad abundaba ya en su rostro), y nadie á primera vista le hubiera podido conocer el día en que, con sombrero alón de funda, chaqueta de dril, ruana parda, zamarros de caucho, zurriaga de guayacán, tapaojos de lomillo, silla orejona bien aderezada y un amarillo y nada blando rejo de enlazar, montó á caballo en el zaguán de casa, pronto á partir para *La California*. En aquella memorable ocasión, oprimía los lomos de un morcillo careto, escogido por su color en conmemoración de aquel morcillito de marras. Iba el corcel con herraduras, que aunque en rigor hubiera podido ahorrarse el costo de ellas, el que las tuviese convenía para la ejecución de un designio que mi sobrino había concebido. Era el caso que, al hacer de su tierra aquella primera salida, se hallaba ya provisto, como el héroe de la Mancha, no sólo de caballo y de los arreos adecuados á su nueva profesión, sino también de dama de sus pensamientos, y se proponía no salir de la ciudad sin pasar por delante de las ventanas de Guadalupe, no las del templo compañero de la cruz monumental, sino las de la casa que habitaba la susodicha dama, que aquel nombre llevaba; y le parecía cosa indecente y de muy escaso efecto ir á lucir á su vista la gallardía de su persona y el brío y la hermosa estampa del morcillo, sin que éste hiriese estrepitosamente el suelo con los herrados cascos.

En la mañana de este mismo día, salió para *La Califor-*

nia un arriero con el equipaje de Isidro. Llevaba en un buey el almofrej con la cama y la ropa, y en una burra las petacas con el mercado, platos y cubiertos, una buena provisión de cigarros, dos cajas de á quinientos fósforos, una baraja, el *Ivanhoe*, dos tomos de *El Instructor* y *Los Tres Mosqueteros*.

Ya establecido de asiento en su casa de campo, puso mano mi sobrino á las tareas, mediante las cuales esperaba conseguir que el nombre de la hacienda no quedase por embustero; y habiendo sabido que uno de sus vecinos tenía de venta algunas vacas *de hato*, fue á buscarlo en compañía de *ñor* Juan Ignacio, asesor nato suyo en todas las ocasiones en que se necesitaba más práctica en los negocios campestres que la que mi sobrino tenía. El vecino presentó en efecto un hatajo de vacas con sus crías, cuya corpulencia y cuyos escogidos colores le fascinaron y sedujeron de todo punto. En vano fue que *ñor* Juan Ignacio le hubiese insinuado con disimulo que, de aquellas vacas, la que menos, tendría catorce años. "Catorce años, dijo para su capote, catorce años es muy buena edad: cuando yo la tenía era un muchacho, casi un párvulo." Y tuvo por cosa averiguada que con aquella insinuación *ñor* Juan Ignacio no se había propuesto otra cosa que estimularle á hacer la compra, y se dejó hacer el favor que su vecino le encomiaba sobremanera de darle aquellas vacas por lo que le habían costado, callando, eso sí, la circunstancia de que á su poder habían venido cuando estaban en todo su auge y en la primavera de la vida.

Grande fue luégo el conflicto en que se vio mi deudo cuando el vecino (engolosinado con el negocio que acababa de hacer) le brindó unas vacas *horras*. Avergonzábase de dar á conocer su ignorancia, y para salir del paso

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

respondió, no sin gran miedo de cometer un despropósito, que vacas horras no quería, y que preferiría llevar algunas que no tuviesen cría. Ni fue menor su perplejidad cuando se le habló de novillas, de vacas de vientre y de vacas machorras, ni más pequeñas las atrocidades que blasfemó á propósito de todas estas cosas, por no atreverse á confesar que no entendía los términos de la facultad.

Muy corrido quedó cuando *ñor* Juan Ignacio le hizo ver las sandeces en que había incurrido; pero, á pesar de todo, nada puede compararse con la pura alegría que inundó su corazón al verse dueño de ganado y al arrear por sí mismo con su flamante zurriaguita aquellas hermosas vacas que no veía la hora de ver ordeñadas para saber *cuánto daba cada vaca;* y es fama que para reducir al hatajo una mansísima vaca colorada, que se extravió un poquito, la enlazó, así para dar á la función la apariencia de una vaquería clásica, como para estrenar el rejo de enlazar.

Por entonces fui yo á hacer una visita á mi sobrino, y hallé que, á semejanza de nuestro primer padre al principio del mundo, estaba entretenido en poner nombres á los animales, pero se hallaba en abierta pugna con *ñor* Juan Ignacio y con los muchachos de la hacienda, quienes no podían avenirse con los nombres que Isidro inventaba, y, ó bien los estropeaban lastimosamente, ó bien los desechaban del todo y les sustituían otros de pésimo gusto y faltos de originalidad. Al morcillo careto de que tengo hecha mención, quiso llamarlo *Djerid,* en memoria de cierto corcel árabe que hace papel en no sé qué novela; pero fue preciso ceder al torrente de la opinión y conformarse con oírlo llamar el *Espejito.* Otro recibió el nombre de *Mazeppa,* pero las leyes de la concordancia le hicieron llamar el

Mazeppo. Un buey barcino, de ojos encendidos, que debía haber sido *Diocleciano,* fue por fin *Dioclesiástico.* Para las vacas también suministraron nombres la historia, la novela y el drama, pero todo fue en vano. Toda vaca negra era conocida por la *Cocinera,* la *Carbonera* ó la *Azabacha;* toda barcina, por la *Granadilla* ó la *Calamaca;* toda hosca, por la *Guayacana* ó la *Mosca;* toda vaca blanca, por la *Zura,* y las otras por el mismo tenor.

Había mandado hacer fierro para marcar sus ganados, y naturalmente se le había ocurrido formarlo de las iniciales de su nombre y apellido. Mas sucedió que como estas letras eran I. P. (Isidro Pérez), un gracioso del vecindario leyó *indulgencia plenaria,* sarcasmo que le hirió en lo vivo y le decidió á preferir la inicial de su segundo nombre de pila, que era Basilio; pero como ya le habían hecho notar que entonces leerían *bendición papal,* dejó á un lado el abecedario y se dio á trazar arabescos y figuras no clasificadas hasta ahora en la geometría, hasta que, después de hacer y deshacer, delinear y borrar, componer y modificar infinitas, se decidió por una que vino á ser su fierro quemador y que se propuso no desechar, á pesar de todos los dicharachos que su vista pudiera sugerir á los bufones de la comarca.

No todos los contratos que le hicieron dueño de los bueyes, ovejas y caballos con que vistió la hacienda, fueron tan onerosos como el de las vacas. No obstante, siempre siguió comprando á precio bien subido la experiencia de consumado campesino, la que no llegó á ser completa (lo diré de una vez) sino cuando abandonó la profesión, es decir, cuando ya no era menester. Entre los bueyes que compró, se hizo inocentemente á un novillo de *La Conejera,* que puso á los peones en vergonzosa

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

fuga la primera vez que se trató de sujetarlo al yugo. Una vez, queriendo comprar una potranca, adquirió una yegua octogenaria, después de haberle registrado la boca y descubierto que todavía no le apuntaba el colmillo. En otra ocasión dio dos excelentes caballos, que estaban flacos y *despelucados*, en cambio de un execrable caballejo bien almohazado y lucio.

Pero todo lo daba por bien empleado con tal que su persona y sus cosas tuviesen un aire de *campesinidad* bien pronunciado. No perdonó diligencia á fin de que las manos y los pies se le ennegrecieran y se cubrieran de callos; estudió los más exagerados modos de montar á caballo; mandó hacer espuelas de inconmensurables dimensiones; atestó la casa de perros alborotadores y golosos, ladrones de la despensa y asesinos de los potreros, no menos que de gallinas y pavos indisciplinados que hicieron suya toda la casa; y aprendió á *abrochar un patón* y á *dar una sentada* con toda la gentileza de un cumplido sabanero. Y dado como estaba en cuerpo y alma á estos ejercicios campestres, lloraba los años que había perdido estudiando las matemáticas y la geografía, que de tan poco provecho le eran en la actualidad.

Preciso será volver atrás para dar noticia de los primeros ensayos que, como agricultor, hizo mi sobrino. Pidió y oyó consejos de todos los vecinos, así sobre el tiempo en que había de sembrar, como sobre la elección de los terrenos y de las semillas, y halló tanta conformidad en las opiniones de los agrícolas cuanta suele hallarse entre las de los médicos que tratan de hacer un diagnóstico, lo que le puso en perplejidades indecibles; al cabo, siguiendo algunas veces el parecer de *ñor* Juan Ignacio, y dejándose guiar otras por sus propios instintos, sembró

sus semillas á salga lo que saliere. A propósito de estas primeras siembras cuenta *ñor* Juan Ignacio que su patrón, habiendo oído referir que uno de los vecinos había sacado gran provecho sembrando una *mitaca*, le dio orden para que saliese á buscar unas cargas de esa semilla á fin de sembrarla al mismo tiempo que las demás.

Entretanto, los gastos no cesaban y *La California* no daba oro como su tocaya, sino esperanzas y más esperanzas, y comoquiera que esta moneda no sirviese para pagar jornales ni hubiese para qué llevarla al mercado, Isidro se vio precisado más de una vez á tomar dinero al uno por ciento. Es verdad que las venerables vacas daban leche, que se fabricaban quesos, y que éstos se vendían casi todas las semanas; mas, como no todo el monte era orégano, es decir, cómo las lozanas y viciosas praderas que mi sobrino había tomado por excelentes pastales, fueron apreciadas por las vacas en su justo valor, y como, á proporción que las crías de las vacas crecían, la leche menguaba, el valor de los quesos apenas equivalía á los intereses que era forzoso pagar, y las pobres vacas no producían su leche, ni los infelices becerros ayunaban sino en beneficio de los usureros; de suerte que, si bien las cosechas del primer año no fueron de las peores, su producto total hubo de invertirse en el pago del arrendamiento, y los fondos con que Isidro había entablado sus negocios estaban representados no más que por las decrépitas vacas y por las no muy medradas crías á que aquéllas, viendo cercano su fin, confiaban el cuidado de reembolsarle á su dueño el exorbitante precio á que por última vez y con no poca admiración suya se habían visto vender.

Reveses, pues, no faltaron el primer año, y en los dos siguientes se renovó aquello del dinero tomado al uno; y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

aun pluguiera al cielo que hubiera sido tomado *al uno*, pues en realidad hubo que tomarlo á muchos. Una cosecha de trigo se perdió por el polvillo; otra de papas, por el muque; otra de maíz, por los hielos. Murieron dos vacas, y de muerte natural, que fue lo peor, y antes de que las demás tuviesen la misma suerte, fue menester venderlas, no ya como vacas de hato, sino como ganado de ceba, lo que quiere decir que habín desmerecido como la renta sobre el tesoro ó como los vales de manumisión; dos caballos se *patonearon*, y los restantes no podían venderse por la mitad de lo que habían costado. Verdad es que cierto día me dio aviso mi sobrino de haber vendido á *Canrobert* en cuatrocientos pesos, aviso que me llenó de asombro; pero este asombro menguó considerablemente cuando supe de qué se componía aquel inverosímil é inaudito precio. Recibía Isidro en cambio del caballo una obligación ó documento contra el *tuso* Benavides, por valor de cien pesos; ocho ó diez cabras, á cuatro pesos cabeza; un reloj de sobremesa, por cincuenta pesos; una caja y una rueda de carro, por noventa; un Tratado de Agricultura, en seis volúmenes, por dos onzas; y cuatro onzas en dinero sonante, con plazo de ocho meses; siendo de notar que, ni el dinero sonante ni el reloj, llegaron á sonar jamás.

Otra plaga más temible que el polvillo, el muque y los hielos habían contribuído á devastar, ya que no las mieses, sí por lo menos, los bolsillos de mi sobrino. Hablo de las visitas que en *California* recibía. Las relaciones que había contraído en la ciudad eran numerosas, y no pasaba semana sin que algún amigo, ó alguna partida de amigos, fuese á disfrutar en su casa de los placeres del campo, del baño (que era allí delicioso) y del gusto de pasear á caballo; por lo cual, aunque mi sobrino hubiera querido limitar sus gastos y no tener su despensa demasiado bien provista, todo régimen económico era imposible. Forzoso era procurar no solamente que la comida fuese buena y abundante, sino también que no faltasen en la casa unas botellas de buen coñac y aun alguna caja de vino generoso para las ocasiones solemnes. Pero cuando mi sobrino echó el resto fue cuando supo que la familia de Guadalupe deseaba salir al campo á pasar en él una temporada. El asegura que le echaron una que otra indirecta á fin de que ofreciese *La California;* pero, yo, aunque no presumo de muy perspicaz, he maliciado siempre que fue él mismo el autor de aquella invención, y sabe Dios cuántas instancias hizo á fin de que el proyecto se llevase á cabo. Ello es que tanto en la hacienda como aquí en casa todo se puso en movimiento. La cocinera de casa partió para *La California*, precedida de las dos terceras partes de su batería de cocina, de cinco docenas de platos de porcelana y de cajas de fideos, jamones y chorizos, que no parecía sino que se trataba de abastecer una plaza fuerte para un largo sitio. Mi sobrino, á fuerza de cambalaches, préstamos y arbitrios de todo género, logró elevar la recogida de los caballos al pie de guerra; los trabajos se suspendieron, y por cierto que era tiempo de desherbar una sementera de papas. El viaje se hizo en bestias de Isidro; las camas y las criadas fueron conducidas en sus carros, y sus peones llevaron á los niños. Durante la temporada hubo comidas campestres, baño diario, paseos á caballo, corridas de toros en la corraleja; se arrastraron las niñas en cueros (es decir, no desnudas sino sobre pieles de res); los tres novios de las tres futuras cuñadas de Isidro y todos los amigos y tertulios de la casa de Guadalupe fueron todos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los sábados y pasaron allá todos los domingos, y todos, todos, todos y otros más se solazaron, y se divirtieron, y se recrearon, y comieron, y bebieron, y durmieron, y bailaron y cantaron sin medida, y todo, todo á costa del cuitado de mi sobrino, quien lo daba todo por bien y rebién empleado, hallándose como se hallaba en la dulce compañía de Guadalupe, con la cual, en sabrosos y dilatados coloquios, formaba, sobre el terreno, castillos en el aire, imaginándose hallarse ya unidos por el sagrado vínculo y gozando solos, y en silencio, y escondiéndole al mundo su ventura, de una vida de amores, pasada en aquel risueño y solitario albergue.

Muy razonable era, pues, que mi amartelado sobrino diera por bien empleados los gastos y la baraúnda que aquella peregrinación ocasionó. Pero yo, yo que no fui el objeto de ninguna hechicera sonrisa, ni de ninguna lánguida mirada; yo, que no probé los jamones ni caté los vinos, yo, que no me arrastré en cueros ni tuve modo de hacer castillos en el aire, yo, en fin, que, como se verá á su debido tiempo, vine á ser el principal pagador de las deudas de mi sobrino, no obstante lo inútil de aquella formalidad de que hablaba el dueño de *La California*, yo doy desde entonces á Barrabás las posesiones campestres que distan poco de la ciudad y que halagan á los amigos y á las novias que gustan de visitar el campo.

Por todas estas causas, y por otras que paso en silencio, se vio precisado mi sobrino á hacer por entonces su última dimisión; es decir, la del rejo de enlazar, no sin proponerse volver á empuñarlo cuando para ello se le presentase ocasión. Tan eficaz y tan misterioso es el atractivo que encierra la vida del campo para quien una vez la ha probado, mayormente si se ha gozado de ella en

esta bendita Sabana de Bogotá, por más que uno la haya regado en vano con el sudor de su frente.

Terminaré mi relación como se termina una novela, dando noticia al lector de la suerte que ha corrido cada uno de los personajes.

Ñor Juan Ignacio y *ña* Marcela sirven ahora á un nuevo arrendatario de *La California*, y le tratan como habían tratado á mi sobrino; esto es, como si nunca hubiesen tenido otro patrón y como si le hubiesen visto nacer.

Isidro, que no había conseguido ser nada, ni comerciante, ni empleado, ni pasante, ni campesino, ya es algo....¡es casado!

Respecto de Guadalupe, véase el párrafo anterior.

Yo soy el mismo que al principio de esta historia y hago lo mismo que antes hacía, con una pequeña diferencia: ahora me ocupo en buscar algún arbitrio para pagar las deudas que contraje á fin de colocar á mi sobrino en *La California*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

LOS DIMINUTIVOS

(ARTICULITO)

No sé quién ha dicho que la palabra nos ha sido dada para disimular nuestros pensamientos. Dios haya perdonado al tál, que, si es ya muerto, como lo presumo, bien lo habrá habido menester, pues la especie no deja de tener sus puntas de blasfematoria, y además, por otro lado no tendría el picarón la conciencia muy limpia en materia de mentiras y de pecados de hipocresía.

De los diminutivos sí que se puede decir lo que aquél decía de la palabra, es decir, de todas las palabras.

Los gramáticos se engañan miserablemente y no saben lo que dicen cuando aseguran que "los diminutivos sirven para disminuír la significación del sustantivo." Es mucha verdad que unas veces la disminuyen; pero también es cierto que otras veces la aumentan y que en ciertas ocasiones ni la aumentan ni la disminuyen, aunque siempre la alteran considerablemente.

Es cosa sabida que en los países en que rige la economía política y en que en materias financieras y mercantiles dos y dos son cuatro, el crédito equivale á caudal en dinero sonante; en virtud de lo cual para poderse hacer rico basta ser tenido por tál. Aquí sucede todo lo contrario: desdichado del que es tenido por rico: entre el Gobierno, que impone contribuciones; los menesterosos, que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ocurren á su bolsillo, *conociendo su generoso corazón;* los amigos que piden una *firmita* para conseguir con ella sumas al uno por ciento; los que promueven funciones, revoluciones, suscripciones y otros muchos á quienes no es posible echar nones, dejan al pobre rico hecho un pobre pobre.

Para conjurar, pues, esta calamidad del crédito, todo el que con algunos ahorros que muy á las calladas ha logrado allegar, y que llama sus *ahorritos* cuando se ve en la necesidad de confesarlos, compra una buena hacienda *de pan y ganado mayor*, dice que ha comprado un *terrenito;* y si su vocación no es la de campesino, toma una *casita*, que, con el *ita* y todo, puede valer muy bien sus dieciséis ó veinte mil pesos, ó encarga un *negocito*, ó pone su *tiendecita* con unas *cuatro mechas*. Este también es diminutivo.

El *orejón* que va á segar una *sementerita* de que espera sacar de ochocientas á mil cargas de trigo, dice que tiene que segar un *poquito* de trigo. Los campesinos de menor cuantía, propietarios de caballos, nunca tienen sino sus *bienecitos*. Los que acarrean sal á La Mesa llevan sus *carguitas*, las que no por ser *carguitas* dejan de tener sus diez arrobas justas.

Dios me libre de los que dicen majestuosamente *mis negocios, mi hacienda, mis caballos, mi capital:* á los tales no les fiaría yo mis intereses (quiero decir *mis cortos intereses*). Otro diminutivo.

Pero para lo que son más socorridos los diminutivos es para dorar ciertas píldoras que los hombres solemos administrarnos unos á otros aun sin ser médicos. Cuando se ha ajustado algún *negocito* de que resulta que una de las dos partes contratantes queda debiendo un *piquito, piquito* que puede ser muy bien no menor que el pico de Orizaba ó

que el pico de Tenerife, la parte acreedora insinúa delicadamente á la contraria que sería bueno extender un *documentico*, porque.... como al fin somos mortales....

En el negocio ha pedido tal vez el deudor que se le dé un *placito* de seis ú ocho años, y como no hay plazo que no se cumpla, éste se cumple, y como el deudor no da señales de vida, el acreedor se le presenta, y con el tono más melifluo que puede, le habla de aquellos *realitos;* y como no hay deuda que no se pague, se paga esta deuda, y entonces le toca al exdeudor hablar en el más melifluo tono sobre el *recibito*.

Palabras hay que, sin ser sustantivos y sin llevar ninguna de las terminaciones con que se forman los diminutivos, son diminutivos verdaderos. *Arreglar* es diminutivo de *pagar*. Veamos algunos ejemplos: "He recibido, dice cierta esquela, la apreciable de usted, fecha de hoy hace quince días, y digo á usted en contestación que varias circunstancias ajenas á mi voluntad me han impedido satisfacer la deuda de que usted me habla; pero en estos días tendré el gusto de ver á usted y le aseguro que *arreglaremos* ese asunto."

"Lo he buscado á usted en su casa y en su almacén (esto es dicho de viva voz por uno que había buscado á su acreedor en su casa á horas en que sabía que estaba en el almacén, y en el almacén á horas en que sabía que estaba en la casa) y no he tenido el gusto de encontrarlo. Pero cuente usted con que no pasará esta semana sin que quede *arreglado* lo de ese piquito."

Ni el papel que los diminutivos desempeñan es menos interesante cuando se trata de nombres de personas. Pacho Corrales, es Pacho Corrales; regularmente es don Pacho, si es de casaca, ó *ñor* Pacho, si es de ruana. Como-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

quiera que sea, para conocer á don Pacho Corrales ó á *ñor* Pacho Corrales necesitamos tratarle ó leer su biografía. *Pachito* Corrales ya es otra cosa. Nómbrenmele ustedes y no he menester más para conocerle como á mis manos. *Pachito* Corrales usa sombrerito de ala angostica, que él sabe llevar con suma gracia. Es mozo despierto y simpático. Entre mujeres, será siempre *Periquito entre ellas:* festejado por todas, de ninguna pretendiente, será en las tertulias y sobre todo en los *bailecitos* sin pretensiones, el alma, el *fac totum* y el *tu autem* de la reunión; él es quien puntea la bandola cuando se baila una *piececita;* el que pone los juegos de prendas; el que hace pruebas con la baraja; el que siempre se acuerda de cómo empieza *aquella cancioncita.* Entre hombres, *Pachito* será siempre servicial, acucioso, diligente y siempre incansable. Será amigo y confidente de todo el mundo. *Perrito de todas bodas,* será parroquiano de las casas de tresillo; contratará y acompañará los entierros de sus amigas y amigos difuntos y los de los deudos de éstos hasta la cuarta generación; en tiempo de nochebuena, ganará los aguinaldos á todo el género humano, hará la novena del Niño, cantará los villancicos, y en seguida seguirá cantando, y remedará á las personas á quienes sabe remedar, y á los perros, y á los gatos, y *se volverá el Patas,* hasta que se haya retirado de la casa el penúltimo de los convidados, pues él será siempre el último. *Pachito* Corrales no ha de ser rico, ni se le ha de conocer profesión determinada; pero nunca ha de faltarle con qué andar vestido con tal cual elegancia, y aun con más gracia que elegancia. Lo que *Pachito* no sepa en materia de crónica escandalosa y de chismografía y de casamientos en cierne, no lo sabe ni el mismo Demonio. *Pachito* no ha viajado, ni habla francés, ni toca

por nota, pero á él no le alzan el gallo los *artistas,* ni los que hablan lenguas, ni los que cuentan historias de los *bulevares* y de los cafés cantantes. En fin, no digo más, que mis lectores, sabiendo que *Pachito* se llama *Pachito,* no pueden dejar de conocerle como yo mismo lo conozco.

¿Quieren ustedes que les hable de Josefa?... ¡Quita allá! me dirán mis lectores. ¿Qué quiere usted que hagamos con una Josefa? ¡Josefa! ¡vea usted qué nombrecito! Josefa, ó más bien doña Josefa, ó *ña* Josefa, no puede dejar de ser una tía *a nativitate;* suegra ó abuela cuando más, pero hija, madre ó esposa no puede ser ni haber sido en los días de su vida. Pues no, señor: Josefa le pusieron, porque en la pila bautismal no hay diminutivos que valgan (si no es *Margarita,* que algunos reputan diminutivo de *Márgara);* pero Josefa no es tal Josefa, sino Josefita.—¡Ah! eso es otra cosa. Josefita debe ser una niña como unas flores. ¡Qué trato tan dulce debe de ser aquél! ¡qué índole tan bella! ¡qué modestia! ¡qué amabilidad sin coquetería! Esa criatura será el embeleso de toda su familia.

Los que escribimos para el público no somos de los que menos consumo hacen de los diminutivos.—¿Es cierto que usted piensa publicar....

—Sí, señor: he compuesto una *obrita* y puede ser que en este año.... Y el muy bellaco tiene allá para su capote que su *obrita* es un *obrón* que deja en pañales todas las obras de Chateaubriand.

—Por ahí he de tener unos *versitos* que hice sobre ese asunto.... Y el hipocritón, que sabe muy bien dónde los tiene y que perece por leérselos á todo el universo, no los daría por la *Divina Comedia* ni por la *Gierusalemme liberata.*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Yo mismo, al escribir mis DIMINUTIVOS, temiendo que los lectores imaginen que doy importancia á este artículo, y aspirando á que crean que yo lo miro como una bagatela de las que hago jugando, como por descansar de doctas y más graves tareas, no obstante que el escribirlo me ha costado una trasnochada y el trabajo de hacer cuatro borradores, tengo buen cuidado de advertir, como advertí al principio y como vuelvo á advertir ahora, que no es sino un *articulito*.

UNA DEUDA PAGADA

I

Don Sabino María Frutos Vicente Gómez y Vargas de Polanco nació en Confines, parroquia subalterna del Corregimiento del Socorro, á las siete y media de la mañana del 27 de Octubre de 1783.... Pero no sigamos así. Al historiador y al biógrafo no le pide el gusto moderno las circunstancias, menudencias, pelos y señales que exigía ó á lo menos toleraba el antiguo. Pide rasgos que den á conocer los hechos y los personajes distinguiéndolos de todos los demás; y quiere que se descarten las señas que puedan convenir á muchas cosas y personas.

Dejaremos, pues, en blanco todo lo atañedero á los padres, á la infancia y á los primeros estudios de D. Sabino Gómez, y enteraremos al lector de que, después de haber cursado con mucho aprovechamiento ciencias eclesiásticas y derecho civil en el Colegio de San Bartolomé y de haberse graduado *in utroque*, recibió las órdenes sagradas en 1807.

Desempeñó varios curatos en la provincia de su nacimiento; ocupó luégo varios beneficios en la capital del Virreinato; volvió á ser cura en varias parroquias comprendidas en lo que actualmente llamamos Departamento de Santander; y de nuevo se avecindó en Santafé, en donde lo sorprendió la chamusca de 1816.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Poseemos dos cartas suyas escritas á uno de nuestros antepasados; y de ellas copiamos los siguientes fragmentos:

PRIMER FRAGMENTO

Barichara, 16 de Mayo de 1812

Agradezco á usted con todo mi corazón el que me haya encomendado á Nuestro Señor y haya hecho tomar parte en esa obra de caridad á mi señora D.ª María Ignacia y á las niñas. Espero firmemente que esas oraciones me alcancen la conformidad que he menester para llevar mi cruz; pues temeridad sería esperar que Dios hiciera un milagro en favor de un pecador tan grande como yo. Y verdaderamente sería milagro que me curase de una enfermedad que, según lo enseña la experiencia, es incurable.

Cuando me sentí acometido de ella, ó más bien cuando una persona experimentada me hizo advertir que la tenía, ponderé el beneficio que Nuestro Señor me había hecho llamándome al estado sacerdotal. Contemplé entonces cuáles habrían sido mis conflictos y mis amarguras si hubiera, como lo pensé alguna vez, abrazado el estado del matrimonio. Yo me veía en espíritu rodeado de una esposa y de unos hijos expuestos al contagio ó condenados á separarse eternamente de mí, quedándose desamparados.

Mucho me consolaba esta idea; pero ella ha venido á desvanecerse. El sacerdote está desposado con la Iglesia, y mira á los fieles como verdaderos hijos, á quienes tiene que dispensar atenciones y servicios como los que los padres por naturaleza deben á los suyos. Sirviendo á los fieles encuentra el sacerdote una recompensa de sus sacrificios y sus trabajos, que lo anima y lo fortalece; pero cuando ve que los bienes que quiere hacer son desechados, cae en desfallecimientos de que únicamente el amor de Dios puede levantarlo.

Con abundantes lágrimas pido ese amor á su divina Majestad; pero mis muchos pecados me quitan la confianza de ser escuchado, la naturaleza se rebela en mí con violencia, y apenas puedo preservarme de caer en la desesperación....

SEGUNDO FRAGMENTO

Socorro, 7 de Noviembre de 1813

En confirmación de lo que le decía á usted en una carta, hace bastante tiempo, le referiré que en una correría que acabo de hacer hasta Tunja he tenido que padecer muchas tribulaciones. Algunos de los hermanos curas me han cerrado sus puertas; y en muchas de las iglesias á que he acudido para celebrar el Santo Sacrificio, me han negado el ornamento. En un pueblo cuyo párroco estaba ausente, se supo que había llegado un sacerdote, y varias personas me mandaron suplicar que ocupase el confesonario. Cuando estas personas me vieron, renunciaron á confesarse y se retiraron de la iglesia.

Tengo noticia de que mis feligreses han solicitado del señor Vicario Capitular que se me exonere ó que se me ponga excusador.

Me veo, pues, rechazado; se huye de mí, y aunque contemplo que esto se hace con justo motivo, mi amor propio se lastima y siento ímpetus como los que sentiría si se me despreciara y se me ofendiera injustamente.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

TERCER FRAGMENTO

Oiba, 2 de Enero de 1814

El señor Vicario Capitular, accediendo á las representaciones de mis feligreses, me ha escrito que me separe de mi parroquia. Lo ha hecho en términos muy delicados, aconsejándome que me traslade á Santafé, para que pueda hacerme asistir de algún facultativo, y asegurándome que allí, mediante Dios y la caridad de los habitantes, nada me ha de faltar. Seguiré el consejo de Su Señoría, tanto por no parecer poco sumiso, como por considerar que en Santafé no he de estar peor que por acá....

II

Entre los vejámenes con que los habitantes de Santafé y de las demás poblaciones granadinas se vieron afligidos en los aciagos días que siguieron á la entrada de las tropas del General Morillo, debe contarse el gravamen á que se les sometía forzándolos á recibir en sus domicilios, como huéspedes, á los jefes y oficiales expedicionarios. (1)

El alojado venía á ser como dueño y cabeza de la casa en que se le daba hospitalidad. Fuera él comedido y considerado, como lo fueron algunos, el miedo de incurrir en su desgracia mantenía siempre cohibidos y sobresaltados á los que lo habían recibido; y ya que el militar no atormentase con exigencias, regaños y denuestos, el ansia de no dar motivo de queja á aquél que con una palabra podía hacer mirar como insurgente á su hospedador, mantenía á éste y á su familia en mortal desasosiego.

(1) En la casa de los ascendientes del autor de esta relación estuvo alojado el famoso D. Basilio García; y, no obstante que aquella casa era la de un español adicto al Rey, en ella se conservaban, hasta veinte ó treinta años después, recuerdos muy poco gratos de los días en que aquel jefe había permanecido en ella.

Era lo común y ordinario que el alojado fuera perverso y desbocado, ó á lo menos de modales groseros; que reputara á los de la casa como enemigos á quienes había que escarmentar y oprimir; que no agradeciera las solícitas atenciones de que era objeto y que antes bien no reparara en ellas. El alojado llevaba consigo su caballo y su asistente. El caballo era una verdadera plaga en aquellas casas que eran estrechas y que carecían de caballeriza. El asistente, soldadote inculto y acostumbrado á no respetar sino á quien podía hacerle correr baquetas, ejercía para con la servidumbre la tiranía con que su jefe oprimía á los amos y señores.

Cuanto oficiales y soldados eran ásperos y altaneros para con los varones y para con las mujeres maduras, se mostraban obsequiosos y melifluos para con las jóvenes; si bien las que ellos gastaban como melifluidades podían entre gente fina servir para coces.

Las amas de las casas se veían obligadas á ejercer constante y minuciosa vigilancia, á fin de que la moralidad y la decencia no padeciesen menoscabo.

III

Entre los oficiales del ejército pacificador fue de los más conocidos y de los más temidos el teniente Peramato. Era éste un hombre rechoncho, muy moreno, belfo, de mirar atraidorado, de cabellos y barba cerdosos y abundantísimos. Jactábase mucho de valiente y arrojado en las batallas, y aun más, de riguroso ejecutor de las penas con que se castigaba á los insurgentes. Sus servicios le hubieran merecido un grado muy superior al de teniente;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pero su poca subordinación á la ordenanza y á los jefes le habían estorbado ascender. Era el brazo derecho de D. Antonio María Casano, Gobernador de la ciudad y Presidente del Consejo de Purificación.

A un soldado desertor le había conmutado la pena de muerte en la de servir de asistente al teniente Peramato; mas el agraciado había tenido á bien correr nuevamente el riesgo de ser fusilado y volver á desertar, antes que seguir sufriendo la otra pena. El asistente que acompañaba á este oficial en los días en que pasaron los sucesos que vamos á referir, era un catalán sin desbravar, como él mal agestado, díscolo y zafio, que vivía con él como pueden vivir una con otra dos panteras que se respeten y que se vean encerradas en una misma jaula.

Tocóle al amable teniente como primer alojamiento la casa de D. Fernando Berástegui. D. Fernando, que era viudo, vivía con su hija Eulalia, joven de diez y ocho años.

Peramato dio en camelarla no bien se hubo instalado en aquella casa. Pero á pesar de su aparente amartelamiento, nunca pudo contener los ímpetus de su mal humor ni suavizar sus modales. No sabía pedir cosa alguna sino en tono de regaño; nada de lo que se le servía le parecía bueno; imputaba á infidelidad para con el Rey todas las acciones y todas las palabras que veía y oía en la casa; á cada paso estaba amenazando á D. Fernando con el patíbulo; y jamás se sentaba á la mesa sin traer como regalo para sus comensales la relación de los fusilamientos más recientes, funciones en que se preciaba de haber tomado parte muy activa. Relamíase al describir la actitud que había tomado cada víctima, los visajes que había hecho al morir y el estrago que había causado en su cuerpo el instrumento del suplicio.

Eulalia, imaginando diferentes pretextos para excusarse, se abstenía de sentarse á la mesa, y lo mismo solía hacer su padre; pero el teniente montaba en cólera, prorrumpía en desahogos groseros y alborotaba, hasta que venían á acompañarlo. Con su despotiquez ordinaria exigía que se le sirviera vino. Si no se le complacía, se irritaba. Si se servía vino, apuraba todas las botellas y se ponía meloso y dicharachero; pero sus arrumacos y sus donaires eran mucho menos tolerables que sus reniegos.

Las criadas de la casa, no pudiendo con las soeces familiaridades y la brutalidad del asistente, tomaron las de Villadiego, y Eulalia tuvo por uno ó dos días que repicar y andar en la procesión; esto es, tuvo que hacer de criada y que asistir á las comidas que ella misma aderezaba.

Por fortuna una tía suya que tenía dos esclavas negras muy viejas se las prestó por el tiempo que hubiera de durar aquella calamidad. Estas negras, que no eran de muy buenas entrañas y que se vieron injuriadas y maltratadas por los dos militares, juraron vengarse de ellos de la manera que pudiesen.

Frontera á la casa de D. Fernando se hallaba la de D. Felipe Llorca, caballero acaudalado y estimadísimo por su generosidad y por la caritativa solicitud con que procuraba el remedio de toda necesidad ajena que llegara á su conocimiento.

Tenía D. Felipe, entre otras, una hija de la misma edad de Eulalia, pero infinitamente más hermosa. Llamábase Beatriz, y descollaba entre las beldades santafereñas de aquella época. Ignorante del peligro que para una joven aparejaba entonces el dejarse ver, solía asomarse al balcón de su casa. El maldito teniente Peramato la vio,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

quedó prendado de ella y empezó á visitar la casa, sin cuidarse de presentaciones ni de requilorios.

D. Felipe y su familia, que, como todos los habitantes de la ciudad, sabían quién era, y lo aborrecían y le temblaban, lo recibían en su casa á más no poder y trataban de ponerle buena cara. Cuando penetraron el motivo de aquellas visitas, se llenaron de terror y de congoja.

Peramato estaba enterado de que en esa casa no había alojado ninguno, por haber sido el que le había tocado en suerte á D. Felipe despachado en comisión hacia el Sur. Con esto concibió el designio de intrigar con las autoridades á fin de que se le trasladase á la casa en que se hallaba el objeto de su pasión.

Y con haber concebido este proyecto cobró señalada aversión á D. Fernando, á su hija, á las negras y á cuanto veía en su actual alojamiento, y se puso más insufrible que nunca.

IV

Cierta mañana despertó el teniente á eso de las ocho, y dio voces llamando para que fueran á servirle en no sabemos qué menester.

Como nadie le respondía, se levantó furioso, fue á vestirse, y halló su ropa embadurnada de algo cuya naturaleza le revelaron muy pronto sus narices. Al ir con rabioso esfuerzo á calzarse una bota, y luégo al morderse los puños, como maquinalmente lo hacía en sus arrebatos de ira, tuvo nuevos y muy justos motivos para arder más en ella. Hecho un tigre, fue á salir sin vestirse, puso las manos en la puerta de su habitación para abrirla, y la encontró cerrada y en el mismo estado que los vestidos. La golpeó con coraje y sin andarse en remilgos: sus manos

no tenían yá nada que perder. A los golpes que él daba, respondían otros dados dentro de la casa, pero en sitio distante. Era que al asistente le había acontecido todo, todo lo que le había acontecido á él.

El asistente fue el primero que logró romper á empellones la puerta de su cuarto. A empellones rompió la del cuarto de Peramato, y se le presentó á éste en la situación que es de considerarse.

Los dos militares recorrieron toda la casa y la hallaron deshabitada. Allí granizaron ternos y votos; pero no había quien los oyera. Peramato, no encontrando otro sujeto sobre quien descargar su cólera, la tomó con el catalán. Este se le insubordinó bravamente; el otro lo amenazó con hacerlo fusilar; pero el asistente le aseguró que apenas hablara una palabra contra él, él contaría, á cuantos la quisieran oír, la aventura de esa mañana.

Los dos chapetones no supieron nunca cómo explicarla. Nosotros sí sabemos. D. Fernando, no pudiendo yá con las humillaciones y los ultrajes, determinó partir secretamente para los Llanos, dejando á su hija en un monasterio. Los monasterios eran entonces, y fueron hasta 1861, asilos absolutamente inviolables.

Las negras, enteradas de la resolución de sus amos y cumpliendo su juramento, se despicaron de los agravios recibidos entrando muy pasito á los aposentos de los dos temerones, mientras ellos dormían, poniendo como de perlas sus vestidos, su calzado y las puertas, y dejando éstas cerradas por de fuera. Las dichas negras desaparecieron luégo como si la tierra se las hubiera tragado.

D. Fernando no volvió á su casa sino en Agosto de 1819, y volvió convertido en militar. Contaba que siempre se había tenido por cobarde, pero que, fuéralo ó no lo fue-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ra, en Gámeza, en Tópaga, en el Pantano de Vargas y en Boyacá, había hecho por traer á la memoria la catadura y los desmanes del teniente Peramato, y había sentido hervir en su pecho un coraje tál, que le parecía que él solo había de poder arrollar y aniquilar cien ejércitos de chapetones.

V

En los días en que pasaban estas cosas, la ciudad era un hervidero de chismes, de denuncias y de infames delaciones. Había rencores y venganzas que satisfacer; había peligros que conjurar congraciándose con los pacificadores; había, sobre todo, esa renegada comezón de entremeterse en los asuntos ajenos y esa ligereza en el hablar del prójimo, que son todavía el más terrible azote de nuestra sociedad.

En la cocina de una casa que frecuentaba el Gobernador Casano, contó una aguadora que en la casa de D. Felipe Llorca solía ver un personaje desconocido que llevaba disfraz de clérigo y que hacía por no dejarse mirar la cara. Que el traje clerical fuera un disfraz, lo infería la aguadora de que el tal personaje no salía á decir misa.

La especie llegó á oídos de Casano, á quien al punto se le antojó el personaje conspirador ó insurgente de importancia. Pero el Gobernador estimaba á Llorca, y aun le estaba obligado. Llorca yá había pasado por la purificación, y había sido hallado puro.

Esto puso á Casano en perplejidad, y consultó el caso con Peramato. A nuestro teniente, que se hallaba yá sin alojamiento por las razones que dejamos expuestas, se le abrió tánto ojo, y creyendo llegado el momento de satisfacer los deseos que más lo agitaban, dijo á Casano que,

si disponía que en casa de D. Felipe se le recibiese como alojado, él averiguaría lo que importaba descubrir.

Dicho y hecho. Peramato, provisto de la competente boleta, se presentó en casa de D. Felipe, notificando la providencia del Gobernador y su determinación de instalarse allí en ese mismo punto y hora, juntamente con su asistente y su caballo.

No faltará quien discurra que D. Felipe Llorca, si era hombre de pelo en pecho, habría debido en aquella terrible emergencia protestar briosamente, resistirse á cumplir la orden, costárale lo que le costara; y defender su casa, su honra y la tranquilidad de su familia, manifiestamente amenazadas. Pero eso discurrirá quien no considere cuál era la situación y cuál debía ser el abatimiento y el desánimo de D. Felipe y de todos los habitantes de la capital, intimidados y trémulos bajo la vara de hierro de hombres como Morillo, Enrile y sus esbirros, que amenazaban no con otra pena que con la de muerte á quienquiera que no acatase sus antojos, y que diariamente demostraban que no sabían dejar sin efecto sus amenazas.

No era D. Felipe ningún marimaricas: acaso en un campo de batalla habría dado pruebas de entereza é intrepidez mayores que las que serían capaces de dar los que lo pudieran calificar de débil y pusilánime; pero el infeliz, viéndose acosado en su casa y en medio de su familia, no halló otro medio de asegurar su vida y de conservarse para servir de amparo á sus hijas, que inclinar la cabeza y someterse al capricho del más fuerte.

Pocas horas hacía que el teniente disfrutaba de la hospitalidad que, aunque de malísima gana, se le dispensaba, cuando se le llamó á la mesa. Sentóse á ella con la familia, y no bien se hubo sentado, vio enfrente de sí un

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

personaje que atrajo toda su atención. Era un clérigo de semblante tan repulsivo, que rayaba en lo monstruoso. Su color era á un tiempo plomizo y amoratado; tenía los ojos redondos, las cejas despobladas, disformes las orejas y las facciones abultadas.

—¡Y esto qué es! exclamó el militar con voz destemplada y sazonando la exclamación con un vizcaíno.

—¿Quién es usted y por qué está aquí? preguntó en seguida al clérigo.

—Soy, respondió éste con voz enronquecida y gangosa, un sacerdote. Me llamo Sabino Gómez, y estoy aquí porque el señor D. Felipe, su esposa y sus hijas me hicieron la caridad de hospedarme en su casa cuando todos me cerraban sus puertas y huían de mí.

Furioso como un demonio, Peramato dio puñetazos sobre la mesa é hizo temblar con sus juramentos y sus blasfemias las paredes del comedor.

—¡Malditos insurgentes! concluyó. ¡Haberme traído aquí para espantarme con la única cosa á que yo le tengo miedo! ¡Malditos, malditos!

Y salió, siempre maldiciendo y jurando como un energúmeno, y antecogió su asistente y sus maritates, y escupiendo y haciendo visajes de horror, salió á la calle y desapareció.

De esta manera D. Sabino, sin saberlo y sin pensarlo, pagó á sus generosos bienhechores la heroica obra de caridad con que lo habían favorecido.

LA JORNADA DE LA CALLEJA

¡Lástima que haya de haber guerras! Pero ya que hemos de tenerlas, una vez que "la guerra es el estado natural del hombre," es mejor que originen honor y gloria que el que sean ocasión de ignominia.

Se me ha soltado una especie que será recibida con suma extrañeza por muchos de mis lectores: *La guerra es el estado natural del hombre.* Peregrina y hasta absurda les parecerá esta afirmación á los que estén pensando que el estado natural es el estado en que nos gustaría encontrarnos siempre. Pero no hay nada de eso: estado natural es aquel en que nos hallamos sin esfuerzo.

¡Y qué de esfuerzos cuesta mantener la paz en los Estados! Díganlo los afanes en que actualmente vemos á los políticos y gobernantes europeos por conservar la paz en casi todo el antiguo mundo; díganlo los sudores que cuesta aquel equilibrio europeo; díganlo las historias de todas las revoluciones y de todas las conquistas, de las caídas de tronos y de dinastías; de las restauraciones y de las reacciones, ya monárquicas, ya democráticas. Estas historias son toda la Historia. Ellas forman como el tejido en que se han bordado algunas labores agradables, que son aquellos sucesos que no son guerra.

Para que se evite la guerra permanente entre las naciones, entre las familias y entre los individuos, se ha necesitado el Cristianismo con todo su poder sobrenatural;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

se ha necesitado que la civilización, obra y efecto del Cristianismo, modifique las inclinaciones naturales, sin que éstas dejen nunca de estar pugnando por prevalecer; se ha necesitado que la experiencia adquirida en cabeza ajena y en cabeza propia nos obligue á refrenar trabajosamente los ímpetus de las pasiones para evitarnos males mayores que los que por medio de la guerra querríamos reparar.

Dejemos suelto á un individuo, y reñirá con otro. Dejemos suelta á una nación, y romperá hostilidades.

Esta ley que hace de la guerra una necesidad, guarda armonía con esta otra: toda gloria, todo honor, todo placer diferente de aquellos que son comunes al hombre y al bruto, consiste en una victoria. La bienaventuranza que esperamos los discípulos de Cristo; la satisfacción ocasionada por el buen suceso que alcanzan el sabio, el inventor, el escritor, el poeta, el artista, el negociante, el cazador, el jugador, todo es fruto de una victoria. Pero el mundo admira y celebra más las que se alcanzan en la guerra, porque tiene más á la vista los esfuerzos que cuestan.

En nuestras infaustas guerras civiles se han visto siempre ejemplos de denuedo propios para patentizar que no se ha extinguido del todo aquella raza de valientes á cuyas hazañas en la guerra de la Independencia debe Colombia el que, en su Historia, haya algo de que pueda ufanarse delante de las engreídas naciones del antiguo mundo.

Me propongo referir uno de esos actos de valor á que han dado lugar nuestras guerras intestinas, acto de que apenas se ha hecho mención después que pasó la campaña en que fue llevado á cabo y á que sirvió de principio.

Corría el mes de Agosto de 1876 y estaba yá preparada la revolución en el Estado de Cundinamarca.

Pero, sin pasar adelante, advertiré que esa preparación consistía en la disposición de los ánimos y en la resolución de desconocer el Gobierno del Sr. Parra y de abrir una campaña. Casi no habían allegado armas, ni municiones, ni víveres en ninguna parte, ni se contaba más que con promesas. Gente organizada y disciplinada no había tampoco, puesto que era mucha la que estaba ansiosa de tomar las armas.

Varios de los jefes que habían de acaudillarla estaban en el Valle de Sopó, y tenían determinado no dar principio al movimiento revolucionario con un simple pronunciamiento, sino con un golpe atrevido y ruidoso que infundiera aliento en los pechos de los amigos y que aturdiera á los enemigos.

Hallándose en esta disposición, tuvieron noticia de que el Gobierno había ordenado que unos mil reclutas de Boyacá y de Santander, que estaban acuartelados en Zipaquirá, fuesen trasladados á la capital bajo la custodia de uno de los batallones de la Guardia Colombiana que allí se hallaban de guarnición, el que al mismo tiempo debía traer el entero de la Salina.

Al Coronel Ramón Acosta, hoy General, le pareció ver llegada la ocasión más oportuna para dar el golpe que se deseaba; comunicó su idea á los demás jefes, los cuales la aprobaron; y, con alguna gente que procuró allegar, acometió la empresa cierto día que no fue el escogido por las autoridades de Zipaquirá para hacer marchar el batallón. Con esto se maltrató inútilmente á los caballos con que se contaba.

A las ocho de la mañana del 19 de Agosto saben que ese día ha salido de Zipaquirá la fuerza que conduce los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

reclutas y el entero. Al punto se reúnen en la hacienda de Zamora, que está situada en el dicho Valle de Sopó, unos ciento cincuenta hombres del mismo Valle, de Guasca y de Chía, de los cuales unos sesenta ó setenta iban á caballo, armados de lanza; y otros, en número algo mayor, á pie y casi totalmente desarmados, pues unas pocas escopetas ordinarias de caza y treinta y cinco carabinas viejas y recién desenterradas podían servir para dar á los que las llevaban marciales apariencias, pero no para atender al enemigo.

De Zamora parten y trasponen la serranía que separa el Valle de Sopó del de Bogotá; pero, por más que aceleran su marcha hallan, al llegar al Común, que la columna que pretenden perseguir ha pasado yá, y divisan un cuerpo de caballería que, después de haber convoyado al de infantería hasta Torca, regresaba á Zipaquirá y había yá pasado el Puente del Común.

No obstante que la empresa se hacía tanto más aventurada cuanto más cercano á Bogotá fuera el paraje en que se tratara de darle cima; que se ignoraba si habría que combatir en punto favorable al enemigo, y que los caballos, después de haber traspuesto la serranía, se hallaban fatigados, el Coronel Acosta resolvió seguir adelante en persecución de la columna.

Los guerrilleros (pues este nombre debe dárseles yá) encontraron un coche que llevaba al General D. Eustorgio Salgar y unos seminaristas. El General, advirtiendo el riesgo que corría de ser detenido, se acogió á sagrado, ocultándose con los cuerpos de sus compañeros, y escapó de aquel peligro.

Toparon también con el Dr. D. Francisco de Paula Matéus; con D. Felipe y D. Alejandro Pérez, que iban acompañados de señoras, y con D. Jesús Jiménez.

Díjose que al primero le habían quitado ó intentado quitarle su caballo: no tengo averiguado si es cierta la especie.

Es gran verdad aquello de que de las cosas más pequeñas resultan las más grandes: el haber corrido aquel rumor, fundado ó no fundado, fue cosa de gran trascendencia. El Dr. Matéus era adversario del Gobierno y simpatizaba con los revolucionarios; los parciales del Sr. Parra publicaron y repitieron que el Dr. Matéus había sido objeto de una vejación, y de aquí tomaron asidero para inculcar que la conducta de los conservadores para con los liberales independientes no era sincera y que nada podían esperar de ellos. Es muy probable que esto contribuyera á convertir en sostenedores del Gobierno á los más de los liberales con cuyo concurso contaban los caudillos de la revolución.

A lo propio pudo contribuír, y acaso más eficazmente, un lamentable suceso que ocurrió con el Sr. Jiménez. Cuando se encontró con los guerrilleros, un enemigo suyo que se hallaba en el lugar del encuentro, le hizo una herida que se tuvo por grave. El agresor esperó sin duda que esta acción se atribuyera á los guerrilleros y que sobre ellos recayese toda la responsabilidad. El Sr. Jiménez ocupaba, en política, la misma posición que el Dr. Matéus, y así su herida les hizo también el caldo gordo á los amigos del Gobierno. El agresor de Jiménez se declaró *ex post facto*, soldado de la guerrilla.

Los Sres. D. Felipe y D. Alejandro Pérez quedaron detenidos en el Común bajo custodia; fueron enviados á Guasca, retenidos allí algunos días, y al fin puestos en libertad mediante algunas gestiones hechas por conservadores distinguidos. Las señoras que iban con ellos en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

reclutas y el entero. Al punto se reúnen en la hacienda de Zamora, que está situada en el dicho Valle de Sopó, unos ciento cincuenta hombres del mismo Valle, de Guasca y de Chía, de los cuales unos sesenta ó setenta iban á caballo, armados de lanza; y otros, en número algo mayor, á pie y casi totalmente desarmados, pues unas pocas escopetas ordinarias de caza y treinta y cinco carabinas viejas y recién desenterradas podían servir para dar á los que las llevaban marciales apariencias, pero no para atender al enemigo.

De Zamora parten y trasponen la serranía que separa el Valle de Sopó del de Bogotá; pero, por más que aceleran su marcha hallan, al llegar al Común, que la columna que pretenden perseguir ha pasado yá, y divisan un cuerpo de caballería que, después de haber convoyado al de infantería hasta Torca, regresaba á Zipaquirá y había yá pasado el Puente del Común.

No obstante que la empresa se hacía tanto más aventurada cuanto más cercano á Bogotá fuera el paraje en que se tratara de darle cima; que se ignoraba si habría que combatir en punto favorable al enemigo, y que los caballos, después de haber traspuesto la serranía, se hallaban fatigados, el Coronel Acosta resolvió seguir adelante en persecución de la columna.

Los guerrilleros (pues este nombre debe dárseles yá) encontraron un coche que llevaba al General D. Eustorgio Salgar y unos seminaristas. El General, advirtiendo el riesgo que corría de ser detenido, se acogió á sagrado, ocultándose con los cuerpos de sus compañeros, y escapó de aquel peligro.

Toparon también con el Dr. D. Francisco de Paula Matéus; con D. Felipe y D. Alejandro Pérez, que iban acompañados de señoras, y con D. Jesús Jiménez.

Díjose que al primero le habían quitado ó intentado quitarle su caballo: no tengo averiguado si es cierta la especie.

Es gran verdad aquello de que de las cosas más pequeñas resultan las más grandes: el haber corrido aquel rumor, fundado ó no fundado, fue cosa de gran trascendencia. El Dr. Matéus era adversario del Gobierno y simpatizaba con los revolucionarios; los parciales del Sr. Parra publicaron y repitieron que el Dr. Matéus había sido objeto de una vejación, y de aquí tomaron asidero para inculcar que la conducta de los conservadores para con los liberales independientes no era sincera y que nada podían esperar de ellos. Es muy probable que esto contribuyera á convertir en sostenedores del Gobierno á los más de los liberales con cuyo concurso contaban los caudillos de la revolución.

A lo propio pudo contribuír, y acaso más eficazmente, un lamentable suceso que ocurrió con el Sr. Jiménez. Cuando se encontró con los guerrilleros, un enemigo suyo que se hallaba en el lugar del encuentro, le hizo una herida que se tuvo por grave. El agresor esperó sin duda que esta acción se atribuyera á los guerrilleros y que sobre ellos recayese toda la responsabilidad. El Sr. Jiménez ocupaba, en política, la misma posición que el Dr. Matéus, y así su herida les hizo también el caldo gordo á los amigos del Gobierno. El agresor de Jiménez se declaró *ex post facto*, soldado de la guerrilla.

Los Sres. D. Felipe y D. Alejandro Pérez quedaron detenidos en el Común bajo custodia; fueron enviados á Guasca, retenidos allí algunos días, y al fin puestos en libertad mediante algunas gestiones hechas por conservadores distinguidos. Las señoras que iban con ellos en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

el coche volvieron á Bogotá acompañadas por el Dr. Matéus.

Los guerrilleros sorprendieron en el Hotel Santander al General D. Ricardo Acebedo, Comandante de la fuerza que iban persiguiendo. Este jefe y tres oficiales, ajenos totalmente de lo que á espaldas suyas estaba sucediendo, y dejando que la tropa y los reclutas continuaran su marcha, se habían detenido á almorzar en aquella posada. Allí se les dejó encerrados en una pieza, de la que, según se supo después, no tardaron en escaparse.

A la hora en que esto estaba aconteciendo, la caballería, que había regresado para Zipaquirá, estaba llegando á esa ciudad y alarmando á los antirrevolucionarios con la noticia de que del Común habían partido en dirección de Bogotá fuerzas muy numerosas de infantería y caballería, y con la de que el entero debía estar ya en poder de esas mismas.

Razón tuvieron para afirmar que había salido infantería, pues la de la guerrilla marchó efectivamente en pos de la caballería, si bien contramarchó desde Torca, visto que en ningún caso había de poder dar alcance al enemigo ni auxiliar á los jinetes.

Obra de dos leguas y media de la capital y consiguientemente de tres y media del Común, dista *La Calleja*, punto de aquella carretera del Norte que hoy se está transformando en vía férrea; y desde ese sitio párte hacia el Oriente otro camino. En el ángulo que, por el Sur, forma éste con la carretera, existe una casa; y al Norte, á unos cien metros de ella, se encuentra un puente.

Después de breve detención en el Hotel Santander, el Coronel Acosta siguió su precipitada marcha, en la que sólo podían seguirlo los que iban mejor montados. En

el puente de *La Calleja* se encontraba la retaguardia de la columna del Gobierno cuando se le dio alcance; pero en ese momento no acompañaban á Acosta sino trece jinetes (1). Los otros, no tan bien montados, se habían atrasado, unos más y otros menos.

Acosta dispuso que siete hombres penetrasen por entre la fila y la zanja de una de las orillas del camino, mientras él, con seis compañeros, entraba por el otro lado de la propia manera. Esta atrevida maniobra pudo ejecutarse sin que el enemigo lo advirtiera y sin que se apercibiese oportunamente á la defensa; los oficiales y los soldados habrían oído las pisadas de los caballos, creyendo sin duda que los que los alcanzaban eran caminantes pacíficos; pero, al verlos armados de lanzas y al oír una voz que les dio el Coronel Acosta y que hizo venir á tierra á uno de los oficiales, los soldados, despavoridos, rompieron filas en tumultuosa confusión. El primer movimiento de muchos de ellos fue arrojar las armas al suelo; saltar las zanjas, y ponerse en salvo dispersándose por el llano. Muchos más, dirigidos probablemente por los oficiales, saltaron también y comenzaron á disparar contra los guerrilleros, y cruzaban sus fuegos sobre el camino sin reparar en el estrago que podrían causar entre sus compañe-

(1) Manuel Briceño en su obra *La Revolución de 1876*, incluye la siguiente lista de compañeros de Acosta: Salustiano, Clodomiro y Francisco Javier Acosta; Luis González, Críspulo Melo, León Cristancho, Bernardino y Antonio Sánchez, Javier Castro, Ildefonso Rodríguez, Saturnino Sarmiento, Rafael Quintero y Cruz Téllez.

En otra lista que ha venido á mis manos figuran otros dos nombres: Alejandro García y N. Cifuentes. No he podido esclarecer el punto. En lo que están conformes todos los que hacen recuerdos de la jornada de *La Calleja*, es en que eran *trece* los compañeros de Acosta.

*** Sabemos también que D. Ignacio Ospina Escobar fue de los compañeros del Coronel Acosta, y á éste le hemos oído decir que eran ellos en número de diez y ocho.—(NOTA DE LA DIRECCIÓN).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ros. Los que iban adelante ocuparon la casa de *La Calleja* y el camino que desde ella párte hacia el Oriente, y de dondequiera llovía plomo sobre los acometedores. Los reclutas se aprovecharon del desorden y se dieron á correr por esos campos después de deshacerse de sus ligaduras. El entero de la Salina iba en un carro tirado por un caballo; Clodomiro Acosta logra por dos veces apoderarse del cabestro y pugna por hacer que la bestia vuelva la cabeza, proponiéndose aguijarla luégo y hacerla correr hacia el Norte; pero la misma confusión que favorece su intento le impide al cabo poner al caballo en la dirección apetecida. En otros carros iban llevando elementos de guerra, y los que los custodiaban los arrojan á las zanjas.

Durante algunos instantes el atropellamiento de la gente arremolinada, la vocería confusa, las detonaciones de las armas y las nubes de humo y de polvo forman un cuadro que nadie acertaría á describir.

En medio de ese torbellino, cae muerto Críspulo Melo, que no consigue hacer revolver oportunamente un potro poco diestro en que va montado; muere el caballo de Javier Castro y quedan heridos León Cristancho y Bernardino Sánchez.

El Coronel Acosta, viendo logrado el intento de libertar á los reclutas y frustrado el de causar otro daño al enemigo, ordena la retirada, la que se emprende abriéndose camino por entre la masa de hombres que se lo cortaba. Castro, desmontado en medio de los soldados, consigue milagrosamente pasar la zanja y retirarse ileso, por el llano, del sitio de la refriega.

Al retirarse, los guerrilleros llevan armas quitadas al enemigo. Tres rifles lleva el Coronel Acosta, que ha recogido apeándose del caballo bajo la lluvia de balas.

Durante el conflicto, llegaron ocho de los guerrilleros que se habían atrasado. Estos no pudieron ayudar á sus compañeros, pero participaron de sus peligros, pues estuvieron expuestos á los fuegos del enemigo durante la retirada de aquéllos. (1)

El arrojo de esos valientes produjo el efecto que habían esperado los que meditaron dar principio á la guerra con un golpe tál como el que se consiguió dar. Ignoro qué impresión haría en los ánimos de los miembros del Gobierno y de los jefes militares que estaban á su servicio. Pero sé que en la parte vulgar de sus parciales produjo indescriptible consternación y aturdimiento.

Merced á esta hazaña, se engrosaron las fuerzas de la revolución: todos los reclutas libertados, y muchos de los soldados dispersados en *La Calleja*, se fueron á tomar puesto en las filas revolucionarias.

Allá en mis primeros años, me figuraba yo, como creo que se figuran muchos, que un valiente no puede dejar de ser un hombre fornido, de gentil y garbosa apostura, de movimientos resueltos, de ceño torvo y mirada fulminante, de grueso y retorcido bigote y de voz vibrante y atronadora. Si, conociendo á otros valientes, no hubiera salido de mi error, de él me habría sacado el conocer al héroe de la jornada que acabo de describir.

Ramón Acosta es un hombre delgado y de corta estatura, que, si bien ha sido ágil, esforzado y gran jinete, tiene las apariencias de una persona delicada. Su mirar blando es indicio de la bondad de su alma. Su voz y su ademán son los de un hombre en todo circunspecto y moderado. Si en el peligro se muestra impávido, en él no

(1) Entre estos ocho se hallaban D. José Ignacio Castro y D. Evaristo Sánchez. Ignoro los nombres de los demás.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hay durante la batalla ni asomos de aquel coraje que impulsa al soldado á ofender al enemigo; y creo poder afirmar que sus manos nunca se han visto teñidas de sangre, aunque él se haya encontrado en muchos y reñidos combates.

No es militar de cuartel, ni ha llevado charreteras, ni creo que podría mandar una gran parada; pero cuando llega la hora de arriesgar la vida en defensa de la causa que cree justa, levanta una enseña, en torno de la cual se agrupa mucha gente que tiene fe en su valor y en su honradez.

En tiempo de paz vive modesto y retirado, sin acordarse de que hay Gobierno que puede dispensar mercedes y decretar recompensas.

¿QUIEN ES EL MAS FELIZ

DE LOS MORTALES?

No há muchos días me hallaba yo en una tertulia, y como las materias de conversación se hubiesen agotado, uno de los concurrentes propuso esta antiquísima, trivial y manoseada cuestión: "Cuál es el más feliz de los mortales?"

Varios fueron los pareceres. Unos atribuyeron al amor la virtud de hacer felices á los hombres, otros á la salud; quién se decidió por la riqueza, quién por el poder, quién por la paz doméstica. Dos de los que estaban presentes se acordaron de cierto pasaje del *Telémaco*, y el uno dijo que, en su sentir, el mortal más dichoso es un rey que teme á los dioses y que labra la felicidad de sus pueblos; el otro afirmó que la persona verdaderamente feliz es la que cree serlo. Suscitóse al oír este último parecer un murmullo aprobatorio; pero el sujeto que había propuesto la cuestión no se dio por satisfecho y sentó la proposición de que el mortal más feliz es una nodriza (vulgo, una *ama de leche*). Añadió que, aunque esta felicidad es casi infinita, no deja de tener sus grados, y que, si los padres de la *criatura que se cría* son acomodados y aprensivos, aquella dicha, pasando por encima de todos los grados de comparación, alcanza al superlativo, y no comoquiera al superlativo absoluto *(felicissimus)* sino al superlativo relativo *(felicissimus omnium)*, el más feliz de todos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Me he penetrado de esta verdad, prosiguió el sustentante, no por medio de reflexiones hechas al aire, sino por medio de observaciones diarias que he podido hacer en casa de un hermano mío, casado y padre de un hijo que vino al mundo después de otros dos que, ni de la cuna siquiera, sino de la artesa, pasaron al sepulcro.

Este nuevo infante vino á ser el objeto de todos los desvelos y aprensiones de sus padres, quienes, temerosos de que aquella criatura se hallara condenada á tener el mismo prematuro fin que las otras dos, resolvieron disputar su víctima á la muerte sin ahorrar para ello esfuerzo ni sacrificio. Lo primero que vió Carlitos al abrir los ojos ¡infeliz! fue un médico encargado por los autores de sus días de llevarlo como de la mano por el camino de la vida, de reglamentar su sueño, su abrigo, sus movimientos y su alimentación, y de combatir en él cualquier preludio de enfermedad que llegase á mostrarse.

Pero esta precaución no fue bastante para tranquilizar á mi cuñada: si la respiración de su hijo alcanzaba á percibirse, '¡la angina! exclamaba, ¡la pulmonía! ¡la muerte!' Si dormía sosegadamente, '¡malo! decía también, mi hijo se muere de aploplejía.' Si el estómago funcionaba activamente, aquello era disentería; si no funcionaba, era un cólico mortal.

Como mi cuñada había dado de mamar á las dos primeras y malogradas criaturas, no se creyó prudente que hiciese lo mismo con la otra. Una vecina aconsejaba se la criase con leche de cabra, abogaba otra por la de burra; cuál daba la preferencia á la de vaca, cuál al caldo de carne fresca ó bien á las mazamorritas y el sagú; pero la opinión que sobre todas éstas prevaleció fue la del médico, quien dispuso se le buscase una nodriza. Recorriéronse en

busca de ella los campos y los pueblos circunvecinos, y entre otras varias candidatas en quienes se pusieron los ojos, se dio la preferencia á una india de Suba, mocetona rolliza cuya cría era casi de la misma edad que Carlitos y cuya madre consintió en echarse á cuestas al nieto sin pararse en pelillos respecto de los alimentos con que había de criarlo.

Traída Agustina (que este es el nombre del nuevo personaje que pongo en escena) á la casa de mi hermano, fue en el mismo punto prolijamente tanteada y reconocida por el doctor, y cuando éste hubo afirmado que no quedaba duda de su sanidad y robustez, se le hizo deponer el chircate, una mantilla *cuyos hilos, si se quisiesen contar, no se perdería uno solo de la cuenta*, y una camisa de que más tarde quiso ella misma sacar un remiendo para otra sin que aquello se hubiese podido conseguir. Vistió en seguida unas famosas enaguas *de Castilla* y una flamante camisa de tira bordada, y vio por primera vez deshechas las marañas seculares de negros y cerdosos cabellos que cubrían su cabeza y que habían solido ser visitados con harta frecuencia, no tanto por el peine cuanto por las uñas.

Yo no sé si la india en los devaneos de su juventud habría soñado con el lujo y saboreado la idea de verse algún día ostentosamente ataviada; pero era mujer, y esto basta para que, sin incurrir en la nota de ligero, pueda cualquiera presumir que no le fue indiferente la trasformación que en su vestimenta se obró, ni es dudoso que, al mirarse por primera vez en uno de los espejos de la sala, experimentaría una íntima é inefable satisfacción.

Bien puede creerse que su ingenio no sería de aquellos que se pierden de vista; mas, comoquiera que la facultad de comparar sea innata en nuestra alma, si hemos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de admitir lo que la sicología nos enseña, se puede buenamente discurrir que más de una vez establecería parangón entre su vida pasada y su condición actual; de donde se ha de sacar por consecuencia que, además de los deleites corporales de que más adelante vamos á verla disfrutar, no dejaría de probar también aquellos de que fuera capaz su espíritu, por más estrecho y encogido que éste se hallase dentro de aquella reducidísima mollera.

Con efecto ¿cómo era posible que no viniese frecuentemente á su memoria la imagen de aquel ranchito de piso húmedo y desigual, cubierto en todas sus partes de una negra y espesa capa de hollín y lleno de agujeros tan estrechos para el humo como espaciosos para el frío y la lluvia? ¿Ni cómo había de echar en olvido aquella cama compuesta de un costal agujereado, ni aquel ponderoso tercio de tallos que tántas veces trajo á cuestas desde su tierra hasta la plaza de la capital?

Y pensaba en estas cosas aspirando el aire tibio y embalsamado de una habitación elegante, ó reclinada en una mullida y sabrosa cama, ó viendo caer la lluvia por entre las vidrieras, ó saboreando viandas nunca probadas por ninguno de su raza, ni por el mismo Nemequene en sus regios festines.

Y ¡cosa rara! por más repentina que hubiera sido la transición de su antiguo modo de vivir al actual, Agustina se hizo sin esfuerzo alguno á las costumbres bogotanas; y es probable que nunca hubiera podido hacerse de nuevo á las de Suba, ó sea á las subanas, si alguna vez hubiese determinado volver al hogar paterno; así lo deja discurrir á lo menos el ejemplo de tántas campesinas que cuando han llegado á probar los encantos de la vida bogotana, en lo que menos piensan es en echar menos la que en su tierra solían llevar.

En los primeros días se sentía Agustina maravillada de todo lo que veía y satisfecha de la suerte que le había cabido; pero sucedió que, yendo días y viniendo días, se olvidó de la miserable condición de que se la había sacado y, maliciando que su presencia en la casa de mi hermano se miraba como indispensable, echó de ver que bien podía levantarse á mayores y que, de ama de leche que era, se podía convertir en ama verdadera de la casa.

Hacíale falta la chicha; ni pudiera ser de otro modo estando habituada á tomarla desde su más tierna infancia, y manifestó á mi cuñada su temor de que sin su bebida favorita se le mermase la leche ó le sobreviniese alguna enfermedad. Una enfermedad de Agustina ó la merma de la leche eran á los ojos de su señora las mayores calamidades, y así fue que se apresuró á disponer se le suministrase todos los días cuanta chicha pudiera apetecer; y como después de haber catado la que en las cercanías se fabricaba, no la hubiese hallado de su gusto, se acudió á la tienda de ña María Chiquita, alta notabilidad arrabalera, que es al precioso licor lo que Dent á los relojes, ó Didot á la tipografía, ó nuestro Ramón Torres á los retratos.

Alcanzada sin dificultad esta primera ventaja, las pretensiones fueron aumentándose en rápida y creciente progresión. El angelito, que como todos los individuos de su ralea, hacía las cosas de forma que causasen al prójimo la mayor incomodidad posible, dio en dormir de día y velar por las noches, con lo que se las hacía pasar execrables á la nodriza, y ésta declaró que si no se arreglaban las cosas de suerte que ella pudiese dormir á su sabor, su salud padecería grave detrimento y el niño lo pagaría. Desde entonces el bonazo de mi hermano se hizo cargo de pasear toda la noche en sus brazos al caro, y bien caro, objeto de su ternura.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La cocinera que había en la casa era una de aquellas criadas á la antigua que ya no se hallan por un ojo de la cara, aunque se las busque con la misma diligencia con que aquel mentecato de Diógenes buscaba un hombre. Había visto nacer á mi cuñada y le profesaba el más entrañable cariño, sin que por mirarse como miembro de la familia se creyese dispensada de mostrar á sus amos la más respetuosa sumisión ni de sazonar la comida de la más deliciosa manera. Pero á pesar de las prendas que la adornaban, Agustina, á quien no le había caído en gracia, le declaró la guerra, armó con ella una ruidosa quimera é hizo presente que si la cocinera no salía de la casa, saldría ella misma y dejaría la crianza de Carlitos en el punto en que se hallaba. Esto es, á lo que yo entiendo, lo que en el lenguaje de la política moderna se llama una cuestión de gabinete. Duro, durísimo era para mi cuñada despedir á aquella sirvienta tan fiel y tan antigua, que de seguro jamás podría ser reemplazada; se agotaron los medios de reconciliación; se le ofreció á Agustina que en adelante comería, si tal era su gusto, no en la cocina sino en un sitio en donde no tuviera que rozarse con su antagonista; pero la implacable descendiente de los chibchas se mantuvo en sus trece, y la inocente cocinera fue despedida.

Un día sorprende mi hermano al ama conversando en el zaguán con un oficialito de albañil que pocos días antes había venido á la casa para cierto menester; siéntese poseído de una santa indignación; arroja ignominiosamente al atrevido galán, y dirige á la dama una furibunda filípica; ésta por su parte guarda un sombrío silencio; mi cuñada le echa también su reprimenda, y la muy taimada se obstina en no descoser sus labios. Al cabo de algunas horas se nota que Carlitos llora y se desgañita desaforadamente, se le pregunta á la nodriza cuál puede ser la causa y ella declara entonces que está haciendo ayunar al niño, porque como le han hecho *tener una cólera*, su leche está alterada y lo mataría si le diese de mamar, y añade que está resuelta á partir al siguiente día para su tierra natal. Mi cuñada se deshace en llanto al oír esta nueva, y mi hermano se deshace en reniegos y jura que no sufrirá más el despotismo y los caprichos de aquella mala pécora; pero, ¡quia! la vida del heredero de su nombre podía peligrar y, observándose en esta ocasión aquella máxima de la Sagrada Escritura "que el sol no debe ponerse sobre nuestra cólera," antes de que anocheciera se había celebrado ya una capitulación honrosa; si bien lo fue más para mi heroína que para mi hermano, cuya autoridad como cabeza de la casa no dejó de padecer menoscabo. Estipulóse que Agustina no volvería á tener entrevistas clandestinas con el pretendiente y que, cuando sus servicios no fuesen ya necesarios, se le facilitaría todo á fin de que sus relaciones con él pudiesen tener un desenlace decoroso.

Confieso que siento tentaciones de conservar en la escena al amartelado albañil, con lo que haría mi relación infinitamente más interesante; pero, como no estoy componiendo una novela, sino refiriendo una verdadera historia, no vacilo en declarar de una vez que aquel olvidadizo Eneas abandonó á aquella moderna Dido; la cual, por otra parte, no estaba destinada á doblar su cerviz bajo el yugo del matrimonio ni bajo yugo de ninguna especie. Ella había de renunciar á las ventajas de aquel estado y á las de la maternidad por las más positivas y seguras de una dichosa soltería.

Sin embargo, como ya ella había echado de ver que sus atractivos eran capaces de rendir algunos corazones,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

se hizo coqueta y presumida; dio en acicalarse y se aficionó al lujo, de suerte que no pasaba día sin que se le antojase ya un traje de lanilla, ya un nuevo par de zarcillos, ya un pañuelo de seda, ya ¿lo creerán ustedes? una crinolina de rejo, ya, finalmente, pasar de Agustina descalza á Agustina calzada. Arbitrio humano para rehusarle la satisfacción de alguno de los antojos no lo había, pues de la noche á la mañana se había vuelto atrabiliaria y la menor contradicción la hacía montar en cólera, contratiempo que á toda costa se trataba de evitar, por haber afirmado personas competentes que la leche que Carlitos mamara estando su nodriza encolerizada sería para él un veneno.

Los gastos, pues, crecían que era un contento, á lo menos para ella, y ella se regodeaba, que aquello era para causar envidia á un bienaventurado.

Aquella venturosa situación hubiera podido tener la nulidad de ser, como todas las prosperidades humanas, de corta duración, porque al cabo Carlitos no había de mamar toda su vida; pero la suerte que tan visiblemente la protegía, hizo que el angelito le cobrase una afición desenfrenada, tánto que no era posible separarlo de ella sin que pusiese los gritos en el cielo; á mayor abundamiento, á causa de ser hijo único, del temor de que se malograra y de haber costado su crianza tamaños sacrificios, era el muchacho más mimado de toda la cristiandad, y aun dudo que entre los gentiles y los perros mahometanos hubiera alguno tan malcriado y voluntarioso. Bajo el amparo, pues, del tiranuelo de la casa, la bellaca de la india conservó siempre los fueros y prerrogativas que, en gracia de su primitivo ministerio, se le habían otorgado, y ella goza aún en paz de todas las comodidades y regalos que tengo dichos, y gozará de ellos por luengos años, si una apoplejía no viene á ponerles término."

Aquí tuvo fin la narración, y todos los circunstantes convinimos en que la historia de Agustina era, *mutatis mutandis*, la historia de todo el género á que ella pertenece, y en que la criatura más feliz es una ama de leche, que era lo que se quería demostrar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

POLVOS.... Y LODOS

I

D. Victorino Chavarro era un bogotano de fisonomía plácida, de continente reposado y de capa española; bueno, bueno como el pan, pero como el pan más rebueno que se haya cocido en horno. Su único defecto era la indecisión.

Cuando en su mocedad hubo terminado la filosofía, quiso pasar á facultad mayor, pero no se atrevió á optar por ninguna de las tres que hubiera podido elegir.

En cuanto á estado, se inclinaba á veces al eclesiástico; ¿pero entraría en el clero secular, ó en alguna orden? Y de entrar en alguna orden, ¿en cuál? Y aquí era ella: no había forma de que se determinase.

¿El matrimonio? Muy bien, ¿pero á cuál de las muchachas que conocía había de ponerle los puntos?

Nada. A pesar de tener entrañas ternísimas y de haber sido formado adrede para marido, y de estar pintiparado para padre de familia casero y extremoso, los cuarenta y cinco lo sorprendieron perplejo y célibe. Y con motivo de lo que vamos á referir, vino á abrazar definitivamente el estado de soltero. Estado será éste como el blanco es color. Y—lo que decía una vieja solterona—si la soltería no fuera estado, ¿qué podría ser?

Los padres de D. Victorino habían muerto y lo habían

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dejado muy bien redondeado de bienes de fortuna. La suya era tenida por de las más saneadas. No tenía hermanos, y sus parientes menos remotos eran unos catorce sobrinos segundos, y una prima hermana, llamada D.ª Rita Leguísamo, casada con D. Joaquín Coello, y madre de uno de los catorce sobrinos. D. Joaquín y D.ª Rita eran los únicos parientes con quienes Chavarro mantenía comunicación amigable.

Habiéndole sobrevenido una enfermedad, D.ª Rita y D. Joaquín, viéndolo solo, tomaron empeño en llevárselo á su casa, en lo que él convino proponiéndose volver á la suya una vez que hubiera recobrado la salud.

En los días en que esto pasaba, empezaba á caminar y á hablar el niño Pedrito, que así se llamaba el hijo de D.ª Rita, único y tardío fruto de su matrimonio.

Y sucedió que el tal Pedrito le cortó bravamente el ombligo á D. Victorino; y con la *fragancia de la flor del Paraíso*, y con sus monadas y con sus garatusas, le sorbió el seso hasta no dejarle el necesario para discurrir que, si Dios es el que da los hijos á los padres, el diablo es quien da los sobrinos á los tíos.

Pedrito era en verdad el párvulo más bonito, más amable y más gracioso de cuantos han sido *la alegría de la casa*.

D. Joquín murió por entonces *de una pulmonía violenta*, como decía la afligida viuda. ¿Pues no había de haber sido violenta la pulmonía, si tuvo fuerza bastante para quitarle la vida al paciente?

Aquello fue llover sobre mojado. Al cariño se añadió la compasión por el huerfanito, del cual acabó Chavarro de enamorarse como un tonto, y yá ¡qué elección de estado ni qué alforja!

Ni la viuda ni el huérfano habían heredado un ochavo, y su situación habría sido la más compasible si D. Victorino no hubiera resuelto establecerse de firme en la casa de su prima y correr con todo el gasto. Esta fue la única resolución que en toda su vida tomó D. Victorino sin vacilar.

D.ª Rita, la más sensible y extremosa de todas las madres de hijo único, iba á competencia con Chavarro en esto de discurrirle y facilitarle al chicuelo entretenimientos, satisfacciones y regalos; y al compás de los mimos iban creciendo en Pedro la voluntariedad y los antojos.

Todos los niños tienen, cuando empiezan á hablar, y hasta bastante más tarde, un timbre de voz hechicero; modulaciones y quiebros angelicales, acariciadores, irresistibles, por más que no los gasten de ordinario sino como expresiones del egoísmo y la imperiosidad que forman el fondo de su carácter. Pero la vocecita de Pedro sobresalía entre todas las voces infantiles por su halago y su melodía.

Para pedir, con aquella media lengua con que estropeaba deliciosamente la castellana, las cosas que se le antojaban, y para quejarse de lo que le mortificaba, ponía una carita que.... vamos, era fuerza complacerlo y consolarlo, costara lo que costara, pero eso no era posible sin comérselo antes á besos.

En dulces, frutas y juguetes se consumía un caudal. La abundancia y la continuidad de las fruiciones le estragaban el gusto á Pedrito, y llegó día en que yá no se hallara con qué tenerlo contento.

Cuando se hacía una compra de golosinas, D.ª Rita, temerosa de que el niño se diera una tripada peligrosa, las guardaba bien en su armario; pero, como el monicaco

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

clamaba por ellas, la madre, hecha una congoja, las iba sacando y poniéndoselas en las manos, rogando á todos los santos no permitieran que le hiciesen daño.

De los juguetes que se le compraban, Pedro jamás hacía uso según la intención del inventor; y aunque fueran de cristal, solían servirle de martillos, de proyectiles ó de baquetas para tamboritear. Ya crecidito, destrozaba adrede los que encerraban algún mecanismo, *para ver qué tenían por dentro*. De esto sacaban el tío y la madre la consecuencia de que Pedrito tenía espíritu de observación, y de que habría, andando el tiempo, de ser un gran mecánico. Ni este era el único presagio favorable: que había de ser buen pendolista y dibujante se infería de las garambainas y los chafarrinones con que, siempre que pillaba un lápiz, una pluma ó un pedazo de carbón, emborronaba los libros, las láminas y los papeles que le venían á las manos. El uso destemplado que hacía de los tamborcitos, las corneticas y las dulzainas, con cuyos sones taladraba oídos y rompía tímpanos, era indicio cierto de su vocación musical; y las persecuciones á las gallinas y las palomas lo eran de su futura prestancia para la caza mayor y menor.

Para Pedro todo es juguete y con todo juega incondicionalmente: con el reloj, los anteojos, los documentos y los libros de su tío; con los billetes de banco, las llaves, los tinteros, el gato y los pollitos; con el bastón, el paraguas, la sombrilla, los guantes y el sombrero de la visita. Cuando coge navaja de afeitar, caja de fósforos ó vela encendida, la madre ó el tío siguen con ansiedad todos sus movimientos, temblando por su vida; pero ¿cómo han de tener la crueldad de quitarle violentamente el objeto con que quiere entretenerse?

El gato ó una gallina es un niño que se ha dormido

en sus brazos, y hay que acostarlo en su cuna. La cuna es la cama de D. Victorino, y en ella descansa el animalito con todas sus consecuencias, hasta que viene un nuevo capricho.

Pedro era el nombre que el angelito había recibido en las fuentes bautismales; pero este nombre no se volvió á pronunciar. Se le llamaba *Pedrito* cuando, por algún desmán que pasara de castaño oscuro, había que enderezarle un truculento regaño, tal como: *Pero, Pedrito, hijo de mi corazón, ¿cómo es posible que usted haga eso? ¿Es decir que no nos quiere?* En los demás casos se le llamaba *Peruchito, Periquito*, ó más á menudo *Periquitico*.

D. Victorino y D.ª Rita fueron los que inventaron para tratamiento de los niños el *mi amo* y el *sumerced* con que hoy imbuímos en cada uno de ellos la idea de que ha nacido para reinar.

Ya volantón, Peruchito echa por la iglesia. Tiene altar, vasos sagrados, oblata y paramentos á pedir de boca. D. Victorino, D.ª Rita y las criadas han de asistir de rodillas al sermón y á la misa y han de acompañar la procesión. Por fortuna, este ejercicio es menos fatigoso que el de jugar al toro, á la candela y á la mariposa, en que también tienen que tomar parte; y menos fastidioso que el de jugar juegos de baraja sin que el mocosuelo los entienda, ni siquiera conozca á derechas las cartas.

El amor de que la criaturita era objeto no era amor paterno ni materno: era amor de abuelo, aquel amor que se desentiende de responsabilidades, que renuncia fueros y que resigna en otros, ó en nadie, la facultad de corregir; que no pide para el objeto amado bienes estables y seguridades para lo futuro, sino exención de penas y abundancia de goces presentes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Periquito cumple once años sin haber aprendido á conocer la *O* por lo redondo. Es indiscutible que hay que enviarlo á la escuela; y él mismo, ansioso de cambios y de novedades, se pirra por ir á ella. D. Victorino, que cuando se trata de puntos tan graves como ese, ejerce la suprema autoridad, titubea y se decide cien veces en pro y ciento en contra; y mil por la escuela de D. Fulano y mil por la escuela de D. Mengano. Al cabo cede á los argumentos de la madre y á las importunidades del interesado, y éste es puesto en una escuela á la cual va y de la cual vuelve cada día acompañado por la madre ó por el tío, y á veces por los dos juntos.

En la primera escuela se fastidia; lo sacan de ella y lo trasladan á otra en que sucede lo propio; y á otra y á otra en que acontece lo mismísimo.

Como Perucho no era cerrado de mollera, aprendió á escribir y á mascullar la citolegia. Por fin entró al colegio, y viérase entonces á la pobre D.ª Rita despistojándose cada noche por repasarle la lección de gramática y la de geografía sin entenderlas ella misma.

II

Hijos chiquitos, trabajos chiquitos; hijos grandes, trabajos grandes. Lo que las madres deben temer no es la salida de los dientes de sus hijos: de lo que deben temblar es de la salida de los bigotes.

Dios quiso misericordiosamente ahorrarle á D.ª Rita el hacer por sí misma la prueba de la verdad de esas dos sentencias. Llevósela cuando Pedro tenía quince años.

D. Victorino se creyó obligado á querer por dos al huerfanito; á tener por él, si era dable, más esmerada solicitud; y á conservar y aumentar para él su fortuna. Ninguna recomendación habría sido necesaria para ello; pero no faltó la de D.ª Rita, que, yá moribunda, pidió á D. Victorino, con súplicas capaces de ablandar peñascos, que no abandonara á su hijito; que mirara con indulgencia las faltas que pudiera cometer, y que siguiera haciendo para con él las veces de padre y de madre.

El tiempo vuela. Vuela cualquier tiempo; pero vuela más veloz el que ha de traernos quebrantos. El tiempo de los *trabajos grandes*, el de la salida de los bigotes, ó más bien del bozo de Perucho, vino como si los años se hubieran convertido en meses, los meses en días y los días en segundos.

Nunca habrían faltado amiguitos ligeros de cascos que vinieran á levantarle los suyos á Perico; pero el haber salido este dicharachero y chistoso, se los atrajo en gran número y demasiado pronto.

¡Ay de los chistosos! Al chistoso se le apegan otros mocitos frívolos de los de la vida ancha; él se les apega á ellos; y con ellos aprende á no mirar como seria cosa alguna, y á no hallar ni aun en las más sagradas sino asuntos de donaires y de bromas. Empieza por gastar el chiste delicado é ingenioso, é insensiblemente va descendiendo hasta dar en el chiste grosero y villanesco.

Los amiguitos dejaron en el espíritu y en el corazón de Pedro cuanto malo había en los de ellos, sin dejar una sola cosa buena.

D. Victorino, que veía esto carcomiéndose, no pudo impedir que viniera aquello de pedir licencia para salir á pasear un ratico, ofreciendo volver á casa antes del anochecer. Vino el no volver sino después del toque de las ánimas; y un poquito más tarde, el no tornar á casa sino á las diez ó á las diez y pico, metiendo al tío en gran cui-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dado. Más de una vez aconteció que el buen señor, estando acatarradísimo, se echara sin brújula por esas calles, en noches destempladas, á buscar á tontas y á locas á Periquito.

Reconvenido por el tío, Perico, conforme lo cogía el viento, ó reconocía su yerro, ó se encerraba en hosco silencio; pero ya hiciera promesas de enmienda, ya no las hiciera, ya las fraguara el mismo D. Victorino, éste lo daba por arrepentido y á sí mismo se daba por satisfecho y desagraviado.

Cuando Pedro pedía licencia para asistir á un espectáculo, D. Victorino, después de las vacilaciones de rigor, se tomaba el trabajo de acompañarlo; é iba á asistir á una ópera interminable, en la que roncaba y servía de hazmereír á los vecinos, ó sufría con la frialdad de pies y con los flatos; ó iba á escandalizarse con las pornografías de un mal sainete. Pero al mozalbillo no le hacía gracia el llevar escolta, pues sus camaradas le daban cantaleta con la vigilancia á que parecía sujeto.

Yendo días y viniendo días, yá D. Victorino empezó á notar, con desconsuelo inexplicable, que el aliento de Peruchito olía á alcohol, y que en el cuarto de éste se celebraban reuniones en que solía enredarse conversación poco edificativa.

El atribulado tío no sabía yá á qué santo encomendarse. Las reprimendas y las promesas de mudar de vida, á fuerza de repetirse, habían yá perdido toda eficacia. Tras una serie de desafueros que habrían sacado de quicio al santo Job en persona, D. Victorino tomó por fin un berrinche de los buenos, y antes de que le hubiera pasado, llamó á Perico y lo echó de su casa. Perico agachó la cabeza y salió en silencio. Esto pasaba por la tarde.

D. Victorino aguardaba que el expulsado volviera al anochecer, y lo aguardó con ansiedad. Esperó que se presentara más tarde; pero nada: las diez, las once, las doce, la una. Perico no pareció. ¿Qué trabajo había de costarle pernoctar fuera, como lo había hecho yá varias veces?

Chavarro no se acostó aquella noche. Al día siguiente, ocultándose tras una puerta, para no ir á amedrentarlo con su presencia cuando fuera á entrar, estuvo espiando la venida del pródigo. Este entró hacia el medio día, y penetró en su cuarto. Llamósele á comer como de costumbre, y el tío no se atrevió á mencionar lo del día anterior. Antes se valió de cualquier pretexto para moverle conversación.

Para el pobre del Sr. Chavarro comenzó la larga sucesión de noches en que él, con el alma en un hilo, se revolvía, se sofocaba y se deshacía en sudor en su cama, ponderando los peligros y los quebrantos que estaría aparejándose aquel angelito, á las mismas horas en que el mismo angelito holgaba y se hallaba de chirinola, muy desentendido de que el buen anciano estaba pasando por él las penas del purgatorio.

Bien que legos en el arte de curar, tenemos entendido que las adversidades y las perturbaciones de ánimo más violentas no causan estrago muy sensible en la máquina humana cuando ésta es una máquina que se sacude, y estalla, y se desahoga echando ternos, injuriando y dando puñetazos y hasta puñaladas; mientras que el estrago es más rápido, más seguro y más terrible en máquinas humanas pasivas, moderadas ó amantes que devoran hieles á solas y en silencio.

A solas y en silencio y reprimiendo ímpetus de coraje que, dado el caso en que se hallaba D. Victorino, no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

habrían podido dejar de nacer ni aun en el pecho de un tío de alfeñique, se tragaba el infeliz anciano sus pesadumbres, con lo que vino á contraer una enfermedad del corazón. Cuando los médicos la hubieron diagnosticado, Pedro se mostró inquieto y un poco reformado por algunos días, pero luégo volvió á las andadas.

El tiempo,

Que nunca de correr se vio cansado,

dio unas cuántas zancadas, y trajo los días en que se introdujo un método fácil de hacer fortuna. Abría usted una taberna (vulgo, tienda de licores); abría usted también cuenta á los hijos de familia, y aun á emancipados que, como se decía entonces, *tuvieran respaldo*. Los acreditados consumían los artículos que se expendían en el establecimiento y convidaban á otros á que les ayudaran á consumirlos. Cuando la cuenta de alguno de los consumidores acreditados arrojaba un saldo (así hay quien lo diga), un saldo respetable (y usted tenía buen cuidado de darle respetabilidad), se la pasaba al hijo de familia ó al emancipado; y como éste hacía orejas de mercader, usted se la pasaba en segunda instancia al padre ó al deudo que usted había esperado que sirviera de respaldo. Si el deudo ó el padre objetaba que nadie debe sino lo que la ley ó un compromiso expreso lo obliga á reconocer; ó que, si usted pensaba hacerlo responsable de las deudas del deudo, á lo menos debía habérselo avisado con oportunidad, usted le replicaba que sólo por honrar su apellido le había dado de beber á crédito al joven; y, en conclusión, que si no se le pagaba con tres luégos, el nombre del deudor aparecería en los periódicos en una lista de tramposos. Ya usted advertirá que en los más de los casos usted conse

guiría que se le cubrieran las cuentas por más que fueran cuentas del Gran Capitán.

En la actualidad todo pasa de otra guisa. Usted no se atrevería hoy á contribuír á la corrupción de la juventud ofreciéndole facilidades para contraer el vicio que, como cáncer, ó más bien como fuego voraz, amenaza acabar con la sociedad humana antes que el fuego del cielo venga á purificar la tierra. ¿Se atrevería usted hoy á pasar á quien no fuera deudor suyo cuentas que, por su naturaleza, no pueden ir acompañadas de comprobantes? ¡Ah! Antes se dejaría usted descrismar.

A D. Victorino empezaron á lloverle cuentas de esta calaña, y cubrió muchas mediante la promesa hecha por Pedrito, de no beber y de no contraer deudas. Chavarro le repitió lo que cien veces le había dicho, que yá sabía que podía gastar cuanto quisiera; pero que había de pedirle á él las sumas que necesitara y declararle en qué se proponía invertirlas.

Pero nada de esto hacía el buen tío sin sudar de congoja, tanto por estar viendo que la suerte del idolillo iba á ser de las más perras, como por lo que tenía que luchar consigo mismo á fin de adoptar y ejecutar las delicadas resoluciones que á cada paso reclamaban las barrabasadas de Perico. Allá en su interior reinaba la convicción de que, por más que se atormentara fluctuando, á la postre había de hacer lo que siempre había hecho: ahorrarle disgustos á Periquito; pero su conciencia protestaba y no quería rendirse sin pelear, por más que tuviera por segura la derrota.

Un amigo de Chavarro, naturalote y timorato, le hizo saber que Pedro jugaba. D. Victorino se enfurruñó con el denunciante, pero la espina le quedó hincada en el pecho;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

habrían podido dejar de nacer ni aun en el pecho de un tío de alfeñique, se tragaba el infeliz anciano sus pesadumbres, con lo que vino á contraer una enfermedad del corazón. Cuando los médicos la hubieron diagnosticado, Pedro se mostró inquieto y un poco reformado por algunos días, pero luégo volvió á las andadas.

El tiempo,

Que nunca de correr se vio cansado,

dio unas cuántas zancadas, y trajo los días en que se introdujo un método fácil de hacer fortuna. Abría usted una taberna (vulgo, tienda de licores); abría usted también cuenta á los hijos de familia, y aun á emancipados que, como se decía entonces, *tuvieran respaldo*. Los acreditados consumían los artículos que se expendían en el establecimiento y convidaban á otros á que les ayudaran á consumirlos. Cuando la cuenta de alguno de los consumidores acreditados arrojaba un saldo (así hay quien lo diga), un saldo respetable (y usted tenía buen cuidado de darle respetabilidad), se la pasaba al hijo de familia ó al emancipado; y como éste hacía orejas de mercader, usted se la pasaba en segunda instancia al padre ó al deudo que usted había esperado que sirviera de respaldo. Si el deudo ó el padre objetaba que nadie debe sino lo que la ley ó un compromiso expreso lo obliga á reconocer; ó que, si usted pensaba hacerlo responsable de las deudas del deudo, á lo menos debía habérselo avisado con oportunidad, usted le replicaba que sólo por honrar su apellido le había dado de beber á crédito al joven; y, en conclusión, que si no se le pagaba con tres luégos, el nombre del deudor aparecería en los periódicos en una lista de tramposos. Ya usted advertirá que en los más de los casos usted conse

guiría que se le cubrieran las cuentas por más que fueran cuentas del Gran Capitán.

En la actualidad todo pasa de otra guisa. Usted no se atrevería hoy á contribuír á la corrupción de la juventud ofreciéndole facilidades para contraer el vicio que, como cáncer, ó más bien como fuego voraz, amenaza acabar con la sociedad humana antes que el fuego del cielo venga á purificar la tierra. ¿Se atrevería usted hoy á pasar á quien no fuera deudor suyo cuentas que, por su naturaleza, no pueden ir acompañadas de comprobantes? ¡Ah! Antes se dejaría usted descrismar.

A D. Victorino empezaron á lloverle cuentas de esta calaña, y cubrió muchas mediante la promesa hecha por Pedrito, de no beber y de no contraer deudas. Chavarro le repitió lo que cien veces le había dicho, que yá sabía que podía gastar cuanto quisiera; pero que había de pedirle á él las sumas que necesitara y declararle en qué se proponía invertirlas.

Pero nada de esto hacía el buen tío sin sudar de congoja, tanto por estar viendo que la suerte del idolillo iba á ser de las más perras, como por lo que tenía que luchar consigo mismo á fin de adoptar y ejecutar las delicadas resoluciones que á cada paso reclamaban las barrabasadas de Perico. Allá en su interior reinaba la convicción de que, por más que se atormentara fluctuando, á la postre había de hacer lo que siempre había hecho: ahorrarle disgustos á Periquito; pero su conciencia protestaba y no quería rendirse sin pelear, por más que tuviera por segura la derrota.

Un amigo de Chavarro, naturalote y timorato, le hizo saber que Pedro jugaba. D. Victorino se enfurruñó con el denunciante, pero la espina le quedó hincada en el pecho;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y cuando, días andando, echó de ver que el dinero de que proveía su gaveta para los gastos diarios se mermaba demasiado aprisa, no le quedó duda de que el oficioso amigo había dicho la verdad.

Después de los inevitables titubeos, llamó á Pedro y le dirigió una reprimenda. El mozo había echado yá muchos rumbos, y, además, debía en aquella ocasión de estar tomado. Ello es que, muy boyante, le respondió á D. Victorino que él yá era mayor de edad y que podía hacer lo que le diese la gana.

Gran golpe fue éste, pues Pedro había mostrado siempre serle tan fácil someterse, pedir perdón y multiplicar las protestas de arrepentimiento como olvidar las promesas y reincidir en las faltas.

III

Desde que Pedro había empezado á dar señales de su vocación á la gran vida, D. Victorino había penetrado cuánto importaba evitarle la ociosidad, y había empezado á descalabazarse por hallarle ocupación; pero esa era la más negra. Periquito no sabía hacer nada; no conocía ni por el forro el precio del tiempo, y tenía á menos el ser un dependientuelo ó un empleadillo de los de tres al cuarto.

Al ajustar D. Victorino con Perico una de las muchas capitulaciones que con él hubo de concluír para ver de hacerlo entrar por vereda, le ocurrió ofrecerle, á trueco de que sentase la cabeza, hacerlo admitir como socio del Dr. Negrete, abogado y agente de negocios. Pedro solía decir amén á todo, y amén dijo á la propuesta.

Negrete, que era hombre muy de fiar y que vivía deseoso de servir al Sr. Chavarro, convino en hacer un enjuague. El le procuraría ocupación á Pedrito, lo haría pasar

como socio suyo, y al fin de cada trimestre le entregaría una suma como parte de utilidades que le correspondía. Esta suma debía pasar callandito del bolsillo de D. Victorino á la caja de la agencia, y luégo de ésta á la bolsa del socio de morondanga.

Esta estratagema sirvió para que Pedro derrochara con más desenfado: yá, sin dejar de contar con lo de siempre, contaba con su parte de utilidades.

Los cinco primeros días estuvo muy aplicado y diligente, y hasta se levantó casi antes de las ocho de la mañana. Luégo empezaron á ser raros y breves los ratos que pasaba en la oficina haciendo que hacía, ó dándoles conversación á los empleados y á los clientes. Antes de que expirara el primer trimestre, á cuenta del cual había yá pedido bastante dinero, había dejado definitivamente de ocupar su asiento delante del escritorio. Acudía, no obstante, una que otra vez á la oficina en calidad de tertulio, y esto por haber intimado mucho con uno de los empleados, de apellido Corchuelo, mozo muy despabilado, redomadísimo tuno, que estaba en los ápices de la rutina forense y que, con cierto aire de candor y con santurronerías, tenía encantusado á su patrón. A éste se le caía la baba viendo el primor con que escribía y la formalidad con que parecía desempeñar sus funciones.

Ya Pedro había dado en la flor de pernoctar á menudo fuera de la casa; y desde que le hubo alzado el gallo á su tío, sólo eventualmente se dejaba ver en ella. Unicamente el diablo sabía dónde pasaba la noche, y dónde dormía desde el amanecer hasta la hora de trasnochar.

El tío no había acabado (ni tal vez empezado) á curarse de sus debilidades y de sus titubeos crónicos. Todavía abrigaba esperanzas de ver corregido al empecatado sobrino, cuando éste lo forzó á hacer una hombrada.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Fue el caso que una de las veces que vino á la casa, no acudió á ella sino para cometer uno de aquellos desacatos con que ningún hombre bien nacido deja impunemente profanar el santuario doméstico.

D. Victorino, sacando energía de su propia flaqueza, y revistiéndose de la autoridad de que habría debido armarse muchos años antes, le cerró de veras al descastado las puertas de su casa.

La ingratitud es el puñal más agudo para un corazón de padre; y de padre eran el corazón y todas las entrañas de nuestro viejo. La última herida fue mortal, y mortal la muda batalla en que habían triunfado la conciencia y el decoro.

D. Victorino, viéndose yá desahuciado y en inminente peligro, acordó prepararse para la muerte, dejando, eso sí, pasar algunos días sin decidir nada acerca del cómo y el cuándo.

Finalmente, un día en que se hallaba en extremo descaecido, se puso á escribir su testamento, pero halló que la tarea no era proporcionada á sus fuerzas, y rogó al Dr. Negrete le enviase un amanuense hábil, que fuese también honrado y discreto. Corchuelo fue el elegido y fue quien escribió el testamento. Como era entrometido y afectadamente servicial, ofreció practicar al proviso las diligencias necesarias para que el testamento, bajo una cubierta de papel sellado, se presentase á un notario. Mas D. Victorino, siempre indeciso, rehusó el servicio esperando reponerse algo y poder desempeñar él mismo lo que cumplía.

En efecto, los peores síntomas del mal se remitieron bastante al cabo de algunos días, y á Chavarro le fue dable ocuparse en el asunto y ultimarlo sin necesidad de

ayuda. Cerrado y sellado el testamento y extendida en su cubierta por un notario la diligencia competente, fue depositado por el otorgante en la agencia del Dr. Negrete.

IV

Oigamos dos diálogos que en aquellos días tuvieron Perico y Corchuelo.

—Hombre (empezó el último), ¿sabés lo que ha sucedido?

—¿Qué?

—Que el viejo Victorino le pidió al viejo Negrete un buen escribiente.

—¿Para qué?

—Adivinámelo.

—No fregués. Decí para qué fue.

—Para dictarle su testamento. Resolvió hacer testamento cerrado.

—¡Hombre! ¿Y qué hubo?

—Que me mandó á mí.

—¿Y se hizo el testamento?

—Por supuesto.

—¿Pero á quién le deja?...

—A los establecimientos de beneficencia.

—¡Caray! No embromés.

—Nada de broma. Todito para los establecimientos.

—¿De veras?

—Mi honor.

—¡Viejo miserable!... ¿Y vos qué decís, la cosa no tendrá remedio?

—Yo no sé. El testamento quedó escrito de letra mía, y no faltaba sino cerrarlo y presentárselo al notario.

—¡Caray! Pues hay que ver qué hacemos!... ¡Yo que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

estaba tan seguro de que me lo dejaba todo á mí.... Mirá: si me ayudás, te ganás tus cien pesitos.

—¡Cien pesos! Ja, ja, ja. Si seguís siendo tan generoso así, te arruinás.... ¿Por cien pesos quién se expone? Lo que querés no se consigue sino haciendo alguna pilatuna.

—¿Y cómo querés que te dé más? Vos mismo me habís dicho que si el tío se muere y no queda testamento, yo sí heredo, pero junto con esa maldita tracalada de parientes. ¿No ves que lo que me puede tocar no es sino una miseria?

—¡Si acaso! El viejo Negrete le maneja á tu tío más de sesenta mil pesos, y ahí está también la casa, que valdrá sus buenos treinta mil.

—Poné ochenta mil. Creo que los parientes somos catorce. ¿A cómo resulta?

—A un poco menos de seis mil pesos. ¿No ves? Bien podés darme mil.

Esta conferencia, sazonada con muchos condimentos de que hemos tenido que no acordarnos, se prolongó mucho, y al cabo de ella, se pactó que Corchuelo tiraría quinientos pesos por la ayuda que pudiera prestarle á Perico.

La segunda conferencia tuvo lugar algunos días después.

—¿Conque sabés? El testamento ya está depositado en la agencia.

—¿De veras? ¿No pudieras robártelo?

—Robárselo es una burrada. Lo echan de menos, y tu tío hace otro, y esa vez toma precauciones.

—Tenés razón. ¿Y no se te ocurre nada?

—Yo estaba pensando que, si al pliego se le pudiera romper la cubierta y dejarlo donde está, tal vez....

—¿Y qué se saca con romperle la cubierta?

—Un testamento cerrado es nulo si su cubierta no resulta en el mismo estado en que la han visto el notario y los testigos.

—¡Magnífico! ¿Y te animás á hacer eso?

—Yo no me expongo á una causa criminal. Vos verés si te resolvés á aprovechar alguna ocasión para entrar al despacho y hacer la cosa.

—Yo sí me resuelvo. ¿Dónde se guardó el testamento?

—Eso sí no te lo digo si no me asegurás mis quinientos pesos.

—¡Canalla! ¿Y cómo te los aseguro?

—Muy fácil. Firmándome una obligación á plazo. Podés hacérmela con plazo de tres meses.... No. Aunque el abuelo se muera pronto, vos no cojés nada sin que se haya hecho la mortuoria. Con plazo de un año. Ya ves que yo mismo me intereso en facilitarte la cosa.

—Quién sabe si el viejo va y se empecina en no morirse, y vos me fregás.

—Bueno. Pongamos año y medio; pero por mil pesos.

—No seás ladrón. No te doy más que los quinientos.

—No seás bruto. ¿No ves que si no te ayudo y no te explico lo que habís de hacer, lo perdés todo?

En fin, se firmó la obligación por los mil pesos, y Corchuelo industrió á Perico en lo que se había de hacer.

El testamento estaba en la caja de hierro del Dr. Negrete, quien abría este mueble muy á menudo y lo dejaba abierto mientras contaba dinero, ó mientras se le extendía un recibo, ó mientras sostenía alguna breve plática sobre los negocios que tenía á su cargo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Pedrito dio en frecuentar mucho la oficina.

Cierto día no hay en ella más que tres almas vivientes: el patrón, Corchuelo y Perucho.

Entra una vieja sorda, muy filatera y muy porfiada, á quien el abogado le manejaba sus intereses. Negrete, dejando abierta la caja, saca un lío de billetes y se lo entrega á la cliente. La vieja cuenta y recuenta los billetes empapándose los dedos en saliva, y sale al cabo con que la suma que debe recibir no está completa. El doctor, que estaba yá bien amoscado, vuelve á contar los humedecidos billetes, y el asco le aquilata el mal humor. Su antiguo socio tiene tiempo sobrado (y lo aprovecha) para tomar el testamento de D. Victorino; para levantar, sin romperlos, sirviéndose de un cortaplumas, los sellos de la cubierta, de manera que el gatuperio no se pueda notar fácilmente; para envolverlo en una sobrecubierta rotulada con que el depositario había querido resguardarlo, y para volver á colocar el pliego en el sitio que antes ocupaba entre otros documentos.

—¡Ala! le dijo Pedro al amigacho, tan luego como pudo hablarle á solas, esta noche me tenés que dar una buena cena. ¡Condenado! te ganaste tus mil pesos.

V

D. Victorino murió á los dos meses de haberse hecho la perversa confabulación y la audaz travesura. Murió en brazos de un extraño y asistido por gente mercenaria.

El Dr. Negrete, antes de guardar el testamento, había, como yá lo sabe el lector, envuéltolo en una sobrecubierta.

El día siguiente al del entierro de D. Victorino, presentó el pliego á un juez, y éste fijó día para la apertura del testamento.

Llegado este día y estando presentes el notario y los testigos que habían echado su firma sobre la cubierta, y asimismo muchos curiales, abogados y litigantes que por casualidad se hallaban en el juzgado, el juez anunció que iba á proceder á la apertura del testamento.

La apertura de un testamento excita viva curiosidad, y su lectura se aguarda con cierto religioso sobrecogimiento. Se va á oír á un muerto que habla desde la tumba.

El juez despoja el pliego de su envoltura exterior, y cuando va á hacer reconocer las firmas de la otra, advierte que ésta está rota y con sus sellos desprendidos. Sorprendido, mira al Dr. Negrete, quien empalidece al advertir lo que pasa. Muchos otros lo advierten, y murmuran: ¡Anulado! ¡Anulado!

Los del grupo de curiosos se apiñan y, estirando el pescuezo, clavan ávidamente los ojos en el juez y en el pliego y desencapotan las orejas. Tras esto, empiezan á mirarse unos á otros y á cambiar exclamaciones y comentarios en voz baja.

Hácese, con todo, el reconocimiento de las firmas, y el Secretario del juzgado principia la lectura.

El testamento era ológrafo y muy breve. Sus cuatro primeras cláusulas no contenían sino fórmulas de ningún interés. La quinta decía: "Instituyo por único y universal heredero á mi sobrino Pedro Coello."

VI

D. Victorino (¡alma bendita!), después de haber, en un rapto de indignación, determinado testar á favor de los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

establecimientos de beneficencia, había incidido en sus vacilaciones acostumbradas. Se había acordado de aquel angelito tan lindo, tan amable y tan zalamero. Se habían presentado á su fantasía aquellas caritas alegres, ó compungidas, ó suplicantes, ó apicaradas. En los oídos de su alma se había reproducido la música inefable de aquella vocecita agasajadora, al mismo tiempo que las plegarias de la madre agonizante; y no había resistido.

El papel sellado en que Corchuelo había escrito la penúltima voluntad del buen Chavarro, fue hecho pedazos, y sus pedazos ardieron, y las cenizas fueron esparcidas.

El incorregible tío, aprovechando unos días de alivio, había escrito el testamento que, por el atentado del mismo que en él era favorecido, vino á quedar sin valor.

Pedro sólo heredaba ahora la décimacuarta parte del caudal de su tío; pero esa décimacuarta parte podía no alcanzar á cubrir cierta deuda de muy delicada naturaleza que el mozo, cometiendo una bellacada, había contraído meses antes. El acreedor le tenía declarado que, si no le pagaba, lo haría procesar por abuso de confianza.

Perucho fue inducido por Corchuelo á pleitear con sus coherederos, y se entendió con un leguleyo que convino en servirle si le aseguraba la mitad de lo que se ganase si se obtenía sentencia favorable.

Gracias al pleito, la causa de sucesión de D. Victorino se entorpeció, y Pedro no percibió un ochavo de la herencia antes del cumplimiento del plazo de la obligación suscrita á favor de Corchuelo.

Cumplido este plazo, Corchuelo amenazó á Perico con delatarlo; y, á buen componer, el deudor recabó que su amigo se contentase con una nueva obligación á favor

suyo, con plazo bien largo, pero por suma mucho mayor que la primitiva.

Pedro, asaltado por el recuerdo, que le muerde las entrañas, del chasco que él mismo se dio, se desespera á veces y piensa en el suicidio; mas para suicidarse, por más que digan, se necesita valor, y Periquito, merced á la crianza que recibió, carece de todas las prendas varoniles. Otras veces le entra gana de matar á Corchuelo; pero, para matar á un hombre, aunque uno pueda hacerlo á mansalva, también se necesita ánimo y brío.

En fin, los tribunales declararon, como no podían dejar de declararlo, que el testamento de D. Victorino Chavarro era nulo de toda nulidad por lo de la rotura de la cubierta. Perucho recibió su hijuela y pudo salir de la deuda aquella que lo ponía en cuidado. El resto de su haber fue á manos de Corchuelo á buena cuenta de su crédito; pero, como la obligación no quedó cancelada, Corchuelo ha seguido siempre metiendo en un puño á su amigo, al cual vemos ahora buscar en el fondo de la copa, y aun en el de otra vasija más ancha y más plebeya, el olvido de sus penas. Y lo peor es que frecuentemente no tiene con qué hacer cubrir ese fondo.

En lo que Pedrito no ha padecido ha sido en su crédito. El público, haciendo prueba de su benevolencia y su tino acostumbrados; y teniendo presente, aunque no sabe latín, el antiguo adagio forense *Is fecit cui prodest*, les ha echado la culpa del rompimiento de la cubierta á los trece deudos inocentes y ha mirado á Perucho con lástima y con simpatía.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

FRAGMENTOS DE DIALOGOS

QUE SE OIRÁN EN BOGOTÁ EN EL AÑO DE 1999

—¿Pero de dónde han podido salir esos anteojos? ¿Dónde dices que los encontraste?

—Pues cuando estaba rociando la matas en el jardín, los vi enredados en un geranio.

—Pero si aquí nadie usa anteojos.

—¡Si parece cosa de brujería!

—¡Ah! Ya caigo. La cosa ha sido que se le han caído á alguno al pasar en globo por encima del jardín.

—Por supuesto, por supuesto.

—Y que el miércoles vimos pasar uno.

—¿Cómo era?

—Era chiquito y listado de blanco y azul.

—¿Si sería el de D. Flamarión Rodríguez?

—¡Ajá! Y D. Flamarión sí usa anteojos.

—Pues hay que mandar á ver si éstos son los suyos.

*

—Unas señoritas, amigas mías, me han indicado que venga, porque me dicen que la señora busca una.... una señorita de compañía.

—Sí, una.... una muchacha. ¿Y usted qué sabe hacer?

—Yo he sido aplanchadora y de adentro.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¿Y usted porqué ha salido de la casa en donde estaba?

—Porque era la del Sr. Coletis, y como todos los de la familia hablaban en griego, y yo no les entendía, se ponían bravísimos.

—¿Y cuánto gana?

—En todas partes me han pagado tres mil pesos.

—¡Caramba!

—Es que ya ve la señora lo caro que está todo. Eso sí: una condición sí le pongo á la señora.

—¡Condición! ¿Y cuál?

—Que si la familia sale en globo, no me lleven, porque me da mucho miedo, y creo que me he de desvanecer.

*

—Pero hombre, si te necesito precisamente hoy á las doce para que me firmes la escritura.

—No tengas cuidado. No voy más que á darle un vistazo á mi cacaotal y á dejarle este dinero al mayordomo para que pague peones. A las diez y media estoy de vuelta.

*

—¿Me haces el favor de prestarme tu globo? No es más que para ir en un momento allí á Vélez.

—Con mucho gusto. Voy á darte una ordencita para que te lo entreguen.

—¿En qué globera lo tienes?

—En la de *El Condor*.

—¿Dónde es eso?

—¿No la conoces? Es ahí donde dicen que era no sé qué hospital.

—Pues el de San Juan de Dios. Conozco mucho esa globera. Haces malísimamente en tener ahí tu globo.

—¿Porqué?

—Es la peor de todas: no cuidan los globos ni untan la máquina.

*

—¿Qué dice ese aviso? Vé si tú puedes leerlo. Para mí está muy alto.

—A ver: "Nueva empresa de globos. En la carrera 30, número 1,015. Globos de toda clase para pasajeros y para carga. Línea del Norte, todos los días á las 10 a. m. y á las 4 p. m. Líneas de Occidente y Sur, los lunes y los viernes á las 7 a. m. y á las 2 p. m. Línea de Oriente, los domingos y los jueves á las 10 p. m. y á las 10 a. m. Ni en los globos de carga ni en ninguno, se admiten explosivos ni bebedores.

Se alquilan globos á los particulares.

Precios módicos, puntualidad y esmero."

—¡Ajá! Esa empresa será como la de Jesús Smith. Globos viejos con amarradijos y remiendos, y todo bien caro.

—¡Ah, y qué globeros! Malcriados, borrachos y torpes. Un día me monté con Aspasia en un globo de esos, y el globero nos iba haciendo estrellar contra el campanario de Monserrate.

*

—Conque mañana hay una velación muy solemne en la iglesia del Sagrado Corazón.

—¿Y por qué será?

—Por el pobre D. Kuroki María Roncancio, que el domingo salió á pasear en globo con sus niñitos y no ha vuelto á parecer.

—¡Ay! ¡No me lo diga! ¡Qué cosa tan horrorosa! ¿Y cómo habrá sido eso?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Pues quién sabe. La policía ha salido por todos lados y no ha encontrado nada.

—Pero es que esos globos de la policía no sirven. Los agentes habrán andado dos ó tres días, se habrán aburrido y vuelto á bajar, cansados de bregar con esas máquinas tan malas.

*

—Mi señora, á los pies de usted. ¿Cómo están por allá?

—La pobre de Manuelita, con esa su hemorragia por las narices.

—¡Cuánto lo siento! ¿Y qué habrá sido eso?

—¡Pues qué ha de ser! Lisiada, lisiada que se quedó desde aquel paseo de mis pecados. El globero dejó subir tánto el globo, que todos empezamos á echar sangre por dondequiera. Los demás nos repusimos, pero la pobre de Manuelita ha sido la que ha pagado el pato.

*

—Señorita, ¿qué le han parecido las uvas?

—La cosa más exquisita. Yo no había comido sino pasas y uvas de esas tan ácidas y tan feas que traían de tierra caliente. ¡Qué diferentes éstas que han venido frescas de España!

*

—A ver, mi señora, ¿cómo se siente hoy?

—Buenos días, señor doctor. Aquí con mi fatiga y mis palpitaciones.

—Pero, mi señora, si le tengo dicho que mientras no deje esos paseos en globo, usted seguirá empeorando. Allá arriba el aire está muy enrarecido, y el corazón funciona con mucho trabajo.

—Si es que á Bosco le gusta tánto pasear en globo y

le hace tánto provecho para sus pulmones; y por no dejarlo ir solo....

*

—¿Qué se habrá hecho Matías? Hace ya cosa de un año que no lo veo.

—Si ese ya poco baja. La última vez que lo vi me dijo que apenas se desmontaba del globo le volvían la tos y el esputo de sangre.

—¡Pero cómo se aburrirá con esa vida!

—No. Anda siempre con su buen anteojo, con su violín y con su aparato fotográfico, se provee de libros; á veces se procura la compañía de algún amigo, y lleva muy buen cocinero. ¡Yo me cambiaría por él!

*

—A usted se le presenta ahora ocasión de hacer un buen negocio.

—¿Cuál?

—El Gobierno va á sacar á remate unos pedazos del camino del Norte, que están ya bien empradizados, y como varios de ellos lindan con terrenos de usted....

*

—Usted, Peñuela, á ver si hoy tampoco sabe la lección. ¿Cuáles eran las demás rentas públicas de Colombia?

—En Colombia.... en Colombia.... las demás rentas.... rentas.... en Colombia.... las demás rentas....

—¡Vaya! corrija, Mondragón.

—En Colombia se cobraba un impuesto sobre las mercancías que venían de países extranjeros; es decir, había derechos de Aduana.

—¿Y esa renta con cuál ha sido reemplazada?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Todavía no hemos llegado al capítulo del texto que trata de eso.

*

—Aguárdate, que tengo que hablar contigo.

—No. Estoy de jurado, y ya estarán buscándome, porque se ha pasado la hora.

—¿Y cuál es el asunto?

—Hombre, lo más desagradable. Un papanatas de Ibagué fue y le hizo un tiro de escopeta á un globo que vio pasar.

—¿Y causó alguna desgracia?

—No; pero siempre habrá que condenarlo, porque los términos del artículo 1113 del Código de Navegación aérea no dejan escapatoria.

—¿Por ese mismo delito fue por el que condenaron hace poco á aquel muchacho Licurgo?

—No. Ese caso era muy diferente; fue que él se puso á disparar hacia abajo, yendo en globo.

*

—¿Te acuerdas de las Heredias?

—¿Aquellas que vivían en la plaza de Paiba, junto al teatrico?

—Las mismas. Qué te parece. Ya han echado globo.

—Ya: si el padre es uno de los del contrato con el Gobierno.

—¿Qué contrato?

—Pues ese de que se ha hablado tánto. El Gobierno le ha cedido el uso de todos sus globos, y él se ha comprometido á poner á su disposición uno cada vez que se necesite.

—Sí, sí. El otro día leí algo sobre eso.

*

—¿Por fin se va usted mañana?

—Debería irme, porque me urge mucho arreglar mis asuntos con un sujeto de Valparaíso, pero la red de mi globo ha resultado con muchas mallas rotas.

—Será la red de cáñamo ó de seda, y esas no valen nada. No hay ningunas como las de plata.

—Pero es que da un poco de miedo usar de esa red metálica por esto de las tempestades.

—¡Qué tempestades! Si el alambre que trae Wilson es alambre aislado y sale tan barata una red de ese alambre como una de cáñamo ó de seda.

*

—¿Usted tiene disponibles tres ó cuatro días?

—Sí. ¿Para qué?

—Es para que me acompañe en un viajecito. Mañana estamos á 30 de Octubre, y se me ha antojado emprender una excursión para salir de la curiosidad que he tenido siempre de saber de dónde viene la langosta que pasa por aquí, en dirección al Oeste, el primero ó el dos de Noviembre.

—¡Hum! Quién sabe si tendríamos que ir hasta la Guayana, ó quién sabe hasta dónde diablos.

—¿Qué importa? De todas maneras estaremos de vuelta el día dos, ó á todo turbio correr, el tres por la tarde.

*

—¿Usted por aquí todavía?

—Sí: se me fue el globo.

—Eso sería que el globo levantó el techo de la globera, como sucedió el otro día con el de D. Joaquín Straford.

—Nada. Fue que le mandé al chino que lo metiera á la globera, y él se puso á jugar y no lo metió pronto. Ade-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

más, dejó cerrada la chapota. La fortuna fue que dentro no hubiera ninguna persona.

—¿Y usted ha hecho diligencias para?...

—Infinitas. A usted le encargo que avise por ahí que ofrezco una buena gratificación al que lo encuentre y me lo baje. Es el número 548. Fajas horizontales negras y blancas, en una de ellas, con grandes letras doradas, lleva su nombre: JULIO VERNE.

*

—¡Hoy sí que me siento malo!

—Esas sus novedades con lo que se curan es con unos baños en el Meta. Yo estaba como usted, y con unos ocho baños en ese río, quedé sano como una manzana. Justamente ahora estaba yo con gana de ir á darme uno. Vaya avise en su casa que no volverá sino á hora de comer, y nos embarcamos en el globo.

*

—Hombre, ¿qué haces ahí? Desde anteayer te estoy viendo clavado como un poste en esa puerta.

—Pues es que estoy haciéndole centinela á Edison Pacheco, que ha debido entregarme aquellos doce mil pesos desde hoy hace ocho días, y anda sacándome el cuerpo.

—Sí? Pues bien puedes aguardarlo ahí hasta el fin de los siglos.

—Pero si me consta que no ha salido.

—No ha salido por la puerta; pero es seguro que se ha marchado en su globo.

—¡Qué globo había de tener ese tunante! Si tenía alguno, ¿en qué globera lo tenía?

—Lo había comprado al fiado; es un globito viejo y

muy dañado que le había medio compuesto un chapucero. Lo tenía en una pieza de este hotel.

—¡Pues me he lucido!

*

—Hazme el favor de decirme si tienes noticia de alguna casa nueva desocupada, y de ayudarme á conseguirla. En cualquier parte de la ciudad y por cualquier precio.

—¿Y porqué quieres mudarte? Tu casa es de las mejores.

—Mi casa y todas las casas á la antigua con patios y corrales son abominables. Necesito pasarme á una casa de construcción moderna.

—Pues es mucha lástima que dejes la tuya.

—Muy acomodados estábamos en ella; pero figúrate si podremos seguir ocupándola: hace dos ó tres meses unos ladrones se bajaron en globo al patio interior; se robaron toda la ropa que estaba tendida y la paila de plata en que Federica hacía sus dulces. Otra noche un mequetrefe que pretendía á María Ligia se nos metió en un globo sin que lo sintiéramos, y estuvo de charla con la muchacha. Por último, á la una de esta madrugada, sentimos de golpe gente que tocaba y cantaba en los corredores; me levanté á ver qué era; eran unos vagamundos borrachos que pretendían que nos levantáramos y nos pusiéramos á hacer francachela con ellos.

—Pues tienes mucha razón en querer mudarte. Yo también supe que unos bribones habían bajado en globo á aquel cementerio viejo de abajo de San Diego y habían violado unas sepulturas, probablemente para buscar dentaduras en cajas de oro.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Si con esta invención de los globos, ya ni los muertos están seguros. Conque vé si me ayudas á buscar casa.

—Ahora recuerdo que ayer vi una casa nueva desocupada por allá en la calle 68. Si quieres te llevo á verla.

—Por supuesto; pero de aquí á la calle 68 hay buen trecho.

—No tengas cuidado: tomamos un globo aquí en la globera del chato Petronio.

*

—¡Qué catástrofe! ¿Y cuántas personas perecerían?

—Ninguna: en el globo no había otra que el conductor, y ese, cuando empezó el globo á incendiarse, se echó en el paracaídas y bajó sin novedad.

—¿Y cómo se ha explicado el suceso?

—Pues el conductor da unas explicaciones que no satisfacen á los inteligentes en la aeronáutica; pero malas lenguas dicen que el globo estaba asegurado por más de lo que valía y que el conductor había recibido orden del dueño del globo para hacerlo perder.

—¡Ah! eso no es nada inverosímil.

*

—¿Papá, de veras se podrá ver una tempestad por encima, como vieron una esos hombres de que habla la novela? ¡Qué rico sería verla!

—Pues, hijita, nada es más fácil. Ten cuidado de ver qué día hace tempestad por alguna parte. Apenas me avises, montamos en el globo y subimos hasta donde sea necesario para ver la tempestad desde arriba.

*

—¿Conque no sabes la noticia?

—¿Qué noticia? Yo no he hablado hoy con nadie.

—Pues hombre, que D. José Seleuco Pinzón acaba de morir.

—¡Válgame Dios! ¿Y en dónde?

—Pues por allá en los aires, en su globo. Allá sucumbió á su terrible enfermedad.

—¿Y cómo se ha sabido? ¿Ya bajó el globo?

—No. Parece que está muy lejos. Desde el globo han comunicado la noticia telegráficamente.

—¡Qué caso tan nuevo!

—¡Morir un hombre á bordo de un globo!

—Y si ya la familia había llamado, como lo pensaba, por el teléfono, al famoso especialista de Varsovia, Dr. Rittinski, va á tener que pagar unos honorarios muy regularcitos.

*

—¿Qué tal, amigos? Cómo va ese negocio de los globos?

—¡Ah! Pésimamente. Así me pesen mis pecados como el haberme metido en él.

—¡Cómo! ¿No se gana nada?

—¡Qué ha de ganarse! En composiciones de los globos y de los aparatos, se va lo que se coge, y á veces más. Por otra parte, los conductores se han puesto muy trabajosos y exigentísimos, y siempre lo están amenazando á uno con que se pasan á servirle á alguno de los competidores.

—Pero usted debe tener la satisfacción de estar haciendo al público un bien muy grande. Todos ponderan lo bueno del servicio de sus globos.

—¡Nada! Yo no oigo sino quejas y maldiciones, ni los empleados oyen otra cosa:

—¡Qué frío estoy sintiendo!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¡Si estos condenados globos de la Mongolferiana no están buenos sino para hacer con ellos una hoguera!

—¡Puf! ¡Qué calor!

—¡Malditos globos los de esta empresa!

—¡Qué tos!

—¡El diablo se lleve estos globos y á sus dueños!...

—¡Qué andar de tortuga! Más valdría andar por el suelo en carro de bueyes....

—¡Qué rapidez! ¡Este pícaro conductor quiere hacernos desvanecer, y tal vez precipitarnos!

Si el globo tiene una manchita:

—¡Miren esto! Parece que en esta empresa tienen los globos en el chiquero de los marranos.

—El día menos pensado dejo esta empresa y me meto á maestro de escuela ó á cualquier cosa.

*

—¿Ya sabes? Las regatas serán en Julio.

—Sí: ya me lo había dicho uno de los de la Junta.

—¿Y piensas inscribir tu globo?

—¿Cómo no? Está en las mejores condiciones para ganar el premio ofrecido por el *Aero-Club*.

—¡Cuidado! Mira que están diciendo que Juan de D. Roland, que acaba de llegar de Melbourne, aprendió allá á aplicar el sistema nuevo, con el cual la velocidad de los globos se aumenta inmensamente; y si á Roland se le antoja....

—¡Historias, historias! Siempre han de estarnos descrestando con descubrimientos y con reformas y con embelecos. Ya verás, ya verás cómo se porta mi globo. Puedes apostar á favor de él la suma que quieras.

*

—¿Qué globo es aquel que va á bajar? Nunca lo había visto; y me parece de los más hermosos.

—A ver.... ¿Qué pabellón trae?

—Blanco con marco verde y no sé qué figura en el centro.

—¡Ah! Pues entonces es el globo-correo de Persia. Y ahora me acuerdo de que debe venirme correspondencia y una encomienda. Voy á la Administración. Hasta luégo.

*

—Papá, las vueltas que me dieron en la botica no me las han querido recibir en los almacenes de juguetes, ni en los puestos de frutas, ni en ninguna parte.

—A ver ¿qué monedas te dieron en la botica?

—Estas.

—Con razón no te las reciben. Te dejaste meter peniques.

—¿Y esos son falsos?

—Como si lo fueran. Nadie debe dar ni recibir otra moneda que la internacional. Lo que hay es que los ingleses se han encaprichado en hacer circular todavía su moneda, mientras que no hay otro país que el suyo en que no se use exclusivamente de la internacional ó universal.

*

—¡Niñas, niñas! Vengan á asomarse, pero volando. Van á pasar unos tipos de lo más raro y de lo más feo.

—¡Ay! ¡de veras! ¡Qué cosa tan horrorosa!

—¿Y quiénes serán esos monstruos?

—Dicen que son samoyedos; unos de por allá del Norte de Rusia. A esos también les ha dado por viajar.

—Y es una familia enterita. Esos más feos y más chi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

quitos que van adelante, deben de ser el padre y la madre; los otros como que son los *jóvenes* y las *señoritas*.

*

—¿Y dónde fue el baile?

—Pues en la casa de D. Ibraím.

—Ah, entonces no habría más que egipcios, y quién sabe si hasta árabes y hasta etíopes....

—No, no. Nada de eso. Había muchísimas familias bogotanas: las Gallissot, las Huard, las Fayad, las Vichara, las Adaime, las Kalbreyer, las Andrioli, las Nadar, las Krakow, las Gast.... muchas, muchas. Familias extranjeras, pocas: no recuerdo sino de una sueca, otra bávara y dos ó tres argentinas.

—¿Estaban las Rotteck?

—Sí. Y Olguita era la más linda de todas las muchachas que había.

—¿Y la mejor vestida?

Tal vez no: Adda Schweighæuser, fue la que llamó más la atención por su traje.

*

—Venga otro abrazo. ¡Hombre, dos meses sin vernos! Este tu viaje ha sido como los que hacían nuestros abuelos.

—Pues mi ausencia debía no ser sino de 15 ó 20 días; pero una vez en Roma, no pude resistir á la tentación de tomar parte en una de las expediciones formadas para recorrer todos los sitios que tienen celebridad histórica.

—¡Hombre, qué cosa tan hermosa!

—Pues sí, señor, emprendimos la expedición y nos llenamos la cabeza de campos de batalla, de ruinas, de plazas, de templos, de palacios, de fortalezas, de coliseos y de quién sabe cuántas cosas más. Figúrate, sirviéndonos de Bedeker la Historia Universal. Por fin nos sentimos tras-

tornados, nos aburrimos, y yo me vine de la China derecho para Colombia.

—¿Y qué es lo que más te ha llamado la atención?

—No sé; pero sí te hablaré de una de mis observaciones más recientes. Al pasar por encima del Istmo de Panamá, vi señales de una excavación, de una especie de zanja ancha que parecía haber sido comenzada y luégo abandonada. Discurrí que eso debía ser el Canal de Panamá de que, á fines del siglo pasado y principios de éste, se habló tánto, y costó á Colombia tántas camorras y la puso en magnas complicaciones y dificultades. ¡Ah, si entonces se hubiera previsto lo que estaba á punto de suceder!

*

—¿Has leído la noticia del gran descubrimiento que se está haciendo?

—No. ¿De qué descubrimiento se trata?

—Pues nada menos que del que viene á ser el triunfo casi completo del hombre sobre el espacio ó la distancia.

—A ver, ¿y cómo es eso?

—Pues quieres tú, v. gr., trasladarte á París, y para hacerlo no tienes casi que moverte. Lo que se moverá será el camino. Subes con tu provisión de aire respirable, hasta donde tu globo no esté sometido á la atracción de la tierra. Allí anclas y no tienes más que hacer que mirar con cuidado para saber cuándo va á pasar París por debajo del sitio en que estás; y unos pocos momentos antes de pasar París, te bajas y desembarcas en la plaza ó en el Boulevard que se te antoje.

—Pero no entiendo....

—¡Ah! es que te olvidas del movimiento de rotación de la tierra.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

APREHENSION

DE DON IGNACIO GUTIÉRREZ Y VERGARA EN 1862

Los detalles que, de un hecho político muy trascendental, me propongo referir, pueden parecer de poco interés histórico á quien no tenga presente que los detalles y las cosas personales é íntimas, son lo que puede dar idea más perfecta de una época. La presente relación contribuirá sin duda á hacer conocer la luctuosa y aciaga, al mismo tiempo que históricamente importante, en que el General Mosquera, como caudillo de un partido, derrocó el Gobierno de la Confederación granadina.

Además, nada de lo que se relacione con la vida de D. Ignacio Gutiérrez debe ser indiferente para quien mire con cariño la memoria de los ciudadanos ejemplares y egregios.

D. Ignacio Gutiérrez y Vergara perteneció á un grupo de hombres desinteresados y exentos de ambición que, desde el declinar de la antigua Colombia hasta los albores de la nueva, sirvieron al país enseñando patriotismo con su ejemplo; ilustrándolo y mostrándole buenos caminos por medio de la pluma; desempeñando empleos sin otra mira que la de procurarle el mayor bien posible; mostrándose cristianamente modestos, y permaneciendo afiliados á cierto partido, únicamente porque juzgaban

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sus principios y sus aspiraciones en un todo conformes con las creencias religiosas que profesaban.

El General Mosquera tomó á Bogotá el 18 de Julio de 1861, é hizo prender, entre otros muchos empleados y particulares, al Sr. D. Bartolomé Calvo, que, en su calidad de Procurador General de la Nación, se había encargado del ejercicio del Poder Ejecutivo al terminar el período para el cual había sido elegido Presidente D. Mariano Ospina.

Según el precepto constitucional, por falta del Procurador General de la Nación, debía ponerse al frente del Gobierno el sujeto que fuese de más edad entre los que estuvieran desempeñando las Secretarías del Despacho. D. Ignacio, que al fin de la Administración del Sr. Ospina y en toda la del Sr. Calvo, había tenido á su cargo la Cartera de Hacienda, y que, al mismo tiempo era el de más edad y el único entre todos los miembros del Ministerio que no se hallaba en poder del vencedor, era el llamado á hacer las veces de Presidente de la Confederación.

Hízose cargo de que su deber y el bien de la Patria exigían de él que no declinase el peligroso y poco apetecible honor de ponerse al frente del Gobierno y emprender una lucha en que, según todas las probabilidades, debía sucumbir juntamente con la legitimidad. Siendo los que eran los antecedentes del triunfo de Mosquera y el carácter y disposiciones de este caudillo, emprender aquella lucha era ofrecerse como víctima voluntaria en el altar de la Justicia.

Pero D. Ignacio Gutiérrez emprendió esta lucha. En cualesquiera otras circunstancias habría rehusado la dignidad que la ley le confería: en la presente, debía mostrar-

se buen cumplidor de la sentencia que él mismo formuló más tarde: *Los deberes no se renuncian.*

El 18 de Julio y algunas horas después de la entrada de las tropas revolucionarias en la capital, D. Ignacio se asiló en la Legación francesa, cuyo jefe era entonces el Barón Goury du Rosland, amigo suyo. Hízolo sin haber podido averiguar qué suerte había tocado en la sangrienta jornada á sus dos hijos mayores, que habían tomado las armas en defensa del Gobierno.

Hasta aquel día, la casa de una Legación se había mirado como asilo inviolable y seguro; pero, como Mosquera hubiese hecho sacar de la Legación inglesa á D. Bartolomé Calvo y á otros individuos que se habían refugiado en ella, D. Ignacio advirtió que debía buscar otro asilo; y se trasladó cautamente á la casa situada en una de las esquinas inmediatas al puente de Lesmes, que había sido la habitación de su venerable abuelo D. Pantaleón Gutiérrez, y era entonces la de las Sras. Castillos y Gutiérrez, primas suyas.

Las fuerzas con que se contaba después de la toma de la capital para hacer frente á los ejércitos del que aún no se había atrevido á tomar otro título que el de *Supremo Director de la guerra*, eran más morales que físicas.

La existencia de un Gobierno constitucional despojaba al vencedor de mucha parte del ascendiente y de la autoridad que necesitaba para erigirse en árbitro de la Nación, y era una bandera que quedaba en manos de los que se propusiesen continuar sosteniendo por medio de las armas la causa de la legitimidad.

De todo esto puede colegirse cuál sería el ahinco con que Mosquera deseaba apoderarse de la persona de D. Ignacio. Sabido es que aquel hombre no era de los que se paran en barras cuando se trata de satisfacer un deseo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vehemente, y así fue que no desechó medio de los que estaban en sus manos (y entonces lo estaban todos) para descubrir el refugio en que se había ocultado D. Ignacio Gutiérrez. Las desazones que le proporcionaba la guerrilla de Guasca,— en la que veía, ya el núcleo de un ejército poderoso, ya el tábano que pica á la fiera y, cuando ésta sacude la cola ó levanta la garra, pasa á picarle en otro sitio,—mantenían vivo el encono del voluntarioso jefe, y de tiempo en tiempo producían en él explosiones de cólera. Así se explica el que hubiese mandado á buscar á D. Ignacio en una bóveda de la Capilla del Sagrario en que ya entonces reposaban los restos de su esposa y los de muchos de sus deudos; así se explica el que hubiese mandado prender á sus hijos, para hacerle escoger entre la libertad, y tal vez la vida, de éstos y su propia salvación.

Mal conocía Mosquera á D. Ignacio si esperaba encontrar en él menos varonil entereza que la que ha hecho inmortal á Guzmán el Bueno. Y lo conocía mal á pesar de que afectaba tener en mucho cierto parentesco que con él lo ligaba, y la amistad que entre los dos había existido en mejores tiempos. (1)

(1) Cuando en altas horas de la noche del 24 de Mayo, D. Ignacio fue sacado repentinamente de su prisión, para ser conducido al destierro, su hijo mayor, D. Pantaleón, solicitó y no obtuvo permiso para acompañar á su padre. A mediados de Junio ocurrió directamente al General Mosquera, para pedirle pasaporte.

"Hacía mucho que no te veía, le dijo Mosquera al recibirlo en su casa. ¡Conque no te han dado pasaporte! Si esos Secretarios no sirven de nada! Tu viaje viene muy á tiempo: como ya la Convención no se reúne en Cartagena sino en Rionegro, yo no puedo ir á la Costa ni ser padrino de mi nieto; y tú debes ser el padrino."

Dióle en efecto poder para que lo fuese en lugar suyo de un hijo de D. Aníbal Mosquera, que debía ser bautizado. Pero, como D. Ignacio fue luégo confinado á Santamarta y como D. Pantaleón tuvo que seguir para Europa, el padrino vino á ser D. Ignacio.

Durante seis meses fue cosa muy común, ver en la ciudad manzanas cercadas de tropa y piquetes de soldados que entraban en las casas que á ellas pertenecían, á hacer minuciosas pesquisas con el fin de descubrir el asilo de D. Ignacio. Sucedía también que á los habitantes de una casa sospechosa se les obligaba á dejarla desocupada y que en esa casa se estableciese una guardia. Una vez se dispuso (y acaso no fue una sola) que todos los cuerpos del ejército que obraba en Cundinamarca se reuniesen y que á un tiempo mismo se cercasen todas las manzanas de la ciudad. Esta medida, como todas las que toma un hombre impaciente en momentos de cólera, tuvo resultados ridículos. (1)

En otra ocasión, la manzana en que estaba comprendida la casa que servía de asilo á D. Ignacio Gutiérrez, y otras dos manzanas adyacentes estuvieron rodeadas de tropa. Diose orden á los habitantes de dicha casa de abandonarla, y D. Ignacio permaneció tres días encerrado en un desván, alimentándose con manjares fríos, privado de fumar y forzado á no hacer el menor ruido ni movimiento.

En su escondite, D. Ignacio dictó, como Jefe del Poder Ejecutivo Nacional, todas las medidas que su deber le dictaba. La comunicación con personas de fuera de

(1) Hé aquí una que tampoco lo tuvo muy trágico. Cierto día apareció súbitamente rodeada por una numerosa columna de infantería la casa de la hacienda de *Yerbabuena*, en la que habitaba yo con mi familia. Allí estaba también uno de los hijos de D. Ignacio Gutiérrez, José Gregorio, que sobre el pecado de tener tal padre tenía el de haber militado en la reciente campaña. Algunos oficiales y soldados registraron prolijamente la casa, en busca de los proscritos. ¡Y José Gregorio fue uno de los que anduvieron acompañando á los buscadores y abriéndoles las puertas, sin que ninguno sospechase quién era!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la casa en que se hallaba hacía inminente el peligro de ser descubierto y aprehendido. Además era de recelarse que sus perseguidores tuvieran alguna noticia del paraje en que estaba oculto, pues no obstante lo infructuoso de las pesquisas que en él se habían practicado, insistían en vigilarlo y registrarlo.

D. Ignacio, no creyéndose yá seguro en la casa que por seis meses le había servido de refugio, determinó pasar á otra, y todo se dispuso para que en la noche del 18 de Enero de 1862, pudiese trasladarse á la casa de la Sra. D.ª Magdalena Caicedo y Bastida, casa situada hacia el sur del puente de Lesmes.

Para ejecutar su designio, D. Ignacio salió un poco antes de las ocho de aquella noche, por una puerta que daba al malecón, esto es, al espacio que mediaba entre la casa y el río de San Agustín, espacio que posteriormente ha sido ocupado por una casa. Había allí tiendas habitadas por mujeres pobres que, para tender ropa, habían colocado cuerdas y las sostenían levantadas por medio de horquetas. D. Ignacio, por alejarse de la luz que salía de una de las tiendas, se enredó en uno de aquellos aparatos y cayó en el barranco de 5 á 6 metros de profundidad, por cuyo fondo, cubierto de grandes piedras, corre el riachuelo de San Agustín.

Un individuo que á la sazón iba pasando por el malecón de la izquierda del río, percibió el ruido de la caída, preguntó qué era aquéllo y no oyó otra respuesta que un quejido. Movido á compasión, bajó al sitio del desastre, y, acercándose á D. Ignacio le preguntó quién era y que había menester. Informado de la cuita en que aquél se hallaba, subió á la calle á buscar quien le ayudase á sacar á D. Ignacio, al cual se le había roto una pierna. El individuo que había acudido en auxilio suyo era el *Negro Camilo*, persona muy recomendable siempre, y más en esa época, pues con desinterés y buena voluntad había prestado servicios á los sostenedores del Gobierno legítimo. Camilo bajó acompañado del Sr. Gregorio Torres, que fue la primera persona á quien encontró en la calle, y entre los dos levantaron á D. Ignacio y lo subieron á la calle. Fácil es imaginar cuáles serían los dolores del pobre estropeado cuando la pierna, que se había doblado por el sitio de la fractura, vino á quedar colgando.

Suplicóles D. Ignacio á sus salvadores que lo entraran á cualquier parte, y, como por hallarse más inmediata, les señaló la misma casa de donde esa noche había salido. Tocaron á la puerta, y como de adentro preguntasen quién llamaba, D. Ignacio, pretendiendo no dárseles á conocer á los que lo conducían (precaución ociosa, pues ellos lo habían conocido, no obstante que se había disfrazado con barbas postizas), respondió que era un pobre herido que pedía socorro. Introducido el enfermo, tanto éste como las señoras que lo recibieron, lograron disimular en presencia de los dos extraños las emociones que les hacía experimentar aquella vuelta tan pronta y tan infausta.

Tan apretado era el caso, que una de las señoras, atropellando todo reparo y dominando el miedo que en aquellos días retraía á todo el mundo de transitar de noche por las calles, corrió sin tardanza á dar aviso del accidente á D. Manuel Ponce de León, hermano político del Sr. Gutiérrez.

D. Manuel Ponce fue paño de lágrimas para D. Ignacio y para su atribulada familia en las crudas emergencias de aquella época, y ninguno era más apto para desempe-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ñar tan honroso y difícil papel. Se hallaba dispuesto á todo sacrificio en favor de su cuñado, á quien miraba como segundo padre, y como padre el más cariñoso y solícito; y el valor y el despejo que lo distinguen lo hacían capaz de conseguir ventajas en la lucha que había que sostener contra un perseguidor sañudo y omnipotente.

Como á los que hayan podido formarse idea de lo difícil y arriesgado que para un conservador era, en los días á que me refiero, dejarse ver por la noche en las calles, les ha de parecer inverosímil que D. Manuel Ponce hubiese podido dar varios de los pasos que voy á referir, no será fuera de propósito explicar por qué gozaba de ciertas franquicias. D. Manuel había hecho sus estudios, con el lucimiento que es notorio, en la Escuela Militar que floreció durante la Administración constitucional del General Mosquera; éste se regodeaba asegurando que los alumnos de aquel establecimiento, señaladamente los más aprovechados, eran *hechura suya;* y no podía dejar de sentir ó de afectar gran simpatía por ellos.

A esta circunstancia se agregó la de que el mismo General, halagado sin duda por la idea de que luégo se había de decir que en su grande ánimo cabía todo y que las multiplicadas atenciones de la nueva organización política y de la dirección de la campaña no embargaban la que solía prestar á las cosas científicas y á todo progreso, había hecho llamar tres días después del 18 de Julio al Sr. Ponce y á D. Manuel María Paz, con el fin de apurarlos para que terminasen la carta general de la Nueva Granada que estaban trabajando en virtud de contrato celebrado con el Gobierno en tiempo de D. Mariano Ospina. Y tan vivo era el anhelo de que aquella obra se terminara, que, no contento con poner á disposición de los dos ingenieros

todos los elementos de que podían necesitar, los proveyó de salvoconducto y dictó repetidas órdenes á fin de que no se les molestase en lo mínimo.

Decía yo, antes de interrumpir mi relato, que una de las Sras. Castillos había salido en busca de D. Manuel. Pero quiso la desgracia que él estuviese fuera, y no se pudo hacer otra cosa que dejarle aviso de que en casa de las Sras. Castillos se le necesitaba con urgencia y que allí se le estaría esperando hasta cualquier hora de la noche.

A las diez y media de aquélla, que era la del 18 de Enero de 1862, volvió el Sr. Ponce á su casa, fue recibido en ella con la alarmante noticia que se le había dejado, y al punto se dirigió al sitio en que se le aguardaba.

Habiendo llegado y habiéndose enterado con amarga sorpresa de lo que había ocurrido, entró al aposento en que tenían á D. Ignacio tendido en el suelo sobre un colchón, con la pierna izquierda doblada por la rodilla y *por el lugar de la fractura*. El paciente conoció la turbación de su cuñado y, con la serenidad y entereza que en él nunca flaquearon, le dijo: "Nada de afán: busque un médico que me enderece la pierna para que me saquen de aquí antes de que este suceso se divulgue, pues si se divulga no faltará quien me denuncie." Como no se debía perder un momento, salió al punto D. Manuel, y tomó la calle discurriendo con angustiosa perplejidad sobre la elección que tenía que hacer de facultativo. Si busco un médico conservador, se decía, éste puede excusarse por temor de ser aprehendido y de incurrir en las penas con que se ha conminado á los que auxilien á los escondidos; si busco uno liberal, éste pensará, y con mucha razón, que cuando el paradero de Ignacio sea descubierto (cosa

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que yá no puede tardar), se va á decir que él fue el delator. Dado á estas cavilaciones, iba D. Manuel inclinándose á dirigirse al Dr. D. Jorge Vargas, antiguo amigo del Sr. Gutiérrez, y sujeto sobre quien en ningún caso habían de poder recaer sospechas; pero le era penoso molestarlo á hora tan avanzada de la noche, y felizmente se acordó del Dr. Liborio Zerda, amigo también de D. Ignacio, y, como más joven que el Dr. Vargas, menos expuesto á las malas consecuencias de una laboriosa trasnochada. El Dr. Zerda estaba asilado en casa de su hermano político, el Dr. D. Jacobo Sánchez; y, con pretexto de que tenía enfermo en la suya, el Sr. Ponce se lo llevó consigo, y, de camino, fue explicándole lo que había sucedido.

D. Ignacio se llenó de satisfacción al verse en manos de un profesor tan competente y de un amigo de tánta confianza como el Dr. Zerda.

Sirviéndose de los escasos elementos de que se podía disponer á hora tan poco competente para el caso como la de media noche, se procedió á la reducción de los huesos rotos y á la aplicación del aparato conveniente, sirviendo de auxiliar el Sr. Ponce. Ejecutada la operación, D. Ignacio insistió en que sin más demora se le trasladase á cualquier otro sitio, y una de las señoras de la casa pasó á la de D.ª Magdalena Caicedo y Bastida, situada como llevo dicho, hacia el sur del puente de Lesmes y á no gran distancia de éste, y la señora, enterada del suceso de esa noche, se dispuso á conceder la peligrosa hospitalidad que de ella se esperaba.

Pero conducir al paciente en una manta no era posible, porque los huesos rotos volverían á desconcertarse; llevarlo en una cama tampoco era practicable, porque la

escalera de la casa de la Sra. Caicedo era muy estrecha. Al fin se ocurrió al expediente de arrancar una tabla de las del suelo y acomodar en ella al enfermo atándolo muy bien para evitar el peligro de una caída; pero aquella que D. Ignacio llamaba esa noche *su tabla de salvación*, era muy corta; la cabeza le quedó al aire, y tuvo que estársela sosteniendo con las manos mientras permaneció extendido en ella.

Cargaban la tabla dos de las Sras. Castillos, el Dr. Zerda y D. Manuel Ponce, y con ella bajaron al zaguán. En el mismo punto en que se iba á introducir la llave en la cerradura de la puerta, se sintió el acompasado andar de una patrulla; si diez segundos antes se hubiera tratado de abrir, todo se habría perdido desde esa noche.

Dando lugar á que pasaran los efectos de la sorpresa y á que la patrulla se alejase, se dejó transcurrir algún tiempo y se abrió sigilosamente la puerta; pero entonces se sintieron todos sobrecogidos de mayor espanto viendo una persona situada enfrente de la casa, persona que, según lo imaginaban, era seguramente un espía. Dos horas mortales pasaron en angustiosa expectativa, y al cabo supieron, no sé cómo, que quien acechaba allí era D.ª Magdalena Caicedo, que se había venido á ver cuándo sacaban á D. Ignacio, para ir á abrir la puerta de su casa.

A ésta fue por fin trasladado el enfermo, sin que en el camino se hubiesen presentado nuevos tropiezos; pero nadie podría pintar la ansiedad y el sobresalto que, durante el tránsito, atormentó á los cuatro conductores. Como para que no faltase ninguna circunstancia de cuantas podían agravar el peligro, el cielo estaba despejado y en él resplandecía la luna llena, á la luz de la cual podía divisarse el misterioso grupo desde puntos muy distantes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Cuatro ó cinco días después, tuvo lugar una de aquellas pesquisas generales de que hablé más arriba. La Sra. Caicedo se previno para la que en su casa podría hacerse, improvisando un altar que ocultaba la puerta de la habitación en que estaba D. Ignacio, la cual tenía salida al balcón. La pesquisa tuvo efecto, pero los que la practicaron omitieron el registro de lo que quedaba detrás del altar, y no advirtieron, aunque salieron al balcón, que en éste se veía la puerta de una pieza que no habían registrado.

De este susto yá se había salido; pero era temeridad exponerse á otro no mudando de asilo. Haciéndose estaban las prevenciones para tal mudanza en la noche del 24 de Enero, á eso de las diez, cuando se oyeron fuertes golpes á la puerta de la casa. D. Manuel Ponce se asomó al balcón y vio agrupadas en la calle una ó dos compañías de soldados, y mucha más tropa que tenía cercada la manzana.

Haciéndose cargo de que yá no se podía conjurar el peligro, comunicó á D. Ignacio lo que estaba pasando y le pidió autorización para obrar, pues yá había concebido un plan. El General Mosquera le había dicho repetidas veces: "Dígale usted á Ignacio que yá todos los conservadores se han presentado, que sólo él falta, que todo lo que está haciendo es una temeridad, y que si no se presenta, lo fusilo el día que lo coja."

El Sr. Ponce se proponía ocurrir al General Mosquera antes que éste supiese que el asilo de D. Ignacio había sido descubierto, y decirle de parte suya que se ponía á su disposición.

Mediante este paso, esperaba alejar el peligro de que el General, en un primer ímpetu, de aquellos que en él

eran tan frecuentes, ordenase inmediatamente el fusilamiento.

Pero aquel proyecto no podía realizarse sino aprovechando momentos, y D. Manuel tuvo que perder muchos batallando congojosamente con las señoras de la familia de D. Ignacio que se encontraban en la casa, las cuales, llenas de amargura y sobrecogidas de espanto, se le asían á los vestidos y no consentían en que se apartara de ellas sin decirles qué habían de hacer en aquel trance.

Al cabo bajó á la puerta, que estaban tratando de echar abajo á golpes, preguntó quién llamaba y oyó le contestaban varias personas á la vez, que iban por D. Ignacio Gutiérrez, que estaba en aquella casa; preguntó quién mandaba esa fuerza y, abriendo la puerta, vio que se presentaba el Mayor Pérez Solano, á quien hizo entrar y á quien manifestó que el Sr. Gutiérrez estaba allí, pero que se hallaba imposibilitado para moverse por habérsele roto una pierna. En seguida le preguntó si quería que se le diese aviso al General Mosquera, á lo que el Mayor le contestó que, si salía garante de que D. Ignacio no había de escaparse, podría ir con él mismo á dar aquel aviso. Pérez salió fuera y dijo á sus compañeros que el Sr. Gutiérrez estaba allí y que D. Manuel Ponce respondía de él. "Nada tenemos que ver con Ponce, gritaron muchos: á quien necesitamos es á D. Ignacio Gutiérrez." Viendo que era forzoso evitar que toda la tropa invadiera la casa, D. Manuel propuso al Mayor, y éste dispuso que se dejase á D. Ignacio bajo la custodia de un oficial de confianza y que no se permitiese entrar al resto de la gente.

Partieron luégo para la casa del General, que era la que actualmente ocupa el Banco de Bogotá, y el Sr. Pon-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ce trató de adelantársele á su compañero. Consiguió esto, merced á que Pérez se detuvo en Santo Domingo, que estaba convertido en cuartel, para dar allí noticia de la aprehensión de D. Ignacio. A la puerta de la casa de Mosquera los centinelas quisieron detener al Sr. Ponce, pero éste les dijo que iba á llevar al General una noticia muy importante, siguió hacia adentro sin hacer caso de las intimaciones de los centinelas, halló á Mosquera en el comedor con varios otros sujetos, lo saludó y, acercándosele, le dijo: "Ignacio manda decir á usted que disponga de su persona." Mosquera se levantó y contestó, entre otras cosas: "Ya yo le había dicho á usted que sacaría la hormiga grande. Con llave de oro todo se consigue." Ya en estos monentos llegó el Mayor Pérez y quiso empezar á hablar para dar parte del cumplimiento de su comisión, pero Mosquera le interrumpió diciéndole:

—"Ya sé, ya sé."

Después que los que estaban presentes hicieron sus comentarios y dirigieron sus enhorabuenas al General, el Sr. Ponce le preguntó qué disponía:

—"Que me lo traigan aquí.

—Pero Ignacio tiene rota una pierna, y á esta hora (eran las once de la noche) no es posible conseguir una camilla para traerlo en ella.

—Pues entonces queda hasta mañana bajo la custodia de usted y del Mayor Pérez, que es un caballero."

El Dr. D. Bernardo Espinosa, que estaba presente, pidió permiso á Mosquera para llevar á D. Ignacio á su casa y para alojarlo en ella hasta que se curara. "Eso, le contestó, lo veremos después; pero ahora vaya usted á verlo y dígale que, sabiendo yo que está enfermo, lo mando á usted para que lo vea."

D. Manuel Ponce, que se sentía como sobre ascuas por la consideración de lo que debía estar pasando en la casa de la Sra. Caicedo, salió en volandas con el Dr. Espinosa; llegó á aquella casa y la encontró invadida por la tropa. Muchos de los que la componían, que no debían de estar muy acostumbrados á respetar consignas, tenían acosadas á las señoras pretendiendo registrar sus personas con el fin, decían, de *sacarles los papeles y los documentos.*

Raro es que el movimiento en que las pasiones y los errores ponen á los hombres en toda coyuntura en que se procede irreflexiva y desordenadamente, deje de dar lugar á que, con las trágicas, se mezclen las más cómicas escenas.

El Padre Bernal, agustino, tipo de los religiosos de su tiempo y *padre grave*, según el lenguaje de que antaño se usaba, se hallaba escondido en la misma casa de la Sra. Caicedo; pero no tenía conocimiento ni sospecha de que D. Ignacio se encontraba allí mismo, y se había acostado en las primeras horas de la noche del 24 de Enero con la tranquilidad que podían infundirle el creerse bien escondido y las simpatías con que contaba entre los parciales de Mosquera. Varios de los que componían la chusma que se había derramado por todas las habitaciones, dieron en una de éstas con un individuo que estaba durmiendo, y dieron por hecho que ése era D. Ignacio.

—"¡Sr. Gutiérrez, Sr. Gutiérrez! vociferaron dos ó tres.

—¿Qué, qué, qué es? respondió el Padre, entre soñoliento y sobresaltado.

—Levántese el godo.

—Tiene que entregarse, Sr. D. Ignacio.

—¿Qué D. Ignacio? Yo soy el Padre Bernal, y no me llamo Ignacio.

—Sí, se nos quiere hacer fraile.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¿Acaso no son frailes todos los godos?

—Reverendo, quítese el gorro, á ver si tiene corona."

Quitáronle el gorro, pero esta diligencia ya era inútil, pues el Padre había sido reconocido por uno de los que sucesivamente habían ido entrando.

Al tumulto y á la vocería de aquellos momentos se agregaron las reconvenciones del religioso á D.ª Magdalena por no haberlo enterado de que se hallaba bajo un mismo techo con un compañero tan peligroso como D. Ignacio Gutiérrez.

El Sr. Ponce pudo poner á raya á la alborotada turba, mediante la declaración que hizo enérgicamente de estar investido por el General Mosquera de facultades para disponer del preso; declaración que fue confirmada por el Dr. Espinosa. Hizo en seguida retirar la tropa al piso bajo, colocó centinela en la puerta de la calle y puso en libertad al Padre Bernal y al Dr. Zerda, que se había hallado en el conflicto.

Antes de salir, el Dr. Espinosa invitó al Dr. Zerda á ver á D. Ignacio, por si las emociones recientes habían producido en él alguna novedad. Cuando lo hubieron visto, salieron diciendo: "Más asustados estamos nosotros: parece que nada le hubiera sucedido."

Entre las insignes prendas que adornaban á D. Ignacio Gutiérrez, sobresalía el valor moral, que arrostra con serenidad el peligro y las adversidades; valor infinitamente más raro y más estimable que el coraje impetuoso del soldado que desafía la muerte en los momentos en que la lucha exalta el ánimo y enciende la sangre.

Restablecida la calma, llegó el Mayor Pérez y tomó la cama que se le hizo disponer, en la que durmió tranquilamente.

Poco después, llegó el General Victoria, armado hasta los dientes. Conducido por el Sr. Ponce, entró á ver á D. Ignacio, con quien entabló plática acerca del Valle del Cauca y de sus maravillas. Una media hora duró la visita, al cabo de la cual salió diciendo: "Vaya, yo creía que era un demonio, y es un viejecito muy bueno y muy amable."

Para los que no asistieron al tremendo drama de 1861 y 1862, nada significa una visita del General Victoria á un *godo* conspicuo y perseguido. Para los que lo presenciámos, una visita semejante significaba peligro de muerte, de muerte acompañada de los terrores que podía infundir la presencia de un bravonel de quien se referían terribles proezas.

El 25 de Enero, en momentos en que D. Manuel Ponce no estaba presente, el Sr. Gutiérrez escribió y envió al General Mosquera una carta en que le decía que sus hijos no eran responsables de su conducta, y que esperaba que cesara toda persecución contra ellos. "Yo no he hecho otra cosa, concluía, que imitar la conducta del que murió en Marsella: cumplir con mi deber." (1)

D. Manuel Ponce, habiendo vuelto á la casa, leyó el borrador de la carta, y al punto manifestó á D. Ignacio que con ella probablemente había dado al través con toda su maquinación.

—Esa carta, respondió, nada contiene que pueda ofender al General Mosquera.

No sabemos qué impresión puede producir en su ánimo, replicó D. Manuel; ya verá usted el resultado.

Este no se hizo aguardar: en ese punto entró un ofi-

(1) Aquí se refería D. Ignacio á su amigo, el grande Arzobispo Mosquera, hermano del que después recibió de un Congreso el sobrenombre de *gran general*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cial que llevaba orden de privar de comunicación al Sr. Gutiérrez, y que hizo salir á las personas que lo acompañaban.

D. Manuel se dirigió entonces á la casa de Mosquera á inquirir la causa de aquella novedad.

El Secretario privado de éste, D. Simón Arboleda, le dijo, apenas lo hubo visto: "¿Qué fue lo que el tío Ignacio le escribió á mi tío Tomás, que lo ha irritado tánto?" Apenas acabó de leer la carta, dijo: "Ya no me traigan aquí á Ignacio, porque en una misma casa no pueden vivir dos presidentes. Que inmediatamente lo priven de comunicación y lo lleven á un cuartel."

El Sr. Arboleda aconsejó luégo á D. Manuel que por entonces no tratara de ver á su tío Tomás, porque estaba de muy mal humor.

El mismo día 25 de Enero trasladaron á D. Ignacio de la casa en que había sido aprehendido al antiguo cuartel de San Agustín. Lleváronlo en un catre cargado por cuatro hombres, entre dos filas de soldados. En el cuartel se le unieron sus hijos después de una dolorosa separación de más de seis meses; y allí mismo hizo el Dr. D. Jorge Vargas la última curación de la pierna; pues desde la traslación al cuartel no se permitió á ningún otro médico visitar á D. Ignacio. A éste lo trasladaron más tarde al convento de Santo Domingo; de éste al de San Agustín, en seguida á San Bartolomé, por último y nuevamente al convento de San Agustín, donde antes había estado.

Las multiplicadas y poco cuidadosas traslaciones hicieron la curación mucho más larga y dolorosa de lo que debía haber sido, y al cabo los huesos rotos se soldaron formando un ángulo, de suerte que la pierna izquierda quedó bastante más corta que la derecha.

La gallarda pluma de Quijano Otero hizo yá la narración de los demás vejámenes, trabajos y peligros que probaron la heroica entereza de D. Ignacio hasta que salió desterrado. Por tanto, aquí debo yo terminar esta relación, que he hecho siguiendo en parte mis propios recuerdos y en parte sirviéndome de los datos que he recogido entre varias personas que tuvieron parte en los sucesos que refiero ó que se enteraron de ellos en los mismos días en que acaecieron.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

LOS CRISTOS

DE LA VERACRUZ

El presente número del *Papel Periódico Ilustrado* lleva la fecha de uno de aquellos días en que el mundo cristiano conmemora el augusto misterio de la Redención. Para tomar parte en esa solemnidad, el *Papel Periódico*, en vez de ocupar su primera página, según su costumbre, con el retrato de algún personaje importante en nuestra historia, la dedica al recuerdo del que es más importante en la historia de todas las edades, del que en las artes, como en todo, es fuente de alta y eterna inspiración, de Aquel á quien la poesía, la escultura y la pintura han consagrado siempre sus mayores esfuerzos.

Con este fin ofrece en dicha primera página la representación de tres Crucifijos monumentales que se veneran en la iglesia de La Veracruz de esta ciudad.

Uno de los tres, el más venerable y hermoso, es el que tuvo en las manos San Francisco de Borja al tiempo de expirar. Nuestro benemérito historiador, el Obispo D. Lucas Fernández de Piedrahita, da acerca de él la noticia que está contenida en las siguientes líneas: "El Colegio de la Compañía de Jesús.... tiene casa de Noviciado aparte, en la calle mayor de la parroquia de Las Nieves, á quien el autor de este libro, el año de 1662, donó el milagroso

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

crucifijo que tenía y con que murió San Francisco de Borja." (1)

Con el testimonio del Sr. Piedrahita no concuerda el de mi amigo D. José Segundo Peña, quien en un escrito sobre la tumba de Quesada, publicado en el *Papel Periódico Ilustrado* (vol. II, p. 26), afirma (fundándose, á lo que entiendo, en alguna relación oral que había oído) que aquel Crucifijo fue enviado por el P. Acuaviva, General de los Jesuítas, á D. Juan de Borja, Presidente de la Audiencia de Santafé.

Añade el Sr. Peña que en el siglo pasado, cuando la expulsión de los Jesuítas, el P. Rector del Noviciado regaló aquella reliquia á la iglesia de La Veracruz. Pero nosotros nos inclinamos á creer que el Crucifijo no estaría ya, cuando se verificó la expulsión, bajo el dominio ó la custodia del Rector del Noviciado, pues éste yá hacía años que se había trasladado á Tunja. No nos parece, pues, fácil determinar cómo pasó la santa imagen del dicho Noviciado, que es lo que hoy se llama *El Hospicio*, al templo en que actualmente se le venera. Si los novicios y el Rector se lo hubieran llevado á Tunja, es muy verosímil que allí hubiera quedado y que hoy enriquecería á aquella ciudad juntamente con las otras venerables y curiosas antigüedades con cuya posesión justamente se envanece. En momentos tan aciagos y apretados como los de la expulsión el P. Rector no habría estado para andar escogiendo la persona ó la iglesia que había de ser favorecida con el precioso regalo.

La efigie es de marfil, devota y, á nuestro entender, de mérito artístico. Representa al Señor *en espiración*. La escultura mide 26 centímetros, está en una cruz de ébano, de 70 centímetros de altura, adornada con embutidos y con guarniciones de plata en los extremos. El Crucifijo está en una caja de madera de más de un metro de alto, dada de colorado y con dorados. La caja, obra de talla muy hermosa, tiene forma de cruz y está cerrada por delante con vidrios. Esta preciosa reliquia se halla colocada en la mesa principal de la sacristía.

(1) Junto con este Crucifijo, donó al Noviciado el Sr. Piedrahita una carta autógrafa de San Ignacio de Loyola á San Francisco de Borja. Esta carta se ha perdido.

Las otras dos imágenes de Cristo crucificado excitan afectos menos apacibles que ésta de que acabamos de hablar. Ambas estuvieron destinadas, no sabemos desde cuándo, pero seguramente desde hace muchos años, para el servicio de los ajusticiados, y ambas acompañaron y confortaron en la hora suprema á los mártires de la Patria, en los días aciagos, pero gloriosos, de la ocupación de esta ciudad por el Ejército pacificador. La más grande está pintada en la cruz, que es de tabla. La figura tiene 64 centímetros y la cruz un metro y 76 centímetros. En la parte inferior está pintada la imagen de la Virgen Dolorosa; pero ambas pinturas se han oscurecido tánto con el tiempo, que hoy no puede juzgarse de su mérito. No obstante, algún inteligente nos ha dicho que en ellas se descubren los vestigios de un buen claroscuro. Hállase hoy en la pared de la iglesia, enfrente al púlpito. Este Crucifijo, ó para hablar con propiedad rigurosa, esta cruz, se ponía en el altar que se formaba en la pieza de la cárcel que servía de capilla para los reos.

La otra imagen, que representa muerto á Jesús, escultura de 64 centímetros de alto, fijada en una cruz un poco tosca, es (y nos atrevemos á declararlo á pesar de nuestra incompetencia) de mérito mediano, como podrá verlo cualquiera que se acerque al altar que queda en el presbi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

terio contra la pared que divide á éste de la sacristía. Allí se halla en una peana; pero cuando se le sacaba para acompañar con él á los ajusticiados, se colocaba en una asta de tres metros de largo, la que se conserva todavía.

Era chiste común entre los santafereños decirle á este Cristo:—Señor, ¡que no te vea yo á la hora de la muerte! y aun se cuenta que á uno á quien se le oyó esta deprecación en tiempo de Morillo, le iba costando caro el donaire.

Existía y tenía su asiento en La Veracruz la *Hermandad del santo celo de servitas de María*. Los cofrades tenían entre otras obligaciones la de proporcionar á los sentenciados á muerte, los auxilios temporales, si eran pobres, y los espirituales á todos. De vino los proveían, fueran pobres ó acomodados.

Cuando llegaban las cinco de la tarde del día en que un reo debía entrar en capilla, salía de La Veracruz *el Monte de Piedad*. ¿Dábase este nombre á la Cofradía de que hablamos arriba, por ser institución en que se formase algún fondo para subvenir á las necesidades de las viudas y los huérfanos de los cofrades ó para otro fin semejante? No lo sabemos ni hemos hallado quien nos lo explique. Se decía que salía el Monte de Piedad cuando se encaminaban de La Veracruz á la cárcel el Capellán de la iglesia, delante del cual se llevaba el Crucifijo en el asta, un sacristán ó acólito que iba delante tocando una campana, otro que llevaba la túnica que debía vestir el reo en el acto del fusilamiento, otros con dos faroles de plata calados y sin vidrios, y algunas personas más que por devoción ó caridad querían formar parte de la comitiva.

La túnica que decimos era blanca con manchas rojas, si el reo lo era de homicidio. Nuestra legislación penal determinaba el color y atributos de la túnica para los diferentes casos.

El Crucifijo permanecía en la capilla hasta el día de la ejecución. El sacerdote que iba auxiliando al ajusticiado hasta el lugar del suplicio, lo llevaba en la mano y lo hacía fijar en el suelo de manera que el reo pudiese contemplarlo y dirigirle sus plegarias en los momentos postreros.

Cuando todo estaba consumado, la Hermandad recogía el cadáver y celebraba los funerales sin pompa ni aparato.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

EL PADRE MIGUEL

Obra de treinta años hará, todo era barullo y tráfago y laberinto en muchísimas de las poblaciones colombianas. Los desamortizadores desamortizaban que era una gloria; los especuladores se afanaban que era un contento por aprovecharse de una ocasión que tenía tántos mechones de que poderse asir y que, según se palpaba, tan pronto había de quedarse calva; muchos hambrones husmeaban, escudriñaban y revolvían papeles y sorbían polvo en archivos, notarías, tribunales, juzgados, curias eclesiásticas, casas curales y casas *feligresales* buscando títulos de propiedad tocados de manos muertas, fundaciones de capellanías, de patronatos y de censos, todo ello para tratar de hacerse con secretos que vender á los desamortizadores y á los especuladores.

Por su parte, los tenedores de fincas y de derechos desamortizables no se dormían en las pajas; pero á muchos de los que trataron de mostrarse despiertos, se les hubiera podido decir con razón aquello de *más te valiera estar duermes*, pues las más de las trazas á que en aquella época se ocurrió para librar fincas y derechos de las que entonces solían llamarse *manos vivas* hicieron peor la suerte de los que las imaginaron.

Divulgóse cierto día la especie de que el Gobierno iba á declararse dueño, no sólo de las propiedades de los ins-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

titutos, de las que ya estaba principiando á disfrutar, ó más bien á hacer disfrutar á otros, sino también de las particulares de los eclesiásticos, y no faltaba quien asegurase que, con esos ojos que se había de comer la tierra, había visto extendido y firmado el decreto en que se hacía la tal declaración. En aquellos revueltos tiempos se mentía desaforadamente y más desaforadamente se daba crédito á toda suerte de *chispas*, bolas y paparruchas; y ya pueden los lectores discurrir cuál sería el desasosiego que se produjo entre los que se creían amenazados de un próximo despojo.

Varios eclesiásticos, aconsejados por el miedo y por otros consejeros peores que el miedo, resolvieron, á fin de parar el golpe, hacer ventas simuladas de sus bienes.

Vivía á la sazón en úna de las mencionadas poblaciones de Colombia, un sacerdote á quien llamaré el Padre Miguel. No me es permitido usar aquí de su verdadero nombre, porque como yo hubiese intervenido un poco en el asunto de que voy á dar noticia, y como hubiese quedado impuesto en la conducta que observó el dicho sacerdote, éste, por modestia y humildad, me arrancó la más solemne promesa de no proferir palabra que pudiera redundar en honor suyo. Pero, á pesar de aquella promesa, no creo gravar mi conciencia contando el milagro, siempre que no miente al santo.

Un tío del Padre Miguel que tenía determinado destinar el valor de un terreno que poseía para que después de sus días se hiciera con él cierta obra piadosa, testó é instituyó heredero á su sobrino, haciéndole el correspondiente comunicato. El tío falleció antes de que comenzara á soplar el huracán desamortizador.

Era el Padre Miguel hombre sanote y de vida ejemplar, muy versado en las cosas del espíritu, pero muy in-

tonso y poco listo en lo que atañe á las del bolsillo, como suelen serlo los miembros de ambos cleros. Rebosaba en él la sencillez de la paloma, pero escaseaba por todo extremo la prudencia de la serpiente. Con toda su versación en las Sagradas Letras, jamás había podido entender la parábola del Mayordomo infiel; y una vez que se la explicó un laico, nada lego en materia de chanchullos, declaró con toda formalidad que á él no se le habría ocurrido en cien años aquello de hacer reponer los pagarés de los deudores rebajando la suma que primitivamente se habían obligado á pagarle al patrón de la hacienda.

Grande y apretado fue el conflicto en que se vio el buen sacerdote cuando se divulgó la pajarota aquella de que el Gobierno *iba á echarse* sobre los bienes del peculio de los eclesiásticos; y habiéndose dado á pedir consejo sobre lo que debía hacer para poner á buen recaudo el terreno que había sido de su tío y cuyo precio había de servir para la obra piadosa, materia del comunicato, topó con un consultor, no sé si tonto ó perverso, que lo indujo á celebrar, antes de que se promulgara el formidable decreto, y con persona de su confianza, pero bien bien lega y relega, un contrato simulado de venta del terreno.

Sabio y acertado le pareció este dictamen al Padre Miguel, el cual se puso á cavilar para dar con la persona lega y de confianza. La almohada, que es gran consejera, aunque no siempre desempeña el oficio con bastante tino, le hizo poner los ojos en un D. Simón, individuo que le parecía intachable, y como hecho para el intento. D. Simón gozaba de buen crédito y siempre había el buen sacerdote observado en él maneras y lenguaje de cristiano viejo. Fuera el Padre Miguel hombre medianamente corrido y suspicaz, y aun así habría quizás procedido en esta elección no de otro modo que como procedió.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

¡Que no tenga yo mi tintero rebosando de tinta bien negra, bien acre, bien corrosiva y bien cargada de ponzoña de áspides y de hiel de panteras para maldecir y anatematizar debidamente las condenadas ventas ficticias!

Tengo noticia cierta y distinta de dos casos bastante recientes en que, proponiéndose ciertos padres de familia arreglar su sucesión en términos muy diferentes de los prescritos por la ley, otorgaron á algunos de sus hijos escrituras de venta de varias fincas, declarando (por supuesto fingidamente) que habían recibido el valor de ellas. Fallecieron aquellos señores y dejaron en su familia el germen pestilente de los embrollos, los litigios y las disensiones domésticas. Hoy están varios de sus herederos sufriendo los rigores de la miseria, gracias á la necesidad en que los pusieron sus señores padres de emplear lo que tenían y lo que esperaban tener en costos y costas de procesos y en honorarios de abogados y á las circunstancias de que, en tanto que se aguardaban autos, cumplimiento de términos legales, notificaciones y sentencias y se apelaba y se dejaba seguir su curso á los juicios de sucesión que hubo que entablar, los dichos herederos tuvieron, para poderse sustentar, que ir enajenando al desbarate los derechos que, al fin de toda aquella trapisonda, les habían de corresponder. Olvidábaseme decir que tuvieron que gastar también algunos dineros en la impresión de los folletos que era de utilidad, de necesidad y de justicia dar á luz á fin de que el público estuviese al tanto de todos los incidentes y minucias del negociado.

Sé de tres individuos de los que alternan con la gente honrada y que andarían á cachetes y aun á revolverazos con quien dejara asomar alguna duda acerca de su calidad de caballeros, que han dejado burlada la confianza que ciertos deudos suyos de los más allegados, habían depositado en ellos, otorgando á favor suyo escrituras de venta ficticia.

Sé de otros varios que han cometido la propia bellaquería, no con deudos suyos sino con extraños.

Sé de un empleado de corto sueldo y de larga familia que, á fin de librar sus sueldos del embargo con que los amenazaba un acreedor, simuló un contrato, en virtud del cual cedía á un pelafustán la parte de su asignación que legalmente podía ser embargada. El cesionario percibió la primera mesada, y cuando el pobre empleado fue á pedírsela, le declaró que él reputaba el contrato como serio y efectivo y que estaba resuelto á apropiarse las cuotas cedidas. Héteme, pues, al infeliz empleado trabajando para mantener á quien tan malamente lo había escarnecido, al mismo tiempo que se siente atormentado por el hambre y por la contemplación de las privaciones y de los quebrantos de su mujer y de sus hijos.

Si algún inocente defendiera los contratos ficticios, alegaría que bien pueden celebrarse con hombres honrados. Y tú, oh lector, ya te habrás dicho: "Pues á lo menos conmigo pueden hacerse sin asomos de peligro."

Pero es el caso que los hombres honrados, con honradez y todo, suelen morirse, enloquecer y hasta volverse *deshonrados.* Yo pudiera aducir ejemplos á docenas de individuos probos y escrupulosos que han fallecido sin poder testar ni declarar de otra manera solemne que algo de lo que figura como suyo es de propiedad ajena. Pudiera citarlos de personas á quienes he visto vivir intranquilas y agitadas por tener á su cargo intereses ajenos recibidos en confianza, y á quienes ha sorprendido la muerte esperando aquel día que todos esperan y que para casi nadie amanece en que se han de poder arreglar muy bien todos los asuntos y todos los intereses, y se ha de hacer un testamento muy corto y muy clarito que no deje nada

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sobre la conciencia, ni nada que hacer á los herederos, sino disfrutar de la herencia *con la bendición de Dios y la del testador*, como decían nuestros cristianos abuelos.

Hasta puedo citar un caso en que no hubo muerte, ni locura, ni perversión, ni negligencia culpable, en que un hecho de la naturaleza de los que estoy vituperando puso en peligro intereses sagrados y dio ocasión á desazones indecibles.

Cuando vino la revolución de 1876, la Sociedad de San Vicente de Paúl de Bogotá era propietaria de una finca, y como no gozase entonces de personería jurídica, había dispuesto que uno de sus miembros pasara por dueño.

Este fue denunciado como desafecto al Gobierno y reducido á prisión en el edificio de San Francisco; y allí se vio acometido de una dolencia mortal, de la que era poco probable que sanara hallándose aislado y privado de los auxilios que su situación demandaba. Y aunque ésta hubiera sido menos desesperada de lo que fue en aquellas circunstancias, no se hubiera podido pensar en que el enfermo hiciera testamento ó en que de otro modo le asegurase á la Sociedad de San Vicente de Paúl la propiedad de la finca. ¡Con qué afanoso desconsuelo oían diariamente los demás miembros del Instituto las malas noticias que corrían sobre el estado de su colega!

Quiso Dios que se restableciera; pero, si hubiera fallecido, habría sido difícil ó imposible probar que la finca de que, en cuanto á formas legales, era dueño, no pertenecía realmente sino á los pobres; y quienquiera que hubiese sido llamado á arreglar su sucesión se habría visto obligado en conciencia á evaporar el valor de la finca repartiéndolo entre los parientes del socio, que eran muchísimos, y entre los cuales había no pocos menores de edad.

No hay que extrañar que muchas veces se haya abusado de la confianza de los que han hecho ventas ó cesiones simuladas: violentísima es la tentación en quien está viendo que, con sólo quererlo, puede quedarse disfrutando de bienes capaces de sacarlo de la pobreza ó de mejorar mucho su condición. ¡Con qué imaginaciones tan sabrosas puede regodearse calculando la suma de conveniencias que han de resultarle de añadir á sus haberes una casa ó una tierra con que jamás había contado! "Pagaré tal deuda, se dirá quizás, esa deuda que por más antigua y por ser á un mismo tiempo moral y legal es más sagrada que la que contraería en favor de aquel que me otorgó la escritura ficticia, deuda que no sería más que moral. Le haré á mi casa tales reparaciones, con las que quedará tan cómoda y tan bonita. Tendré un campo que me producirá buena renta y en donde pasaré con mi familia deliciosas temporadas. Fomentaré esta empresa en que tengo fincadas todas mis esperanzas y que no puede prosperar porque mi capital es demasiado exiguo. Tengo hijos é hijas y estoy obligado en conciencia á hacer todo lo que esté en mi mano para que después de mis días puedan librarse de la miseria y de la corrupción. Es cierto que aquel amigo, aquel padre de familia, que me ha honrado dándome la más señalada prueba de estimación, va á quedar en la indigencia.... pero.... pero.... en fin, yo lo protegeré, yo no dejaré perecer de hambre ni á él ni á ninguno de los suyos."

Para vencer tales tentaciones se necesita una virtud no común, y quién sabe en cuántos casos, una virtud heroica. Y ni Dios, ni la naturaleza, ni la educación forman héroes todos los días. Dios no da gracias á cada hombre sino para que cumpla bien con las obligaciones del pues-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

to que le ha señalado en la sociedad humana. El que se expone á grandes tentaciones para ejecutar cosas grandes á que no ha sido llamado, no debe contar con auxilios sobrenaturales.

¿Y quién, además, alcanzará á prever las cuitas y los atrancos en que puede venir á encontrarse el que tiene en las manos recursos ajenos de que puede disponer sin responsabilidad legal?

Ocasiones hay en que el afecto á la familia, el apego á las conveniencias de que siempre se ha disfrutado y sin las cuales no se concibe la vida; y la necesidad (necesidad facticia, pero tan imperiosa como las naturales) de no descender del puesto que se ocupa en la escala social, pueden casi anular el libre albedrío de un hombre y arrastrar á éste violentamente á precipicios que jamás ha mirado sin espanto.

Doña Paula (y este es otro seudónimo de que, por justos miramientos, tengo que echar mano) era una viuda respetable y estimada y de excelentes costumbres. Entre ella y los hijos del primer matrimonio de su marido, se habían hecho no se qué endiablados enjuagues, mediante los cuales una casa que por herencia pertenecía á dichos hijos, aparecía como de propiedad de su madrastra.

Esta sufrió una pérdida con motivo de la quiebra de cierto comerciante; y luégo, alegando que era forzoso acabar de levantar una casa que su difunto marido había empezado á construír, tomó dinero á interés. Y una vez que he dicho que tomó dinero á interés, añadir que quedó arruinada sería injuriar la perspicacia de los lectores.

Vinieron las ejecuciones y vino el embargo de lo que doña Paula había hipotecado, que era todo lo que poseía.

Ofrecióse entonces á su conturbada mente el cuadro pizmiento de la inopia; vio con la fantasía, ó más bien con los sobreexcitados nervios, á sus hijas cubiertas de pingajos y de oprobio; viose habitando con su familia en un tugurio ahumado y pestilente; se vio recibida con humillante despego en las casas en que solía serlo con cariño y obsequiosidad; y....entonces.... entonces me llamó á mí, y me consultó sobre si, para librarse de la catástrofe, ocurriría al expediente de vender la casa de sus hijastros, ya que el título de esa propiedad estaba en cabeza suya. Yo, á pesar de la conmiseración con que la miraba, la puse como hoja de perejil; y, con todo, al fin de la entrevista me dijo que ella siempre iba á consultar el punto con su confesor.

Ahora caigo en la cuenta de que me he marchado á los trigos, dejando suspenso al lector, si es que la historia del Padre Miguel iba interesándole. ¡Qué diantre! No siempre se corta por donde se señala, y el asunto de los contratos simulados me saca de mis casillas siempre que me lo mientan ó que se me viene á la memoria.

Pues como digo, fue el caso que el Padre Miguel otorgó á D. Simón una escritura por la que constaba la venta del susodicho terreno y el hecho de haber D. Simón pagado su precio, cosa que así sucedió como estar yo ahora escribiendo en polaco.

Días andando, las pasiones políticas fueron acallándose, y entrando en caja los negocios públicos y los privados; y el Padre Miguel, aguijado por el deseo de cumplir lo mandado por su yá difunto tío, ocurrió á D. Simón exigiéndole la devolución del terreno, ó sea el otorgamiento de una escritura que desbaratara la tramoya de que el lector tiene noticia. En la primera entrevista, D.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Simón no dio al Padre Miguel sino respuestas evasivas y luégo siguió por bastante tiempo trayendo al buen sacerdote en dilatorias, con lo que éste se percató de que había caído en las manos del *hombre inicuo y doloso* de quien, al principio de cada misa, solía pedir al Señor que lo librara. Agotó, sin embargo, los medios amigables y pacíficos para recabar de D. Simón aquello á que tan obligado estaba, y al cabo recibió de él una carta en que sin reboso le declaraba que el terreno era suyo, que en la escritura constaba que lo había pagado, y que esperaba que no volviese á importunarlo.

Preciso le fue entonces al Padre Miguel conferir poder á un abogado para que el asunto se ventilara judicialmente, y el abogado interpuso una demanda. ¡Tú que tal dijiste! D. Simón se volvió un basilisco, y al contestar la demanda, puso al Padre Miguel de estafador y ladrón, que no había por donde cogerlo. El benigno sacerdote le escribió una carta muy comedida en que con mucha lucidez le exponía al inicuo detentador las macizas razones que á favor suyo militaban. D. Simón vio ó afectó ver en la misiva una agresión contra su *honor* y contra su *nunca disputado crédito*, y se desató en improperios contra el Padre Miguel.

No faltaron (¡qué habían de faltar!) almas adocenadas que llevaran y trajeran chismes para atizar el odio que abrasaba á D. Simón y el que suponían en quien era víctima suya.

Este y aquél se encontraron, por desgracia, en paraje público, y allí, atrayendo con sus vociferaciones buen golpe de gente, D. Simón ultrajó al Padre Miguel y llevó su sacrílega avilantez hasta ponerle las manos en los hombros y darle un empellón. El Padre Miguel soportó estos

vejámenes sin amilanarse, pero con moderación cristiana. De sus labios no se escapó una sola palabra capaz de ofender á su enemigo.

De la acción judicial intentada sólo resultó una cuenta de gastos y honorarios que tuvo que cubrir el Padre Miguel; ni era dable que resultara otra cosa, siendo imposible probar que el que figuraba en la escritura como vendedor no había recibido el precio del terreno.

Dos ó tres años hacía que habían ocurrido estos repugnantes sucesos, y el Padre Miguel se hallaba encargado de la cura de almas en un lugar distante del que había sido teatro de los mismos acontecimientos; y quiso la casualidad, ó para hablar con propiedad, la Providencia, que D. Simón, yendo de viaje, posara cierta noche en una casa del lugar, y que en ella se viese acometido de un vómito de sangre. El médico que acudió á asistirlo declaró que el caso era gravísimo, y que, si el accidente se repetía, como era muy probable, el paciente estaba perdido.

Los amos de la posada, gente previsora y timorata, se reputaron obligados á comunicar al interesado el dictamen del facultativo, y á exhortarlo á que se previniese para el trance supremo. D. Simón, que estaba harto acobardado, recibió bien aquellas advertencias y rogó á sus hospedadores que le llamasen al Cura. Al disponerse para complacerlo, cambiaron el marido y la mujer algunas palabras que hicieron á D. Simón venir en conocimiento de que el párroco de aquel lugar era el Padre Miguel. Incorporóse al punto como electrizado, olvidando en su exaltación la orden del médico de permanecer inmoble y tranquilo, y se puso á hacer preguntas á fin de indagar si ese padre Miguel que acababan de nombrar era el mismo Padre Miguel que él conocía; y, cuando se hubo cercio-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rado de que no era otro, declaró con expresiones bastante más agrias y vehementes de lo que convenía en situación como la suya, que de ningún modo recibiría al párroco, ni se confesaría con él, sucediera lo que sucediera. Tras este esfuerzo, se puso á temblar, cayó en postración y dio señales de estar amenazado de otro acceso.

Perplejos y acongojados quedaron los caritativos posaderos con estas cosas. En ocurrir á otro sacerdote no se podía pensar, dado que no lo había en la población; y de algunas de las circunvecinas no podría traerse al Cura (caso que quisiera venir) sino después de muchas horas. Deliberaron al cabo acudir en demanda de consejo nada menos que al mismo Padre Miguel, el cual les pidió de término algunos momentos para consultar con Dios aquel tan espinoso asunto, y los despidió encargándoles que orasen por él mismo y por el enfermo.

Pero no les dio tiempo para rezar mucho, pues no tardó en presentárseles. Llamó al posadero á sitio repuesto y allí le estuvo hablando en voz baja. Cuando terminó la conferencia entró el posadero al cuarto de D. Simón, hizo que lo dejaran solo con él, volvió á salir á breve rato, introdujo al Padre Miguel y lo dejó al lado del enfermo.

Admirados y complacidos quedaron todos los que vieron aquello; y, devorados por la curiosidad, le tiraban de la lengua al posadero cuanto más podían, pero él con todos se las tuvo tiesas, y no explicó de qué trazas se había valido el Cura para conseguir que el impenitente D. Simón consintiera en admitirlo.

Al cabo de buen rato, salió el Padre de almas, un poco agitado y, al parecer, nada satisfecho; y, como titubeando, dio orden de disponerlo todo para la administración de los últimos sacramentos.

Los que se habían constituído enfermeros de D. Simón, echaron de ver con desconsuelo que, después de la confesión, que suponían habría hecho fervorosamente, lejos de mostrarse consolado y tranquilo, se manifestaba hosco y desasosegado; pero de todo echaron la culpa á su dolencia.

Dispúsose el altarcito en la pieza del enfermo, se regaron flores á la entrada de la casa, y los habitantes de ésta, acompañados de muchos vecinos, se apercibieron para recibir obsequiosamente al Huésped soberano.

Llegó Nuestro Amo. Las primeras ceremonias se celebraron como de costumbre; el Cura preguntó al enfermo si tenía que reconciliarse y éste, después de dar ciertas muestras de turbación y perplejidad, contestó por señas negativamente.

El sacerdote, teniendo en las manos la Sagrada Hostia, manda al enfermo que repita con él: "Señor mío Jesucristo, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada; mas por vuestra Santa Palabra, mis pecados serán perdonados y mi alma sana, salva y perdonada."

El enfermo repite, tartamudeando, la deprecación.

El sacerdote la principia de nuevo, y el enfermo, ya más conturbado, sólo balbuce algunas de las palabras.

Pero cuando el Padre Miguel pronuncia por tercera vez "Señor mío Jesucristo, yo no soy digno...." D. Simón se incorpora dando una especie de quejido agudo y prolongado; mira como con espanto á los circunstantes y prorrumpe con voz interrumpida, ronca y temblorosa: "No, no soy digno, no soy digno....soy un miserable.... soy un perverso....señor Cura, tengo que volver á confesarme....señores, yo había ofendido mortalmente á este Sacerdote....él ha sufrido con la paciencia de un santo los ultrajes de que lo he llenado....y hoy, para reducir-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

me á que reciba de él los auxilios que mi alma necesita, me ha mandado rogar que le permita acercárseme á pedirme perdón."

Aquí fue interrumpido por una tempestad de sollozos en que se desahogaba la tierna y violenta conmoción de los circunstantes.

Y cuando se hubieron acallado algo, "Sí, continuó con gemidos que á veces parecían el estertor postrero, me ha pedido un perdón que yo debía haberle pedido á él.... y yo....¡yo lo he escuchado y le he dicho que lo perdono!"

Aquí hizo por ponerse de rodillas sobre la cama, pero varios de los concurrentes acudieron á contenerlo. Entonces juntó las manos y prosiguió: "¡Señor Cura, Padre Miguel, perdóneme usted; perdóneme por la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo! ¡He sido un infame!... Escúchenme todos: le hice un robo burlándome de la confianza con que me había honrado, y desde entonces lo he aborrecido y lo he calumniado."

El Padre Miguel, que ya había colocado la Sagrada Forma sobre el ara, se volvió hacia el enfermo y hacia los circunstantes, y les dijo: "Debemos atribuír esta exaltación con que el enfermo se acusa y se acrimina, á su dolencia y á su fervor. Si yo tuviera algo que perdonarle ya lo habría perdonado mil veces. Nunca me he acordado de él sino para encomendarlo á Dios.... Parece que desea reconciliarse.... Sería bueno que todos se retiraran por unos momentos."

Mientras la gente, siempre deshaciéndose en llanto, iba retirándose, D. Simón repetía con grande esfuerzo: "No es exaltación, no es exaltación: lo que me han oído es la verdad."

Después de la segunda confesión, el semblante del penitente y el del confesor estaban harto diferentes de como habían estado al acabarse la primera. En ellos podía leerse cuál es la recompensa que Dios otorga desde esta vida á un acto heroico de caridad, y cuánta es la paz que inunda el alma del delincuente que, con sinceridad y con ánimo resuelto, busca su justificación.

¡Pero qué lucha no debió librarse entre aquel cristiano celo que á todo trance se empeñaba en salvar una alma y la flaca y rebelde naturaleza que aconsejaría al escarnecido sacerdote no dejar ir una ocasión en que, á mansalva y con no hacer más que lo que su enemigo pretendía, podría tomar venganza de las injusticias y de los oprobios con que éste lo había abrumado!

En una alma vulgar habría estado hirviendo la ira y habría ido creciendo el odio con vehemencia y tenacidad tanto mayores, cuanto más reprimidos se hallaban, y habrían estallado al chocar con la contumacia del enemigo que no cejaba ni aun en presencia de una muerte inminente y terrible.

Barruntaremos mejor cuál fue la violencia de aquel interior combate si paramos mientes en que un sacerdote, como todo aquel que se acostumbra á verse acatado, contemplado y obedecido, se hace naturalmente delicado y susceptible; de suerte que un acto de mansedumbre debe admirarse y alabarse más en un sacerdote que en cualquier otro individuo.

D. Simón recibió el Viático y la Extremaunción y manifestó su deseo de hacer testamento inmediatamente, á fin de reparar las injusticias y los daños que había causado. Pero en aquella población no había notario; el empleado que hubiera podido reemplazarlo se hallaba ausen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

te, y nadie acertó á resolver lo que podría hacerse en esa emergencia.

El testamento no se hizo, y el Padre Miguel exhortó al moribundo á que pusiera enteramente en manos de Dios la reparación que deseaba, y á que, confiado ciegamente en su Poder y su Clemencia, permaneciera tranquilo.

El pronóstico del facultativo se cumplió, aunque no puntualmente: la muerte no sobrevino sino al tercer acceso del vómito de sangre.

1894.

INDICE

	Págs.
Todo bueno.	III
Haced testamento.	1
La gran semana.	15
Una tragedia rústica.	35
El naufragio del *Bienville*.	45
El cuarto de los trastos.	63
Una inundación.	75
Los nombres de pila.	81
Aprehensión de D. Mariano y D. Pastor Ospina en 1861.	97
La fortuna de los Villafuentes.	111
Elogio del Sr. D. José María Vergara y Vergara.	133
La carrera de mi sobrino.	155
Los diminutivos.	172
Una deuda pagada.	177
La jornada de *La Calleja*.	189
Quién es el más feliz de los mortales.	199
Polvos y lodos.	210
Fragmentos de diálogos que se oirán en Bogotá en el año de 1999.	232
Aprehensión de D. Ignacio Gutiérrez Vergara en 1862.	248
Los Cristos de La Veracruz.	267
El Padre Miguel.	273

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

L
C868.3
M361
1908

BIBLIOTECA
Universidad Eafit

62000001461053

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental